Úrsula Llanos



La sombra de la sospecha

LA SOMBRA DE LA SOSPECHA

Úrsula Llanos

Ediciones Bemasoft S.L.

CAPÍTULO 1

Un anochecer sombrío el que podía ver a través de la ventana. Se arrebujó Herea bajo las ropas de la cama y observó cómo caían los copos de nieve contra el cristal. Se estrellaban contra él y se escurrían luego para ir a caer blandamente sobre el pretil, deshechos en agua turbia. No se escuchaba el menor sonido en el ala de maternidad del hospital, en contra de lo que hubiera preferido, porque se dijo que cualquier ruido que denotara la existencia de un ser humano cerca habría minorado la angustiosa sensación de soledad que la invadía.

La otra cama de la habitación no estaba ocupada, de lo que en un primer momento se había alegrado, pero ahora echaba de menos la cercanía de otra mujer con la que poder comentar cualquier trivialidad que la distrajese. Incluso para ponderar como inusitada la nevada que caía, aunque no fuese de extrañar en aquellos días heladores, próximos a la Navidad.

Tan solo había intercambiado unas palabras con una enfermera desde que la habían traído del paritorio. Había entrado en la habitación a peguntarle si quería que se llevase a su hija al nido para que pudiera dormir toda la noche y descansar sin que la despertase el previsible llanto de la pequeña, pero se había negado. La quería a su lado en todo momento. Era lo único que era suyo y tenerla cerca paliaba en parte la abrumadora percepción de no importarle a nadie.

No lo había sentido anteriormente con tanta intensidad, aunque sí había echado de menos desde que tuvo conciencia de lo que ocurría a su alrededor a unos padres más afectuosos, Vivían éstos con sus cinco hermanos en la pequeña aldea de Galicia en la que había nacido, O Porta Do Mar, de no más de cincuenta habitantes. Un hermoso y solitario rincón de la costa, recostado a los

pies de una montaña, que soportaba los embates de un mar embravecido que horadaba las rocas del espigón del puerto de pescadores y se deshacía en espuma sobre la arena de la playa.

Sus progenitores se asemejaban mucho al mar. Eran rudos como éste y, o no consideraban oportuno manifestar sus sentimientos, o quizás no los experimentaran del mismo modo que ella, porque no recordaba de ninguno de los dos una caricia ni que se interesaran tampoco por lo que pensaba o deseaba. Trabajaban de sol a sol. Él era pescador y salía a la mar todos los días con el hijo mayor, y ella un ama de casa y progenitora de una prole numerosa. Herea era la mayor de los seis y por lo tanto se le exigía que colaborase en las faenas de ambos desde que aprendió a andar. Consiguientemente había crecido trabajando mucho, pero sin el calor del hogar que hubiera deseado. Había asistido a la escuela el tiempo imprescindible para estudiar la educación básica, ya que tenía que ocuparse de los hermanos que le seguían y que año tras año iban incrementando la familia. Durante las fiestas del pueblo, que se celebraban en septiembre, le tocó un ordenador del que aprendió su manejo, lo que le valió una reprimenda de sus progenitores por descuidar sus obligaciones. Lo dominaba ahora y, como no disponían de televisor, porque se había averiado y no había en el pueblo ningún técnico que supiera arreglarlo, leía en él los periódicos de mayor tirada, por lo que añoraba la vida de otros lugares del país, incluso los que estaban alejados de la costa, como Madrid, lo que para sus padres que no habían salido nunca de un terruño protagonizado por el mar, era inimaginable.

Por esa razón y porque en el pueblo apenas si había jóvenes de su edad, se había apresurado a aceptar la invitación de su madrina que vivía en la capital y que la animó a pasar unos días con ella. No se lo dijo a sus padres, pero decidió secretamente buscar trabajo en la gran urbe y no volver a la aldea más que en vacaciones, por lo que contestó on line a unas ofertas de trabajo de varias empresas que necesitaban una secretaria, incluyendo su fotografía.

Recibió la contestación por el mismo método cuando ya estaba en Madrid y ese mismo día fue a comprarse con su madrina ropa

nueva, porque la que traía en la maleta no se parecía lo más mínimo a la que llevaban las chicas con las que se había cruzado por la calle. Al día siguiente se presentó en la planta treinta y tres de la Torre Verdaguer, en la que se ubicaba Drylons, la oficina de la importante empresa de confección de moda joven que la había contratado, con unos pantalones azul marino y un jersey de color fresa bajo un anorak blanco, que era la indumentaria generalizada de las muchachas que había visto.

El edificio era tan alto que la última planta parecía tocar el cielo y se ubicaba en la manzana Azca, una zona de oficinas que comprendía el distrito financiero y de negocios de Madrid. Tampoco anteriormente había subido ella en un ascensor porque en su pueblo no los había, ni tampoco en la casa de su madrina, pero sí los había visto en las películas, y, aunque atemorizada, pulsó la tecla treinta y tres a la que se dirigía.

Una joven encaramada a unos altísimos tacones la había acompañado hasta el despacho del director, en el que entró aparentando una desenvoltura que estaba muy lejos de poseer. Era una estancia de grandes dimensiones, con muebles pesados y oscuros, pero solo le vio a él. Estaba a contraluz, sentado tras su mesa delante de la fachada acristalada, y aun así la deslumbró. No había visto anteriormente en el pueblo a un joven tan guapo ni tan bien plantado, con aquellos ojos azules que destacaban en su rostro bronceado por el sol, y aquella sonrisa algo cínica. Un mechón de cabello le resbalaba por la frente y se la quedó mirando complacido. Le hizo luego unas preguntas de las que no recordaba qué le contestó y cuando le indicó que su mesa estaba en un despacho contiguo y le explicó en qué consistía su cometido, asintió con la cabeza y se dirigió a la estancia aludida como si tuviera alas en los pies.

Sin duda, a él le gustó también, porque a partir de ese día la llamaba a menudo con cualquier pretexto y charlaban horas enteras en su despacho, aunque Herea se cuidó muy mucho de referirle como era su vida anterior y las arcaicas costumbres que aún regían en su aldea. Muy al contrario, trató de aparentar que era una joven

moderna y liberada, como las protagonistas de las novelas que leía, porque pensó que sería lo que le gustaba a él.

Después empezó a acompañarla a la salida del trabajo y la invitaba a tomar una copa en una cafetería cercana, más tarde a cenar en su casa, un deslumbrante chalé en el que vivía solo y en el que se bañaron en la piscina cubierta a la luz de las estrellas y finalmente la animó a pasar un fin de semana con él en su residencia de la playa.

Fueron unos días idílicos, con el susurro mágico del mar como música de fondo y la visión de su azulada inmensidad desde todas las ventanas de la casa. No era como el de Galicia, rugiente y bravío. En la costa de levante se mecía acompasadamente sin el fragor que lo hacía el de su aldea, pero su olor era el mismo y también su humedad y la cadencia con la que sembraba de espuma la playa. Casi lo había olvidado, porque Madrid no olía así. Fue como si hubiera vuelto a su terruño, pero en compañía de un joven que la quería y que no pretendía otra cosa de ella que ser correspondido.

No se lo contó a su madrina antes de irse. Le dijo que iba a ir al piso de una amiga a pasar el fin de semana, porque no lo hubiera entendido y porque estaba además muy delicada. Tanto, que un par de meses después de que realizara esa escapada sufrió un ictus, del que falleció. Su madre, que había servido en esa casa cuando era joven, se presentó en Madrid en cuanto se enteró y después del entierro volvió a Galicia. Herea se despidió de ella y se quedó en la casa de la madrina, ya que esta se la había dejado en herencia, y a partir de entonces dormía en el chalé de Gustavo los fines de semana.

A menudo se recriminó después por no haber tomado las medidas necesarias para evitarlo, pero cuando una mañana se despertó vomitando y con un espantoso malestar, se sentó en la cama e hizo un cálculo con los dedos. Fue tan tonta, que creyó que él se alegraría al saberlo y que le propondría que se casaran inmediatamente para impedir el previsible enfado de sus padres, que eran muy anticuados y calificaban de golfas a las mujeres que tenían hijos sin haber pasado antes por el altar, pero solo tenía diecinueve años y ninguna experiencia. También mantenían esa drástica opinión

sus hermanos y todos los lugareños de la aldea. De enterarse, con toda seguridad le aplicarían una palabra que sonaba mal y quizás, de haber vivido aún en la casa familiar, la hubieran echado a la calle. Gustavo, por el contrario, consideraba natural que un hombre y una mujer mantuvieran esa clase de relación, pero, ante su sorpresa, no reaccionó como esperaba y, según le dijo, no se había planteado en ningún momento la idea de casarse con ella y le propuso en cambio que abortara.

No era eso lo que sucedía en las novelas románticas que leía y le costó entenderlo. No tenía a nadie cerca además que pudiera aconsejarla e intentó aferrarse a él sin advertir que, desde que se había negado ella en rotundo a acudir a una clínica especializada en resolver esa clase de problemas, estaba haciendo lo imposible por quitársela de encima.

Y lo peor fue que unos meses más tarde la llamó a su despacho para comunicarle que había decidido despedirla. Empezaba a notársele el embarazo y sus compañeros chismorreaban a su paso, lo que él advirtió también, así como que sospechaban quien era el padre. Le dijo que con el despido podría cobrar la prestación por desempleo y disfrutar durante esos últimos meses de unas merecidas vacaciones sin tener que madrugar ni soportar en la oficina las molestias que sentía y que iban en aumento conforme se aproximaba el momento de traer al mundo a la criatura.

Efectivamente lo cobró, pero no le volvió a ver. Desde ese día no atendió sus llamadas telefónicas y la secretaria que la había sustituido no le permitió entrar en su despacho las veces que se presentó en la oficina pretendiendo recuperar la relación anterior. Con la excusa de que estaba reunido, le enseñó la puerta de la calle y no atendió a sus razones cuando insistió.

Finalmente se convenció de que era inútil seguir intentándolo y se obligó a sí misma a asimilarlo, aunque se preguntó mil veces por el motivo. Ciertamente no había pronunciado nunca él la palabra matrimonio, pero Herea lo había dado por hecho. Ese era el epílogo de todas las novelas que leía en la aldea y, pese a las diferencias sociales existentes entre los dos, había creído que ese sería también el suyo, aunque ante el personal hubiera ocultado Gustavo que

hubiera entre los dos un trato diferente al de un jefe con su secretaria y ante su padre la tratara autoritariamente y con absoluto despego. Era éste el accionista mayoritario del holding en el que se englobaba la empresa que dirigía su hijo y se presentaba de vez en cuando en la oficina como un magnánimo prócer que se rebajaba a descender de sus alturas para contemporizar con el personal, e interesarse, o fingir que se interesaba, por sus problemas del personal. En esas ocasiones se dirigía Gustavo a Herea como si perteneciesen ambos a dos estamentos distintos y el de ella fuera claramente de subordinación. Le dolió que reaccionara de esa forma y que no se la presentase como su novia, lo que hubiera sido acorde con su romántica idea sobre el amor que había dado por hecho que sentían los dos.

Qué equivocada estaba, aunque había mantenido hasta el día anterior la esperanza de que acabara de reaccionando conforme a lo que consideraba natural. La víspera, al experimentar las primeras contracciones que presagiaban la inminencia del parto, corrió a coger su móvil para avisarle, pero Gustavo no atendió su llamada, y, atónita, se aferró incrédulamente al teléfono e insistió una y otra vez. Debería de haber asimilado que lo que había habido entre ellos se había roto, porque la actitud de él desde que se enteró de que estaba embarazada había sido coherente, pero se había negado a admitirlo. Se había empeñado en convencerse a sí misma de que se trataba de un enfado pasajero, de que se le pasaría en cuanto recapacitara y que todo volvería a ser como el fin de semana que habían pasado en la playa, porque en su recuerdo no podían haber sido más hermoso. Imposible que para él no hubiera sido otra cosa que un pasatiempo efímero y que la niña que esperaban le tuviera sin cuidado.

Fue un rudo golpe y si consiguió llegar al hospital fue porque la única vecina que vivía en su misma planta la ayudó a bajar la escalera. Era una señora de unos cincuenta años, viuda, que vivía sola, y coincidieron en el rellano de la escalera. Al verla, inclinada sobre sí misma por el dolor e intentando infructuosamente bajar el pie al primer peldaño, le echó un brazo por los hombros y cargó con ella mientras inquiría:

—¿Y su marido? ¿No le ha avisado?

No le contestó. Apenas si podía hablar y no sabía además como hubiera reaccionado de haberle contestado que no existía tal marido. Gracias a ella logró llegar hasta la calle y la otra pidió un taxi. La acompañó hasta el hospital y la ayudó a bajar del automóvil al llegar al edificio y a caminar penosamente hasta la recepción de éste, trayecto que le costó un esfuerzo inmenso recorrer. Y la que le deseó al despedirse una horita corta.

Fue el personal del hospital el que exclusivamente se ocupó de ella. La habían llevado hasta la habitación en la que se hallaba ahora y una hora más tarde al paritorio donde había traído al mundo a una niña, que se encontraba a su lado en su cunita.

Dormía con los puñitos apretados y la envolvió en una mirada de ternura. Dentro de unos días sería Navidad y para entonces le habrían dado de alta en el hospital en el que estaba ingresada y volverían a la casa que había sido de su madrina, ajena la chiquitina por completo al incierto futuro que les aguardaba a las dos. Ni por soñación podría echar mano de sus padres ni de sus hermanos y mucho menos volver al pueblo con ella, porque sabía de antemano que no la admitirían en la casa familiar. Mientras cobrase el paro podría permanecer a todas horas a su lado en el piso que había heredado, pero después, cuando finalizase la prestación, tendría que buscar una guardería y un trabajo que les permitiera mantenerse. Luego, en cuanto le quedase tiempo, se propondría olvidarle, borrarle de su vida como si nunca hubiese existido, aunque dudaba que eso fuera posible y…

Un lagrimón le resbaló por la mejilla y se lo enjugó de un manotazo. Ya lo pensaría más adelante, se dijo. Cuando no le doliese tanto el cuerpo y pudiese pensar con lucidez, porque lo único importante era su niña y para poder ocuparse de ella necesitaba recuperar las fuerzas.

No pudo seguir dándole vueltas en la cabeza a lo que haría después, porque estaba tan cansada… Se dio la vuelta en la cama y cerró los ojos. Se adormiló en el acto sin percatarse de que arreciaba la nevada y que los copos se abatían contra el cristal de la ventana con un tintineo continúo, opacándolo y tiñéndolo de blanco.

El hospital entero dormía y tampoco oyó los pasos casi inaudibles que se aproximaban a la habitación ni vio como la puerta de ésta se abría sin hacer el menor ruido. Una sombra que llevaba una gorra en la cabeza calada hasta las orejas y unas gafas oscuras se perfiló en la oscuridad. Se acercó a la cunita y cogió silenciosamente a la niña envolviéndola en una toquilla. La introdujo en una bolsa de deporte y luego se dirigió apresuradamente hacia la puerta caminando de puntillas. El pasillo estaba a oscuras y no se escuchaba el menor sonido procedente de las habitaciones en las que estaban ingresadas las parturientas. Ni tampoco del puesto de enfermeras que al fondo del corredor estaban de guardia. Sigilosamente se encaminó el intruso sin el menor tropiezo hacia el ascensor y bajó hasta el vestíbulo. Pasó por delante del mostrador de recepción y saludó a la soñolienta enfermera que se hallaba tras éste.

—¿Se marcha ya? — le preguntó ella.

—Sí, volveré mañana.

—Pues hasta mañana.

Una ráfaga de viento helado se abatió sobre él cuando salió a la calle donde había estacionado su automóvil y colocó cuidadosamente la bolsa que contenía a la pequeña en el asiento posterior, asegurándolo sobre éste con el cinturón para que no pudiera caerse si daba un brusco frenazo. Después se sentó en el asiento del conductor y arrancó. Madrid dormía también y ni un alma se podía ver caminando por la acera mientras callejeaba siguiendo las instrucciones del GPS, que le indicó con precisión el lugar al que se dirigía, un edificio antiguo en el extrarradio en el que no se veía ni una sola luz. El portón estaba cerrado a cal y canto, pero eso no le amilanó, porque ya lo esperaba.

Sacó la bolsa del coche y se aproximó al edificio para buscar el torno en la fachada, un dispositivo cilíndrico adosado a la pared, que giraba sobre un eje, con un lado abierto en el que se depositaba el bebé desde la calle. Habían desaparecido ya en los restantes orfanatos de Madrid, pero sabía que aún quedaba uno en ese barrio, porque se había preocupado de averiguarlo. Colocó a la niña sobre

el torno, lo hizo girar y tiró luego de la campanilla. Después volvió rápidamente a su coche y arrancó desapareciendo bajo la nevada.

CAPÍTULO 2

Se preguntó Herea si sería realidad la espantosa pesadilla que estaba viviendo o una alucinación de su subconsciente con aterradores visos de verosimilitud. Estaba ahora sentada en la cama mirando, aunque sin verla, la cunita vacía, después de gritarle hasta quedarse ronca a la enfermera que se había presentado temprano en la habitación. Al despertarse esa mañana se había dado cuenta en el acto de que la niña no estaba donde debía y ésta le había asegurado que no se la había llevado. Eso mismo habían corroborado instantes más tarde las restantes enfermeras de la planta. Había acudido seguidamente la gobernanta al oír el alboroto, que había intentado poner orden, aunque sin éxito, después el director del hospital y más tarde la policía, que había sido llamada de inmediato, y que además de a todos los presentes, había interrogado a la enfermera que había estado de guardia en el vestíbulo toda la noche.

Ésta no había visto nada anómalo. Como de costumbre, habían ingresado de madrugada varias parturientas y a esas horas se habían marchado del hospital dos individuos, a los que suponía parientes de las pacientes. El agente que parecía estar al mando había pedido entonces las cintas de las cámaras de seguridad y las había visionado con el director en el despacho de este.

La que estaba instalada en el pasillo de la habitación de Herea resultó ser muy reveladora. Un joven con gafas oscuras y una gorra en la cabeza había salido del ascensor en la planta en la que se hallaba ella y había avanzado sigilosamente después por el corredor hasta que al llegar delante de su puerta la había abierto con sumo cuidado. Segundos después había salido de nuevo al pasillo llevando algo en las manos.

Podía vérsele de nuevo atravesando el vestíbulo con lo que parecía ser una bolsa de deporte y salir a la calle, donde otra cámara había registrado que había colocado esa bolsa en el asiento posterior de un automóvil estacionado allí mismo junto a la acera y había arrancado a continuación.

Seguidamente todos los implicados habían tratado de calmar a Herea, aunque había sido inútil. Lloraba y gritaba histéricamente, aunque ese policía le aseguró que darían con el culpable si se tranquilizaba, veía la grabación y trataba de reconocerlo.

Hipando, se puso ella la bata sobre el camisón y le siguió hasta el despacho del director, acompañados por los otros dos agentes, por el director, por la gobernanta, por todas las enfermeras y por los miembros integrantes de la seguridad del hospital. Estos últimos se quedaron en el pasillo y al despacho entró únicamente ella, con los policías y con el director. La sentaron en una butaca frente al ordenador y pusieron en marcha el aparato.

Estaba segura Herea de que había sido Gustavo el que se había llevado a la niña, aunque no acertaba a colegir por qué ni para qué, y así se lo había manifestado a los agentes, pero cuando visualizó la grabación se quedó perpleja, porque el individuo que había entrado en su cuarto no era él. Era un individuo más alto y más delgado que su exnovio. Incluso, y aunque no se le veía la cara, parecía más joven, pues Gustavo había superado la treintena. No supo por lo tanto qué responderle al policía que le pedía que le enumerase a los hombres de su entorno que considerara posibles sospechosos, e insistió en que era a él al que debían investigar, ya que debía haber enviado a ese otro en su lugar.

—Daremos con él, no se preocupe— le aseguró el inspector Romero, que era el que llevaba el caso—. Por fortuna no es muy frecuente el robo de recién nacidos y tenemos la matrícula del automóvil en el que se la llevó, porque se ve claramente en la grabación.

—¿Y le encontrarán? — inquirió llorosa.

—Esperemos que sí, pero tiene que calmarse. Si ese hombre quisiera hacerle daño a la niña no se hubiera esmerado en cubrirla con la toquilla con tanto cuidado. Quizás se trate de alguien que no

pueda tener hijos y que no se haya resignado a pasar por los largos trámites de la adopción, pero lo averiguaremos.

—¿Y tardarán mucho? — insistió entre dos hipidos.

Le sonrió él paternalmente.

—Lo menos posible. Ahora tiene que volver a su habitación y tomar el tranquilizante que le recete el médico. Necesita dormir para recuperar las fuerzas y para poder ocuparse de su hija cuando se la traigamos. Hágame caso.

Se lo hizo y se tomó la pastilla que le llevó la enfermera, pero cuando se despertó a media tarde no recibió las noticias que esperaba. El automóvil había sido alquilado por una persona que le había dado un nombre falso a la empresa que los arrendaba y la imagen del hombre que habían registrado las cámaras no se correspondía con ninguno de los delincuentes que la policía tenía fichados por robos de bebés.

La enfermera que le llevó la merienda no se atrevió a decírselo, pero ella lo adivinó.

—No han averiguado nada, ¿verdad?

—No, aún no, pero debe de tener paciencia. Sé que esta tarde han ido a interrogar al hombre, que, según usted, es el padre de la niña.

—Sí, ¿y qué les ha dicho?

—Que ha estado los dos últimos días fuera de Madrid. En la playa, con una chica, que ha corroborado su versión.

Era tan espantosamente doloroso que se hubieran llevado a la niña, que ni siquiera le importó que la hubiera sustituido con otra con tanta rapidez, aunque después, cuando se quedó sola, le imaginó en la casa en la que aquel fin de semana habían escuchado juntos el sonido de las olas y aspirado el olor inconfundible del mar, Le había asegurado entonces que la querría siempre, pero ¿qué significaría esa palabra? Probablemente le habría dicho lo mismo a la chica que había pasado el último fin de semana con él y era posible que se lo repitiera a las que la siguieran, que podían ser muchas, porque además de nadar en la opulencia era indiscutiblemente atractivo.

Le deseó que engordara, que le salieran arrugas y que perdiera el cabello de un día para otro, a lo que añadió achicando los ojos para concentrarse mejor y dejar escapar el veneno que sentía, que se enamorara de verdad de una joven que le diera calabazas, o que le dejara plantado sin ninguna explicación.

Tampoco al día siguiente le llevó buenas noticias el inspector Romero. Seguían buscando al secuestrador y le reiteró que darían con él, pero advirtió que lo hacía con menos convicción y cuando se marchó se levantó de la cama y dio unos pasos por la habitación. Aún le dolía todo el cuerpo, pero no podía permanecer allí perdiendo el tiempo. Pediría el alta, se marcharía a su casa y buscaría a su hija ella. Había leído en alguna parte que el instinto de una madre no podía ser superado por la policía ni por ninguna institución y no debía perder ni un segundo. Solamente había visto su carita durante un par de horas y si dejaba pasar el tiempo no la reconocería.

Algo más animada buscó su móvil y llamó a su hermano Rafiña, que estaba en Galicia en la casa familiar. Era el que la seguía en edad, apenas si se llevaban diez meses, y había nacido cuando ella todavía no había aprendido a andar, por lo que disfrutó durante muy poco tiempo de la atención en exclusiva de sus progenitores. Además de un hermano había sido su confidente, por lo que pensó que era el único al que podría pedirle que viniera a la capital para ayudarla en la casa durante los primeros días, hasta que se recuperara lo suficiente para ir a la compra y hacer las tareas más indispensables. Si podía evitarlo, le ocultaría que había tenido una hija sin estar casada y que no mantenía en el presente ninguna relación con el padre de la niña, porque no había salido él de la aldea y mantenía sobre la castidad de las mujeres la misma opinión que sus padres y que el resto de los lugareños.

Marcó el número y oyó su voz, que, en contra de lo que esperaba, le sonó áspera, regañona.

—Herea, ¿cómo estás? Madre está enfadada contigo, porque desde que murió doña Concha no ha sabido nada de ti. ¿Vas a volver a casa?

La sola idea bastó para irritarla, pero procuró que no lo notara y repuso:

—No, claro que no, pero te llamo para pedirte un favor.

—Sí, dime.

—He pasado un gripazo y, aunque ya estoy bien y no tengo fiebre me he quedado muy floja. ¿Te supondría un problema venir a pasar unos días conmigo? Solo sería el tiempo imprescindible para que me recupere y pueda volver a mi trabajo.

Notó que vacilaba.

—Pues no lo sé. Padre me necesita para que salga a la mar con él y…

—¿Para que vayas a pescar? — se indignó Herea—. ¿No estabas estudiando para presentarte a las pruebas de acceso a la universidad?

—Sí, pero los exámenes son en mayo y estamos en diciembre — le aclaró él—. Además, padre no está de acuerdo con que vaya a la universidad. Dice que, como soy el mayor, me corresponde ayudarle a él.

—¿Y ser pescador también?

—Sí. Ya sabes que no les pareció bien que te marcharas a Madrid en lugar de hacerte cargo de los pequeños. Madre está de nuevo embarazada.

—¿Y para cuando…?

—No, solo está de cinco meses, pero cree que espera gemelos.

—¿Por qué? — inquirió preocupada—. ¿Se lo ha diagnosticado el médico?

—No, ya sabes que en la aldea no hay ninguno. Lo supone, porque está más gorda que otras veces. Deberías volver, al menos cuando se acerque el momento para que la asistas en el parto.

Reprimió un exabrupto, porque llevaba mal Herea que vivieran anclados en el pasado, que su madre tuviera un hijo cada año y siempre en la casa, en lugar de ir a una clínica, que su padre no cayera en la cuenta de que había otras profesiones además de la de pescador, menos duras y mejor remuneradas, y que por el único motivo que la echaban de menos fuera porque no pudieran contar con ella para que cuidara de sus hermanos más pequeños, como si eso fuera una obligación que no debiera eludir en ningún caso.

—Pues no puedo volver, porque tengo aquí un trabajo de secretaria y me pagan muy bien—. Mintió—. Y tú deberías hacer lo mismo.

—¿Trabajar de secretaria? — bromeó.

—No. Aprobar los exámenes de acceso a la universidad y estudiar lo que te permita la nota y que más te guste. ¿Por qué no vienes a pasar unos días conmigo y lo pensamos juntos? Estoy de baja por la gripe.

Advirtió que vacilaba e insistió:

—Yo me he ocupado de ti siempre que has estado enfermo. Creo que por esta vez te corresponde hacerlo a ti. ¿Necesitas que te envíe el dinero para el billete del tren?

—No, soy amigo de un camionero que lleva el marisco a un supermercado de Madrid. Ha regresado hoy, por lo que podría marcharme con él mañana, pero ¿qué diría padre?

—No se lo preguntes— le aconsejó—. Dile que vienes a enterarte de en qué universidad podrías matricularte cuando superes las pruebas de acceso y que vienes a mi casa. Serán solo unos días.

—Bueno— admitió no muy convencido—. Lo mismo se enfadan los dos conmigo y contigo. Ya sabes lo que opinan de Madrid.

Que era un lugar de perversión, recordó ella. Consideraban inadmisible que las mujeres trabajaran en tareas similares a las de los hombres en lugar de cuidar del hogar y de los hijos que les mandara Dios, que solían ser muchos.

—¿Vendrás?

—Sí, bueno, mañana estaré ahí.

—Pues hasta mañana.

CAPÍTULO 3

Se despertó a la mañana siguiente con la sensación de que le habían desgarrado algo en su interior que la estaba ahogando en un mar de lágrimas. Estaba segura de que había sido Gustavo el que se había llevado a la niña y se preguntó cómo podría odiarla tanto para habérsela quitado, cuando a él no le importaba, aunque fuera su hija. Su atractiva apariencia debía de ocultar a un monstruo y se lo haría pagar. Aún no sabía cómo, pero tenía toda la vida por delante para obligarle a arrepentirse, aunque antes tenía que encontrarla. Se secó los ojos de un manotazo y decidió que lloraría cuando le quedase tiempo, porque lo que urgía era salir del hospital y buscarla.

En cuanto le dieron el alta, pidió un taxi, que la dejó en su casa, en la Plaza del Conde de Miranda, en pleno barrio de los Austrias. Era un edificio que probablemente tendría más de un siglo de existencia y le costó un esfuerzo ímprobo subir tirando de la maleta los cuatro pisos para llegar a su planta.

Alcanzó resoplando la puerta de su piso en el mismo instante en el que salía al rellano su vecina, que la saludó efusivamente.

—Cuanto me alegro de verla. ¿Pero no ha traído con usted a su hijo?

Inventó una excusa para no decirle la verdad, porque le pareció demasiado terrible para ser cierta.

—No, aún no, porque nació con muy poco peso y ha considerado el médico que convenía que lo recuperase en la incubadora. Será cosa de una semana o de algo más. Es una niña.

Asintió bondadosamente la otra.

—Estoy deseando conocerla. No he tenido hijos y me ha costado mucho asumirlo, sobre todo desde que mi marido falleció. Y, por cierto, ¿dónde está el suyo? ¿Consiguió localizarlo?

No encontró Herea las palabras que necesitaba y que buscaba para darle una explicación plausible, pero Virtudes lo adivinó y le sonrió afectuosamente.

—Será muy duro para usted criarla sola, pero puede contar con mi ayuda. Me encantan los niños y no tengo además nada que hacer en todo el día.

Le hubiera gustado a Herea aceptar su ofrecimiento, pero como no sabía cuándo podría recuperarla el inspector Romero ni siquiera si llegaría a lograrlo, le sonrió y extrajo la llave de su bolso para abrir la puerta de su casa.

—Gracias— le dijo—. Lo tendré en cuenta.

Cuando entró en el oscuro vestíbulo, un pasillo que hacía sus veces, se dejó caer exhausta y derrengada en el único sillón de la estancia para recuperar el aliento. A los pocos minutos se levantó para contemplarse en el espejo que colgaba sobre una anticuada cómoda repleta de fotografías enmarcadas. Estaba pálida, además de desgreñada, y unas sombras violáceas surcaban sus ojos azules, pero no se preocupó por su aspecto, porque Rafiña pensaría que era natural, ya que le había hecho creer que acababa de pasar la gripe.

Más le inquietó que viera las fotografías que se apilaban sobre la superficie de la cómoda en cuanto entrara en la casa, porque en todas ellas estaba con Gustavo en actitud más que cariñosa, y no tardaría su hermano en fijarse y en preguntarle quien era él. Además, había decidido olvidarle como si no hubiera existido, por lo que las sacó de sus respectivos marcos, las partió en dos y las tiró al cubo de la basura. Tuvo tiempo después de recorrer la casa e ir haciendo lo mismo con las que fue encontrando a su paso. Deshizo luego la maleta y la subió al maletero de su cuarto para que Rafiña no pudiera percatarse de que acababa de salir de un hospital.

Aún le quedó tiempo para pedir una pizza, que le llevaron enseguida y estaba poniendo la mesa en la cocina cuando sonó el timbre de la puerta y corrió a abrirle. Era él. Parecía cansado y soñoliento, pero se abrazaron emocionados al volver a encontrarse. Como Herea, era Rafiña rubio y tenía también los ojos azules, al igual que sus progenitores y que los hermanos que les seguían, lo que en la aldea en la que habían nacido era frecuente.

Como era demasiado temprano para comer, le condujo ella a sala de estar, una habitación que daba a la fachada y que sería luminosa de no estar cubiertos los dos ventanales por unos cortinones de terciopelo de color granate. Tomó él asiento en un butacón, enfrente de su hermana, que lo hizo en el sofá, y dejó vagar su mirada por las paredes materialmente cubiertas de cuadros y de cuadritos, lo que no debió de disgustarle, porque la decoración de la casa de sus padres era similar. Propia de una época en la que parecía molestar que la luz del día alegrase las viviendas. Pese a ello, le comentó:

—No has cambiado nada, ¿verdad' Está todo igual que cuando vivía doña Concha.

Ciertamente no se había molestado en modernizar el piso, porque había creído que no tardaría en casarse con Gustavo y en irse a vivir al chalé de él, pero como no podía decírselo a Rafiña se limitó a encogerse de hombros.

—La verdad es que no he tenido tiempo, pero en cuanto me reponga quitaré esas cortinas tan oscuras y tan anticuadas y pintaré las paredes de blanco o de amarillo. A mi madrina debía de gustarle el color gris plomo y por eso esta casa parece un velatorio, pero yo lo encuentro muy tristón, ¿no te parece?

Fijó en ella su mirada como si no la hubiera escuchado.

—¿Es que no piensas volver, Herea? Allí te necesitamos. Padre para que le arregles las redes, para que arrastres conmigo las capazas de pescado hasta la lonja y para que le alegres la existencia, porque está siempre de malhumor y refunfuña en cuanto se levanta por las mañanas. Y madre para que la aligeres de trabajo. No para ni un minuto y, como está cansada, lo único que hace es despotricar. Tú cantabas, hasta cuando fregabas el suelo y acunabas a Toño cuando lloraba por las noches.

—A Toño, a Maruxa, a Roxana, y a todos los demás— le interrumpió—. No recuerdo una noche en la que haya podido dormir sin levantarme tres o cuatro veces para cogerles en brazos y pasearles por el pasillo hasta que se callaban.

—Pero era tu obligación, ¿no?, porque eres la mayor— replicó él, como si fuera incuestionable que lo hiciera.

—No sé si era mi obligación, porque nadie me lo agradecía. No le he escuchado nunca a madre una palabra amable, ni tan siquiera como reconocimiento,

—¿Y quién lo iba a hacer sino tú? A mí me tocaba en cambio salir con padre de pesca por las noches.

Sabía que lo que le estaba diciendo era cierto, pero le pareció tremendamente injusto no haber podido disfrutar de su niñez ni de su juventud y replicó:

—¿Me estás proponiendo que regrese a casa para que apenque, ya que únicamente me echáis de menos porque tenéis ahora que realizar el trabajo que me habías endilgado entre todos y no habéis encontrado sustituto?

—Bueno…

—¿Y cuál sería mi vida allí? Tengo diecinueve años y no hay en la aldea nadie de mi edad. Padre me sugirió un día que podía casarme con el hijo de nuestro vecino que se ha quedado viudo y que le había comentado que yo le gustaba. ¿Qué te parece a ti?

Esbozó Rafiña un gesto de duda.

—Pues…

—No te molestes en hacerle el panegírico. Ese hombre tiene por lo menos cincuenta años, es más bajo que yo, tiene un lobanillo en el cuello y tartamudea cuando se pone nervioso.

—Sí, pero vivirías en la casa de al lado y te veríamos todos los días.

—Pero es que a mí no me basta con eso— replicó airada, levantando la voz—. Quiero realizar un trabajo que me guste y si algún día decido casarme, lo haré con un joven que también me guste. ¿Por qué no te casas tú con la hermana del vecino?

Respingó él ligeramente en la butaca como si le hubiera propuesto un disparate.

—Porque Casilda podría ser mi madre y quizás hasta mi abuela. Además de ser bien fea, tiene por lo menos cuarenta años.

—¿Y por qué tengo yo que cargar con un vejestorio y tú no?

Levantó él ambas manos como si la respuesta fuera obvia, pero luego las volvió a dejar caer. Después se echó a reír.

—Ya sabes por qué y que no es lo mismo. Los hombres podemos elegir y las mujeres…

—Las mujeres nos tenemos que aguantar con el que se digne dirigirnos la palabra, ¿no es eso? — se enfadó—. ¿Cómo puedes ser tan anticuado y tan ceporro? Los dos tenemos la oportunidad de elegir nuestro futuro y yo lo he elegido ya.

—¿Pero y nuestros hermanos pequeños?— adujo Rafiña escandalizado ante lo que consideraba un desatino— . Cuando nazcan los gemelos, Toño estará aprendiendo a andar.

—Sí, ¿y qué?

—Que madre necesitará que te ocupes de él y de los dos que va a traer al mundo.

—Y del que encarguen para el año que viene y para el siguiente. En ese caso debería de haberme preguntado si me parecía bien y no tenía unos planes diferentes que me apetecieran más.

Esbozó él un gesto de desagrado.

—Eres una egoísta. No piensas más que en ti y las hijas deben de ayudar a sus madres.

—Sí, hasta cierto punto sí, pero también los hijos. ¿Por qué no le enseñas tú a andar a Toño y atiendes a los dos bebés cuando nazcan? Se nota que no has salido nunca de la aldea y que no te has enterado de que el mundo es bastante diferente. De que en él rigen unas costumbres muy distintas. No pienso volver ni tengo la menor intención de casarme con el vecino.

Frunció él las cejas y meneó desaprobadoramente la cabeza. Le pareció a Herea que analizaba su silueta, aún deformada por el embarazo, y que luchaba por impedir decirle unas palabras que le desgradarían sin género de dudas.

—¿Estás segura? — murmuró tan solo.

—Sí, claro que lo estoy.

Vaciló de nuevo, pero finalmente musitó:

—Sabes que no te admitirían en casa si hicieras… si hicieras algo que no estuviera bien.

—¿Te refieres a que me diera por emborracharme o a que consumiera drogas?

Clavó en su rostro sus claros ojos azules y creyó ver en ellos una clara advertencia.

—Sabes a lo que me refiero. Recuerda lo que le pasó a la Engracia.

La aludida se había quedado embarazada por un novio que la dejó antes de haber pasado por el altar y sus padres la echaron de la casa en cuanto se le notó, por lo que tuvo que refugiarse en un convento que acogía a mujeres descarriadas. Había sucedido eso cuando Herea aún era una niña, pero en la aldea aún se bajaba la voz cuando salía su nombre a relucir y por supuesto no había podido volver a aquella, porque se la tachó desde el primer momento con una palabra malsonante y nadie le hubiera dirigido la palabra.

Fue a contestarle airadamente, pero en ese instante sonó su móvil. Lo cogió de la mesita delantera del sofá y reconoció en el acto la voz del inspector Romero.

—¿Doña Herea?

—Sí, soy yo.

—Creo que hemos dado con una buena pista— le oyó decir.

No esperó ella a oírle decir una palabra más, porque su hermano la estaba mirando con expresión interrogante. Con el corazón acelerado, se levantó del sofá y salió apresuradamente de la habitación. Ya en el pasillo le apremió a que le comunicara lo que había averiguado.

—¿Sí? ¿La han encontrado?

—Es posible. A un orfanato, sito en el barrio de Vicálvaro, llevaron anteanoche a una recién nacida, a la que dejaron en el torno y tocaron luego la campanilla con la que avisan a las monjas. ¿Recuerda cómo iba vestida su hija cuando se la entregaron después del parto?

—Sí, claro que sí. Llevaba un pañal, un jersey de color rosa y unas botitas del mismo color.

—Pues es muy posible que sea ella.

De la alegría estuvo a punto de echarse a llorar.

—¿Y está bien?

—Sí, sí, está perfectamente. La ha reconocido un pediatra y se encuentra muy bien. Tiene una pelusilla rubia y los ojos azules.

¿Cuándo quiere que vayamos a verla?

De la emoción se le agolparon las palabras en la garganta y tartamudeó:

—Ahora mismo. ¿Podría… podría recogerme? Me han dado de alta esta mañana en el hospital y estoy en mi casa, pero aún me encuentro un poco floja.

Oyó su risa.

—Estará algo más que floja. ¿Puede bajar hasta el portal?

—Sí, claro que sí.

Le dio la dirección y cortaron ambos la comunicación. Iba a dirigirse al vestíbulo a toda prisa, pero recordó a tiempo que su hermano estaba en la sala de estar y que no debía enterarse de lo que había hablado con el policía. Lamentó haberle llamado, pero como ya no tenía remedio ideó rápidamente una excusa y en cuanto se puso en su cuarto un chaquetón y recogió su bolso, regresó a la estancia en la que se hallaba él y le dijo:

—Me han llamado de la oficina, porque se ha producido una emergencia. Volveré en cuanto la solucionemos, pero ve comiendo tú, porque no sé lo que tardaré. Hay una pizza en la nevera. Caliéntala en el microondas. También hay fruta en la nevera. Hasta luego.

Salió corriendo del piso y bajó los cuatro pisos de escalera como una exhalación. En la calle aguardaba ya un coche de policía con el inspector Romero al volante y se precipitó dentro del asiento posterior, pero cuando estaba a punto de cerrar la puerta levantó la mirada hacia su casa. Rafiña se había asomado al balcón y observaba con el ceño fruncido el coche que la había ido a recoger. Era obvio que había constatado que no era cierto lo que le había dicho, y en cualquier caso tendría que explicarle la verdad cuando volviera con su hija. Pero eso no importaba en ese momento. Lo único trascendente era que iba a recuperar a la niña y si él la consideraba una cualquiera por ese motivo y no lograba convencerle de que no tenía razón, le pediría cariñosamente que regresara a la aldea. Si no volvía a verle, la culpa sería exclusivamente de él.

CAPÍTULO 4

Hacía frío en la salita de paredes desnudas a la que les hizo pasar la monjita que les abrió el portón del edificio. Les indicó dos austeros sillones de cuero para que tomaran asiento y les comunicó en voz muy baja, como si temiera turbar el sepulcral silencio que reinaba en el orfanato:

—Voy a ver si el director puede recibirles.

—Pero oiga…— intentó detenerla el inspector para explicarle el motivo de su visita.

No debió de oírle o, si le oyó, no lo denotó, porque salió de la habitación sin hacer el menor ruido y les dejó solos.

—¿Por qué no le ha dicho usted a qué hemos venido? — le recriminó ansiosamente Herea.— ¿No le ha dicho que anoche me robaron a mi hija y que creemos que está aquí?

Asintió cachazudamente el inspector.

—Se lo he dicho al director esta mañana y también que vendría enseguida con usted, pero probablemente la monjita no lo sepa. Pero no se altere. El director nos recibirá en unos minutos.

—Pero yo no puedo esperar tanto— se enfadó Herea en un susurro para no romper el silencio reinante, que parecía connatural al edificio y que no dejaba de resultar extraño, dado que albergaba a muchos niños.—. Debería entenderlo el director, la monjita y todo el personal de este orfanato. Quiero que me devuelvan a mi niña y quiero que me la devuelvan ya. ¿Sabe usted dónde está el despacho del director?

Asintió el inspector con un ademán, que pretendió ser tranquilizador.

—Si, claro que sí, porque ya le he dicho que he estado con él hace un par de horas. Es un hombre joven y bastante afable. Está al final de un pasillo que empieza tras esa puerta— repuso señalándole

una que tenían enfrente y en la que ella no se había fijado—. Pero debemos aguardar a que vuelva la monja que nos ha recibido y que ha ido a ver si no está ocupado.

—Ni hablar— replicó ella levantándose— Parece que el mundo entero se haya confabulado contra mí para no responder directamente a mis preguntas y no estoy dispuesta a consentirlo— Se dirigió directamente hacia la puerta aludida y cuando la alcanzó se volvió hacia el inspector para decirle—: Venga conmigo, si quiere y, si no, siga ahí sentado.

—Pero oiga…

No le escuchó Herea y echó a correr por el pasillo, en el que no se cruzó con nadie. Finalizaba en otra puerta que estaba cerrada y aunque sabía que lo procedente era llamar primero con los nudillos para que la autorizaran a entrar, no lo dudó, Asió la manilla y empujó bruscamente la hoja de madera, precipitándose en la estancia. El joven que estaba sentado tras la mesa levantó sobresaltado la mirada del cerro de papeles que estaba consultando y clavó su sorprendida mirada en la muchacha que tenía delante. Con la melena enmarañada y el rímel de los ojos corrido, acababa de apoyarse con los dos codos sobre el montón de papeles que leía, dispersándolos en todas direcciones con aire amenazador. Acabaron casi todos en el suelo, por lo que hizo él un primer intento de recogerlos, pero desistió al fijarse mejor en la recién llegada. Además de desgreñada, estaba llorando, por lo que parpadeó perplejo y esbozó un gesto apaciguador.

—Mi hija— le gritó Herea—. La han traído aquí y quiero que me la devuelva inmediatamente.

Debía de estar acostumbrado a escenas similares, porque tardó menos de un segundo en reaccionar. Se levantó de la butaca, la bordeó y apartó bruscamente a Herea de la mesa. Luego apoyó las dos manos sobre los hombros de ella y la hizo sentarse en un sillón, que sin duda estaba destinado a las visitas. Seguidamente regresó a la suya y se dejó caer de nuevo en el asiento.

—Cálmese y dígame qué es lo que le sucede.

Le obedeció ella y se sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo para sonarse y secarse las lágrimas.

—Ya se lo ha dicho esta mañana el policía que está en la sala de espera. ¿O es que no se ha enterado? Anteanoche raptaron a mi hija, a la que acababa de dar a luz en el hospital.

Asintió él y la envolvió en una mirada de comprensión.

—Sí, efectivamente me lo ha explicado un agente de la policía que ha estado aquí hace un par de horas. ¿Qué fue lo que pasó?

—Que me la quitaron durante la noche. No quise que la enfermera se la llevara al nido y estaba durmiendo en su cunita junto a mi cama. Yo también estaba durmiendo y no me enteré, pero se la llevó de madrugada un tipo que llevaba una gorra y unas gafas oscuras, que incomprensiblemente la trajo seguidamente a este orfanato y por lo visto la dejó en el torno. Es rubia como yo y tiene también los ojos azules.

Asintió nuevamente él y se dio cuenta en ese momento Herea de que era muy joven para ser el director del establecimiento y de que se parecía a Gustavo. Al igual que su exnovio, era moreno y tenía el cabello castaño con algunos mechones más claros, como si el sol se los hubiera desteñido. Le resbalaban sobre la frente, que en ese momento tenía fruncida, y sus ojos, muy claros y brillantes, de color azul, la observaban de una forma similar. Alarmada, se preguntó si sería su hermano menor y si habría participado por indicación del otro en el rapto de la niña.

—Efectivamente nos dejaron anoche, de madrugada, una niña recién nacida que podría ser su hija— le dijo acodándose apaciguadoramente sobre la mesa—. El inspector Romero, que, al parecer ha venido con usted, me lo ha explicado detalladamente y sor Marcela ha ido a buscarla para traérsela y para que intente reconocer si es la suya. Con tan pocas horas de vida no son fáciles de distinguir unos bebés de otros.

—¿Cómo que no son fáciles de distinguir? — rugió furiosa—. Entréguemela de una vez, porque, aunque a usted le parezcan todos iguales, mi hija es completamente diferente a los demás.

Sonrió él y unas arruguillas se le marcaron en las comisuras de los ojos, lo mismo que a Gustavo, lo que le impactó de nuevo, porque el parecido era tan patente que momentáneamente se calmó y su ira se trocó en curiosidad. No recordaba que él tuviese

hermanos, pero no podía descartarlo, porque no solía hablarle de su familia.

—¿Quiere tranquilizarse? — le sugirió él— Comprendo su estado de nervios y nos sería de mucha ayuda que pudiera proporcionarme algún dato que nos sirva para determinar quién pudo haber sido la persona que secuestró a su hija. ¿Está usted en trámite de separación de su marido?

Meneó ella negativamente la cabeza.

—No, no estoy casada. El padre de la niña me dejó al enterarse de que estaba embarazada y de que me negaba a abortar. Trabajaba entonces como su secretaria, pero me despidió y no le he vuelto a ver desde entonces.

Aunque permaneció él impasible, le pareció que esbozaba un gesto del que podía deducirse que el suyo era un caso muy frecuente, pero se limitó a inquirir:

—¿Y cree que ha podido tener algo que ver con el rapto?

—Sí, estoy segura de que sí, a lo que no le encuentro explicación es al motivo.

Tabaleó él con un bolígrafo sobre la mesa y replicó:

—Puede tener varios. Quitándosela a usted y dejándola a salvo, pero en un lugar en el que podría no encontrarla nunca, quizás tratara de evitar la obligación que le compete de contribuir a su mantenimiento hasta su mayoría de edad, a lo que está obligado legalmente.

—No creo que eso le preocupe— objetó ella, rememorando la opulencia en la que se movía—. Es director de una conocida empresa de moda juvenil que forma parte del holding del que su padre es accionista mayoritario. Pertenece a una familia a la que le sobra el dinero.

—Ya.

Se quedó mirando sin ver a un punto indefinido y por su expresión dedujo Herea que estaba barajando otras posibilidades.

—Quizás su intención haya sido entonces hacerle daño a usted. Las relaciones de pareja son complejas y con frecuencia pasan sus componentes del amor al odio con facilidad.

Lo consideró ella con la cabeza baja. Evocó aquellos días ya lejanos en la playa con el susurrante rumor de las olas, y los furtivos momentos en los que aprovechaban los segundos cuando se quedaban solos en el despacho de él y unos lagrimones le rodaron por las mejillas. Había sido demasiado hermoso para ser fingido.

—No creo haberle dado motivos para que me odie. Y sabe que nunca le reclamaría nada.

—Pues hace mal, porque si la niña es suya, tiene obligación de mantenerla.

—Pero él no la quiere y yo no aceptaría nada de él— replicó con altanería—. Y tampoco tengo intención de acudir a un juzgado a reclamarlo. Alegaría que no es su hija y puede que me atribuyera una vida disoluta para justificar su desinterés por ella. Tengo entendido que no se le puede obligar a él, ni siquiera judicialmente, a hacerse la prueba del ADN.

—Eso no es exactamente así, pero lo que sí le aconsejo es que busque a un abogado, experto en derecho de familia. ¿Es usted mayor de edad?

—Sí, sí, tengo diecinueve años.

Sonó como si se considerase una mujer hecha y derecha y él le sonrió compasivamente, aunque procuró disimularlo.

—Menos mal— masculló entre dientes—. Es una suerte para él. De todas formas, la recuperación de su hija requiere la realización de unos trámites, que desgraciadamente llevan un tiempo y…

No acabó de aclararle en qué consistían, porque en ese preciso instante entró la monja en el despacho con la chiquitina en brazos. Estaba dormida, pero Herea la reconoció en el acto y con un gritito de triunfo se la arrebató y la cogió en brazos para mecerla.

—Es mi hija— le aseguró—. ¿No se da cuenta de cómo se me parece?

Debió de haberse cansado el inspector Romero de aguardar solo en la sala de espera, porque se personó en ese momento en la estancia y trató de explicarle al director por segunda vez cómo se habían producido los hechos y cómo habían constatado el rapto de la niña mediante las cámaras de vigilancia, lo que al director no pareció impresionarle.

—No dudo de que sea su hija ni de que efectivamente se la hayan secuestrado— convino, dirigiéndose a ella—. Todos los datos coinciden, pero lamentándolo muchísimo no puedo permitir que se la lleve eludiendo el procedimiento previsto.

—¿A qué se refiere? — inquirió Herea sorprendida.

Le sonrió el director y sintió ella un estremecimiento al constatar nuevamente ante ese gesto su enorme parecido con Gustavo. Incluso se preguntó si se habría confabulado con él para… ¿para qué?

—En primer lugar, tendrá que acreditar mediante la prueba del ADN que es usted su madre— le dijo.

—¿Pero por qué? ¿No ha oído al inspector?— se impacientó ella, preguntándose por qué se empeñaría en complicar tanto un caso tan sencillo.

—Sí, pero se han dado casos en los que la mujer que reclamaba al bebé no tenía con este ningún parentesco y lo que verdaderamente pretendía era ahorrarse los trámites de la adopción.

—Si no hay más remedio, me haré la prueba ahora mismo— se resignó ella.

—No produce efectos legales la prueba realizada por cualquier centro— le advirtió—. Le entregaré ahora mismo una lista de los laboratorios acreditados para realizarla, y la haremos llegar al juzgado en el que presente la pertinente reclamación.

Se quedó sin habla Herea. Se quedó mirándola con sus ojos azules muy abiertos y expresión de profunda consternación.

—¿Es que tengo que reclamar a mi hija judicialmente? Todo el personal del hospital en el que nació ha sido testigo de que me la raptaron.

—No lo dudo, pero ese testimonio tiene que prestarlo ante un juez de familia, que es el competente. Le repito que mi consejo es que se busque usted a un abogado especializado en la materia.

Intercambió ella una mirada de incomprensión con el inspector Romero, que le dio unos golpecitos en la espalda. Luego se volvió al director, que la observaba en silencio tras su mesa.

—¿Y cuánto tiempo puede tardar el juez en resolver el caso?

Incómodo, tabaleó él con más fuerza con el bolígrafo sobre la mesa.

—La justicia es lenta, pero me ofrezco para prestarle mi colaboración y procurar que se resuelva lo más pronto posible. Puedo darle también, si quiere, una relación de los abogados con los que hemos tenido trato por haber llevado asuntos similares, aunque, si lo prefiere, puede buscar usted otro de su confianza.

—No, no conozco a ninguno, así que démela ahora mismo y llamaré inmediatamente al que me aconseje.

—No puedo aconsejarle sobre ese particular, porque todos ellos me parecieron unos profesionales excelentes y es preferible que lo decida usted. Pero tome.

Había abierto un cajón de su mesa y tras revolver su contenido le entregó una lista de diez nombres, con su dirección y su teléfono. Herea solamente se fijó en el que figuraba en primer lugar.

—Gabriel Márquez— leyó—. Tiene el despacho en la calle Villanueva y por el número debe de estar al principio de esa calle.

Asintió él.

—Sí, es un chico joven, pero con experiencia en el asunto. La titular del despacho tiene ya cierto renombre porque es una magnífica penalista. ¿Le suena el nombre de Noelia Villarroel?

Hizo Herea un gesto de ignorancia y él añadió:

—Comprendo su estado de ánimo y trataremos en lo posible paliar la dolorosa situación en la que se encuentra. Puede venir diariamente de nueve de la mañana a ocho de la tarde para estar con la niña y criarla, si es su deseo. En ese caso sor Marcela puede darle una pauta sobre lo que debe hacer para cubrir los intervalos en los que no pueda venir y…

Aguardó Herea a que terminara la frase, pero ya le tendía él una tarjeta.

—Me llamo Alberto Hidalgo. Puede contar conmigo siempre que lo necesite y estaré encantado de atenderla. Estoy dirigiendo este orfanato temporalmente, sustituyendo al titular que está de baja, pero mientras lo esté estoy a su disposición.

Dejó escapar ella un suspiro de alivio al oírle. Gustavo se llamaba Montero de apellido, por lo que se dijo que, como no

coincidía con el de éste, el parecido entre ambos debía de ser tan solo casualidad.

CAPÍTULO 5

Se echó Gabriel mano al bolsillo buscando la llave de la oficina, pero como de costumbre la había olvidado. Aunque ese despiste no tenía trascendencia, porque si llamaba al timbre le abriría la secretaria, le preocupó, ya que últimamente era cada vez más frecuente y obedecía a que le absorbía su trabajo en exceso. A menudo no solía saber tampoco dónde dejaba el móvil, pero por fortuna pudo palpar el bulto que formaba en el bolsillo de la chaqueta y dejó escapar un suspiro de alivio. Consultó luego su reloj de pulsera y cuando comprobó que llegaba con media hora de antelación a la llegada del primer visitante que tenía citado esa tarde y que por lo tanto tendría tiempo sobrado de consultar antes las actuaciones de su caso, pulsó el timbre de la puerta.

Le abrió en el acto la secretaria. Pero no parecía la misma de siempre. Flor había cumplido ya los sesenta. Poseía un porte sumamente distinguido, hasta el extremo que los clientes que acudían por primera vez al bufete solían creer que era la titular, y no solía alterarse con facilidad, pero esa tarde le recibió agitadísima, atropellándose ansiosamente al hablar, y señalándole la puerta de la sala de espera como si albergara dentro de la estancia a la que daba acceso algo sumamente inquietante.

—Lleva ahí más de media hora— le dijo sin aliento—. He intentado calmarla y que comprendiera que no puedes recibirla hoy y…

—¿Pero de qué me estás hablando?— se impacientó él.

—De una chica que ha llamado esta mañana pidiendo una cita contigo. Le he buscado un hueco para la semana que viene y se ha puesto como una pantera cuando he pretendido hacerle comprender que no tenías otra hora libre. Me ha llamado de todo. Que no tenía corazón, que se notaba que no tenía hijos y que…

—¿Qué no tienes hijos?— se extrañó Gabriel arqueando las cejas—. Tengo entendido que has traído al mundo dos.

Como si no le hubiera oído, siguió ella tratando de aclararle lo sucedido:

—Lo he intentado, pero no me ha dejado explicárselo y cuando he llegado esta tarde a la oficina me la he encontrado en el descansillo de la escalera esperándome. Ahora está en la salita, dispuesta a que la recibas en el acto. ¿Qué hago?

Se rascó Gabriel el cogote, gesto que denotaba que no sabía qué respuesta darle. Consultó nuevamente el reloj y terminó por encogerse resignadamente de hombros.

—Bueno, tengo media hora por delante antes de que se presente el cliente que espero, así que la atenderé mientras tanto. Pásamela dentro de un minuto.

Con un ademán de la mano a modo de despedida, echó a correr por el pasillo que se iniciaba allí para introducirse en el último despacho de ese corredor. El primero era el de Noelia, que era la jefe y el segundo el de Miriam que la seguía en importancia en el bufete. Él había sido el último en incorporarse y era también el más joven y el que menos experiencia tenía, por lo que le reservaban los asuntos más sencillos y los casos de familia, aunque estos no siempre fueran fáciles.

Tuvo el tiempo justo de sentarse tras la mesa antes de que Flor llamara a la puerta con los nudillos y seguidamente hiciera pasar a una joven muy bonita, pero muy desarreglada. Llevaba unos holgados pantalones en los que podían haber cabido dos como ella, un jersey rojo demasiado amplio también, y un anorak encima con la cremallera sin cerrar. Enmarcaba su rostro una alborotada melenita rubia y lacia que probablemente no se habría peinado antes de salir de casa, y en el que destacaban sus grandes ojos azules, que con seguridad serían dignos de admirar de no tenerlos tan hinchados.

—Necesito que me ayude— murmuró entre dos hipidos.

Con un dedo se colocó Gabriel las gafas de concha sobre el puente de la nariz y seguidamente le indicó una de las dos butaquitas que tenía frente a su mesa y que estaban destinadas a los clientes.

—Sí, por supuesto que sí. Cuénteme lo que le pasa.

Asintió ella, se enjugó con un pañuelo los lagrimones que la corrían por las mejillas, y repuso:

—Me han quitado a mi hija. Quiero que consiga que me la devuelvan.

Hubiera esperado él cualquier cosa menos eso, porque su aspecto era el de una estudiante y no parecía tener edad de haber traído ya al mundo a una criatura.

—¿A su hija?

—Sí, nació ayer y de madrugada se la llevaron del hospital mientras dormíamos las dos. La tenía al lado de mi cama y no me enteré hasta la mañana siguiente.

—¿Quién se la llevó? ¿Su marido?

—No, no estoy casada, pero sí, supongo que habrá sido el padre de la niña.

Esperaba Herea que reaccionara al oírla con un gesto de reprobación, como lo habría hecho su madre, Rafiña, y cualquiera de los habitantes de la aldea en la que había nacido, pero ante su sorpresa no efectuó él el menor gesto. Se la quedó mirando como si lo que le estaba diciendo fuera algo habitual y tener hijos sin haberse casado antes no mereciera un adjetivo malsonante.

—¿Por qué se la llevó? ¿Habían roto la relación que mantenían y tenía intención de pedir la custodia?— inquirió Gabriel interesado.

—No, no, nada de eso. Hace meses que no le he visto y pretendió que abortara cuando supo que estaba embarazada. Él no tenía intención de que tuviéramos descendencia ni al parecer tampoco de casarse conmigo.

—Ya. ¿Por qué no me lo cuenta desde el principio?— le propuso Gabriel disimulando su desorientación.

Incoherentemente le refirió Herea cómo le había conocido, cómo había reaccionado al saber que esperaba un hijo suyo y por qué suponía que habría secuestrado a la niña dos noches antes.

—Me la quitó para dejarla en un orfanato, pero no le hizo daño. La envolvió incluso en una toquilla antes de salir con ella en brazos a la calle para que no se enfriara Yo… no me lo puedo explicar.

Estuvo a punto Gabriel de decirle que él tampoco se lo explicaba, pero en su lugar adoptó una expresión docta y se aventuró a imaginar un posible motivo.

—Supongo que habrán terminado ustedes tirándose los trastos a la cabeza, lo que es muy frecuente en las parejas cuando rompen, y que habrá querido herirla donde más le doliera. ¿No cree que haya podido ser así?

Se le quedó mirando en silencio Herea sopesándolo, para terminar por menear calmosa y negativamente la cabeza.

—No, no lo creo. Supongo, por el contrario, que ha conseguido olvidar que existo. Soy una pueblerina ignorante y me deslumbró cuando le conocí, porque es muy guapo y además era mi jefe. Me ha costado comprenderlo, pero ahora sé que es un don Juan y un hijo de papá, que utiliza a las mujeres y luego prescinde de ellas como si fueran objetos desechables. Hace creer a las tontas como yo que está loco por ellas y luego las deja tiradas cuando le plantean un problema. Dudo que haya querido de verdad a ninguna de sus novias.

Se acarició Gabriel la barbilla al tiempo que hacía un gesto dubitativo.

—Por lo que me cuenta no me parece que ese hombre responda al tipo de sicópata que busca hacer daño por el placer de hacerlo, sino más bien al inconsciente desaprensivo que no mide las consecuencias de sus actos y no está dispuesto a afrontarlas. Tiene que tener otra razón, si es que ha sido él el secuestrador, claro.

—Eso no lo sé con seguridad— reconoció Herea vacilante—. Parecía ser un chico más joven y más alto que Gustavo el tipo que grabaron las cámaras de seguridad del hospital, aunque es posible que el que se la llevó lo hiciera por encargo suyo. De lo que sí estoy segura es de que en absoluto se alegró al saber que iba a ser padre, sino al contrario. Vi con toda claridad en sus ojos que lo que deseaba cuando se enteró era perderme de vista cuanto antes y de por vida. ¿Otra razón?

—Sí, si demostráramos que él es el padre, el juez le condenaría a pasarle a usted una pensión para que mantuviera a la niña. La cuantía estaría en función de los ingresos de él.

—No creo que eso le importara demasiado. Es el director de una empresa de ropa juvenil, que exporta a una gran parte de países del extranjero y su padre, un magnate y accionista mayoritario de un holding muy importante. Y no quiero reclamarle nada. Cuando recupere a mi hija, la mantendré yo.

La observó Gabriel con curiosidad preguntándose cómo habría pensado hacerlo. Quizás y pese a su desarreglado aspecto perteneciese a una familia adinerada. Debió leer ella lo que pasaba por su mente, porque se apresuró a aclarárselo.

—No, no puedo contar con mi familia. Mi padre es pescador y tanto él como mi madre opinan que una mujer no debe mantener relaciones sexuales antes de casarse y que las que lo hacen son unas perdidas. Ya le he dicho que el tipo que se la llevó la depositó esa misma noche en un orfanato, donde la ha localizado la policía. Esta misma mañana he estado en esa institución y me han permitido tenerla en brazos, pero no llevármela. Al parecer, tiene que decidirlo un juez. ante el que tengo que acreditar que soy su madre. Por eso estoy aquí.

Asintió gravemente Gabriel.

—Efectivamente es así. Usted podría haber inventado lo que me ha referido para evitarse los trámites de la adopción o por otra razón inconfesable.

—¿Cómo cuál?— Quiso saber ella, a quien no se le ocurrió ninguna.

—¿No ha oído hablar del tráfico de bebés?

—Sí, pero todo el personal del hospital y el inspector de policía que ha llevado el caso pueden atestiguar que es mi hija. Además, se me parece mucho.

—¿Y la ha inscrito ya en el Registro Civil?

—Sí. En el hospital me lo facilitaron y le he puesto de nombre Victoria, como a mi madre No me llevo muy bien con ella, pero espero que cuando la conozca se ablande, aunque mucho tendría que cambiar de opinión sobre ese tema. Es que soy de una aldea de Galicia muy pequeña con muy malas comunicaciones con Pontevedra, en la que los lugareños son muy anticuados, porque

está muy aislada de la civilización. Vivo ahora aquí, en Madrid, yo sola. En el presente estoy en paro.

Hizo un esfuerzo Gabriel para impedir que aflorara a su rostro la conmiseración que le inspiraba.

—Pues en ese caso debería con mayor razón reclamarle al padre de su hija la pensión que le corresponde por derecho— le dijo — ¿Cómo va a sacarla adelante usted sola? Es demasiado joven para tener estudios y al mismo tiempo tiene que ocuparse de ella, por lo que no será fácil que encuentre trabajo.

Negó Herea enérgicamente con la cabeza.

—No, no quiero nada de él. Quiero recuperar a Viky cuanto antes y olvidar que existe Gustavo, al que le deseo los peores males del mundo.

—¿Y cómo ha pensado mantenerla? Me ha dicho que no puede contar con su familia.

Evocó ella a Rafiña y un lagrimón le corrió por la mejilla. No estaba ya en su casa cuando había regresado del orfanato unas horas antes. En su lugar, le había dejado una nota en la que le decía que la había encontrado muy bien y como podía apañárselas sola, había decidido volver al pueblo, ya que su padre la necesitaba más que ella. Le recomendada luego que se comportase dignamente, por lo que dedujo que por su figura deformada había adivinado el verdadero motivo de su convalecencia y lo había considerado incalificable. ¿Por qué si no se habría marchado?

—No, no puedo contar con nadie— repuso, secándoselas con el dorso de la mano—. Buscaré un trabajo en cuanto se me acabe la prestación por maternidad, pero lo que me urge ahora es conseguir que el orfanato me devuelva a Viky.

—Por supuesto— convino Gabriel observándola compasivamente—. Tienen que hacerse en primer lugar su hija y usted una prueba de ADN, que aportaremos al juzgado de familia en el que recaiga su reclamación con una lista de los testigos que puedan acreditar que la raptaron del hospital y la depositaron en ese orfanato.

—De la prueba de Viky se van a ocupar en esa institución— replicó Herea. ¿Dónde tendría que ir yo?

—A un centro acreditado. Le apuntaré los que hay en Madrid para que vaya al que le quede más cerca de su casa. En cuanto tenga el resultado, tráigamelo, así como los nombres de los testigos de los que le he hablado.

Asintió ella y se levantó de la butaca.

—Gracias por haberme recibido— le dijo con los ojos húmedos —. ¿Es a la secretaria a la que tengo que pagarle la visita?

No solía Gabriel sentirse tan magnánimo, pero el aire desamparado de la joven le conmovió y meneó negativamente la cabeza.

—De mi minuta ya hablaremos cuando recuperemos a su hija. Ahora vamos a concentrarnos los dos en que se la devuelvan en un tiempo record.

—Le repito las gracias— musitó ella mientras se dirigía hacia la puerta del despacho.

Oyó Gabriel como se alejaban sus pasos por el pasillo y poco después el sonido de la puerta del piso al cerrarse a su espalda. Consultó entonces su reloj y aunque comprobó que había sobrepasado con creces la media hora de que disponía antes de que llegara su primera visita, se sintió satisfecho de sí mismo y se encaminó a la antesala a cambiar impresiones con Flor. Esta estaba escribiendo en el ordenador, pero interrumpió la tarea para levantar la cabeza hacia él.

—¿Cómo te ha ido?— le preguntó— ¿Has conseguido entender lo que le pasaba y tranquilizarla?

—Sí, por supuesto que sí y también la hubieras entendido tú si la hubieras escuchado. Es un caso lamentable y quiero que le des cita conmigo el mismo día en que te la pida.

Parpadeó ella perpleja.

—¿Y si no tienes ninguna hora libre?

—Se la das también. Recuerda que ella tiene prioridad absoluta.

CAPÍTULO 6

Consiguió Gabriel que las diligencias que se practicaron en el juzgado de familia en el que recayó la reclamación que interpusieron se realizaran en un tiempo sumamente rápido, aunque a Herea se le hizo eterno. En cuanto se levantaba por las mañanas iba al orfanato y se paseaba con Viky en brazos por el edificio, ya que la climatología no acompañaba a salir al jardín. En esos días navideños nevaba intermitentemente y la temperatura era muy baja, pero se sentía feliz paseando a la chiquitina por aquellos largos y heladores pasillo, aunque sor Marcela solía reñirla.

—La está usted maleducando. Si se acostumbra a que la lleve a cuestas, no le permitirá que la deje en la cuna y llorará a todas horas cuando la lleve a la guardería para ir a trabajar. Hágame caso.

La oía Herea como quien oye llover, pero más adelante recordó a menudo sus consejos, porque enganchaba una llantina en cuanto se apartaba de ella, aunque fuera durante unos segundos.

Con la llegada del año nuevo la juez de familia la autorizó a llevársela a su casa y fue a despedirse del director con Viky en el cochecito. Se lo habían prestado en el orfanato para que deambulara con ella por los pasillos y no continuara maleducándola. Sor Marcela mientras tanto se ocupó de preparar el exiguo equipaje de la pequeña, por lo que, empujándolo por el corredor, se encaminó al despacho que se ubicaba al fondo de este y llamó con los nudillos a la puerta. Cuando oyó la voz de él autorizándole a entrar sintió un conato de timidez, pero se rehízo enseguida y entró para avanzar hacia la mesa tras la que se hallaba el director sentado, donde se quedó de pie, asida al cochecito.

—Vengo a darle las gracias y a despedirme— le dijo—. Ha sido usted muy comprensivo y le agradezco que me haya permitido estar

con mi hija a todas las horas del día, siempre que me ha sido posible.

—¿Se marcha ya?— inquirió él enarcando las cejas, con un gesto idéntico al de Gustavo cuando formulaba una pregunta. Estuvo por intentar averiguar si tenía con él algún parentesco, pero no se atrevió.

—Sí, mi abogado me ha dicho que ya había puesto en su conocimiento la resolución de la juez y que por lo tanto podía llevármela a casa cuando lo considerara conveniente.

Levantó él la mirada hacia su rostro y la observó unos instantes en silencio como si no se decidiera a inquirir lo que bullía en su mente.

—¿Y…? ¿Y qué va a hacer usted?— le preguntó al fin.

Le sorprendió que no lo diera por sabido, porque era obvio que si no se había llevado antes a Viky había sido porque no se lo habían permitido.

—Nos vamos a mi casa y… — empezó con voz temblona.

—Eso ya lo supongo— la interrumpió él—. Lo que le estoy preguntando y perdone si le parezco impertinente, es si ha previsto ya con qué medios económicos va a contar en adelante.

—Pues…

—No ha pensado en ello, ¿verdad?

—Pensarlo, sí lo he pensado, aunque aún no he tomado una decisión— replicó Herea—. Me queda todavía por percibir la prestación de maternidad de un mes. Después…

Un pálido rayo de sol, que penetró a través de los cristales de la ventana que tenía a su espalda, fue a posarse sobre el cabello de él y le aclaró el mechón que le caía sobre la frente, acentuando aún más el parecido con Gustavo. Se lo retiró impaciente con los dedos y carraspeó, evidentemente incómodo.

—De eso quería hablarle. Como es natural, me preocupa el futuro de los niños a los que por un motivo o por otro hemos acogido aquí, lo que hago extensivo a su hija, y me he tomado la libertad de buscarle a usted un trabajo que le permita mantenerse y mantenerla. No sé qué le parecerá, pero en el caso de que su respuesta sea afirmativa y de que llegue a un acuerdo con la

empresa, tendría que dejar a la niña en una guardería durante su jornada laboral. ¿Se lo ha planteado?

Sintió una punzada de angustia al oír que tendrían que ocuparse de ella unos extraños durante unas horas, pero como era obvio que no tenía otra posibilidad, asintió.

—Sí, claro. ¿De qué se trata?

—De un puesto de secretaria de la directora de una empresa de tejidos, similar, supongo, al que desempeñaba antes. Es amiga mía y cuando le he comentado su situación, ha aceptado entrevistarla, ya que su secretaria actual se jubila dentro de un mes. ¿Ha oído hablar de Marvels S,A?

—No.

—Bueno, es igual. Se lo digo, porque quizás sería preferible que pospusiera el traslado de Viky a su casa hasta que haya hablado con ella.

Lo consideró con el ceño fruncido, porque estaba deseando llevársela y comenzar una nueva etapa con la niña, pero comprendió que cuando vivieran las dos en el piso que había heredado no tendría con quien dejarla para acudir a esa entrevista. Recordó entonces la propuesta de su vecina y replicó:

—Sí… bueno, sí, aunque…¿Tendría que esperar muchos días a que me reciba? Si es así, podría contar con una persona que se me ha ofrecido para cuidarla cuando la necesite.

—Como prefiera, pero puedo hablar con ella ahora mismo para que pueda usted presentarse en su oficina mañana. ¿Qué le parece?

Tardó Herea en contestarle. Era de agradecer que se hubiera tomado tanto interés en resolverle su futuro, lo que ella había pospuesto para no tener que enfrentarse a la dura realidad de que no tenía a nadie con el que pudiera contar, más que con Virtudes, que a fin de cuentas era una desconocida. Lo sintió en ese momento con tanta intensidad que experimentó un dolor físico en el pecho y se asió al respaldo de la butaca en la que solían sentarse los visitantes del hombre que tenía enfrente.

—¿Por la mañana?— le preguntó disimulando su ansiedad.

—Sí, por la mañana, digamos que a las nueve— repuso sonriéndole para crear un clima de confianza—. A continuación, se pasa por aquí y recoge a la niña, aunque si le resulta más cómodo podría también realizar on line esa entrevista. ¿Tiene ordenador?

—Sí.

—¿Con zoom, para conectarse visualmente con su interlocutor?

—No, eso no.

Le dio la impresión de que incomprensiblemente se alegraba él.

—Le prestaré entonces el mío y podrá realizar esa entrevista ahora mismo. ¿Por qué no pasa antes por el cuarto de baño y se atusa un poco el pelo?

Sorprendida, se llevó una mano a su melenita. Antes y por gustarle a Gustavo pasaba horas ante el espejo, pero en el presente descuidaba su aspecto, porque ahora le tenía sin cuidado lo que pudieran pensar de ella los demás y no sentía el menor interés en que nadie la encontrase atractiva. Además, aún le quedaban unas dudas que resolver , por lo que inquirió vacilante:

—¿Y esa oficina está en Madrid? Yo no tengo coche y no podría desplazarme a las afueras.

—Sí, está en la manzana de Azca, en la torre Verdaguer.

Le pareció al oírle que se le nublaba la vista y que la imagen del director se balanceaba ante sus ojos, por lo que se asió nuevamente al respaldo de la butaca, porque en ese mismo edificio se ubicaban las oficinas de la empresa que dirigía Gustavo y en las que había estado trabajando hasta unos meses antes. Había pensado optimistamente que no tendría que volver en su vida ni por las cercanías a ese edificio y sintió una dolorosa punzada al imaginar que podría coincidir con él en el ascensor o tropezárselo en el portal.

—¿En la torre Verdaguer?— inquirió con voz débil.

—Sí, está muy bien comunicada, así que por eso no se preocupe. Vaya al baño y regrese enseguida. Llamaré mientras a Marisa.

—¿Marisa es la directora?

—Sí, sí, pero dese prisa. Deje aquí el cochecito, que yo cuidaré de su hija.

Le obedeció atolondradamente y salió al largo pasillo. Por fortuna el baño estaba a unos pocos metros del despacho del director y cuando entró en esa estancia se contempló atentamente en el espejo que pendía sobre el lavabo. Apenas si se reconoció. Había adelgazado mucho después del parto y estaba pálida y desmejorada. Recordaba a una gata famélica de mirada ansiosa que correteara por los tejados buscando su condumio, y la melenita que enmarcaba antes su rostro, pendía lacia y despeinada cómo si acabara de salir de la ducha. Se preguntó qué habría sido de los rizos que lo aureolaban antes, pero no aguardó a obtener respuesta. Extrajo un peine de su bolso y se peinó tratando sin éxito de recomponerlos. Luego volvió al despacho de él, que se levantó al verla entrar y le cedió su butaca.

—Pero… trató de oponer.

—No sea pesada y siéntese. Tiene en pantalla a su futura jefa.

Le obedeció tímidamente y tomó asiento en el borde del sillón. Seguidamente fijó su mirada en la pantalla del ordenador que estaba sobre la mesa y le sonrió tímidamente a la señora que vio en ella. Tendría unos cuarenta años o quizás más y no era exactamente guapa, pero sí distinguida. Era muy esbelta y llevaba el oscuro cabello muy corto. Sus ojos, del mismo color, traslucían una gran determinación y seguridad en sí misma. Debía haberla puesto el director al tanto de sus antecedentes, porque le sonrió, sin duda para romper el hielo.

—Buenos días, Herea— le dijo afablemente—. Alberto me ha dicho que has trabajado anteriormente de secretaria y yo necesito para ese cometido a persona que sea mi mano derecha y en la que pueda confiar para que me descargue de trabajo. La fábrica en la que se elaboran los tejidos no está en el mismo edificio. Aquí, en la treinta y cinco de la torre Verdaguer se ubican las oficinas de la empresa, por lo que te sentirías cómoda, ya que no creo que se diferencien mucho de las de ninguna otra. Como supondrás, tu trabajo consistiría en atender al teléfono desde la antesala de mi despacho, tratar con los proveedores y con los compradores siguiendo mis instrucciones, llevar una elemental contabilidad de los

pedidos en el ordenador, así como escribir las cartas y todo lo que requiera la actividad de la compañía, ya sabes. ¿Cómo lo ves?

Carraspeó Herea para aclararse la garganta.

—Bien, yo…

—¿Sí?— se interesó la otra—. ¿Qué ibas a decirme?

—Que tengo una hija recién nacida y que no podría llegar a la oficina antes de que abriese la guardería.

Oyó su risa, que denotaba que no le importaba demasiado.

—Sí, bueno, ya lo supongo. Sé por experiencia que es difícil compatibilizar el trabajo con la maternidad, pero soy una feminista empedernida y opino que hay que darle facilidades a las mujeres que se encuentran en tu caso.

Le especificó el horario y el sueldo que cobraría y cuando Herea manifestó su conformidad, le dijo que la esperaba a mediados del mes de febrero, concretamente el día quince. Luego se despidió de ella y ambas cortaron la comunicación.

Se levantó de la butaca e hizo intención de asir el cochecito para salir de la habitación.

—Gracias de nuevo y… ya me marcho.

Levantó él una mano e hizo un ademán de que aguardase aún.

—Espere, ¿en qué se va usted a marchar con la niña en brazos?

—Cogeré un taxi.

Meneó el director negativamente la cabeza.

—No pasan muchos por aquí y la parada del autobús está bastante lejos, así que la llevaré en mi coche.

—Pero…— trató de oponer ella—. Sería un abuso.

—Yo creo que no. Será mi buena obra del día, así que no proteste. Venga conmigo.

Salió al pasillo con ella, que iba empujando el cochecito y recorrieron el interminable corredor hasta que llegaron al vestíbulo. Un solitario automóvil plateado estaba estacionado junto a la acera y Herea cogió a la niña en brazos y la envolvió en la toquilla. Luego le siguió a él que se introdujo en el vehículo por la puerta del conductor y lo hizo ella a su vez en el asiento posterior. Mientras arrancaba, le comentó él:

—Me alegro de que se haya solucionado su caso hoy, porque es también mi último día como director del orfanato. Su titular se incorpora mañana, así que volveré a mi trabajo.

—¿Y en qué trabaja usted?— le preguntó.

—Soy economista y llevo las finanzas de una empresa, cuya sede se ubica también en la manzana de Azca, así que es posible que nos veamos en el futuro. De todas formas, tiene mi tarjeta, así que si me necesita no dude en llamarme. ¿Lo hará?

—Bueno… sí, pero no quiero ser una carga para usted. Bastante ha hecho ya por mí.

Se echó a reír alegremente él.

—Le aseguro que ha sido un placer poder echarle una mano. En el orfanato en el que he estado sustituyendo a su director no se ven más que desgracias y usted ha sido para mí un chorro de aire fresco.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Ha sido estimulante comprobar que existen madres que harían cualquier cosa por recuperar a sus hijos, porque lo que por el contrario he vivido en esa institución en que muchas los abandonan y no vuelven a interesarse por ellos. Le deseo lo mejor a usted y a su niña.

—Gracias. Yo en cambio le deseo lo peor al que me la quitó— reconoció sañuda—. Aún no ha averiguado el inspector Romero quien lo hizo, pero si logra identificarle se lo haré pagar.

Le dirigió él una mirada de soslayo mientras enfilaba la calle O'Donnell.

—No la creo capaz de hacerlo ni de ser tan vengativa.

—Pues, aunque no lo crea. Le aseguro que le haré arrepentirse de por vida.

Esbozó él un gesto de incredulidad, pero no hizo el menor comentario y permanecieron en silencio el resto del trayecto.

La Plaza del Conde de Miranda, donde vivo, es peatonal— le advirtió ella. Está en pleno barrio de los Austrias, entre la Plaza de la Villa y la Plaza Mayor.

—Sí, ya lo sé, tendremos que recorrer un trecho a pie.

Cuando logró estacionar el automóvil y bajó de este, caminaron los dos por las estrechas callejuelas del centro hasta la plaza a la que se dirigían, pequeña y cerrada, con el trazado medieval de antaño, en la que aún se respiraba el ambiente de siglos anteriores. Se sentía allí, en el silencio que albergaba el convento de los Jerónimos construido en el siglo diecisiete y en una antigua casa solariega que aún seguía en pie, que el tiempo se había detenido y que un coche de caballos no tardaría en aparecer por alguna de las calles adyacentes, abriéndose paso entre los vecinos.

Notó Herea que también él experimentaba esa sensación y se sintió obligada a explicárselo.

La casa en la que vivo era de mi madrina y me la dejó en su testamento. Estaba casada con un militar y les sirvió mi madre a los dos como criada. Me conocieron en Galicia, donde habían ido a veranear cuando tenía yo poco más de un año y, como murieron sin hijos y yo les había caído en gracia, me la dejaron en su testamento También su interior parece de otra época. Es grande, pero muy oscura.

—¿Y tiene ascensor?— le preguntó él.

—No.

—¿Y en qué piso vive?

—En el cuarto A.

Entró con Herea en el portal y allí se volvió hacia ella.

—Deme a Viky. Está usted todavía demasiado débil para subir cuatro pisos con la niña a cuestas.

—Pero…

Se la cogió de sus brazos sin dejarla rechistar y la precedió escaleras arriba. Ya en el descansillo de la cuarta planta aguardó a que abriera la puerta del piso antes de devolverle la niña. Luego se dirigió hacia la escalera y se volvió para mirarla, con el pie en el primer peldaño.

—Suerte— le deseó.

CAPÍTULO 7

No necesitó Herea buscar una guardería, porque Virtudes se empeñó en cuidar de Viky cuando se marchara a trabajar. Pese a la diferencia de edad, habían intimado mucho y pasaban juntas la mayor parte del día. La otra se quedaba arrobada mirando a la pequeña y la cogía en brazos siempre que no lo hacía Herea, lo que les hubiera valido una regañina de sor Marcela de haberse enterado.

Por fortuna no se enteró. Habló Herea con la monjita por teléfono, pero no se decidió a hacerle una visita. El orfanato se hallaba muy lejos de su casa y hacía mucho frío. Sí le comentó la otra que el director nuevo era muy severo y muy diferente a Alberto Hidalgo, que no había vuelto tampoco por el centro, pero sí la había llamado en varias ocasiones y le había preguntado si sabía algo de ella. Le alegró saberlo. Pensó que quizás se lo encontraría cuando se incorporara a su nuevo trabajo, pero cuando llegó la fecha en la que debía presentarse en las oficinas de la empresa solo recordó a Gustavo y con la intención de modificar en lo posible el aspecto bajo el que la había conocido, se aplicó un tonalizador en el cabello que oscureció sus rizos rubios tornándolos de color castaño y se los recogió en un moño. Se cubrió los ojos con unas gafas oscuras y se vistió con una ropa holgada con la que resultaba difícil precisar sus formas. El espejo le dijo que parecía otra, poco agraciada y mayor de la edad que tenía, lo que corroboró Virtudes, que a las siete de la mañana pasó a su piso, ya vestida y arreglada, dispuesta a ocuparse de Viky durante todo el día.

Le costó a Herea separarse de su hija. Dormía en su cuna con los bracitos a ambos lados de su cabeza y tuvo que empujarla Virtudes hacia la escalera para que se marchara de una vez y no se le hiciera tarde.

—La niña ni se va a enterar de que has salido, así que no seas pesada— le dijo—. Llámame de cuando en cuando al móvil, si con eso te vas a sentir mejor, pero no te va a echar de menos, porque se queda con su abuela, que soy yo. Anda, vete de una vez.

La obedeció, aunque con el corazón encogido, sensación que se le acrecentó cuando salió del metro y divisó la alta y acristalada silueta del edificio sobresaliendo sobre los demás y destacando sobre un firmamento en el que todavía no había conseguido abrirse paso la luz del día.

No le pasó por la cabeza que a esas tempranas horas Gustavo estaría aún durmiendo a pierna suelta, aunque había podido comprobar durante los meses que trabajó a sus órdenes que llegaba a la oficina a media mañana, por lo que entró en el amplio vestíbulo corriendo y escudriñando hasta sus últimos rincones, temiendo encontrárselo. Al fondo vio los ascensores con sus relucientes puertas metálicas y se detuvo un instante a observarlos con aprensión. No soportaba los espacios cerrados y por fortuna no se había visto obligada a utilizarlos hasta que había empezado a trabajar en Drylons, aunque durante esa etapa no había llegado a acostumbrarse. Debía vencer por lo tanto la sensación de ahogo que le producía la sola idea de introducirse en un espacio tan exiguo, por lo que inspiró aire y se encaminó hacia ellos con los ojos cerrados. Un grupo de jóvenes se la llevó por delante y la introdujo en uno de los cinco, sin fijarse en ella. Iban charlando entre risas, y tuvo que rebullirse entre ellos y abrirlos durante el tiempo imprescindible para pulsar la tecla de la planta treinta y cinco. Luego los volvió a cerrar.

La dejó el ascensor en una amplia y enmoquetada galería de paredes acristaladas, desde donde se veía el Paseo de la Castellana con una interminable fila de automóviles invadiendo sus tres calzadas, pero apenas si se detuvo un instante a contemplar el panorama que se divisaba desde aquellas alturas. Desorientada, se preguntó qué dirección debería tomar para acceder al despacho de su jefe. Un joven que salió instantes más tarde del ascensor y que tropezó con ella, se lo aclaró. Era pelirrojo y con el semblante lleno de pecas.

—¿El despacho de doña María Luisa?— inquirió a su vez, en respuesta a su pregunta— ¿Eres la nueva secretaria?

—Sí.

—Pues ven conmigo, yo soy el contable.

—¿Y habrá llegado ya ella?— se preocupó, acomodando su paso al de él, que parecía temer haber llegado tarde y corría más que caminaba.

—No lo sé, pero probablemente sí, porque suele abrir la oficina. Y también cerrarla— añadió de buen humor— Te vas a encontrar muy a gusto aquí, aunque tendrás que trabajar de firme— La observó con curiosidad y pese a su moño y a sus gafas oscuras debió parecerle demasiado joven para el puesto que iba a desempeñar, porque le preguntó:

—¿Es este tu primer trabajo?

—No, que va— replicó, y como deseaba darse importancia, añadió petulantemente—: He trabajado antes en este mismo edificio, dos plantas más abajo.

—¿Para la empresa Dylons S.A.?

—Sí.

—Ya— murmuró por todo comentario.

—¿Por qué dices "ya"? ¿la conoces?

—Sí, claro, somos sus principales proveedores. Le proporcionamos la mayoría de los tejidos que utiliza para la ropa juvenil que confecciona.

Empezaban a atravesar una amplia sala en la que ya había empleados de ambos sexos sentados tras sus mesas escribiendo en el ordenador o atendiendo el teléfono y se detuvo él durante un segundo para decirle:

—Esta es la sala de administrativos. Contiguos al de la jefa hay dos despachos de directivos, que ahora están vacíos. Me llamo Jacobo, ¿y tú?

—Yo, Herea.

Como enarcó las cejas como si el nombre le pareciese raro, se lo aclaró.

—Es gallego y en mi pueblo es muy corriente.

—Ya. Pues ven, ya estamos llegando.

Salieron a un pasillo en el que había varias puertas cerradas y le indicó la primera de su derecha.

—Ese es mi despacho. Como te he dicho, soy economista y llevo la contabilidad de la empresa. El tuyo está allí.

Le señalaba el fondo del corredor y añadió:

—Es una antesala que precede al despacho de doña María Luisa. A eso de las once solemos tomar un piscolabis en una cafetería que está una planta más arriba. Como eres nueva, si quieres, puedo ir a buscarte para enseñarte donde está.

—Sí, te lo agradecería.

—Pues hasta luego entonces. Y suerte.

Era lo mismo que le había deseado el sustituto del director del orfanato al acompañarla a su casa con su hija y, como en esa ocasión, se lo agradeció de veras. No obstante, se sintió huérfana cuando él se introdujo en su despacho y desapareció de su vista dejándola sola, pero fue solo durante un segundo, porque ya se había convencido a sí misma de que no podía permitirse el lujo de autocompadecerse. Cuadró los hombros, inspiró profundamente, y se encaminó sin vacilar hacia la puerta cerrada que le había indicado y que quedaba a su izquierda. Daba paso a una amplia estancia en la que, además de una mesa de trabajo al pie de un ventanal practicable en la fachada acristalada, había un tresillo tapizado de piel blanca bajo otro ventanal con una mesita delante sobre la que descansaba un jarrón con rosas blancas. En el rincón opuesto crecía una frondosa planta de interior y la impresión que producía esa antesala no podía ser más confortable, aunque fuera minimalista. Le recordó al decorado de las multinacionales en las películas americanas en las que el presidente de la empresa solía ser un tipo barrigón que invariablemente fumaba un puro y sintió la garganta seca. Al fondo vio otra puerta que supuso que comunicaría con el despacho de su jefe y llamó con los nudillos.

Oyó una voz femenina autorizándola a entrar y tras ensayar varios gestos de desenvoltura, asió el picaporte y la empujó.

Marisa para Alberto Hidalgo, o doña María Luisa para ella, estaba sentada tras su mesa en un despacho de grandes dimensiones, con otras plantas de interior convenientemente

situadas, y con la ayuda de unas gafas leía unos papeles que tenía sobre ésta. Como había podido advertir durante su entrevista on line, era morena, llevaba el cabello muy corto, y poseía unos ojos oscuros que parecían taladrar la mente de su interlocutor, con los que la recorrió de arriba abajo durante una décima de segundo. Luego le sonrió y le indicó que se sentara enfrente de ella, en uno de los dos coquetones sillones que sin duda destinaba a las visitas.

—¿Eres Herea?— le preguntó afablemente.

—Sí.

—Me alegro de que seas puntual. ¿Has dejado a tu hija en una guardería?

—No, no, se ha quedado en casa con una vecina, que es como una hermana para mí.

—¿También es gallega?— inquirió sonriente.

—¿Lo dice por el acento que tengo? No, aún lo conservo, aunque hace más de un año que me trasladé a vivir a Madrid. Me gustaría que me explicara detalladamente en qué va a consistir mi trabajo. Creo haberle dicho que tengo experiencia como secretaria y que…

—¿Cómo secretaria de Gustavo Montero?— la interrumpió la otra.

—Sí.

Hizo un gesto del que no supo deducir qué opinaba sobre él y añadió:

—Su padre, Aníbal Montero es un águila para los negocios. Gustavo… es otra cosa.

Le dio la impresión de que no lo consideraba un águila, pero se abstuvo de preguntárselo. Su jefe estaba pasando a explicarle el cometido que debería realizar y llegó Herea a la conclusión de que esperaba poder descargar en ella gran parte de sus decisiones, lo que le preocupó. En Dylons, aparte de coger el teléfono y de escribir alguna carta en el ordenador, había pasado la mayor parte del tiempo en el despacho de él, disfrutando de unos instantes mágicos, pero sin hacer nada que requiriese utilizar el intelecto, por lo que no sabía si estaría preparada.

Debió captar María Luisa lo que pasaba por su mente, porque le sonrió nuevamente y le dijo:

—Alberto me ha hablado mucho de ti y en su opinión tienes una entereza y un arrojo poco común. Es lo que necesito. Una persona capaz de afrontar las dificultades y de tomar decisiones por sí misma, o sea, que pueda ir sustituyéndome, porque… bueno… porque estoy un poco delicada y me ha aconsejado el médico que me tome este trabajo con más calma.

Notó Herea la garganta todavía más seca que antes de entrar en el despacho, porque no había esperado lo que acababa de oírle decir. Se preguntó de dónde se habría sacado Alberto Hidalgo que poseyese ella esas cualidades, porque apenas si habían intercambiado algunas palabras durante el tiempo en el que su hija había permanecido en el orfanato. Solamente sabía de su vida anterior que su exjefe había roto con ella después de dejarla embarazada, lo que no constituía precisamente un aval de su inteligencia ni de su conocimiento de las personas. Había omitido sin duda aclararle lo que era en realidad, una inexperta aldeana gallega que interpretaba como realidad lo que leía en las novelas, por lo que había tenido que luchar para evitar ser arrastrada por la hecatombe en la que se había convertido su vida. ¿Cómo podría haber engañado a su jefe actual hasta ese punto?

—Yo… no sé si estoy capacitada para lo que me pide— murmuró carraspeando—. No sé tampoco lo que le habrá dicho de mí don Alberto, pero me conoce muy poco y… quizás debería referirle a usted mis antecedentes.

Levantó María Luisa una mano, como indicación de que no era necesario.

—Déjalo, tenemos aún tiempo para comprobarlo. Si llego a la conclusión de que Alberto está equivocado no te pediré otra cosa que exceda de tu función de secretaria.

—¿Y buscará a otra persona que esté a la altura de lo que necesita?

—Sí, pero ya te he dicho que aún tengo tiempo. Ahora voy a explicarte sucintamente lo que espero de ti.

Le hizo una breve exposición de en qué consistía su cometido y luego le señaló la puerta por la que se salía a la antesala, por lo que, más tranquilizada, salió del despacho y tomó asiento tras su mesa. Desde su ventana se dominaba un amplio panorama y a la macilenta luz del amanecer observó los variopintos tejados de las casas semi velados por el humo de sus chimeneas y a los pies de éstas las calles del complejo de Azca, con decenas de transeúntes que caminaban deprisa temiendo llegar tarde a su trabajo.

Se tomó un respiro e iba a llamar a Virtudes por el móvil, cuando sufrió la primera conmoción del día. Un caballero bien vestido y con aire autoritario entró en la estancia en la que se hallaba y se aproximó a su mesa. Le reconoció al primer golpe de vista, porque era Aníbal Montero, el padre de Gustavo, al que había visto en varias ocasiones cuando trabajaba en Dylons, aunque él apenas si se había fijado en ella cuando se presentaba en la oficina, que se ubicaba dos plantas más abajo.

De todas formas y en previsión de que pudiera reconocerla, trató de cubrirse medio rostro con la mano, ya que el otro medio se lo tapaban las gafas oscuras que aún llevaba puestas, pero sin duda había acertado en su primera apreciación, porque se limitó a preguntarle con absoluta indiferencia:

—¿Está tu jefa con alguien?

—No, no, en este momento no— repuso con voz más aguda de la suya.

—Bien, voy a verla entonces.

—Espere, voy a avisarla.

Le dirigió él una mirada insolente.

—Debes ser nueva, ¿verdad? Para Marisa tengo siempre la puerta abierta, así que no te molestes.

Ni tan siquiera llamó con los nudillos. Empujó la hoja de madera y entró en el despacho de la otra como lo haría en el suyo propio, mientras Herea se encogía en su silla como lo hubiera hecho un conejo asustado, temiendo escuchar un exabrupto de su jefa.

No se produjo. Les oyó hablar durante largo rato y la risa de él de cuando en cuando, hasta que una hora más tarde salió éste tan bruscamente como había entrado y atravesó a largas zancadas la

antesala en la que se hallaba ella sin girar ni una sola vez la cabeza en su dirección para despedirse. Se alegró Herea de ser invisible para él, aunque interiormente le dedicó un calificativo poco halagüeño y como su jefa la estaba llamando por la línea interior del teléfono que tenía sobre la mesa, se apresuró a presentarse en su despacho.

María Luisa le entregó unos voluminosos muestrarios de tejidos con una referencia impresa en una esquina y una hoja de papel con unas anotaciones y le explicó lo que tenía que hacer.

—Dylons nos ha hecho un importante pedido de tejidos para la ropa joven que confecciona, así que envía un e-mail a la fábrica, reseñando los metros de tela que te he apuntado y la referencia del tejido, que es la que viene en el muestrario, ¿entiendes?

—Sí, claro, pero necesito la dirección electrónica de la fábrica.

Se echó a reír María Luisa.

—Naturalmente, qué distraída soy—. Levantó la cabeza hacia ella y durante unos instantes pareció escrutar su semblante. Luego le preguntó—: ¿Sabes inglés a nivel de conversación?

—No, no, a ningún nivel. Solo hablo español y gallego.

—Pues tendrás que aprender inglés, porque exportamos también al extranjero y a menudo nos llaman por teléfono. Aunque el español sea uno de los idiomas más hablados en el mundo, en las transacciones económicas se utiliza el inglés. En cuanto al gallego, me parece muy bien que lo hables en tu tierra, pero en Madrid no te va a servir de mucho— Tomó aire y la señaló con el bolígrafo que tenía en la mano al decirle—: En la primera planta de este edificio hay una academia donde enseñan idiomas.

Experimentó Herea al oírla la sensación de que le habían arrojado un chorro de agua fría sobre la cabeza, porque pensó que tendría que cursar el aprendizaje de ese idioma al término de su jornada laboral, con lo que llegaría más tarde a su casa y dispondría de menos tiempo para estar con su hija, pero debió de adivinar su jefe lo que pasaba por su mente, porque hizo un gesto negativo.

—No, no, apúntate al primer turno, o sea, al de las nueve de la mañana. A las diez estarás aquí arriba y durante ese lapso de tiempo ya me las apañaré sin ti.

Dejó escapar ella un suspiro de alivio, que a la otra no le pasó desapercibido y le dijo:

—Anda, baja ahora mismo. No creo que se hunda el mundo mientras tanto, pero de todas formas date prisa.

CAPÍTULO 8

Se adaptó Herea enseguida al ritmo frenético en el que se trabajaba en Marvels S.A, aunque no a la necesidad de usar sus ascensores, pero no dejó de preocuparle la idea de encontrarse con Gustavo en el vestíbulo del edificio, en el ascensor o en la cafetería. Suponía que él hablaría correctamente inglés, aunque no había llegado a averiguarlo antaño, pero aun así respingaba sobresaltada cada vez que se abría la puerta del aula de la academia de idiomas en la que lo impartían, en la que se presentaba puntualmente todas las mañanas. Invariablemente daba paso a un nuevo alumno, que solía ser, como ella, un nuevo empleado que por su cometido necesitaba aprenderlo y dominarlo, lo que acogía con un suspiro de alivio.

Empezaba a apuntar la primavera y los días de fiesta Virtudes y ella sacaban a pasear a Viky en el cochecito. Lo bajaba a cuestas Herea por la escalera y la otra llevaba en brazos a la niña hasta el portal, donde la acostaba, para recorrer empujándolo por turno el barrio peatonal y recalar en la Plaza Mayor, en la que aún podían percibirse con mayor intensidad los ecos de los coches de caballos que antaño la recorrían. Viky les sonreía a las dos y con sus ojos azules muy abiertos parecía escrutar a los viandantes con los que se cruzaban por la plaza y analizar a la que había sido el escenario de los acontecimientos más decisivos de otras épocas. Se estaba criando satisfactoriamente, lo que para Herea era lo primordial, y además en la oficina le iba muy bien. Se sentía apreciada por María Luisa y más que valorada por ésta, por lo que empezó a decirse que podía mirar el futuro con optimismo, en lo que no acabó de acertar.

Habían transcurrido cuatro meses desde que se despidiera de ella Rafiña, cuando le llamó éste al móvil para advertirle que su madre estaba a punto de dar a luz a unos gemelos y que se la

necesitaba en la casa cuando tuviera lugar el trance, por lo que creyó oportuno pedirle permiso a su jefa para tomarse unos días de vacaciones y poder así atenderla en el parto. Le costó tomar esa decisión, ya que no podría llevarse consigo a la pequeña. Sobradamente había advertido la mirada de reproche en la que la había envuelto su hermano analizando su figura deformada cuando se presentó en su piso en respuesta a su petición de ayuda para recuperarse de la supuesta gripe y estaba segura de que sus padres le enseñarían la puerta de la calle si se presentaba en la aldea con ella, por lo que estuvo a punto de alegar una excusa y de no ir, pero Virtudes la convenció de que no debía romper de antemano con su familia, porque a la larga quizás la hiciera sentirse culpable.

Entró en el despacho de María Luisa para decírselo y tomó asiento frente a su mesa y experimentando una repentina timidez le pidió esos días de permiso. Su jefe la observó atentamente, aunque no asomó a su rostro lo que pudiera estar pensando.

—¿Qué edad tiene tu madre?— le preguntó.

—Pues… ha cumplido cuarenta en marzo, pero se casó muy joven. Vive mi familia en una aldea de poco más de cincuenta habitantes, en la que no hay hospital ni médico. Por esa razón me necesita.

—¿Para que realices las funciones de partera?

—Eso no lo sé, aunque sí la he ayudado a traer al mundo a algunos de mis hermanos más pequeños. Hay una vecina que realiza ese cometido, pero no siempre está disponible.

—Ya— murmuró María Luisa tabaleando con un bolígrafo sobre la mesa. Le dio la impresión a Herea que no se decidía a hacerle la pregunta que bullía en su mente, pero finalmente inquirió:

—¿Y te vas a llevar contigo a tu hija para que la conozcan?

Se mordió los labios ella y luchó para que un inoportuno lagrimón que había asomado a sus ojos no le rodara por la mejilla.

—No, la dejaré muy a mi pesar con una amiga que la cuida cuando vengo a la oficina. Mis padres no me admitirían en su casa de saber que la he engendrado sin haberme casado antes.

Esbozó María Luisa un gesto de desaprobación.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, ya le he dicho que son muy anticuados y cuando salí del hospital y vino mi hermano a echarme una mano debió de imaginárselo, porque fue lo último que me recomendó en una nota que me dejó escrita, a la que acompañaba una velada advertencia. Tampoco les pareció bien que me viniera a Madrid a trabajar en Drylons, así que supongo que no me recibirán con un homenaje, sino más bien al contrario. Por eso iré sin ella y volveré en cuanto deje a mi madre lo suficientemente restablecida. Es una mujer muy fuerte, aunque gruñe por todo.

—¿Y qué edad tiene la hermana que te sigue en edad?

—Rafiña ha cumplido diecinueve, le llevo diez meses, pero la siguiente, que es Maruxa, tiene dieciséis.

—¿Y no puede ser ella la que te sustituya en esta ocasión?

Rememoró Herea a la aludida. Cuando se despidió de ella, aún estaba a medio crecer, pero habían transcurrido desde entonces cerca de tres años y no había tenido desde entonces noticias suyas.

—No lo sé, porque hace mucho que no la veo, pero es que no quiero que me echen en cara que me he desvinculado por completo de mi familia. Por eso le pido una semana de vacaciones, no más. Si me hacen sentir que sobro, volveré antes.

Le sonrió María Luisa afectuosamente.

—No es eso. No voy a negarte que en el presente me resultas imprescindible. Tanto, que he pensado ascenderte a vicepresidenta de la empresa y que vayas tomando sus riendas, pero eso lo haremos a tu regreso. Te mudarás a un despacho contiguo al mío y tendrás una secretaria propia que te descargue de parte del trabajo que realizas ahora. No pensaba decírtelo todavía, pero voy a serte sincera. Me preocupa que te convenza tu familia de que tu puesto está en tu tierra, con ellos, y que dejen de considerarte una oveja descarriada por vivir en Madrid y trabajar en una oficina.

Hizo Herea un intento de devolverle la sonrisa.

—Gracias por haber pensado en mí para ese puesto. Y no se preocupe, que volveré. Dudo mucho de que alguna vez acepten a Viky, a la que considerarán una hija del pecado, pero para mí es lo más importante del mundo, por lo que si me veo obligada a elegir

entre ellos y la niña, les diré adiós, ya que he optado de antemano por mi hija.

La envolvió la otra en una mirada de ternura.

—Te deseo toda la suerte del mundo, te la mereces, y ya sabes que aquí te estaremos esperando.

Pero no la tuvo, al menos, no como su jefe se la deseaba. La recibieron en su casa con una clara reticencia y la hicieron sentirse como una extraña. Su madre le echó en cara su egoísmo por haber abandonado el terruño y sus obligaciones familiares y haberse marchado a vivir su vida a otra ciudad. Su padre le dijo algo parecido y Rafiña analizó su silueta de arriba abajo, sin duda para asegurarse de que no estaba embarazada. Solamente sus hermanos más pequeños le echaron los brazos al cuello y le pidieron que no se volviera a ir.

Una hermana de su madre, que no había tenido hijos y que vivía en un pueblo cercano, se había mudado a la casa de ésta al quedarse viuda. Le pesaba la soledad y quería sentirse acompañada, por lo que cuando dos días después de su llegada trajo su madre al mundo a unos gemelos exactamente iguales y una hora más tarde se levantó de la cama y se puso a trajinar, pensó Herea que estaba de más y que quien la necesitaba era Viky, por lo que se despidió de ellos y tomó un autobús que la llevó a Pontevedra y allí, el tren de regreso.

María Luisa la recibió con los brazos abiertos, con el ascenso prometido y su nuevo despacho preparado, así como con una secretaria que le había recomendado Aníbal Montero. Además de su hija, le absorbía a Herea su trabajo y empezaba a tranquilizarse y a olvidarse de Gustavo, convencida ya de que, como no coincidían los horarios de los dos, no era fácil que se lo encontrara, cuando se produjo lo que tanto había temido. Regresaba una mañana de la fábrica donde se elaboraban los tejidos, que se hallaba en una nave, sita en Parla, y la había enviado María Luisa para dar el visto bueno a una tela de raso natural de color marfil que les había sido encargada por una línea de alta costura para confeccionar trajes de noche.

Había tomado un taxi para ir y otro para volver, y éste último la dejó en la puerta de la torre Verdaguer. Se bajó apresuradamente del automóvil sin pensar en otra cosa que en recibir la felicitación de su jefa por haber cumplido satisfactoriamente su encargo, por lo que empujó a una pareja que en el vestíbulo estaba de espaldas y que parecía dispuesta a seguir susurrándose por lo bajo, sin moverse del lugar en el que se hallaba. Consiguió que le abrieran paso para llegar hasta el ascensor cuya puerta estaba abierta, pero en ese mismo instante debieron decidir cambiar de escenario y subir a otra planta, probablemente a continuar diciéndose ternezas al oído, porque consiguieron introducirse en la cabina antes de que pulsara ella el botón de la planta treinta y cinco.

La chica era alta y muy delgada. poseía una larga y brillante melena y unos ojos oscuros poblados de espesas pestañas, a la par que una silueta sinuosa, y oprimió a su vez el botón de la planta treinta y tres, la que correspondía a la empresa Dylons. En ese momento se volvió él y se quedó de frente a Herea, que sufrió un doloroso vuelco al verle. Era Gustavo.

Estaba igual de guapo, con las mismas mechas rubias de antaño, aquellos ojos tan azules, e igual de atrayente a como le recordaba, pero lo extraño, lo sorprendente, es que la miró sin verla, porque lo cierto es que no la reconoció. Le dedicó una frase cariñosa a la otra y la semi abrazó como si estuvieran solos en el ascensor y Herea fuera invisible.

Se quedó ella inmóvil, paralizada, aunque hizo un intento de volverse de espaldas, lo que no llegó a conseguir. Por suerte no se enteraron ninguno de los dos. Con el aislamiento en que se mueven los que están enamorados continuaron arrullándose y a llegar a su planta salieron del ascensor sin dirigirle una mirada.

La cabina reemprendió seguidamente su escalada hacia las alturas a una velocidad vertiginosa y un par de segundos más tarde desembocó aturdida en la planta que ocupaba Marvels, donde tropezó con Jacobo, que caminaba en dirección contraria por la amplia galería. Se detuvo él para escrutar interrogativamente su semblante y preguntarle:

—¿Te pasa algo?

—No, ¿por qué?

—Porque tienes una expresión rara, como si hubieras visto a un fantasma. ¿Te has encontrado con alguien poco grato?

Meneó Herea negativamente la cabeza.

—No, que va. Se ha subido conmigo en el ascensor una pareja, a la que no conocía. Lo que me ha extrañado es que se han amartelado como si estuvieran solos y se han bajado en la planta treinta y tres, pero eso ha sido todo.

Se echó a reír él con ganas.

—Sería probablemente el director de Dylons con su novia. ¿Cómo eran los dos?

Se los describió Herea y Jacobo volvió a reír.

—Si, no cabe duda de que son esos dos. Margarita es muy guapa y un buen partido y tengo entendido que no tardarán en casarse.

Sintió Herea la impresión de que acababa de tragarse una bola de plomo que le rebotaba dolorosamente en el estómago, pero consiguió permanecer impasible. Se había propuesto olvidarle y que le tuviera sin cuidado lo que pudiera hacer o decidir en el futuro, pero advirtió dolorosamente en ese instante que ese propósito no había pasado de ser eso, un propósito, y que por el momento y aunque había creído lo contrario, no se había traducido en una realidad.

—¿Se van a casar?— inquirió con voz débil.

—Eso se comenta, pero yo no lo tengo tan claro, porque no sería la primera vez que en el último momento se arrepiente él y se busca otra. Es un veleta y un cabeza loca, que cambia de novia como de camisa.

—Ya— musitó Herea con lo que quiso que se convirtiera en una sonrisa y no pasó de ser un amago — ¿Y quién es ella?

—Se llama Margarita Ribas y es hija de un magnate catalán del que habrás oído hablar. ¿No te suena el nombre de Amadeo Ribas?

Hizo ella un gesto de ignorancia y Jacobo pasó a explicárselo.

—Tiene una importante red de grandes almacenes y es un hombre que salió de la nada y ha amasado una fortuna. Tiene sus

oficinas en este edificio, en la planta treinta y siete. Ella es la directora, ¿Has caído ya?

—No.

—Bueno, pues es igual. Aníbal está encantado de que el inconsciente de su hijo haya sentado la cabeza y de que por fin vaya a casarse con una chica que colma todas sus aspiraciones, porque hasta la fecha no le ha dado más que disgustos. Además de ir de una mujer a otra y de acumular demandas judiciales que le han interpuesto después de dejarlas, es incapaz, al parecer, de dirigir Dylons ni de hacer nada útil. He oído decir que hace poco le amenazó su padre con destituirle, porque la empresa estaba al borde de la quiebra, pero desistió al conocer el nombre de la novia actual.

Asintió ella, pero con la mente aún confusa. No acababa de asimilar que aquel joven tan apuesto, que la había transportado a un mundo idílico del que anteriormente desconocía su existencia y con el que había vivido instantes mágicos, fuese en realidad un inútil que se valiese de su físico y del dinero de su padre para darse la gran vida y para coleccionar a otras, tan tontas como ella, a las que desechaba cuando le aburrían o cuando le planteaban un problema que no tenía el menor interés en solucionar. Era amargo reconocer que había sido una estúpida.

—Ya—musitó.

—He oído que van a dar una gran fiesta en el chalé en el que vive él y es seguro que asistirá la jefa. A mí todavía no me ha dicho nada. ¿Sabes si estás invitada al evento?

La sola idea bastó para hacerle sentirse mal.

—No, María Luisa no me lo ha comentado y además no me apetece.

—Pues yo de ti iría a comprarme un traje ya, porque es obligado que asistas, si te invitan. Creo que el chalé es digno de admirar y que el jardín es precioso.

Demasiado bien lo recordaba ella. Había cenado con Gustavo a la luz de las estrellas muchas noches y otras tantas se había bañado con él en la piscina cubierta, iluminada tan solo por la luna. No quería volver allí ahora que la otra la había suplantado, pero, sobre

todo, porque le odiaba, porque había querido herirla en lo más profundo de su ser robándole a su hija para dejarla en un orfanato. Solo un hombre despreciable podía ser capaz de tal vileza y, aunque le habían enseñado que no se debía desear mal a nadie, no pudo evitar hacer una excepción con él y le pidió al cielo que le acaeciera lo que más pudiera dolerle.

Lo fue rumiando después de despedirse de Jacobo mientras caminaba hacia su despacho y cuando entró en el que lo precedía y que ocupaba su secretaria, se la quedó ésta mirando sorprendida.

—¿Está usted bien?— le preguntó.

—Sí, claro que estoy bien, ¿por qué?

—Porque tiene muy mala cara. Acaba de irse doña María Luisa, que ha venido a vela creyendo que habría vuelto usted de los talleres para darle una noticia.

—¿Qué noticia?

Frunció la otra los labios en un gesto de duda.

—No estoy segura, porque no me lo ha dicho, pero creo que se trata de una fiesta.

Sintió Herea que se tambaleaba y se asió a la silla de la joven.

—Me da igual, porque no voy a ir.

—¿Por qué no? Es usted muy joven y le conviene olvidarse de cuando en cuando del trajín de esta oficina y divertirse.

—Yo no me divierto en las fiestas— gruñó haciendo intención de seguir y de entrar en su despacho.

—¿Por qué no?— insistió la secretaria, que se llamaba Carmina y tenía una edad similar a la suya—. ¿Ha probado a tomar un par de copas para deshinbirse y unirse así al jolgorio general?

No solía ella beber, pero afirmó lo contrario.

—Claro que lo he probado y no me sentido mejor. Para colmo, al día siguiente me he despertado con una horrible resaca.

Vaciló Carmina antes de hacerle la siguiente sugerencia.

—¿Y ha probado…? Sabrá que el autoconsumo está permitido y… Bueno, cuando me veo obligada a asistir a algún evento poco o nada apetecible, o cuando quiero necesito estar más animada, pues…

Se volvió Herea a contemplarla absolutamente perpleja.

—¿Quieres decir que te drogas?

Hizo la otra un gesto con el que parecía querer decir que la cosa no era para tanto.

—La mayoría de los jóvenes lo hacemos cuando vamos de fiesta.

—Pues me parece muy mal.

—No debería ser tan puritana y si tiene que ir a ese evento y no le apetece, podría probar. Es un estimulante que te hace sentir más alegre y más divertida. Una de esas pastillas de cuando en cuando no hacen daño.

—Eso es lo que tú crees— gruñó Herea.

La dejó con la palabra en la boca y se metió en su despacho cerrando bruscamente la puerta.

CAPÍTULO 9

María Luisa se presentó en su despacho unos minutos más tarde a interesarse por la gestión que le había encomendado. Se sentó frente a ella al otro lado de la mesa y la escuchó con interés, pero, en cuanto terminó de asegurarle que el tejido era perfecto para la finalidad a la que iba a ser destinado, la interrumpió sin dejarle explayarse sobre sus previsibles ventas.

—Tengo que comunicarte una cosa que no sé si te va a gustar. Me da la impresión de que eres demasiado seria para tu edad y que en absoluto te interesan las relaciones sociales, pero te advierto que son importantes y que el éxito de un empresario depende a menudo de saber cultivarlas.

Se la quedó mirando en silencio Herea y cuando la otra llegó al convencimiento de que no tenía intención de hacer el menor comentario, añadió:

—Se trata de Aníbal Montero, o, mejor dicho, de su hijo, al que creo que no has llegado a conocer.

Hizo ella un gesto vago que no significaba nada. En ocasiones se había preguntado si no debería aclararle que Gustavo era el padre de su hija, pero había desistido de hacerlo, temiendo sobre todo que asomara al semblante de su jefa un gesto de conmiseración, entremezclado con el de sorpresa, revelador de que no acababa de entender que hubiera aspirado a tanto, ya que él era un potentado y ella tan solo una chica bonita sin preparación alguna y perteneciente a una familia de pescadores. Permaneció por tanto en silencio y su jefa continuó:

—El hijo es un tarambana, pero al parecer esta vez va en serio y se ha comprometido con una joven, que es hija de otro empresario muy prestigioso, de Amadeo Ribas. Se van a casar en breve y

celebran ese compromiso dentro de quince días en el chalé que es la residencia de Gustavo.

—Sí, ¿y qué?

—Que estamos invitados Jacobo, tú y yo, y no podemos faltar. Somos uno de sus más importantes proveedores, por lo que estamos obligados a cuidar esa relación y, por ende, a asistir a la fiesta. Te lo comunico con tiempo para que compruebes en tu armario si tienes el traje adecuado. Es gente de mucho nivel y el evento empezará a las siete de la tarde y terminará de madrugada, por lo que lo adecuado será que Jacobo vaya de etiqueta y nosotras con traje de noche.

Creyó Herea haber encontrado el motivo para negarse y alegó:

—Pues no tengo ninguno, así que puede presentarle al padre mis excusas en mi nombre.

Negó tajantemente María Luisa con la cabeza.

—Nada de eso. Sería diferente si fueras en el presente mi secretaria, pero como ahora eres la vicepresidenta de Marvels S.A. les harías un feo si no asistieras, lo que podría perjudicar la relación que mantenemos y los pedidos que nos hacen. Tienes tiempo de sobra para comprarte el traje y como la fiesta cae en sábado, deberías ir a la peluquería por la mañana para que te hagan un peinado más… más sofisticado— terminó con precaución buscando sin duda la forma de expresar sin herirla que no solía presentarse muy arreglada en la oficina.

Dudó ella una vez más en sincerarse con ella y referirle la relación que había mantenido con él y que por ese motivo no quería verle, pero no se decidió y en su lugar inquirió:

—¿Y por qué cree que al padre o al hijo, o a los dos, les molestaría que no asistiese yo a esa fiesta? Probablemente ni siquiera se darían cuenta.

—En eso estás muy equivocada— la corrigió, procurando disimular su incipiente irritación—. Puede que efectivamente Gustavo no se enterara si no acudieras, pero Aníbal está muy al tanto del trabajo que ahora desempeñas y te valora.

—¿Usted cree?— refunfuñó ella.

—Claro que lo creo, incluso me ha comentado que si llegara el caso de que decidiera prescindir de ti o si fueras tú la que te cansaras de aguantarme, se lo comunicara yo de antemano, porque te ofrecería un puesto importante en Dylons, así que ya ves lo equivocada que estás.

—¿Le ha dicho eso?— se extrañó Herea, confusa, aunque halagada.

Esbozó María Luisa un gesto no exento de preocupación.

—Sí, y como es un nuevo rico y no le sobran los buenos modales, mucho me temo que en la fiesta aproveche para hacerte una proposición.

Se echó a reír ella y levantó una mano en un ademán con el que quería significar que por eso no debía preocuparse.

—Descuide. No soy ninguna desagradecida. Valoro en su justa medida que me ofreciera usted un empleo en esta oficina cuando no tenía donde caerme muerta y también cómo se ha portado conmigo después, pero no creo ser lo bastante importante como para que note mi ausencia en esa fiesta ni para que esa ausencia repercuta en las relaciones entre Dylons y Marvels. Lo que me apetece es estar con mi hija el mayor número de horas posibles y tengo intención de salir al campo ese día con la niña y con una amiga, que también es mi vecina.

La observó ahora con severidad María Luisa.

—No sabía que tuvieras coche.

No lo tenía Herea, por lo que se mordió los labios, diciéndose que había hablado de más.

—No me lo comprado todavía, estoy ahorrando para poder adquirirlo, pero sí he obtenido el mes pasado el permiso de conducir, por lo que pensaba alquilar uno.

—Pues podrás hacerlo al día siguiente, que es domingo, pero el sábado irás conmigo a ese evento. Nos recogerá a las dos Jacobo, porque yo ya no conduzco y el chalé de Gustavo está en La Florida, que es una urbanización que dista unos doce quilómetros de Madrid.

De sobra lo sabía ella, pero no le hizo el menor comentario a ese respecto y analizó en silencio el semblante de la otra. Notó que

estaba empezando a enfadarse y no se atrevió a seguir manteniendo su negativa. En su lugar le preguntó:

—¿Y su marido? ¿No está invitado?

—Estoy divorciada— le precisó con cierta acritud—. En el presente somos buenos amigos, pero él hubiera necesitado otra clase de mujer y también yo un marido diferente. Nos equivocamos, ¿comprendes?— musitó con cierta añoranza.

—Perdone, no pretendía inmiscuirme en su vida privada y...

—No importa— la interrumpió magnánimamente—. Pero ya que estamos intercambiando confidencias, me gustaría saber qué es lo que has pensado hacer con tu vida. Que cometieras un error con el padre de tu hija no es razón suficiente para que hayas decidido no intentarlo de nuevo con otro que se lo merezca más. Me da la impresión de que has decidido olvidar que existen los hombres y eres demasiado joven para que los hayas eliminado de tu futuro.

—Por el momento es un tema que no me interesa— musitó ella evasivamente—. Me equivoqué con él. Es un miserable y lo es hasta el extremo de que me quitó a mi hija recién nacida y la dejó en un orfanato para que no pudiera encontrarla. Supongo que quería impedir que le reclamara la pensión para su manutención a que está obligado por ley, pese a que le sobraba el dinero. No tengo intención de arriesgarme otra vez.

Dejó escapar María Luisa una risita.

— No te lo estoy pidiendo. Solamente que vayas conmigo y con Jacobo a una fiesta y que aparentes divertirte. Solamente eso.

—Está bien— se resignó Herea—. Me compraré un traje, iré a la peluquería y en esa fiesta me tomaré una copa para entonarme.

—Bien— aprobó su jefe levantándose de la butaca y poniéndose en pie— Y ahora me voy a mi despacho a seguir currando, hasta luego.

Salió de la habitación y Herea se acodó en la mesa y escondió el rosto entre sus manos. No había imaginado ni en sus peores pesadillas que el reencuentro con él pudiera producirse precisamente en aquel jardín que había sido escenario de algunos de los momentos más hermosos de su vida. Conservaría todavía el eco de las risas de los dos, así como el susurro de las palabras que se

dijeron al oído y en ese escenario, para colmo, iba a celebrarse la boda de él con otra chica. Era como para morirse de risa.

Pero no se rio. Hizo un esfuerzo por apartar esos recuerdos de su mente y en cuanto esa tarde finalizó su jornada laboral se paseó por la calle Orense, próxima al edificio en el que trabajaba, para contemplar los escaparates de las tiendas de modas y se quedó con la nariz pegada al cristal de uno que exhibía un traje de noche que le pareció precioso. Era blanco y negro, de tirantes, y con una falda de amplios vuelos. Tenía una torerita a juego, lo que le pareció importante, ya que a finales de mayo las noches solían ser frescas, por lo que no tardó en decidirse. El precio no era precisamente exiguo, pero ganaba un buen sueldo y se lo podía permitir.

Aún tendría que comprarse unos zapatos de tacón alto y un bolso de vestir, pero eso lo dejaría para otro día, se dijo. La dichosa fiesta de compromiso de Gustavo le iba a suponer un inesperado desembolso con el que no contaba, pero quizás obtuviera una reivindicación si se sentía atractiva y notaba que los presentes coincidían al apreciarlo.

Con el paquete del vestido en la mano, tomó el autobús y media hora más tarde llegaba a su casa, donde encontró a su hija jugando con Virtudes. Caminaba ya, pero en ese momento estaba sentada sobre la alfombra agitando en el aire un sonajero. La cogió en brazos y le permitió que le tirara del cabello mientras le refería a su vecina punto por punto la conversación que había mantenido con María Luisa. No necesitó explicarle lo mucho que le afectaba en sus sentimientos y en su amor propio ese próximo evento. La otra la entendió sin necesidad de que se extendiera en aclarárselo y le dio unos golpecitos en la mano.

—Antes o después tenía que suceder— le dijo cariñosamente —. Y probablemente ese jardín no te parecerá el mismo.

Pero sí se lo pareció, aunque esa tarde estuviera atestado de invitados, que formaban corrillos en la terraza o se paseaban por el césped en animada conversación con otros conocidos. Olía igual que entonces, a hierba y a flores, y el sol se batía también en retirada tiñendo de añil el firmamento, lo mismo que un año y medio antes, cuando a esas horas se sentaban en la terraza. Incluso buscó con los

ojos la pérgola, sita en una esquina de la parcela, junto a la piscina, bajo la que tantas noches cenara con él.

Le divisó enseguida en ese lugar, en cuanto nada más llegar salieron al jardín. Estaba con la chica con la que se iba a casar y a la que había visto por primera vez en el ascensor, acompañados también por los que supuso que eran los padres de ésta y por otra pareja, que se hallaba de espaldas, así como por Aníbal Montero y su esposa e iban recibiendo los parabienes de los invitados que se les iban acercando y recalaban luego en las mesas que habían sido dispuestas sobre el césped.

Jacobo las había recogido en su coche a las dos. El smoking que había alquilado le favorecía y las cogió del brazo a María Luisa y a ella para cruzar el jardín y dirigirse a la pérgola a saludar a los anfitriones, lo que les ayudó a las dos a evitar que se les hundieran los tacones en la tierra. Rezó Herea una incoherente plegaria mientras se iban aproximando a aquellos, sintiendo la garganta seca y el ritmo cardíaco acelerado. Aníbal se adelantó a recibirles y la envolvió a ella en una mirada admirativa, lo que no le sorprendió porque el espejo le había dicho que estaba guapa con el traje que se había comprado y con el sofisticado peinado que le habían hecho esa mañana en la peluquería. Había decidido volver a ser rubia de nuevo, aunque el verdadero color de su cabello coadyuvaría a que Gustavo la reconociera, pero se había dicho a sí misma que se merecía él pasar un mal rato si la identificaba con la secretaria que había tenido, aunque lo ponía en duda después del episodio que había vivido en el ascensor, en el que no había dado la menor señal de haberla visto antes.

María Luisa estaba muy elegante y Aníbal les dedicó un piropo a ambas, antes de acompañarles a reunirse con los novios y con las otras dos parejas que se hallaban también en la pérgola.

Era el momento tan temido y, además de una opresión en la garganta, sintió Herea algo muy doloroso que se le clavó en el estómago. Se culpó a sí misma por haber aceptado la invitación y no haberse mantenido firme en su negativa, porque notó las piernas flojas y experimentó una nostalgia inmensa al rememorar aquella época que luchaba por olvidar, sin que hasta la fecha lo hubiera

conseguido. Gustavo se dio media vuelta hacia ellos y cuando sus ojos se encontraron parpadeó perplejo como si no acabara de recordar de qué la conocía. Estaba igual a como le recordaba. Sumamente apuesto con su traje de etiqueta, con el mechón de cabello resbalándole sobre la frente y aquella sonrisa cínica que le hacía parecer diferente a todos los demás. Con desenvoltura, María Luisa los presentó:

—Esta es mi mano derecha, Gustavo, pero creo que aún no la conoces. Se llama Herea Belmar y es la vicepresidenta de Marvels.

Clavó complacido los ojos en el rostro de ella y luego enarcó ligeramente las cejas. Resultaba evidente que intentaba averiguar donde habían coincidido antes, pero que no conseguía precisarlo y, pensando quizás que pudiera haber sido en el edificio en el que trabajaban, le preguntó:

—¿Y te has incorporado hace mucho tiempo a Marvels?

—Hará un año y medio— repuso ella, tras carraspear para aclararse la garganta—. En el mes de febrero del año pasado.

—Nos habremos visto entonces por la oficina— dedujo, sin apartar la mirada de su semblante— Tu cara me resulta conocida, pero no acierto a puntualizar dónde.

—En cambio, yo estoy segura de que, a diferencia de tu padre que nos visita a menudo, no has subido nunca a la planta treinta y cinco a examinar nuestros muestrarios de tejidos— murmuró Herea cogiendo a Jacobo del brazo y haciendo intención de alejarse de la pérgola, pero Margarita no se lo permitió. Vestía un traje largo de color Champagne con el escote ribeteado de pedrería y estaba muy bonita con su larga melena negra enmarcándole el rostro. Se le acercó para alabar el suyo.

—Llevas un vestido precioso— le dijo—. Tienes que darme la dirección de tu modisto, porque además de ser original, te sienta como un guante. Necesito encargar ya mi traje de novia, porque hemos planeado casarnos a últimos de junio. Tu modisto tendrá una numerosísima clientela y quizás no acepte más encargos a estas alturas, ¿verdad?

Herea repuso que eso era lo más probable e hizo nuevamente intención de alejarse con Jacobo, pero Margarita volvió a retenerla y

escudriñó atentamente su semblante:

—Así que eres la vicepresidenta de Marvels—. le dijo—. ¿Y cómo es que no nos hemos visto antes? También yo trabajo en el edificio Verdaguer y soy la segunda de a bordo de mi padre, que paulatinamente va dejando la empresa en mis manos. Como sabrás, poseemos unos grandes almacenes en Madrid, en varias provincias, y también en el extranjero. Tengo mucho trato con María Luisa, pero tenemos que quedar también tú y yo para cambiar impresiones, ya que nuestros respectivos trabajos están muy interrelacionados.

La madre de Gustavo le alabó también el traje que llevaba y mientras le aclaraba quien era el modisto que le había confeccionado el suyo, se les acercó un camarero con una bandeja de bebidas. Necesitaba imperiosamente Herea tomar algo que la entonase y la ayudara a olvidar un pasado, que en ese momento sentía muy próximo, y tomó de la bandeja un cuba libre, deseando que le ayudara a pasar el mal rato que estaba padeciendo.

Vio que Gustavo cogía un vaso de vodka, que apuró de un trago, y ella estaba a punto de llevarse a los labios el suyo, cuando la otra pareja joven se giró y se situó de frente. La chica era morena y bastante bonita, pero Herea no se llegó a fijar en ella, porque la eclipsó su acompañante. Por un segundo creyó ver doble y se tambaleó, porque era Alberto Hidalgo, el sustituto del director del orfanato de María Magdalena en el que Viky había sido acogida.

También él se la quedó mirando confuso, intentando hacer memoria, lo que no era de extrañar, porque la chica que había conocido, mal vestida y mal peinada, y con la figura deformada por el reciente embarazo, poco o nada tenía de común con la estilizada y atractiva joven que tenía delante. Por suerte el cuba libre que había tomado le infundió desenvoltura y le sonrió con naturalidad.

—Hola, Alberto— le dijo tuteándole por primera vez—. ¿No te acuerdas de mí? Tú me ayudaste a realizar en tu despacho la entrevista con doña María Luisa, lo que te agradeceré toda la vida, poque me siento como el pez en el agua en la casa. Ha pasado mucho tiempo desde entonces. ¿Cómo te ha ido a ti?

Carraspeó desorientado mientras escudriñaba su semblante.

—¿Eres tú aquella chica que…? No pareces la misma— murmuró.

No se atrevió a aclarar dónde ni cómo se habían conocido, aunque la joven que estaba con él se empeñó en averiguarlo. También era muy bonita y por la familiaridad con la que le trataba se advertía que mantenían una relación íntima.

—Me llamo Isabel y soy su novia— le dijo—. ¿A qué época os estáis refiriendo? Porque tampoco recuerdo yo haberte visto en ninguna de las reuniones a las que hemos asistido.

Hizo Alberto un gesto evasivo.

—No, no habéis coincidido. Fue una Navidad en la que nevó mucho y hará un año y medio de aquello.

—Y sustituyó él al director de un orfanato— puntualizó Herea sin apartar la mirada del semblante de Gustavo, esperando alguna reacción por su parte, pero no hizo el menor gesto ni dio la impresión de que le afectara lo que estaba oyendo.

—Sí, ya me acuerdo de lo que pasó entonces— manifestó Isabel dirigiéndose al grupo que formaban—. A Venancio, que era el director, le operaron de una rodilla y Alberto se ofreció a sustituirle hasta que se repusiera, con lo que se quedó sin vacaciones. Habíamos planeado hacer un crucero por el Caribe, pero nos quedamos en tierra, lo que me fastidió bastante, pero es que Alberto hace lo que sea por los amigos—. Se volvió hacia Herea para preguntarle—: ¿Tú también perdiste tus vacaciones para ayudar a las monjitas durante aquella Navidad?

Asintió ella con la cabeza.

—Sí, pero fue un placer. No olvidaré nunca aquellos días.

Ahora Gustavo la estaba mirando fijamente. Sin duda acababa de caer en la cuenta de que la joven que tenía enfrente y la tonta secretaria a la que había dejado embarazada eran la misma persona, porque había enrojecido y se había apresurado a coger otra bebida de la bandeja que llevaba en alto un camarero y se la bebió de un trago también. Quizás se estuviera preguntando qué habría sido de su hija y si la habría rescatado ella del orfanato al que se estaban refiriendo, porque se la quedó mirando con las cejas enarcadas.

También su expresión era ahora la de un borracho y empezó a reírse de todos los comentarios de sus contertulios, lo que a Margarita la incomodó. Había captado lo que escondía la mirada con la que Gustavo observaba a Herea y analizaba a los dos con el ceño fruncido.

—Me parece que estás bebiendo demasiado— le dijo por lo bajo.

—Qué va— protestó él con la voz pastosa, mientras hacía intención de perseguir a un tercer camarero que había pasado por delante de la pérgola y se le había escapado—. Es que hace calor y tengo la garganta seca.

Los ojos de Herea se cruzaron con los de Alberto y durante un par de segundos sostuvieron la mirada con un mar de preguntas en los de él. Se dio cuenta ella una vez más de lo mucho que se parecía a Gustavo, por lo que inquirió:

—¿Sois parientes?

—Sí, primos. Nuestras madres son hermanas y nos han confundido a menudo, aunque Gustavo es cinco años mayor que yo.

Dejó escapar el aludido una risotada y se aproximó a Herea para decirle al oído:

—Pero solamente nos parecemos en el físico, porque él es un rollazo de tío, que solo sabe trabajar—. Bebió un largo trago del vaso que tenía en la mano y balbuceó, aproximándosele demasiado —: ¿Y cómo… como no te has dejado ver en todo este tiempo? ¿Este tipo es… es tu novio?

Le señalaba a Jacobo, que se había apartado algo con María Luisa y que estaba pasando un mal rato. También Margarita le escuchaba sorprendida y aguardaba su respuesta con los músculos del cuello atirantados.

—No, es un compañero— se apresuró a aclararle—. Trabaja también en Marvels.

—¿De… de veras?— articuló él a duras penas, analizándole de arriba a abajo.

Empezó Margarita a amoscarse y le cogió del brazo apartándole de Herea.

—Has bebido demasiado, Gustavo, y creo que deberías entrar en tu casa y darte una ducha hasta que se te pase la cogorza.

—¿Me dices… que debería… refrescarme?

—Sí, claro.

Desvió él la mirada hacia la azulada piscina que reflejaba la luz del atardecer y soltó otra risotada.

—Qué idea… tan… estupenda. Vamos… a bañarnos… ahora mismo.

Aunque le costaba caminar sin hacer eses y pese a los gritos de su novia, se la cargó al hombro y con ella a cuestas se encaminó hacia la piscina y, sin soltarla, se tiró al agua.

CAPÍTULO 10

Habían planeado el día anterior que se quedara a dormir Virtudes en el piso de Herea cuidando de Viky, pero al verla regresar tan temprano con un gesto que no invitaba a pretender que le hiciera confidencias, se había marchado al suyo sin hacer preguntas.

A media mañana había pasado al piso de su vecina y estaban las dos en la sala de estar, sentadas junto al balcón desde el que se veía la plaza, mientras Herea le refería como había terminado la fiesta y Viky recorría la estancia a pasito corto, tratando de dominar la difícil tarea de mantenerse sobre los dos pies sin caerse sentada sobre el pañal que llevaba.

—¿Y qué pasó después?— le preguntó Virtudes, que la había escuchado sin interrumpirla?

—Que Margarita salió como una furia de la piscina chorreando agua, con al traje empapado y mascullando toda clase de denuestos. Gustavo la siguió tambaleándose, como si fuera un perro apaleado, porque el agua fría debía de haberle espabilado lo suficiente como para darse cuenta de que había cometido una soberana estupidez. La alcanzó a un par de metros antes de llegar a la pérgola, donde seguíamos nosotros, y ella se volvió y le abofeteó con tal ímpetu que le derribó de espaldas. Y allí se quedó, porque no consiguió levantarse por más que lo intentó.

—¡Qué horror!— musitó apenas Virtudes—. Qué situación tan violenta para la novia, para los padres de ambos y para los invitados. ¿Y qué pasó después?

—Que todo lo que se le ocurrió a él fue coger otro vaso de la bandeja que llevaba un camarero y haciendo eses pretendió susurrarla algo a Margarita al oído, pero echó a correr hipando hacia sus padres y llorando a lágrima viva se colgó del cuello de su madre, mientras Amadeo, su progenitor, congestionado por la ira, increpaba

a Aníbal. A continuación, cogió del brazo a su mujer y a su hija y los tres cruzaron muy dignos el jardín y sin despedirse se marcharon.

—¿De la fiesta?

—Sí.

—¿Y qué hicieron los invitados?

—Pues nos quedamos sin saber dónde meternos, mirándonos los unos a los otros. Cuando desaparecieron de nuestra vista, Aníbal levantó a su hijo del suelo con malos modos y se lo llevó a empujones dentro de la casa. Salió después solo al jardín para disculparse y para decirnos que la celebración se había suspendido.

Trató Virtudes de efectuar un comentario que expresara el rechazo que le había producido la actuación de Gustavo, pero no encontró las palabras oportunas y se quedó mirando a la otra. Al cabo de unos segundos consiguió repetir:

—Qué situación tan violenta para todos y especialmente para la novia.

Asintió Herea mientras rememoraba los hipidos de ésta y el gesto de desorientación de los presentes, sobre todo el de María Luisa, que no sabía cómo reaccionar,

—Sí— corroboró— Se hizo un silencio pesadísimo. No se oía en el jardín ni el vuelo de una mosca. Luego la gente empezó a desfilar y doña María Luisa, Jacobo y yo nos acercamos a Aníbal, al tiempo que lo hacían Alberto y su novia. Mi jefa intentó poner paños calientes y quitarle importancia a lo que había pasado, pero él estaba como un basilisco y le dedicó a su hijo, que seguía dentro de la casa, una interminable sucesión de improperios. Nos pidió que le excusáramos, y nos dijo que necesitaba estar solo, así que nos fuimos también. Creo que solamente se quedaron Alberto y su novia, y me pareció oír que le decía a él algo que guardaba relación con Dylons.

—¿Algo? ¿Cómo qué?

—No lo sé, no llegué a entenderlo.

—Qué mal rato pasaríais— murmuró Virtudes, imaginando la escena—. Supongo que Gustavo estaría muy borracho y que por esa razón cometería esa insensatez. Porque para arruinarle un modelito de alta costura a una chica hay que estar como una cuba.

—Como una cuba— convino Herea—. Empezó a beber cuando cayó en la cuenta de quien era yo y estaba totalmente beodo cuando se tiró con ella a la piscina. Llevaba Margarita un traje precioso que seguramente le habría costado una fortuna y que quedó convertido en un pingajo empapado. Comprendo que se pusiera como un energúmeno, pero supongo que se le pasará y que harán las paces.

Hizo Virtudes un gesto de duda.

—No lo sé, porque ha dado el informativo de la televisión de esta mañana la noticia de lo que sucedió en la fiesta, y han puntualizado que la novia había roto con Gustavo y que los padres le han retirado el saludo a la familia al completo. No tengo tan claro que retomen la relación y que acaben por casarse, porque ese estúpido los ha puesto en ridículo. Y para colmo, ante un montón de gente, lo que siempre escuece más.

Asintió pensativamente Herea.

—Sí, la verdad es que sí.

Escudriñó Virtudes su semblante tratando de adivinar lo que pudiera estar sintiendo.

—¿Te alegras?— le preguntó.

Se lo preguntó a sí misma ella y no acertó a darse una respuesta concluyente.

—Pues no lo sé. No hubiera imaginado que pudiera ser el protagonista de una situación tan grotesca. Antaño y en su despacho le veía envuelto en una aureola de superioridad que le elevaba sobre el resto de los mortales. Era además tan guapo, tan atractivo… además de ser mi jefe, lo que también influye, pero ayer… Cuando salió de la piscina chorreando agua y desgreñado, manteniéndose a duras penas de pie, me pareció un fantoche. Un fantoche al que no le perdono que haya estado a punto de arruinarme la vida.

—¿Y cuándo has dicho que te reconoció ?

—Cuando doña María Luisa nos presentó, se me quedó mirando con las cejas enarcadas como si se estuviera preguntando dónde habríamos coincidido antes, pero cuando Alberto Hidalgo, que es su primo, y yo, aludimos a la Navidad en la que nos habíamos

conocido, debió de atar cabos. Lo extraño es que no pretendiera averiguar qué había sido de su hija, ¿no te parece?

—No. Si te la quitó para dejarla en un orfanato, es obvio que le tenía sin cuidado la niña. Probablemente hizo lo que hizo para que Viky no pudiera reclamarle nada cuando sea mayor, ni tú tampoco, siendo como es un empresario que está forrado de dinero.

—Su padre es el que está forrado, no él— la corrigió ella.

—Pero dirige Dylons que es una empresa puntera. Podría Viky, o tú en su nombre, demostrar que es su hija con las consecuencias que eso conlleva. Sería su heredera lo mismo que otros hijos que pudiera tener en el futuro.

Desvió Herea los ojos hacia la plaza que veía a sus pies, caldeada por el sol de la mañana y a los transeúntes que la recorrían sin prisas, disfrutando de la primavera y de la grata temperatura reinante.

—¿Tú crees?— musitó—. Me cuesta trabajo admitir que lo hiciera por ese motivo, porque Gustavo no es un hombre cerebral, sino más bien un inconsciente. No entró en sus cálculos que pudiera quedarme embarazada y me negara a abortar y a partir del momento en el que se enteró, su único propósito fue librarse de mí y perderme de vista para siempre. No creo que pensara en el después.

—Caería más tarde en el riesgo que le suponía para sus intereses haber tenido un hijo con su secretaria— insistió Virtudes.

—Es posible, pero al menos no pretendió eliminarla ni hacerle daño— admitió Herea confusa—. Lo que me pregunto…

Como no terminó la frase, Virtudes se impacientó.

—¿Qué es lo que te preguntas?

—Si Alberto y él no lo planearían juntos, porque me parece mucha casualidad.

Al semblante de Virtudes asomó un gesto de incomprensión.

—¿Quién es Alberto?

—Su primo, que era el director del orfanato cuando el otro secuestró a Viky. Probablemente se pusieron los dos de acuerdo y de no haber sido por el inspector Romero, probablemente no la hubiera

recuperado nunca y hubiera sido adoptada más tarde por una pareja joven que no pudiera tener hijos.

—¿Tú crees?— objetó la otra incrédulamente.

—No lo sé, pero no sería de extrañar. Cuando conocí a Alberto me extrañó el parecido entre ambos y en la fiesta me dio la impresión de que se llevaban bien. Cabe en lo posible que Alberto se prestara a sustituir al director del orfanato unos días antes de que yo diera a luz y que Gustavo contratara a un sicario para que me robara a la niña y la llevara al orfanato, donde su primo se ocupara de que no le faltara nada hasta que se presentara una pareja que quisiese adoptarla.

—¿No te parece demasiado rebuscado?— rezongó Virtudes intentando seguir el hilo de los pensamientos de Herea?— ¿Y para qué?

Dejó escapar ella una risita amarga.

—Para lo que has dicho antes. Es un imbécil, pero no es un monstruo y probablemente querría que a su hija no le ocurriera nada malo y estuviera bien cuidada, pero sin saber ni poder averiguar quién era su padre. Así, además de evitar que pudiera reclamarle la posición económica que debería corresponderle, querría impedir también el previsible arrebato de ira de Aníbal, que montaría en cólera al enterarse de que su hijo había dejado embarazada a su secretaria y que ésta no era más que una aldeana gallega, cuyo progenitor era un pescador. ¿No te parece que puedo tener razón?

Se mesó Virtudes se lacio cabello, que llevaba sujeto sin gracia con una horquilla en el lado derecho de su cabeza.

—¡Tú crees?

—No lo sé, te lo pregunto para que me des tu opinión.

—Te contestaría si les conociese. Creo recordar que me comentaste que ese tal Alberto te consiguió trabajo en Marvels y que el día que conseguiste sacar a tu hija del orfanato te trajo a esta casa en su coche y hasta subió los cuatro pisos con ella a cuestas. De momento solo puedo decirte que efectivamente parece demasiada casualidad que ejerciera temporalmente esos días de director del orfanato y sí, el motivo de que se desviviera por sacarte del apuro pudiera residir en que a fin de cuentas Viky es su sobrina.

Giró nuevamente Herea sus ojos hacia la plaza trasluciendo un rencor sordo, expresión que rara vez asomaba a su semblante, y murmuró:

—Lo averiguaré y si he acertado en mis conjeturas, se lo haré pagar a los dos. Puede que sean de los que creen que el bebé que ha traído al mundo una mujer soltera es un hijo del pecado y que se criará mejor con cualquiera que con su deshonesta madre. Sé que era una opinión generalizada en el siglo pasado y todavía lo es en mi familia, pero porque vive en una aldea aislada del resto del mundo, donde las costumbres no han evolucionado, lo que no es el caso de Alberto ni de Gustavo. Los dos son jóvenes y modernos y no son quienes para juzgarme ni para decidir por mí donde le conviene crecer a mi hija. Averiguaré donde trabaja Alberto y también si se conchabaron los dos para quitarme a Viky. Si lo hicieron, se arrepentirán.

Clavó Virtudes sus ojos en ella la observó preocupada.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vengarte de ellos?

—Sí.

Meneó la otra la cabeza reprochándolo.

—A mí me enseñaron que la venganza está mal.

—A mí también me lo enseñaron, pero me da lo mismo— refunfuñó Herea.

—¿Y qué vas a hacer?

—Aún no he decidido cómo. Como más les duela.

Meneó nuevamente Virtudes la cabeza desaprobando lo que le estaba escuchando.

—No te creo capaz. No eres rencorosa ni tan vengativa.

Levantó Herea desafiante la barbilla.

—No me conoces bien. Nadie me había hecho anteriormente tanto daño y se merecen que alguien les haga comprender que a una madre no se le puede arrebatar impunemente su retoño. Puede que para postre les envenene también a los dos.

No creyó su vecina que fuera capaz de tanto y le preguntó bromeando:

—¿Con qué?

—Con veneno, obviamente con veneno. Me compraré un libro de venenos y buscaré uno que no deje rastro, para que el forense no pueda averiguar de qué han muerto. ¿Qué te parece?

—Mal, muy mal— repuso Virtudes riéndose—. Preocúpate de criar a tu hija y olvídate de ellos y de todo lo que me has dicho. Sé que no lo piensas.

—Estás muy equivocada y…

La musiquilla de su móvil que indicaba que tenía una llamada la interrumpió y antes de contestar consultó en su pantalla quién era su interlocutor, pero no tenía ese número en su agenda y se lo comentó a Virtudes.

—Me parece que me llama alguien que se ha equivocado y se lo haré saber amablemente.

Luego se llevó el aparato al oído:

—Diga.

—Oyó una voz masculina que le sonó conocida, pero no llegó a identificar a su dueño.

—Herea…

—Sí, ¿Quién eres?

—Alberto Hidalgo, ¿me recuerdas?

De la sorpresa estuvo a punto de caérsele el móvil de la mano y tartamudeó:

—Sí, claro, pero…

— Ayer en la fiesta de compromiso de Gustavo, recordé las circunstancias en las que nos conocimos y he llamado a sor Marcela para que me diera tu número de teléfono y poder así interesarme por ti y por tu hija. ¿Cómo está la niña?

—Estupendamente. Ya tiene año y medio y camina como un patito. No sé si te fijaste cuando estaba en el orfanato, pero se parece mucho a mí.

—Será muy guapa entonces— replicó galantemente él, a cuyo comentario hizo ella como que no le hubiese oído. Siguió diciéndole Alberto—: Me gustaría hablar contigo y que me pusieras al corriente. Hace tiempo que no veo a Marisa y no sabía que en el presente fueras la vicepresidenta de Marvels, pero preferiría que me lo contaras tú y como te las apañas con la niña y con tu trabajo.

También ella tenía aun muchas preguntas que solo él podría contestarle, por lo que repuso:

—Sí, a mí también me gustaría, así que podíamos quedar un día de estos para tomar un café.

Oyó su risa a través de la línea telefónica.

—¿Un café? Preferiría disponer de más tiempo, porque tengo muchas preguntas que me intrigan. ¿Tienes hoy algún compromiso para comer?

Le sorprendió tanto, que repitió como si no supiese lo que significaba la palabra:

—¿Para comer?

—Sí, ¿has quedado con alguien?

—No, pero…

—¿Te recojo a las dos?

Notaba la mente tan torpe, que solo se le ocurrió decir:

—Pero esta plaza es peatonal. No puedes venir con tu coche.

—Sí puedo. Lo estacionaré en el parking de la Plaza Mayor y el resto del recorrido lo haré andando. Te esperaré abajo, en el portal, y me evitaré así subir cuatro pisos. ¿De acuerdo?

—Sí… bueno… sí.

—Pues hasta luego.

Cortaron ambos la comunicación y se quedó perpleja observando el aparato que tenía en la mano.

—¿Quién era?— le preguntó Virtudes.

—Alberto Hidalgo, el primo de Gustavo, el joven que estaba sustituyendo al director del orfanato cuando me robaron a Viky.

La observó la otra con curiosidad.

—¿Y has quedado con él?

—Sí, vamos a comer hoy y e intentaré averiguar lo que pasó. Consiguientemente voy a poner en marcha mi plan de venganza.

CAPÍTULO 11

Le asaltó a continuación a Herea una preocupación muy femenina.

—¿Y qué me pongo?

Le envolvió la otra en una mirada indulgente.

—Un traje de chaqueta o un traje pantalón. Tienes el armario lleno.

—Sí, pero ¿cuál es el que me queda mejor?

Se echó a reír con ganas Virtudes.

—¿Qué pasa? ¿Es que has decidido metértelo en el bote, para dejarle después plantado como venganza por haber cooperado con Gustavo en el secuestro de Viky? Yo de ti esperaría a averiguar primero si tuvo o no algo que ver con lo que hizo el otro. Recuerda además que has dicho que tiene novia, así que limítate a mantener una charla con él sin mayores pretensiones y con esa única intención. Si la respuesta es positiva, cosa que dudo, admitiré que coquetees con él y que le dejes tirado luego sin ninguna explicación.

Acababa Viky de perder el equilibrio al intentar alcanzar un lápiz que estaba sobre la mesita delantera del sofá y se había caído sentada, lo que la frustró desproporcionadamente y se echó a llorar. Las dos se levantaron a la vez, dispuestas a consolarla, pero, quizás porque era más joven, llegó antes Herea a cogerla en brazos y se dejó caer en un sillón, sentándosela en las rodillas.

—Bueno, bueno, no ha sido para tanto— le susurró al oído—. Aún no sabes escribir, así que, ¿para qué querías el lápiz?

Levantó la pequeña hacia su rostro unos ojos cuajados de lagrimones, tan azules como los de su madre, y pronunció unos sonidos incomprensibles. a la par que unos hipidos.

—Déjamela a mí y vete tú a arreglarte— le recomendó Virtudes —. A veces me pregunto si no la estaremos mimando demasiado

entre las dos.

—Puede que sí, pero tenemos que compensarla de no tener padre y de haber pasado los primeros días su vida en un orfanato— replicó ella mientras la cubría de besos, antes de entregársela—. Voy ahora a revolver mi armario. ¿Qué te parece si me pongo el traje pantalón blanco?

—Bien, me parece bien. Píntate, péinate y ponte guapa— le aconsejó riéndose burlonamente—. Ya me contarás después como te ha ido, porque si alguna vez has coqueteado, hace tiempo que se te han olvidado esas mañas.

—Bah, ¿qué sabrás tú?— replicó ella, aunque en su fuero interno, y mientras salía al pasillo y se encaminaba hacia su dormitorio, reconoció que su amiga tenía razón.

Descolgó de la barra de su armario el traje pantalón al que había aludido y lo dejó sobre su cama y pasó al cuarto de baño, tan anticuado como el resto de la casa, donde procuró rehacer los rizos que le habían hecho en la peluquería el día anterior y se maquilló discretamente. Se contempló luego en el deslustrado espejo que colgaba sobre el lavabo y dejó escapar un suspiro de satisfacción. Estaba muy bonita y, aunque no era cierto que se hubiera propuesto encandilarle para vengarse, entre otras razones porque no lo creía posible, sí quería que asomara a su semblante un gesto que denotara que la encontraba atractiva.

Aún faltaban más de treinta minutos para la hora en la que se habían citado, pero ya vestida y arreglada regresó inquieta a la sala de estar, donde Virtudes la esperaba con la niña y donde aquella le dirigió una mirada de aprobación.

—Estás muy bien— le dijo—. No sé cómo será la novia de ese joven, pero dudo de que sea más guapa que tú.

—Sí lo es— recordó ella—. Tiene unos ojos verdes preciosos y además es simpática. Más que Margarita que, aunque también lo es, resulta bastante pija. Y no pretendo quitarle el novio a nadie. Solo pretendo averiguar lo que te he dicho antes. Lo que pasó y por qué.

De puntillas, como si temiera que pudieran oírla desde la calle, se acercó al balcón y trató de otear tras los visillos si había llegado ya Alberto y estaba delante del portal, pero como desde detrás de

los cristales no alcanzaba a verlo, le pidió a la otra que se asomara al balcón y lo comprobara.

—Pero es que yo no le conozco— protestó Virtudes—. Puedo confundirle con cualquier otro joven que se haya apostado ahí abajo por otro motivo.

—No seas pesada— se impacientó ella—. Es alto, tiene el pelo castaño, pero con mechones rubios y los ojos azules.

—¿Y es guapo?— le preguntó la otra, mientras descorría el visillo y abría la puerta de cristales.

—Sí.

Salió sigilosamente su amiga al balcón, se apoyó durante un segundo en la barandilla de hierro forjado, para retroceder después apresuradamente dentro de la habitación.

—Sí, está ahí abajo paseándose por la acera. Ya puedes bajar.

—Vale, pues hasta luego entonces.

Le dio un beso a la niña y salió luego al rellano de la escalera para bajar los cuatro pisos de escalera, sintiéndose incomprensiblemente tímida. Había adquirido en los últimos meses, y gracias al trato con los clientes, una gran desenvoltura, pero sin un motivo claro se sentía como cuando llegó a Madrid y se quedó extática ante el tráfico rodado de las calles de la capital y con la boca abierta contemplando el rascacielos de la Plaza de España, cuando lo vio por primera vez. Por fortuna, recuperó aparentemente su aplomo en cuanto salió del portal. Alberto estaba de espaldas y al oírla acercarse se volvió para saludarla.

—¡Hola!— le dijo sonriente—. Has sido muy puntual.

—Sí, y tú también.

Escudriñó él su semblante como si necesitara cerciorarse que era la misma que había conocido en el orfanato tiempo atrás.

—Estás muy distinta— le dijo—Ayer no tuvimos ocasión de hablar y me hubiera gustado que me pusieras al corriente de cómo te ha ido. Me he preguntado a menudo qué habría sido de ti e incluso he llamado de cuando en cuando a sor Marcela para que me diera noticias tuyas, pero solo sabía que estabais bien las dos y que no habías vuelto por el orfanato.

Asintió ella, echando a andar a su lado hacia la calle del mismo nombre que la plazuela, y cuando dejaron atrás la fachada lateral del palacio del noble al que debían las dos su denominación, le preguntó:

—¿Dónde vamos?

—A la Plaza Mayor, donde he reservado una mesa al aire libre en una terraza. ¿Te parece bien? Está aquí cerca.

Se alegró de ir a un lugar tan próximo y de no tener que caminar demasiado con los tacones que llevaba. El sol brillaba en lo más alto y calentaba de firme, por lo que se dijo que había acertado con la indumentaria que vestía. Giró ligeramente la cabeza para fijarse en la de él. Llevaba una cazadora de color crema sobre una camisa blanca y unos pantalones marrones. Contemplaba distraídamente el final de la callejuela que iban recorriendo y durante un segundo le pareció que no era él, sino Gustavo. Se le parecía tanto…

—Claro que me parece bien— repuso, notando cómo se le aceleraba el pulso al sentir esa impresión—. Los días de fiesta salimos a pasear con mi hija y recalamos siempre en esa plaza, porque a mí me encanta.

Se la quedó mirando con curiosidad.

—¿Salimos?— inquirió, recalcando el plural— ¿Te has casado o tienes pareja?

—No, me refiero a una vecina, a la que conocí el mismo día en el que me puse de parto. Me la encontré en el rellano de la escalera y me ayudó a descender los peldaños y a llegar al hospital. Ella y el taxista fueron las únicas personas que me echaron una mano, porque apenas si podía dar un paso. Desde entonces somos grandes amigas.

La observó Alberto de soslayo y como notó Herea que estaba dudando en si sería conveniente hacerle una pregunta, y que no acababa de decidirse, se le adelantó.

—Si lo que quieres saber es si llamé al padre de Viky para decírselo, te contestaré que sí, pero no cogió el teléfono, lo que me angustió, porque no me encontraba en condiciones de valerme por mí misma. Ya me había dado cuenta, desde que le dije que estaba

embarazada, de que quería perderme de vista cuanto antes, pero me había hecho a la idea de que al menos me llevaría al hospital ese día y de que estaría a mi lado hasta que trajera a la niña al mundo. Necesitaba a alguien, pero sobre todo a él.

Se la quedó mirando con un brillo extraño en sus ojos azules.

—Sin duda era un imbécil— masculló entre dientes—. ¿Cómo te pudo gustar semejante elemento?

También se lo preguntó ella y se dijo que, porque además de ser sumamente apuesto, irradiaba de él algo especial. Advirtió en ese momento que también participaba Alberto de ese algo intangible que la había atraído como un imán, pero pensó que estaba pisando un terreno resbaladizo si seguían por ese camino y dejaba entrever la identidad de Gustavo antes de averiguar lo que le interesaba saber, por lo que cambió inmediatamente de tema.

—Gracias a Virtudes he podido cumplir con las exigencias de doña María Luisa— le comentó—. Como sabes, es una gran persona, pero también una jefe que no tiene horarios.

—Sí, lo supongo— dijo con vaguedad—. Has debido pasarlo muy mal desde el día en el que te traje a tu casa con la niña. Marisa es una mujer admirable, pero no tiene hijos y su vida es exclusivamente Marvels, por lo que dudo que comprenda que hay otras muchas cosas que nos interesan a los demás, pero fue la única salida que se me ocurrió entonces y le pedí el favor.

—Y yo nunca te lo agradeceré bastante. Me dio la impresión entonces, cuando hablaste con ella por teléfono en el orfanato para pedirle que me entrevistara y me ofreciera un trabajo en su empresa, que erais grandes amigos, pero no me ha hablado nunca de ti. ¿De qué os conocéis?

Sonrió él con los ojos clavados en el mercado de San Miguel, que bordeaban en ese momento para enfilar la calle Mayor. Como siempre, estaba atestado de turistas, a los que se los oía hablar en todos los idiomas, alabando admirativamente su estructura original de hierro de principios del siglo veinte, pero sobre todo su gastronomía. No era necesario conocer esas lenguas para entender que ese era el significado de los comentarios que intercambiaban, lo

que le satisfizo a ella a quien le enorgullecía que los extranjeros valorasen las singularidades de su país.

—Nos presentó mi tío durante una fiesta que dio en su casa— replicó él—. Me refiero a Aníbal. Nos caímos bien y después nos hemos visto a menudo por razones comerciales.

Levantó Herea la cabeza para observar su expresión. Parecía estar rememorando esas ocasiones, por lo que inquirió:

—¿Por qué? ¿La empresa en la que trabajas también confecciona ropa?

—No. Estoy hablando de Dylons. En más de una ocasión en la que Gustavo ha llevado a la empresa al borde de la quiebra, le he sustituido temporalmente hasta que la hemos sacado a flote. Mi primo es… es un poco viva la Virgen.

Luchó Herea para impedir que asomara a su semblante lo que estaba sintiendo al oír lo que opinaba de él, pero no debió de conseguirlo, porque se la quedó mirando con el ceño fruncido. Sin embargo, no le preguntó nada hasta que llegaron a la Plaza Mayor y tomaron asiento en la mesa de la terraza de un restaurante.

—¿Sigue siendo Malvers el principal proveedor de Dylons?— inquirió sin mirarla.

—Sí, ¿por qué?

—No le contestó. En su lugar, aventuró:

—En ese caso habrás tenido mucho trato con Gustavo. ¿O no?

La pregunta le pilló desprevenida y estuvo a punto de atragantarse con la ensalada que les había servido el camarero, por lo que dejó el tenedor junto al plato. Tomó un sorbo de agua, tosió, y a duras penas consiguió sonreírle. Tenía que averiguar el motivo por el que estaba sustituyendo al director del orfanato cuando le robaron a su hija, antes de que descubriese la relación que había mantenido con él, por lo que replicó:

—No. Los pedidos nos los hacía su padre, que era el que subía a ver los muestrarios y a elegir los tejidos.

—Ya.

—¿Por qué dices "ya"?— inquirió extrañada.

La envolvió ahora en una mirada que no logró interpretar.

—Porque me extrañó su actitud cuando llegasteis ayer a su casa y os reunisteis con nosotros en la pérgola. Me dio la impresión al verte de que estaba abochornado y que no sabía dónde meterse y a continuación empezó a beber y a beber hasta que enganchó una cogorza monumental. Pensé que…

No se atrevió a continuar y Herea lo hizo por él.

—Sí, trabajé en Dylons como secretaria suya cuando me vine a vivir a Madrid. De eso hará cerca de tres años. Tuvimos un enfrentamiento y me despidió.

—Ya— repitió él—. No quisiera ser entrometido, por lo que no voy a preguntarte el motivo, pero suele tener problemas con el personal, lo que desespera a mi tío. Lo que sucedió ayer con Margarita le enfureció hasta un extremo que no te imaginas y cuando ya os habíais marchado le dedicó una retahíla de epítetos, algunos bastante malsonantes. Le llamó inútil, estúpido y muchas cosas más, lamentando que ella hubiera roto con él, porque además de guapa, es un buen partido.

—Sí, es muy guapa— corroboró Herea.

—Y me comentó que una vez más está Dylons al borde de la quiebra.

—Sí, ¿y qué?

—Que también me ha pedido una vez más que me haga cargo de la empresa, lo que me pone en una situación muy difícil. Coincido con él en que Gustavo es un inútil, pero, si acepto, mi primo me retirará la palabra. Y no es que me importe. Es cinco años mayor que yo, por lo que nuestra relación no ha sido nunca muy estrecha, pero no quiero problemas con la familia.

—¿Y qué vas a hacer?

—Aún no lo he decidido, ¿qué te parece a ti? Mi tío pretende que sustituya a Gustavo con carácter definitivo, lo que implicaría que tuviera que despedirme de la empresa en la que trabajo y en la que estoy a gusto. Tendría además a mis órdenes a su hijo, al que su padre le daría un empleo bien remunerado, pero sin responsabilidad alguna, lo que me resultaría bastante incómodo.

Le sorprendió que le pidiera su opinión, por lo que meneó evasivamente la cabeza y con ella su melena, a la que el sol de

mayo arrancó reflejos dorados.

—No sé, probablemente no te compensaría en absoluto aceptar su propuesta, pero no me has dicho aún en qué trabajas ni…— Tomó aire disimuladamente antes de continuar y procuró no dejar traslucir el interés con el que se lo preguntaba—. Ni como pudiste entonces hacerte cargo de la dirección del orfanato, si ya estabas contratado en esa empresa. ¿O no era la misma?

—Sí, sí era la misma— repuso, desviando su mirara hacia la plaza, abarrotada de turistas y que abarcó con los ojos como si estuviera buscando a alguien—. Creo habértelo dicho ya. Su director era, y es, un amigo al que aprecio mucho, que se cayó y se fracturó el menisco, por lo que tuvieron que operarle en vísperas de Nochebuena. Tenía yo una semana de vacaciones y me ofrecí a sustituirle durante esos días, pero como tardó en recuperarse más de lo que había previsto, pedí para el resto del mes un permiso sin sueldo a mi jefe y me lo concedió. Soy economista y muy bueno— terminó de decirle, bromeando— Él me aprecia mucho, lo que es mutuo.

Sonaba convincente lo que le decía, aunque no llegó a asimilar por completo Herea la explicación que le daba, porque sintió en ese momento algo candente, que irradiaba un calor semejante al de una fogata que hubiesen encendido a su espalda, y que la distrajo de lo que él le estaba refiriendo. Alguien la estaba observando, y giró la cabeza para localizarle. Atisbó en una mesa lejana a un joven que estaba solo. Era obvio que la estaba mirando fijamente, aunque no pudo ver sus ojos porque los cubría con unas gafas oscuras. También llevaba una gorra encasquetada en la cabeza, pero, aunque le pareció conocido, no consiguió averiguar a quien le recordaba, porque ese individuo no le dio tiempo, Se levantó en el acto y se perdió entre un grupo de turistas que se dirigían hacia el Arco de Cuchilleros, que era uno de los diez accesos de la plaza.

—¿No me contestas?— le preguntó Alberto inclinándose hacia ella sobre la mesa.

—Es que no sé qué decirte— repuso sin perder de vista a ese joven y rebulléndose inquieta en su silla. Se aprestó a buscar una evasiva, porque no le había aclarado lo que quería saber—. No

conservo una buena opinión sobre tu primo Gustavo— le dijo, buscando cuidadosamente las palabras—. Es el arquetipo del hijo de papá, además de un prepotente, cuyo único mérito reside en que su es un importante empresario y posee una fortuna, por lo que imagino que como subalterno debe de ser también insufrible.

Notó que vacilaba Alberto, antes de insinuarle:

—Supongo que como jefe sería también muy cargante.

Se puso alerta Herea, a la par que rememoraba la magia que emanaba de él, o que había creído percibir, aquellos días en los que trabajaba a sus órdenes y cómo se transformaban en minutos las horas que pasaba a su lado, pero no permitió que esos recuerdos asomaran a su semblante y contestó:

—Sí, muy cargante. Yo de ti, rechazaría el ofrecimiento de tu tío. ¿Qué saldrías ganando?

CAPÍTULO 12

—¿No conseguiste entonces averiguar si estaba compinchado con tu exnovio?— inquirió Virtudes, cuando Herea regresó un par de horas más tarde a su casa.

—No. En varias ocasiones estuvo Alberto a punto de preguntarme si era Gustavo el padre de Viky, o esa fue la impresión que me produjo. Noté que lo tenía en la punta de la lengua, pero no se decidió, lo que me lleva a deducir que no tuvo nada que ver con el secuestro de mi hija, ya que aparentemente ignoraba la relación que mantuve con su primo.

Notó que su amiga la observaba sonriéndole sarcásticamente.

—Te parece un tipo atractivo, ¿verdad?

—¿Quién?

—El joven con el que has comido. Se llama Alberto, ¿no?

—Sí, Alberto Hidalgo.

—Pues yo de ti, no estaría tan segura. Creo que no razonas con claridad cuando estás en compañía de los hombres que te gustan.

Se irguió indignada en la butaca en la que estaba sentada.

—¿Y de dónde te sacas que Alberto me gusta? He aceptado su invitación exclusivamente para poder sonsacarle y he tenido la sensación de que también era ese el motivo por el que él quería verme, para averiguar si Viky era hija de Gustavo. Debía de haber quedado esta tarde con su novia, porque cuando le he dicho que tenía que volver a casa a ocuparme de mi hija, ha llamado al camarero sin rechistar ni intentar prolongar la velada y luego me ha acompañado hasta el portal. Como despedida me ha dicho que probablemente nos veríamos en la Torre Verdaguer.

Plegó los labios la otra sin decidirse a efectuar ningún comentario a ese respecto para no irritarla. Mientras Herea lo hacía

con ese joven, había comido ella con la niña, la había acostado, y luego habían estado jugando hasta que su madre había regresado. Estaban las tres ahora en la sala de estar, caldeada por el sol, que ya se batía en retirada, lo que aquella observó con cierta melancolía. Uno de últimos sus rayos se había posado en su cabeza arrancando brillos dorados de su cabello.

—Me ha ocurrido una cosa que aún no te he contado— le dijo.

—Sí, ¿qué te ha pasado?

—Que mientras comíamos, he notado de pronto que alguien a mi espalda me estaba mirando fijamente. Estaba solo en una mesa, algo alejada de la nuestra, y en cuanto ha advertido que me había dado cuenta, se ha levantado y se ha ido. No he podido reconocerle, porque llevaba gafas de sol y una gorra en la cabeza, pero su aspecto y su modo de moverse me han resultado familiares.

La había escuchado Virtudes sin tan siquiera parpadear, con la curiosidad asomando a su rostro y le sugirió:

—¿Crees que podría ser Gustavo?

Lo consideró ella durante unos instantes y terminó por encogerse de hombros.

—No lo sé, pero Madrid es una ciudad demasiado grande para que pudiera ser una coincidencia, ¿no te parece?

—Sí— repuso escuetamente la otra.

—¿Qué es lo que estás pensando?

Se resistió Virtudes a contestarle.

—Nada, si te lo digo te vas a enfadar.

—No me voy a enfadar, ¿qué es lo que imaginas?

—Que quizás le haya comentado Alberto a Gustavo que iba a comer contigo y que por esa razón se haya presentado el otro en la Plaza Mayor. En ese caso, cabría suponer que le preocupa lo que pudieras referirle, porque no creo que pertenezca al gremio de los hombres que se arrepienten de haber plantado a su novia después de haberla dejado embarazada y pretenden después retomar la relación que mantuvieron.

Evocó Herea el ridículo chapuzón de Gustavo en la piscina con Margarita cargada en el hombro y cómo le miraban los presentes. Estaba claro que se sentía abochornado al encontrársela

inopinadamente en la celebración de su compromiso con la otra y al cabo de tanto tiempo, y que esa había sido la razón de que hubiera bebido demasiado. Se preguntó también cómo reaccionaría Aníbal si se enteraba de que tenía una nieta, como consecuencia de la frivolidad de su hijo. Casi con seguridad la emprendería a golpes con él, por imbécil, aunque también era posible que eso no obviara a que las tres cuartas partes de la culpa se la atribuyera a ella, añadiéndole un calificativo malsonante.

Confusa, se preguntó si también Aquiles le retiraría el saludo si llegara a enterarse y si incluso le echaría en cara a su jefa que hubiera tenido la desfachatez de nombrarla vicepresidenta de su empresa.

—¿Tú crees?— musitó apenas.

—No lo sé, es solo una conjetura. Si fue Gustavo el que te robó a la niña sin el concurso de Alberto, se preguntará si ha cumplido su objetivo, o sea, si aún sigue en el orfanato porque no la has podido encontrar, o si ha sido adoptada por una pareja. Puede que sea eso lo que pretende averiguar siguiéndote los pasos.

Reflexionó ella durante unos segundos con el ceño fruncido.

—Pero solo una persona sin escrúpulos se comportaría así— murmuró a duras penas.

—Sí, pero acorde con la personalidad del tipo que se la llevara del hospital aquella noche. Yo de ti, si notas que se te acerca con esa intención, le seguiría el juego, pero sin aclararle cómo se resolvió el secuestro que perpetró. No creo, por lo que me has contado, que sea un hombre de sentimientos muy profundos, pero sí le inquietará que su padre pueda enterarse. Debe de ser un inútil y, si éste le cesara como gerente de Dylons, se quedaría en la calle sin un euro y sin posibilidad de seguir viviendo en el chalé que es actualmente su residencia. Pasaría en unos segundos de hijo de papá, con tiempo y dinero para vivir como un prócer, a convertirse en un vagabundo.

Del semblante de Herea fue desapareciendo paulatinamente la expresión de perplejidad con la que le había escuchado, para sonreír sarcásticamente.

—No le estaría mal empleado— corroboró—. Pero no voy a ser yo la que se chive a Aquiles ni quien le reclame ayuda económica para mi hija. Me basto y me sobro para mantenerla y lo que deseo es que no trascienda en ninguna circunstancia quien es su padre. Imagina que Gustavo lo acreditara ante un juez y que pidiera la custodia.

Se echó a reír Virtudes y le dio una s palmaditas en la espalda.

—Descuida, que eso no va a ocurrir. ¿Para qué podría querer ese lechuguino trasnochado a una chiquilla que llora por las noches y que se hace encima sus necesidades? Además, si lo intentara, podrías poner en práctica lo que me dijiste en una ocasión que tenías en proyecto.

Se lo decía en broma, porque opinaba que Herea era absolutamente incapaz de vengarse de su exnovio ni de nadie, pero ésta no captó el tono guasón en el que se lo dijo e inquirió con sus ojos azules muy abiertos:

—¿A qué te refieres?

—A que me comentaste que se merecía que le envenenaran y tengo entendido que las setas son un buen medio para enviar a un enemigo al otro mundo, pero no es época. Lo malo es que creo que cuando proliferan es en otoño y estamos en primavera.

En la aldea de Herea no proliferaban, pero sí había ido ella con Rafiña y con Maruxa a cogerlas durante el verano a un bosque que se hallaba tierra adentro y trató de explicárselo a la otra.

—La mayoría sí, pero los boletus se pueden encontrar desde finales de mayo hasta el mes de noviembre.

—¿Y le vas a envenenar con boletus?— se burló Virtudes— .Tendrías que salpicarlos con cianuro o con ricina, que es uno de los venenos más potentes que existen y que no dejan huella. Se extrae de las semillas del ricino, así que podrías plantarlas en un tiesto. Cuando las tuvieras listas y bien aderezadas con aceite de ricino, tendrías que machacarlas con un mortero y luego invitarle a cenar en tu casa una enchilada para disimular el amargor del veneno. Para que no pudiera enterarse de que su tentativa de secuestro fracasó, Viky dormiría esa noche en la mía, así que no sospecharía ni por lo

más remoto que el inspector Romero la encontró al día siguiente. ¿Qué te parece?— le preguntó riéndose.

—¿El qué?

—Lo que te estoy diciendo.

—No sé, no te he escuchado.

—Pues, aunque no me hayas escuchado, te contaré como acabaría él.

Seguramente empezaría a sentir retortijones enseguida, por lo que se marcharía a su casa pensando que le había sentado mal la cena y en dos o tres días se moriría, sin que ni tan siquiera los forenses que le practicaran la autopsia alcanzaran a saber de qué.

—No me des ideas— replicó ella, siguiéndole la broma—. No me considero capaz de matar a nadie en ninguna circunstancia. Ni siquiera a él.

—Me dejas más tranquila— replicó Virtudes con fingida seriedad—. Por un momento había llegado a creer que estabas preparándole el funeral. Mi consejo es que, si te encuentras a cualquiera de los dos, coquetees con ellos para entretenerte y nada más, pero para eso tendrían que ir más arreglada a la oficina.

—Es que no tengo ningún interés en coquetear con ellos ni con nadie— replicó muy digna—. Yo voy a la oficina a trabajar.

—No es óbice para que hagas también alguna que otra cosa— opinó su amiga— Tonteando con los que se te pongan a tiro, te sentirás más joven, pero sobre todo más guapa.

Viky, que estaba sentada sobre la alfombra destripando un peluche, se cansó de que no le hicieran caso y se agarró a las rodillas de su madre reclamando su atención, por lo que esta la cogió en brazos y se acercó con ella al balcón para otear la plaza a través de los cristales. La pequeña gorjeaba algo ininteligible señalándole a un transeúnte que la cruzaba aprisa y con la cabeza baja. La gorra que llevaba le ocultaba el cabello y las gafas oscuras le cubrían los ojos, por lo que no acertó a ver su rostro con claridad. Pese a ello se interrumpió a mitad de la frase que estaba pronunciando:

—Pero es que…

Parpadeó seguidamente intentando ver su rostro con más claridad. Era el mismo que en la Plaza Mayor la estaba mirando fijamente y se había levantado de su mesa para marcharse al sentirse descubierto. Llamó a Virtudes con un hilo de voz.

—Ven y dime si conoces de algo a ese.

—¿A quién?— inquirió ésta aproximándosele y pegando la nariz a los cristales de la puerta del balcón.

—A ese, al de la gorra. Es el tipo que me estaba mirando fijamente mientras comíamos y que ha puesto pies en polvorosa en cuanto se ha dado cuenta de que le había pillado in fraganti. ¿Te suena de algo?

—No— negó su amiga categóricamente—. Estoy segura de que no le he visto nunca—. Puede que viva por aquí cerca.

—Yo sí le he visto antes, pero no sé dónde. Anda cómo…

—¿Cómo quién?

—Ya te he dicho que no lo sé. Si pudiera verle el pelo o los ojos…

Se la quedó mirando Virtudes con un gesto de travesura en su marchito semblante. La cogió del brazo para apartarla del balcón y le dijo:

—Podemos bajar a la calle las tres y hacernos las encontradizas con él. Así saldrías de dudas.

—No, mejor que no— le contestó Herea resistiéndose su mano —. Cómo has dicho, probablemente será un vecino.

CAPÍTULO 13

Aunque le había asegurado a Virtudes que no sentía el menor interés en resultarle atractiva a ninguno de los dos primos, a la mañana siguiente invirtió más tiempo del que acostumbraba en arreglarse. Solía ir a la oficina con la cara lavada, pero ese día se maquilló, se peinó cuidadosamente su melena dorada y se puso el pantalón azul pálido que mejor le sentaba y la blusa blanca y entallada, con lunares del mismo color, que resaltaba su figura. Se miró luego en el espejo satisfecha y corrió a continuación hacia la puerta del piso para abrírsela a Virtudes, que la analizó de arriba abajo.

—Veo que me has hecho caso— le comentó, disimulando el tono irónico de su voz.

No le contestó, porque no tenía tiempo. Viky aún no se había despertado y ella tenía que darse prisa si quería llegar a tiempo a su trabajo, por lo que se colgó el bolso del hombro y se despidió de la otra con un ademán, para salir seguidamente al rellano y lanzarse a toda velocidad escaleras abajo.

Pese a que había pasado mucho tiempo desde que empezara a trabajar en Marvelrs y debería por lo tanto haberse habituado, sintió también esa mañana la garganta seca cuando entró en el acristalado vestíbulo de la torre Verdaguer y se encaminó hacia el ascensor, tras saludar al portero, temiendo encontrarse con Gustavo, pero por fortuna no vio a nadie conocido. Varios jóvenes de ambos sexos se introdujeron en uno de los ascensores a la vez que ella y fueron bajándose sucesivamente en las distintas plantas, previas a la suya, hasta que desembocó en la treinta y cinco y se dirigió a su despacho sin tropezarse con nadie. María Luisa y ella solían ser las primeras en llegar, pero ese día estaba ya Carmina, su secretaria, sentada tras su

mesa y notó la impaciencia con la que la aguardaba, porque le preguntó tras darle los buenos días:

—¿Cómo le fue el sábado en la fiesta a la que estaba invitada, se divirtió?

Era obvio que se había enterado de la noticia y que quería que se la detallara minuciosamente, pero se limitó a hacer un gesto vago sin detenerse.

—No demasiado— repuso, con la mano en la manilla de la puerta de su despacho.

— Espere un momento— le pidió la otra—. Tengo que advertirle que doña María Luisa ha llegado ya y que quiere verla. Supongo que querrá comentarle lo que sucedió el sábado en el chalé de don Gustavo— añadió con la clara intención de que se lo refiriera, pero hizo ella como que no la había oído y entró en la estancia a la que se dirigía, cerrando la puerta a su espalda. Allí puso en funcionamiento el ordenador que tenía sobre la mesa, revisó los correos y después colgó su bolso del brazo de la butaca, antes de dirigirse al encuentro de su jefa. Estaba ésta apoyada en su mesa con ambos brazos como si no pudiera mantenerse erguida y su aire de abatimiento era tan patente que Herea se sentó silenciosamente frente a ella y aguardó a que le expusiera el motivo de su llamada. La otra se puso sin mirarla unas gafas que no solía usar, se las quitó luego y las guardó en un cajón. Seguidamente suspiró.

—¿Quería usted verme?— inquirió ella cuando se cansó de su mutismo.

—Sí— musitó María Luisa con aire ausente—. Pero no sé cómo decirte esto, porque es muy desagradable.

Abrió mucho los ojos Herea en un gesto interrogante, dando por hecho que se estaba refiriendo a lo que había sucedido el sábado durante la fiesta y lo corroboró:

—Sí, mucho, fue muy desagradable, pero supongo que la pareja recapacitará y que ella le disculpará cuando él le asegure que no se emborrachará en el futuro y que consecuentemente no volverá a ponerse y a ponerla en ridículo.

Meneó pesarosamente María Luisa la cabeza.

—No, no es eso, es algo mucho peor.

Enarcó ella las cejas diciéndose que le resultaba difícil imaginar algo peor.

—¿De veras?

—Sí. Ha estado aquí Aníbal hace unos minutos. Me estaba esperando en el pasillo, delante de la puerta de la oficina y se la he abierto yo. Parecía estar calmado, pero cuando se ha sentado ahí enfrente, en la butaca que estás ocupando tú, ha empezado a soltar toda clase de improperios contra Gustavo, y contra Margarita que se ha negado a cogerle el teléfono a su hijo, pero sobre todo contra ti.

—¿Contra mí?— murmuró sobresaltada—. Yo no hice nada. Me limité a saludarles a todos.

—Sí, claro— rezongó sarcásticamente la otra—. Pero debías de haberme advertido primero que conocías a Gustavo porque habías trabajado en Dylons como secretaria suya y que él te había despedido, cuando se dio cuenta de que faltaba una importante suma de dinero que acababa de cobrar en efectivo de un cliente.

—¿Qué?— casi gritó ella.

—Chist, no levantes la voz— le recriminó María Luisa—. Según le ha dicho a su padre, guardó ese dinero en un cajón y salió a acompañar al cliente hasta el ascensor. Te vio salir de su despacho cuando regresaba y cuando fue a meterlo en la caja fuerte notó que faltaba más de la mitad.

—Pero…

—Por lo visto no era la primera vez que sucedía, pero anteriormente no te había relacionado a ti con ese robo. En esa ocasión te pilló con las manos en la masa y te puso de patitas en la calle.

—Pero eso es mentira— consiguió decir a duras penas.

—Espera, que no he terminado— siguió diciéndole su jefa—. Le ha dicho a su padre y éste a mí, que el verte el sábado en su fiesta la pilló tan de sorpresa que empezó a empinar el codo y continuó haciéndolo sin medida hasta que perdió el control y cometió la estupidez de zambullirse con su smoking en la piscina, y con Margarita, que llevaba un traje de seda natural, que le había costado una fortuna y que ha quedado inservible, porque al mojarse le ha encogido la tela. Su padre ha roto sus relaciones comerciales con

Dylons y Aquiles me acaba de amenazar con romperlas con Marvels si no te enseño la puerta esta misma mañana.

Se quedó sin habla Herea. Enrojeció ante tamaña calumnia, levantó ambas manos y las volvió a dejar caer. No pasó por su mente en ese momento que si perdía ese trabajo podía costarle mucho encontrar otro tan bien remunerado y en el que estaba tan bien considerada. Se dejó llevar tan solo por la irritación que sentía y se inclinó hacia su jefa con los ojos relampagueantes.

—Todo eso es mentira— repitió indignada—. Yo no he robado nunca en la empresa de Gustavo ni en ninguna parte, pero si ha decidido usted despedirme, me marcharé ahora mismo. Es cierto que fui su secretaria, pero no me despidió por lo que le ha dicho a su padre. Me despidió porque me dejó embarazada y me negué a abortar.

Parpadeó María Luisa como una lechuza desorientada.

—¿Es él el padre de tu hija?

Se mordió ella los labios por haberlo dejado escapar, pero como ya no tenía remedio, asintió.

—Sí. Y para colmo, me la robó en el hospital la misma noche en la que había venido al mundo y la dejó en un orfanato para no tener que hacerse cargo de su manutención y supongo que también para que don Aníbal no se enterara, porque le hubiera costado una buena bronca de su progenitor.

Se quedó mirándola María Luisa absolutamente anonadada.

—Pero eso es horrible y cuando se lo haga saber a su padre…

—No quiero que lo sepa nadie— la atajó Herea, angustiada y casi llorando—. Imagine que don Aníbal se sintiera obligado a mantenerla o que le exigiera a Gustavo que la reconociera legalmente. Tiene que prometerme usted que no le dirá nada.

—Pero es que, en caso contrario, si no le doy una razón para mantenerte en tu puesto, perderemos a uno de nuestros más importantes clientes, ¿no lo entiendes?— alegó la otra.

—Claro que lo entiendo, pero si soy un problema para Marvels, me despediré. O mejor aún, me despedirá usted, porque de otro modo no podría percibir el subsidio de desempleo. Dígale a don Aníbal, que me he enfadado con usted cuando me ha transmitido la

versión de mi despido que él le ha dado, y que he salido de su despacho dando un portazo.

Un lagrimón asomó a los ojos de María Luisa y meneó negativamente la cabeza.

—Nada de eso, y perdona por haber creído el cuento chino que le ha contado su hijo. No puedo prescindir de ti ni siento tampoco el menor deseo de hacerlo. Dylons no es nuestro único cliente y si lo perdemos no se hundirá el mundo. Además…

—¿Qué?

—Me ha dicho también que ayer, a última hora, consiguió convencer a su sobrino, a Alberto Hidalgo, para que se haga cargo temporalmente de la empresa. Al menos, hasta que la deje a flote. Tendrá que pedir la excedencia en la que trabaja actualmente, lo que no le ha hecho mucha gracia, pero le ha ofrecido un sueldo desmesuradamente alto y él ha aceptado.

—Y eso quiere decir…

—Que no tendrás que tratar con Gustavo, ya que a partir de esta misma mañana ha ido destinado a los almacenes donde se confecciona la ropa y que están en Fuenlabrada, por lo que ni tan siquiera te lo vas a tropezar en este edificio.

—Sí, ¿pero y don Aníbal? ´

Vaciló ostensiblemente María Luisa.

—Le diré que he hablado contigo y que es totalmente falso lo que su hijo le ha contado. Que además he comprobado a lo largo del tiempo que llevas trabajando conmigo que eres de absoluta confianza, ya que te sueles ocupar de cobrarles la factura a los clientes y no ha faltado nunca ni un céntimo de euro.

—Pero pagan a la empresa a través del banco, no en metálico — objetó ella.

—Sí, pero eso no se lo he aclarado. Vas a volver ahora a tu despacho y vas a olvidar, o a intentarlo al menos, las calumnias de ese imbécil. Esperemos que a Margarita se le pase pronto el berrinche y se casen, pero no me parece probable.

—¿Por qué no?

—Porque ella, además de ser guapa y muy inteligente, es un magnífico partido y tiene de repuesto a muchos aspirantes a su

mano. Ese es el principal motivo por el que Aníbal está tan indignado, por la oportunidad que ha perdido Gustavo, que después de su matrimonio con ella podría haber pasado el resto de su vida vegetando y dándose la gran vida. Y porque para Dylons era la salvación, ya que podría vender la ropa que confecciona en los almacenes de ella. Ha perdido ese magnífico partido por una estupidez.

Le pareció injusto a Herea que un tipo tan desaprensivo como Gustavo dispusiera de unas posibilidades de las que carecían la mayoría de los mortales por la exclusiva razón de haber nacido en una familia de magnates y de tener un físico tan atractivo, pero hizo un gesto afirmativo y se levantó de la butaca para salir del despacho. Estaba a punto de salir de la estancia cuando María Luisa la retuvo con un gesto de su mano.

—Por cierto, se me olvidaba. Imagino que me vas a decir que no tienes intención de asistir, pero tampoco puedes dejarme sola en esa ocasión.

—¿A qué se refiere?— inquirió ella enarcando las cejas.

—A la celebración del aniversario de la inauguración de los cincuenta años de este edificio. Supongo que sabes que lo construyó la promotora inmobiliaria Verdaguer, que es su propietaria y que se reservó las oficinas de las dos últimas plantas de este inmueble.

—Sí, lo he oído comentar.

—Pues el mes que viene, concretamente el día quince, va a conmemorarlo con una fiesta en la terraza del ático, a la que estamos invitados los jefes de todas las empresas que trabajamos en este edificio. Tampoco podemos faltar tú y yo— le dijo adelantándose a la protesta que iba a formular ella—. Así que ve buscando el traje que vas a ponerte.

—Pero yo no soy la jefa de Marvels, lo es usted, así que no necesito buscar una excusa para ausentarme.

—Eres la segunda jefa— puntualizó María Luisa en un tono que no admitía réplica—. Así que iremos las dos. Imagino que asistirá la familia Montero en pleno, pero no tienes por qué acercarte a saludarles, porque habrá mucha gente y yo te echaré una mano. Te repito que vayas pensando en el traje.

Reprimió Herea el deseo de soltarle un bufido. Se dijo que para el quince de junio aún faltaba mucho y que ya se le ocurriría una argucia para no asistir. Consultó su reloj y dio un ligero respingo.

—Tengo que bajar a la primera planta a mi clase de inglés y voy a llegar tarde—. Si me necesita, dentro de una hora estaré en mi despacho. Hasta luego.

Al salir a la antesala se tropezó con Aníbal, que venía en dirección contraria y que al coincidir con ella dejó escapar un resoplido de indignación como si hubiera visto una serpiente o algún otro animal desagradable. Ni tan siquiera se detuvo a saludarla como en otras ocasiones. Sin hacer un alto en su camino ni pedir permiso a la secretaria, con la cabeza más alta de lo necesario abrió la puerta del despacho que acababa de abandonar ella y la cerró a su espalda de un portazo. Un negro presentimiento la asaltó. Sin duda iba a averiguar si ya la había puesto en la calle y en cuanto se enterara de que no lo había hecho insistiría en que la despidiera esa misma mañana. Y lo más grave era que no había visto a su jefa tan segura de sí misma y de defenderla como en otras ocasiones y Aníbal era convincente a fuerza de despótico. ¿Qué podría hacer si se quedaba sin trabajo? No tenía titulación alguna ni otra experiencia que la que había adquirido en Marvels y dudaba que fuera suficiente para hacerla valer en su curriculum.

Y de todo lo malo que le estaba sucediendo tenía la culpa Gustavo, que era un mal bicho, además de un inútil, se dijo. ¿Cómo pudo haberse enamorado de él?, se preguntó. ¿Cómo no se dio cuenta de que iba a arruinarle la vida?

CAPÍTULO 14

Salió de la estancia y echó a correr por en enmoquetado pasillo hacia los ascensores. La cabina de uno de ellos estaba en la planta, por lo que se introdujo en esta dominando la aversión que experimentaba y apretó el botón de la planta primera. Le había costado acostumbrarse a utilizarlos, porque sentía una incontrolable claustrofobia cuando se cerraba la puerta y se ponía en marcha. Los segundos que transcurrían hasta que la cabina llegaba a su destino se le hacían eternos. De haber estado ubicadas, antaño Dylons y en el presente Marvels, en una de las cuatro primeras, hubiera subido y bajado andando las escaleras del edificio, pero los peldaños que mediaban en el presente entre el vestíbulo y la planta treinta y cinco eran demasiados para permitirse tales remilgos, por lo que hacía tiempo que se había resignado a padecer a diario esos malos ratos.

Apoyó la cabeza en la pared de la cabina diciéndose que debería superar definitivamente ese miedo incontrolable a los espacios cerrados, propio de una aldeana, que no hubiera salido nunca de su pueblo, pero no lo podía evitar.

Con la mirada fija en la botonera plateada adosada a la pared, en la que iban encendiéndose las teclas que correspondían a cada piso conforme iban descendiendo, pudo ver que se hallaba ya en el quinto, pero, al rebasarlo, se produjo un sonido sordo y el ascensor se detuvo antes de llegar al cuarto con un movimiento brusco. Seguidamente se apagó la luz y se quedó sumida en la más absoluta oscuridad.

Estuvo a punto de gritar, pero se controló diciéndose que no serviría de nada que lo hiciera. Por fortuna llevaba el bolso colgado al hombro y dentro de éste su inestimable móvil con su no menos estimable linterna. A tientas rebuscó con la mano en su interior y en cuanto dio con el aparato y activó aquella enfocó con la luz el

botonero y el timbre de alarma, que oprimió, esperando oír en el acto la voz del empleado que arreglaba esa clase de averías, pero no escuchó otra cosa que su propia respiración acelerada.

Se dijo que debería tranquilizarse, que quizás ese hombre hubiera ido al baño o se hubiera distraído momentáneamente por algún otro motivo, pero que no tardaría en acudir en su auxilio y volvió a apretar el timbre con una ansiedad creciente y con el mismo resultado negativo.

Empezó a sudar de pánico. Con la espalda apoyada en la pared de la cabina se dejó resbalar hasta el suelo con las piernas dobladas y trató de pensar. En un primer momento le resultó imposible. Sus nervios le exigían que gritara y gritara hasta quedarse ronca, pero comprendió que no la oiría nadie y que lo que debía hacer perentoriamente era buscar la forma de salir de allí, por lo que volvió a ponerse de pie y a apretar el timbre de alarma. Había estado iluminado hasta ese momento, pero en ese instante se apagó también.

Enfocándolo con el haz de la linterna del móvil se lo quedó mirando incrédulamente y se preguntó si se habría averiado el sistema de iluminación de todo el edificio y a eso obedecería que se hubiese quedado encerrada en el ascensor entre dos pisos. En ese caso, ¿qué podría hacer?

Hubiera deseado poder echarse a llorar, pero estaba demasiado angustiada para que las lágrimas acudiesen a sus ojos y sin saber por qué creyó ver el rostro de su padre aleccionando a sus hijos. Les decía que en las ocasiones en las que se hallasen en un apuro que no fuesen capaces de solucionar, deberían llamar a la necesidad y que ésta les ayudaría.

Como fábula estaba bien. Era obvio que no sabía cómo resolver el problema en el que se encontraba y salir de aquel maldito ascensor, pero también lo era que si llamaba a gritos a la necesidad nadie le haría caso. Tendría que solucionarlo de otra manera, ¿pero ¿cómo?

De pronto se le ocurrió. Tenía en sus manos el móvil, por lo que podía llamar a alguien conocido y pedirle ayuda. ¿Pero a quién?

Pensó en Virtudes, que había sido y era su paño de lágrimas, pero desistió casi enseguida. Se le ocurrió luego que podía llamar a su secretaria, pero no sabía su número de teléfono, por lo que la descartó y marcó el de su jefa, que no atendió su llamada. Probablemente habría salido de su despacho dejándose el aparato sobre la mesa, lo que hacía muy a menudo y solo Dios sabía lo que tardaría en volver. Tenía que buscar a otra persona.

A la luz que irradiaba la linterna del aparato buscó en su agenda la llamada más reciente que había tenido y detectó la de Alberto, que se había puesto en contacto con ella el día anterior para invitarla a comer. Quizás estuviese en el edificio. Con un dedo que temblaba ostensiblemente marcó el número y aguardó unos segundos con el aparato en el oído y el corazón latiéndole desacompasadamente. Transcurrieron unos segundos que se le hicieron eternos, pero al fin oyó su voz.

—Alberto.

No debió reconocerla, porque inquirió:

—¿Sí?

—Alberto, soy Herea. Me he… quedado— tartamudeó—, me he quedado encerrada en el ascensor y no puedo salir. Necesito que me ayudes. Estoy a punto… a punto de asfixiarme.

Debió pillarle tan de improviso su patética llamada de auxilio que no la entendió.

—¿Cómo que te estás asfixiando? ¿Qué te pasa?

—Ya te lo he dicho, que me he quedado encerrada en el ascensor y me estoy ahogando. Necesito que me saques de aquí.

Ahora sí la entendió, pero pese a ello, en lugar de correr en su ayuda, que en su opinión era lo que debería de haber hecho, se empeñó en hacerle unas preguntas que acabaron de ponerla histérica.

—¿En qué edificio estás?— inquirió—. ¿En la Torre Verdaguer?

—Sí, claro, ¿dónde voy a estar?

—¿Y en qué ascensor? Hay cinco.

—En el segundo empezando por la izquierda, pero date prisa, me estoy quedando sin aire.

El muy cachazudo, aún hizo un intento de tranquilizarla.

—No te estás quedando sin aire— la reprendió en tono persuasivo—. Tienes que respirar hondo y calmarte. Dime entre qué pisos se ha quedado el ascensor.

Se dijo que tal vez si se ponía a chillar entendiera él lo terrible que era la situación en la que se hallaba, pero en su lugar e incomprensiblemente, en lugar de su voz acudieron las lágrimas a sus ojos, que se le desbordaron como un torrente por las mejillas.

—En el quinto— hipó— Creo que entre el quinto y el cuarto.

—Tranquila, que no tardaré. En un par de minutos solucionaremos esto.

Cortó la comunicación y el silencio más absoluto la envolvió. Las gotas de sudor le resbalaron sobre la frente y empezó a jadear, luchando por inspirar aire. No podría resistir mucho tiempo allí encerrada, pero se dijo que tenía que aguantar. No sabía dónde estaba Alberto cuando había atendido su llamada y si se encontraba en su antigua oficina, de la que creía recordar que se hallaba en un edificio próximo, tardaría al menos unos minutos en llegar a la Torre Verdaguer y en dar con el operario que controlaba el sistema de seguridad de los ascensores, que estaba ubicado en el sótano. Creía recordar que era eso lo que le había dicho su jefa. Eso y que no debía sentir miedo de utilizarlos, porque los avances de la ciencia impedían en el presente cualquier accidente.

Al recordar los consejos que le había dado cuando ella le había explicado la claustrofobia que le hacían sentir, se dijo que le hubiera gustado ver a doña María Luisa en su situación. Reconocía que era una mujer con un temple envidiable, pero de haberse quedado encerrada en un espacio tan pequeño, perdería los estribos, lo mismo que le estaba sucediendo a ella.

Dificultosamente se puso en pie para oprimir nuevamente el timbre de alarma sin obtener respuesta alguna. Se secó las lágrimas de un manotazo y al borde de la histeria se preguntó qué podría hacer para entretener la espera. Iba a golpear la puerta metálica del ascensor cuando oyó la llamada de su móvil. Se lo había guardado en el bolsillo del pantalón y cuando intentó extraerlo se le cayó al suelo y se apagó, por lo que tuvo que ponerse a gatas y avanzar palmo a palmo en la oscuridad para dar con él. Cuando lo consiguió

y se encendió la pantalla, vio que era Alberto quien pretendía ponerse en contacto con ella.

—Herea.

—Sí… soy yo… dime— hipó.

—Estoy en el sótano con el operario que maneja el sistema de seguridad y no tardará en arreglar la avería. ¿Estás bien?

Meneó furiosamente la cabeza en sentido negativo, pero, como no podía verla, trató de transmitirle con palabras su estado de nervios.

—No… no, estoy muy mal. No podré soportar esto por más tiempo. Tienes que sacarme de aquí.

La voz de él le sonó extrañamente calmada.

—Ya lo estoy haciendo y tú tienes que cooperar. No eres una niña chica, ¿entiendes? Tienes una hija y ella te necesita, así que no te puedes permitir un ataque de ansiedad.

De la indignación dejó de llorar para soltarle un bufido.

—No tienes que recordármelo, lo tengo muy presente, ¿entiendes? Pero te parezca bien o mal, ahora voy a darle patadas a la puerta, porque así, a lo mejor, puedo tirarla abajo.

—No hagas niñerías— la reprendió él en el tono que utilizaría un profesor con un alumno díscolo—. Aún en el supuesto de que la tiraras abajo, lo que me parece imposible, ¿de qué serviría? Estás entre dos pisos.

—Serviría para… me da igual para qué. ¿Es que tú no te alteras nunca?— gritó incoherentemente.

Le sacudió un par de puntapiés a la plateada superficie que cerraba a cal y canto la especie de prisión en la que se hallaba y, aunque no le hicieron la menor mella, de improviso la luz de la cabina se encendió.

—Alberto— le gritó.

—¿Qué?

—Se ha encendido la luz.

—Sí, ya lo sé, porque he sido yo. Ahora vamos a bajarte hasta la cuarta planta y yo voy a subir en otro ascensor a buscarte. No te muevas.

Ya le hubiera gustado a Herea poder elegir entre esperarle allí encerrada o salir corriendo al rellano de la escalera, y, llorosa, apoyó la mejilla contra la puerta. Transcurrieron un par de minutos que se desgranaron en millones de segundos. Le dio la impresión de que el tiempo no avanzaba, pero de improviso la cabina se puso en movimiento para descender lentamente y a continuación ocurrió el milagro. La puerta se deslizó en sentido lateral y vio en el descansillo a Alberto y a un hombre vestido con un mono azul.

Debería haber gritado de alegría, pero reaccionó al contrario de lo que le hubiera gustado. Con dos hipidos más, sollozó histéricamente y se colgó del cuello de Alberto jadeando y al borde del ataque de nervios.

En un primer momento y probablemente por la sorpresa, se quedó rígido, pero después la abrazó y le dio unas suaves palmaditas en la espalda.

—Vamos, vamos, ya ha pasado todo. ¿Desde cuándo le tienes esa aversión a los espacios cerrados?

En ese momento no pudo puntualizarlo y sollozó más fuerte, lo que debió de resultarle incómodo al operario que había arreglado la avería del ascensor, que se despidió de ellos con una sonrisa.

—Bueno, yo ya me voy—. Y dirigiéndose a Alberto, le dijo—: Ya sabe dónde estoy. Si necesita algo, no tiene más que decírmelo.

Se marchó escaleras abajo y Herea luchó por recuperar la compostura y sacó un pañuelo del bolso para secarse las lágrimas y para sonarse la nariz.

—Gracias— articuló a duras penas— Si no llega a ser por ti, creo que me hubiera asfixiado ahí adentro. Ya casi no podía respirar.

—Vamos, vamos, no es para tanto. ¿Te encuentras mejor?

Se sentía como si la hubieran rescatado ahogada de una piscina y Alberto debió notarlo, porque intentó calmarla y le propuso:

—¿Quieres que subamos a la cafetería para que tomes algo que te entone? Una tila, o una copa, ¿qué te parece?

Levantó ella la cabeza hacia su rostro sopesándolo.

—Pero yo… yo bajaba a mi clase de inglés. Llegaré tarde.

—Puedes hacer novillos hoy— replicó Alberto en tono festivo—. No creo que estés en condiciones de asistir a ninguna clase, así que vamos a ver si tomamos algo los dos, porque quiero además hacerte una pregunta.

—Pero la cafetería está en la planta treinta y seis— objetó ella —. No quiero tener que volver a meterme en un ascensor.

La envolvió él en una mirada indulgente.

—Sí, porque irás conmigo y no va a pasarnos nada.

Oprimió la tecla de llamada de otro y la empujó dentro de la cabina cuando se detuvo en la planta en la que se hallaban.

—Pero es que… — protestó ella resistiéndose.

—Te repito que no va a pasarnos nada.

En compañía de él no le pareció a Herea tan alarmante que la puerta se cerrara ante sus ojos, aunque se volvió de espaldas para no verlo durante el trayecto, hasta que se detuvo y se abrió, permitiéndoles salir al rellano.

En la cafetería no había nadie a esas horas y tomaron asiento los dos en una mesa junto a la cristalera que hacía las veces de fachada. Se veía desde allí, y empequeñecido como el de una casa de muñecas, el Paseo de la Castellana, invadido como siempre por el tráfico, pero no se oía el ruidoso sonido que lo acompañaba. Hasta allí no llegaba tampoco el sonido de la calle en la que se enclavaba el edificio y Herea fue tranquilizándose cuando tomó un par de sorbos de la copa que él le pidió.

—¿Qué pregunta querías hacerme?— inquirió—. Si lo que te interesa saber es desde cuando me pasa esto, te diré que no estoy segura. Creo recordar que empecé a sentirlo a raíz de una ocasión en la que me quedé encerrada en el aseo del barco de pesca de mi padre.

—¿Te quedaste encerrada?

—Sí, salimos a la mar con él de madrugada mi hermano Rafiña y yo y mientras ellos echaban las redes al agua fui yo a… a hacer lo que se hace en los cuartos de baño. El caso es que se encasquilló el pestillo de la puerta y no conseguí descorrerlo. Ellos estaban en la cubierta y por más que chillé no me oyeron.

—Pero en algún momento te echarían de menos.

—Sí, pero varias horas después. Cuando desembarcaron con la pesca y llegaron a mi casa. Al parecer preguntó mi madre que donde estaba yo, porque necesitaba que me hiciera cargo de los pequeños y entonces notaron mi falta y volvieron al puerto a buscarme. Creo que fue a partir de entonces cuando no soporto los espacios cerrados.

—Ya— musitó él.

—¿Era eso lo que querías saber?

Levantó la cabeza que mantenía fija en el mantel y clavó sus ojos en su rostro.

—No, al menos no solamente eso. Quería saber quién sabe que tienes claustrofobia y que concretamente temes quedarte encerrada en un ascensor.

Se acodó en la mesa y apoyó ella el rostro en la palma de la mano intentando concentrarse.

—Lo sabe mi familia. Aunque no lo relaciona con los ascensores porque en mi pueblo no los hay. También lo sabe Virtudes, que es mi vecina, porque se lo he contado, porque, como sabes, en mi casa tampoco lo hay y también mi jefa.

—¿Y nadie más?

—Bueno, sí— afirmó ella—. Recuerdo que se lo comenté a tu primo, a Gustavo, y que se rio mucho al saberlo. Le hizo mucha gracia. ¿Por qué?

Le pareció que vacilaba y que no se decidía a contestarle, pero finalmente hizo un gesto con el que parecía querer quitarle importancia a lo que iba a decirle.

—Por nada. No quiero asustarte, pero el técnico me ha dicho que la avería del ascensor ha sido provocada y que incluso han desconectado el sonido del timbre de alarma. Alguien ha debido querer gastarte una broma.

CAPÍTULO 15

Se quedó mirándole con la boca abierta y tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Una broma?— musitó apenas—. Podía haberme muerto del soponcio. No puedes imaginar siquiera la angustia que se siente en un espacio tan pequeño, sin luz y con una puerta imposible de echar abajo. Las de madera, al menos, son más endebles, pero la del ascensor debe de ser de acero y por lo tanto indestructible. Creí que iba a morir asfixiada, que había agotado ya el oxígeno de la cabina.

Hizo un intento él por sonreír, pero sus ojos la miraban serios.

—Me parece que exageras. Antes o después, alguien hubiera avisado de la avería y te hubieran sacado de allí.

—O no. Hay cinco ascensores y es más que probable que la persona que hubiera intentado subir en el mío se hubiera arrepentido enseguida al comprobar que no funcionaba y que consiguientemente llamara a otro— Se mesó su rubia melena y añadió—: He pasado una media hora infame al sentirme encerrada, como fue también horroroso lo que sentí en el barco de pesca, en un espacio tan pequeño. Llegué a pensar entonces que nadie me echaría de menos y que pasaría la noche sentada en el retrete. Y eso, si tenía suerte y mi padre decidía salir a navegar a la mañana siguiente, porque en caso contrario es posible que aún siguiera allí.

Esbozó él un gesto de incredulidad y se acodó en la mesa para observarla con curiosidad.

—Pero se darían cuenta tus padres de que no estabas en la casa a la hora de la cena— adujo— ¿O no?

Evocó Herea la casita de una planta que sobre unas rocas se elevaba sobre el puerto de pescadores y el sonido del mar que rugía incansable. Lo traía el viento que se calaba por los resquicios de los marcos de las ventanas y la recorría de punta a punta. Y a sus

progenitores, tan hoscos, preocupados por salir adelante con una prole cada vez más numerosa, pero a la que no parecían dispuestos a poner coto y en la que no estaba incluida ella, a la que, sin preguntarle, le habían adjudicado el papel de burro de carga. Rara vez cenaban todos juntos, porque era necesario atender primero a los más pequeños y porque además no cabían en la mesa. Lo recordó con algo de nostalgia, pero también con cierto rencor.

—No lo entenderías— le dijo—. La vida allí es muy dura y los dos trabajan de sol a sol sin concederse un segundo de reposo. Les parece lo natural, porque es lo que han vivido desde que nacieron, y creen que también debería parecérmelo a mí, ya que, por ser la mayor, debo apencar desde que amanece, porque en su opinión esa es mi obligación. En el presente les mando dinero todos los meses, porque afortunadamente me lo puedo permitir, pero no por eso han dejado de considerarme una oveja descarriada.

—¿Por tener una hija?— apuntó él, tras unos segundos de vacilación, temiendo que pudiera ofenderse.

—No, eso no lo saben. Lo piensan, por haberme largado del terruño y haberme emancipado, por pretender llevar un modo de vida diferente a la de ellos, y sobre todo por desatender mis hermanos pequeños. Si se enteraran de la existencia de Viky, probablemente me devolverían el dinero y me retirarían la palabra.

—No me lo puedo creer— objetó desconcertado.

Se hubiera reído Herea en cualquiera otra circunstancia al verle tan confuso, pero le dolía demasiado la actitud de sus progenitores para con ella y no consiguió ni tan siquiera iniciar el gesto.

—Pues créetelo, porque viven anclados en otro siglo y conservan unas costumbres y unas creencias que hace tiempo que dejaron de estar vigentes. Galicia es el lugar más bello del mundo y mi aldea lo es también. No creo que puedas imaginar lo maravillo que es vivir al borde del mar. Oír el susurro de sus olas a todas horas y ver cómo va cambiando de color conforme transcurre el día, a la par que lo hace el firmamento, pero no hay jóvenes de mi edad, porque se han ido marchando a las ciudades. Para una chica como yo, no hay otro futuro que casarse con un pescador que peine canas y olvidarse con los lugareños de la evolución que va experimentando

el mundo y que allí no llega. Por eso, y aunque en el resto del planeta sea un concepto que está pasado de moda, exaltan la castidad en las mujeres como el bien más preciado que pueden poseer. Pero solo en las mujeres, claro.

Se echó a reír él con ganas.

—¿Eres una feminista empedernida?

—Digamos, que feminista sí, pero empedernida, no. Solo pretendo que se nos juzgue a los dos sexos con la misma vara de medir.

Desvió la mirada para contemplar el panorama que podía divisarse desde allí, tres plantas más arriba que el que se dominaba tras los cristales de su despacho cuando trabajaba en Dylons y quizás por asociación de ideas le preguntó:

—¿Has tomado hoy posesión de tu nuevo puesto de trabajo?

Asintió él.

—Sí. Me he reunido con Gustavo en el despacho de éste, o, mejor dicho, he estado en ese despacho un buen rato esperándole, porque se ha retrasado. Precisamente, cuando te has quedado encerrada en el ascensor y me has llamado, estaba allí, aguardándole, y he salido de pira para sacarte de la cabina lo antes posible. Ha llegado él en ese preciso momento y le he dejado recogiendo sus cosas para marcharse a los talleres de confección a los que le ha destinado su padre.

—Estaría fastidiado— apuntó con precaución preguntándose si no habría sido Gustavo el que hubiera provocado la avería del ascensor para vengarse de ella, culpándola del ridículo que había hecho al verla en el jardín de su casa.

Esbozó Alberto un gesto vago.

—Si lo estaba, no lo manifestaba. Yo diría, que se alegraba de marcharse a Fuenlabrada, porque me ha palmeado la espalda y ha pretendido que subiéramos a esta cafetería a tomar una copa juntos. Como puedes suponer, le he contestado que no era el momento.

—¿Le has aclarado el motivo?— trató de precisar Herea.

—No. He bajado como una bala a buscar al técnico para sacarte cuanto antes del ascensor.

—Ya— murmuró ella, suponiendo lo que habría disfrutado el otro al imaginar la angustia que sentiría ella encerrada en la cabina en la más absoluta oscuridad y sin poder utilizar el timbre de alarma. Se merecía que su padre le hubiera desterrado a los talleres y mucho más.

Debió de aflorarle al rostro lo que estaba pensando, porque lo notó él y la observó con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa ahora? Se diría que estás deseándole los peores males del mundo a ese pobre ascensor, que es inofensivo. Hay personas que no miden el alcance de sus bromas y el día en que la identifiques se lo puedes decir.

—No, no es eso— le rebatió— Es que hoy ha sido un día muy completo para mí y muy poco grato— le dijo, evocando la conversación que había mantenido con María Luisa—. Es posible que lo de trabajar en esta oficina finalice muy pronto y es en lo que estaba pensando. Al parecer, y por lo que me ha comentado doña María Luisa. le ha exigido don Aníbal que me despida.

Sorprendido, enarcó Alberto las cejas y estudió en silencio su semblante contrariado.

—¿Y eso?

Le refirió la versión que Gustavo le había dado a su padre sobre ella y lo que había inventado este sobre su despido de Dylons, lo que escuchó sin interrumpirla.

—No creo que Marisa le haga caso— manifestó impasible, sin que asomara a su semblante lo que estaba pensando—. Sé que tiene de ti una magnífica opinión y estoy seguro de que no ha creído ni una palabra de lo que ese imbécil le haya dicho para justificar la estupidez que cometió en la fiesta.

—Yo de ti no pondría la mano en el fuego por ella— replicó mohína y con voz apagada—. Aunque sea una magnífica persona, Marvels es su vida y la empresa es la principal proveedora de Dylons. Si ésta encargara sus pedidos de tejidos a otra diferente, nos veríamos en un apuro.

Lo consideró él sopesándolo, pero finalmente meneó la cabeza en sentido negativo.

—Te daría la razón, si Gustavo siguiera al frente de Marvels, pero no es así. Desde esta mañana soy yo su presidente a todos los efectos y te puedo garantizar que nuestra relación comercial será la misma que lo ha sido hasta ahora.

—Pero…

—Y no te preocupes por mi tío— la interrumpió—. Se ha hecho a sí mismo y, aunque es muy listo, sigue siendo bastante tosco, pero no lo bastante como para pretender romper con Marvels.

—¿Tú crees?

—Por supuesto, pero en el caso de que esté equivocado, le impondré la continuidad con vosotros como condición para seguir haciéndome cargo de ella.

Levantó Herea la mirada hacia él y de improviso notó un escozor en los ojos y se le llenaron de lágrimas.

—Gracias, pero no puedo consentir que por mi causa provoques un disgusto familiar. Estoy pensando…

—¿Qué es lo que estás pensando?

—En ir a consultar con un abogado. Me recomendasteis a uno cuando quise sacar a Viky del orfanato y te opusiste a que lo hiciera, porque era necesario cumplir antes unos trámites legales. Iré a verle para que me aconseje lo más conveniente. Puede que no me viniera mal optar por demandar a la empresa por despido improcedente, cobrar la consiguiente indemnización y colocarme en otra, cuya oficina estuviera a pie de calle. Me evitaría muchos disgustos.

Se encogió de hombros con cierta impaciencia.

—Perderías de vista a Gustavo, eso es cierto, pero no te sería fácil encontrar otra empresa en la que estuvieras tan bien considerada como en Marvels ni con un trabajo tan bien remunerado. Si además de a tu hija mantienes a tu familia gallega, largarte a una más modesta sería un lujo que no te puedes permitir.

Parecía molestarle que se lo estuviera planteando, por lo que trató de justificarse.

—Es que tú no sabes. Tu primo es un mal enemigo y le creo capaz de cualquier jugarreta para desacreditarme ante su padre y ante María Luisa. Con don Aníbal ya lo ha conseguido y mi jefa no le conoce más que superficialmente.

Enfrentó él su mirada y, aunque le costó arrancar a decírselo, finalmente reconoció que a esas alturas se había hecho una composición muy clara de los hechos.

—Sí, lo sé. Tendría que sr muy tonto para no haber adivinado la relación que hubo entre vosotros y cómo terminó, pero, aunque sea un cabeza loca, no le considero capaz de haberte robado a tu hija para dejarla en un orfanato. ¿Qué sacaría con ello? Es un inconsciente, pero no es un monstruo.

Dejó escapar Herea una risita sarcástica.

—Como se nota que es tu primo y que por esa razón le ves con buenos ojos— se burló — Imagina la reacción de don Aníbal si se enterara de que inopinadamente tenía una nieta no deseada, y que la madre de esa nieta era una chica de pueblo, sin estudios, cuyos progenitores escriben con faltas de ortografía. Como mínimo le hubiera dado un soponcio. Hizo lo que se le ocurrió para evitar que pudiera enterarse.

—Lo dudo— objetó Alberto sin apartar los ojos de ella—. No sé quién pudo ser el que aquella noche dejó a la niña en el torno del centro. Sabía él que eventualmente era yo en esos días el director del centro y nunca me ha hecho el menor comentario al respecto. Supongo que el que lo hizo pretendía que fuera adoptada por una pareja que no tuviera hijos, por lo que lo natural hubiera sido que más adelante pretendiera obtener información, pero lo cierto es que jamás se ha referido a ese asunto.

—Y yo te repito que tu opinión sobre él carece de verosimilitud. Si esta mañana me hubiera muerto asfixiada en el ascensor, se hubiera sentido liberado de un gran peso.

Dejó escapar él un imperceptible resoplido de impaciencia.

—Haz lo que te parezca, pero te repito que no voy a permitir que sea mi tío el que dirija Dylons y decida también sobre el personal de Marvels. Conoce sobradamente a su hijo y, como él, no tendría reparo en perjudicar a otra persona, en ese caso a ti, si con ello obtuviese una ventaja. Supongo que Gustavo querrá hacer correr la voz de que fuiste la causante del numerito que montó. Sobre todo, para que llegue a oídos de Margarita y que esta

recapacite. Esa boda es trascendental para él, para mi tío y para Dylons y mi primo sabe cómo engatusar a las mujeres.

—En eso te daré la razón— convino guasona—. Sobre todo si la chica, además de muy joven, es una palurda sin ninguna clase de experiencia, lo que no es el caso de su exnovia. Dudo de que consiga retomar esa relación y me alegro, porque se merece que en adelante todo lo salga mal, se merece las penas del infierno.

La observó él con cierta benevolencia.

—No creo que seas tan vengativa ni tan rencorosa como pretendes aparentar.

¿No? Pues estás muy equivocado. Unos de estos días lo comprobarás.

CAPÍTULO 16

No volvió a ver a doña María Luisa en toda la mañana, lo que la escamó, porque solía llamarla a menudo a su despacho. Le preocupó tanto el cambio de actitud de su jefa para con ella que buscó en su móvil el número de teléfono del despacho de abogados al que había acudido cuando necesitó asistencia jurídica para sacar a Viky del orfanato y, como entonces, le contestó la voz impersonal de la secretaría que le dijo que don Gabriel Márquez no podía recibirla hasta diez días más tarde.

—Pero es que necesito que me aconseje y es un asunto importante— adujo ceñuda—. ¿No podría hacerme un hueco antes? Es un tema laboral.

—No, lo siento— fue la respuesta de la secretaria.

Apuntó ella la fecha de la cita que le dio y se despidió de la otra. Se giró luego hacia la ventana, hacia el atardecer que iba agrisando los edificios, cuyos tejados se dominaban desde allí y se preguntó si estarían llegando a su fin los días en los que ocupaba ese despacho y contemplaba aquel panorama único. Había llegado a sentirse en Marvels como en su casa y, si su jefa se dejaba llevar por la presión que ejercía don Aníbal sobre ella y decidía finalmente despedirla, le iba a resultar muy difícil encontrar en otra empresa un puesto de trabajo tan bien remunerado y de tanta responsabilidad.

Le había dado la impresión esa mañana de que Jacobo estaba al cabo de la calle, pero que no se decidía a comunicárselo. Habían comido los dos en la cafetería del edificio, una planta más arriba, pero su jefa no les acompañó, en contra de lo que acostumbraba, por lo que cuando finalizó su jornada laboral sin que esta se hubiera puesto en contacto con ella, se sentía tan desalentada que cuando salió de su despacho se volvió a contemplarlo desde la puerta con la sensación de que debería despedirse de su mesa, de la butaca en la

que se sentaba tras esta y sobre todo de la ventana por la que unas veces entraba el sol a raudales y otras la tristeza del crepúsculo, pero que siempre le hacía experimentar la sensación de que se hallaba en la cumbre del mundo. Desde el pasillo abarcó con añoranza cada rincón de la estancia en la que había desempeñado ese cargo y se preguntó por qué Gustavo habría tenido que cruzarse en su camino. Si en lugar de un joven apuesto y mujeriego hubiera tenido como jefe a un hombre bondadoso y entrado en canas que la hubiera mirado como a una hija, no habría tenido que soportar ninguno de los contratiempos que estaba padeciendo. Al llegar a ese punto de sus elucubraciones, se dijo que de no haberle conocido no tendría ahora a su hija, a la que adoraba por encima de cualquier otro sentimiento, pero no acabó de consolarse con esa idea, porque la necesidad de mantenerla se sumó a la preocupación que sentía ante un posible despido.

Para colmo de males, cuando salió a la calle notó algo que la alertó. No vio a nadie que la siguiera, pero captó el sonido de sus pasos detrás de ella, pese al estruendo del tráfico y al ruido de los transeúntes con los que se cruzaba por la calle Orense que iba recorriendo en dirección a la boca del metro.

Empezaba a anochecer y ya estaban encendidas las farolas, por lo que cuando al volver la cabeza entrevió la silueta de un individuo que se había ocultado detrás de la pilastra de una que se hallaba a su espalda y que esparcía una luz macilenta sobre la acera, se detuvo, decidida a no dejarse intimidar. En un primer momento había sentido la tentación de echar a correr, pero cambió en el acto de opinión. La calle estaba como siempre muy concurrida por lo que se dijo que no correría ningún riesgo si retrocedía para averiguar de quien se trataba y se enfrentaba a su perseguidor, por lo que volvió sobre sus pasos. Como había supuesto, era Gustavo el que había pretendido esconderse tras la farola y el que al verse descubierto no fue ni tan siquiera capaz de inventar una excusa.

—¡Ah!, hola— le dijo disimulando su azoramiento—. Acabo de salir de la oficina y por lo que veo tú también. ¿Cómo estás?

—Yo bien— masculló ella con retintín—. ¿Y tú?

—Yo también— balbuceó, rojo como una amapola.

—Tenía entendido que no trabajas ya en el edificio Verdaguer.

—No, ya no, desde esta mañana dirijo los talleres de confección de Fuenlabrada, pero he vuelto a recoger unos papeles.

Advirtió ella que no llevaba nada en las manos y esbozó una sonrisa sardónica que no le pasó desapercibida a él, por lo que trató de justificarse.

— Es que las mudanzas llevan su tiempo y te he visto por la ventana salir a la calle y te he seguido, porque necesito hablar contigo. Me ha dicho Alberto que te has quedado encerrada en un ascensor y que has pasado un mal rato.

Se le quedó mirando Herea sorprendida de que fuera capaz de sacar ese tema con tanta desfachatez, ya que había llegado al convencimiento de que había sido él el que había provocado la avería.

—Sí, pero afortunadamente me ha ayudado tu primo a salir de la cabina— replicó— Y perdona, pero tengo prisa— le advirtió, echando a andar apresuradamente hacia la boca del metro con la intención de perderle de vista cuando antes.

Levantó él una mano para detenerla y le sonrió con aquel gesto tan suyo que la desarmaba antaño y con el que recordaba al de un niño travieso. Un mechón de cabello le resbalaba sobre la frente y unas arruguillas le habían surgido en las comisuras de los ojos, que la miraban entrecerrados. Igual que cuando le vio por primera vez y le sonrió, como en cada una de las ocasiones en las que la llamaba a su despacho o se lo encontraba por los pasillos de la planta treinta y tres, y como aquellos días inolvidables que pasaron en su casa de la playa arropados por el murmullo de las olas. Pero habían ocurrido demasiadas cosas desde entonces y no sintió como entonces que se le acelerara el pulso, sino tan solo una imprecisa añoranza.

—Espera—le dijo él—. Te repito que necesito hablar contigo. Podríamos entrar en esa cafetería y tomar algo mientras intercambiamos puntos de vista y llegamos a un acuerdo. Serán solo unos minutos.

Le indicaba el mismo local en el que tiempo atrás se sentaban en la mesa más apartada del establecimiento cuando salían de la

oficina. El mismo en el que le había asegurado que la querría siempre. ¿Tendría mala memoria o simplemente pretendería revivir lo que ya debería de estar muerto?— se preguntó Herea, con la vaga sensación de no estar segura de poder afirmar que en el presente hubiera conseguido borrar de su mente por completo aquella época.

—Ya te he dicho que tengo prisa— objetó.

—No seas pesada— insistió él reteniéndola por un brazo—. Es un asunto importante, que afecta a tu permanencia en la empresa. Sabrás que mi padre le ha exigido a María Luisa que te despida, por lo que quiero proponerte una solución satisfactoria para todos.

No lo esperaba, pero como la actitud de su jefa la mantenía más que escamada se dejó conducir dentro del local y olvidar lo que este había significado en el pasado para centrarse exclusivamente en lo que tuviera que decirle. Estaba casi vacío y se dirigió Gustavo sin vacilar a la misma mesa que ocupaban entonces, al fondo del establecimiento, y junto a una ventana a través de la cual se veía la calle.

Era el mismo escenario de entonces, pero no eran ellos los mismos actores, al menos no lo era él. Carecía ahora de la seducción que derrochaba en aquellos tiempos o no le impactaba ya a ella, que le escuchó impasible, cuando intentó explicarse:

—Supongo que sabrás que Margarita rompió conmigo el día de la fiesta— le comentó con la cabeza baja y la mirada fija en el mantel—. Reconozco que me porté como un estúpido. Bebí demasiado y me puse y la puse en ridículo. El caso es que esa boda era trascendental para nosotros y para Dylons, ya que habíamos convenido que la ropa que confeccionamos se vendería en los establecimientos que precisamente regenta ella.

—Y ahora ese acuerdo ha quedado sin efecto— apuntó Herea, adelantándosele.

Aguardó ahora Gustavo a que el camarero les llevara los cafés que habían pedido y cuando éste se alejó hacia la barra del establecimiento, asintió.

—Sí, está indignada conmigo por lo que pasó y sigue estándolo. A mí no ha querido ni escucharme, pero mi padre le ha explicado al suyo que la culpa la tuviste tú. Que habías trabajado a

mis órdenes y me vi obligado a despedirte. Que no había vuelto a verte y que…

—Sí, todo eso ya lo sé— le interrumpió ella—. Y también que alegaste que el motivo fue que me quedé con el dinero con el que un cliente había abonado una transacción que habíais efectuado. Supongo que lo que pretendes que haga ahora para ayudarte a recomponer vuestra relación es que lo admita.

Vaciló él sin atreverse a asentir.

—Verás, es que…

—Ni lo sueñes— le atajó—. Si me la encuentro en el edificio Verdaguer, lo cual es muy probable porque su empresa ocupa por completo la planta que está sobre la mía, le diré la verdad. Que efectivamente fui tu secretaria y mantuvimos una relación sentimental, que rompiste cuando me quedé embarazada y que no quisiste saber nada de mí ni de mi hija a partir de entonces.

Parpadeó desconcertado y murmuró a media voz:

—¿Fue una niña lo que tuviste?

Se mordió Herea los labios por haber hablado de más. Se había propuesto de antemano que él no llegara a saberlo nunca, pero las palabras brotaron de su garganta sin haberlas procesado antes en su mente.

—De sobra sabes que me la quitaste.

Se la quedó mirando con la boca abierta y tal expresión de sorpresa que en un primer momento pensó ella que no podía ser fingida, aunque inmediatamente rectificó. Le había visto mentir con absoluto aplomo en infinidad de ocasiones y convencer a su interlocutor. Esa tenía que ser una más.

—¿Yo?

—Sí, tú. Te la llevaste del hospital la misma noche en la que nació. Y no he vuelto a saber de ella— terminó trabajosamente para que no pudiera utilizarla para convencerla.

Le costó a Gustavo reaccionar. La contemplaba como si no acabara de entender lo que le estaba diciendo.

—¿Qué me la llevé yo?— protestó—. ¿Y para qué habría de querer yo a un bebé? Por lo que averigüé después, cuando me interrogó la policía, estaba de vacaciones en la playa el día en el que

al parecer te pusiste de parto y seguí en ese lugar de la costa durante una semana más. Supuse que darías a tu retoño en adopción para poder liberarte y salir adelante, trabajando sin otras responsabilidades tantas horas al día como trabajas, que es lo que María Luisa le ha dicho a mi padre. Eso y que eres ejemplar, por lo que no cree ni una palabra del motivo de tu despido que le di yo a él.

Le había escuchado incrédulamente, ¿porque quién si no él podía haberse llevado a la niña? Pero como deseaba obviar ese tema, desvió la conversación hacia otros derroteros.

—Sí, ya— replicó burlonamente—. Le dijiste lo que te convenía, que era una ladrona, ¿no?

—¿Y qué querías que hiciera?— se lamentó—. No podía decirle la verdad si pretendía arreglar las cosas con Margarita y he logrado que mi padre me apoye y mantenga esa versión, ya que es la más práctica. Por eso quiero hacerte una proposición.

—Soy toda oídos— replicó sardónicamente Herea.

—Es muy ventajosa para los dos, por lo que espero que estés de acuerdo. Necesito que, a ser posible, mañana mismo te despidas de Marvels sin desmentir la razón por la que te despedí, y a cambio transferiré mensualmente al banco que me indiques la suma de dinero que estimes conveniente. Vivirás como una reina sin necesidad de trabajar y volveremos a vernos a diario, como entonces.

Por la indignación que sintió estuvo a punto de solarle un guantazo, pero apretó los puños y en su lugar le envolvió en una mirada desdeñosa.

—Y tú te casarás con Margarita, que llegará así al convencimiento de que ha sido injusta contigo, puesto que reaccionaste como reaccionaste al ver allí, entre los invitados, a la que había sido tu secretaria y que era una ladrona. ¿No es eso?

Le costó a él levantar la mirada de la taza de café que removía con una cucharilla.

—Bueno… sí, ¿pero qué importancia tiene eso para ti? No es fácil que vuelvas a tropezártela en tu vida ni tampoco a su padre. ¿Qué importa lo que piensen? Te repito que en adelante no

necesitarás trabajar y que podrás vivir con toda clase de lujos. Yo no te he olvidado.

Le analizó ella en silencio durante unos segundos preguntándose qué habría visto en el pasado en él.

—No, gracias— replicó con una voz que destilaba hielo—. No necesito para nada tu dinero, o mejor dicho, el de tu padre, y me trae al fresco que necesites hacerle creer a Margarita que soy una ladrona para que acepte casarse contigo. También me trae al frasco que quieras reanudar la relación que mantuvimos. Si doña María Luisa confía en mí, seguiré trabajando en Marvels y si me encuentro a tu exnovia por algún pasillo del edificio y me lo pregunta, le diré la verdad.

—Pero…— trató él de oponer.

—Y ahora me voy a mi casa a descansar. Te deseo exactamente lo que te mereces.

Hizo intención de levantarse de la silla, pero en ese momento sonó su móvil y al llevárselo al oído reconoció la voz de la secretaria que le había dado cita para entrevistarse con el abogado diez días más tarde.

—¿Es usted doña Herea Belmar?— le preguntó—. La llamo para adelantarle la hora que me pidió para entrevistarse con don Gabriel Márquez. ¿Le viene bien mañana a las siete de la tarde?

Creyó ver ella el cielo abierto.

—Por supuesto que sí.

—Pues la esperamos mañana. Hasta entonces.

—¿Quién era?— le preguntó recelosamente Gustavo.

—Mi abogado— replicó jactanciosamente ella—. Quiero consultarle si en su opinión prosperaría una querella que interpusiese contra tu padre y contra ti por injurias, en la que por supuesto os reclamaría una importante indemnización.

—Pero…— intentó oponer él con el semblante congestionado por la sorpresa— Ya te he dicho que estoy dispuesto a darte la suma que pidas y te advierto además que nuestros abogados son muy buenos.

—Y los míos también— se pavoneó ella, aunque no las tenía todas consigo— Y te anticipo también que no soy una buena

enemiga, así que, ándate con cuidado.

El semblante de él se crispó con un rictus vengativo.

—Yo de ti, llevaría cuidado, porque puedo tomar otras medidas.

—¿Qué medidas?

Me acabas de decir que tienes una hija, que, al parecer, vive contigo— murmuró lentamente, estudiando su reacción.

Volvió ella a morderse los labios por haberlo dejado escapar, pero logró con esfuerzo permanecer impasible.

—¿Y qué?— replicó airada.

—Que también es hija mía, por lo que la podría reclamar.

Sintió Herea una punzada dolorosa en el pecho, pero consiguió levantar retadoramente la barbilla.

—¿Y para qué habrías de reclamarla? No has manifestado nunca el menor interés por saber qué había sido de mi hija y un bebé supondría para ti un molesto incordio. Y no digamos para Margarita. Te sería difícil mantener la historieta que le has contado a ella sobre mí, ya que tendrías que cambiarla por lo que realmente pasó, lo que no te favorece en absoluto.

Una sonrisa sardónica distendió las facciones de él.

—Si te soy sincero, no quiero a esa niña para nada. No me gustan los críos, pero como es lógico no lo reconocería así ante el juez ante el que reclamara su custodia. Y me la daría, porque conmigo disfrutaría de una vida mucho más acomodada que la que pudieras proporcionarle tú.

Se quedó sin habla Herea, una rabia sorda la invadió por entero y le ascendió ante el semblante, que le enrojeció de ira. Le resultó difícil encontrar en su mente la respuesta adecuada que buscaba:

—No sé mucho de leyes, pero sí lo suficiente para saber que la custodia de los bebés se la dan a las madres y que…

—Pero los padres tienen siempre derecho a un régimen de visitas y a llevarse consigo a los hijos la mitad de las vacaciones de verano, de Navidad y de Semana Santa. Es más que posible que en cualquiera de esas vacaciones que pasara conmigo, sufriera tu hija una desgracia y no la volvieras a ver.

Sintió ella que algo se le partía dentro del pecho al imaginarlo, pero no lo manifestó. Se quedó quieta, observándole como quien contempla a un reptil.

—Y yo voy a advertirte otra cosa— le dijo con una voz helada —. Lleva cuidado conmigo, porque puedo ser una enemiga peligrosa. Es más que posible que uno de estos días te encuentres con algo que no esperabas. Lleva cuidado.

Le dejó pagando al camarero, que les escuchaba con la boca abierta y salió de la cafetería con la cabeza muy alta.

CAPÍTULO 17

Revolvió Gabriel sus bolsillos buscando la llave de la oficina y finalmente la encontró en su bolsillo, por lo que segundos más tarde entró en la antesala, donde la secretaria estaba sentada tras su mesa atendiendo una llamada. Esperó él a que le diese una cita a su interlocutor y después se sentó en una silla enfrente de ella.

—¿Llamaste ayer a esa chica?— le preguntó.

—Sí, ha quedado en venir esta tarde, a las siete.

—Bien— aprobó él, atusándose inconscientemente su abundante cabello castaño como si pretendiera estar presentable para recibirla—. El juicio que he tenido esta mañana lo hemos continuado esta tarde y he llegado a temer no llegar a la oficina a tiempo y tener que llamar a Miriam para que la atendiera ella , pero afortunadamente no ha sido así. ¿Y qué sabes de la jefa? Creo que desde que empecé a trabajar aquí ha sido hoy la primera vez que ha faltado a la oficina por encontrarse indispuesta. ¿Tienes idea de qué es lo que le pasa?

Esbozó Flor un gesto vago, queriendo quitarle importancia.

—Sí, no me ha dicho nada, pero también tengo yo la mosca detrás de la oreja, porque ayer la oí vomitar en el cuarto de baño.

Como Gabriel tenía veinticinco años y había pasado la mayor parte de ellos entre libros de derecho, sin demasiado trato con jóvenes del sexo femenino, no captó el significado de lo que le decía y enarcó interrogativamente una ceja.

—¿Algún problema de estómago?— inquirió.

Sonrió ella displicentemente.

—Si quieres considerarlo así…. Noelia tiene una salud de hierro, pero es rara la chica que se libra de unas cuantas vomitonas durante los primeros meses.

Tampoco ahora cayó Gabriel en lo que la otra trataba de sugerirle y se levantó de la silla.

—Pues llámala para preguntarle cómo sigue y luego me lo comunicas. Voy a hora a poner en orden mi despacho antes de que llegue esa chica. Espero que el problema que viene a consultarme ahora no guarde relación con el impresentable individuo con el que tuvo una hija. Algunos hacen lo imposible para fastidiar a la que fue su cónyuge y utilizan fundamentalmente a los hijos que tuvieron en común e, incluso, reclaman su custodia, aunque ni siquiera los conocen, solo para hacerle daño a ella.

—¿Y suele prosperar esa reclamación?— se inquietó Flor, solidarizándose internamente con las hipotéticas madres.

—Generalmente, no. Los jueces suelen atribuirle la custodia de los bebés a su progenitora, pero ahora está cada vez más en boga la custodia compartida y para esa pobre jovencita sería un rudo golpe. Recuerdo a menudo el aspecto que tenía por aquellos días cuando venía a este despacho a meterme prisa para conseguir que le devolviera a su hija el orfanato. Cuando los clientes vienen a pedir ayuda jurídica a este despacho, su imagen no suele aparentar que se sienten muy felices, pero esa chica superaba con mucho a todos los que he tenido.

—La recuerdo, sí— murmuró Flor evocándola—. Su aire de desolación era tan palpable, que a mí también se me llenaban los ojos de lágrimas cuando la veía aparecer.

—Era además poco más que una niña y cualquiera diría al verla que se le había hundido el mundo. Tenía los ojos tan hinchados de llorar que no llegué a saber de qué color los tenía. Daba verdadera pena.

—¿Y tienes idea de lo que le sucede ahora?

—No, ni la más remota, pero me prometí entonces a mí mismo que le echaría una mano si en el futuro me necesitaba y es lo que voy a hacer. Siempre que esté a mi alcance, claro.

—Pues ya no puede tardar— le advirtió Flor, tras echar una ojeada a su reloj.

—No, está al caer— corroboró él imitándola—.Voy a darle un repaso a los Autos de su caso para refrescar mi memoria. Hasta

luego.

Se dirigió hacia el pasillo que daba acceso a los tres despachos del bufete, en el que el suyo ocupaba el último lugar, lo que respondía a la experiencia que tenían sus miembros, ya que era el más joven y el que consecuentemente había tenido menos tiempo de adquirirla. Antedecía a la sala de reuniones, pero daba como los otros dos a la calle Villanueva y desde la ventana se veían los jardines de la Biblioteca Nacional y el edificio de ésta.

Desembarazó apresuradamente su mesa de papeles, extrajo del archivador los que se referían al caso de Herea Belmar, que había llevado año y medio antes y tuvo el tiempo justo de releerlos antes de que Flor le anunciara por el teléfono interior que había llegado su visitante. Le indicó él que la hiciera pasar y unos segundos más tarde oyó los golpecitos en la puerta que le propinó la secretaria, que seguidamente la hizo entrar.

Disimuló Gabriel su sorpresa, porque la chica no parecía la misma. Antaño, aunque bonita, su aire resultaba pueblerino. Era ahora una joven esbelta y bien vestida. Llevaba un traje de chaqueta de color fucsia, zapatos de tacón alto, y la melenita rubia que le llegaba hasta los hombros aureolaba un semblante muy atractivo en el que destacaban sus grandes ojos azules. Ya no los tenía hinchados, pero asomaba a ellos una patente inquietud y no tardó en exponerle el motivo de su visita, lo que Gabriel escuchó con atención.

—Creo haberle entendido que corre el riesgo de que la despidan— le dijo cuando terminó su exposición—, pero que, como de momento no es más que un riesgo, su expareja le ofrece la opción de que sea usted la que deje voluntariamente la empresa admitiendo el motivo que alegarían y a cambio le ofrece una renta vitalicia de mucho nivel— le resumió—. ¿Le ha asegurado que esa renta sería efectivamente de por vida?

Se encogió ella de hombros.

—No me lo dijo, pero supongo que sí.

—¿Se comprometería él a hacerlo en documento público y con las garantías que le exigiéramos? Me refiero a si estaría dispuesto a suscribirlo en una notaría.

—Tampoco se lo pregunté, pero también supongo que sí.

—¿Y cree que cuenta él con medios suficientes que lo avalen?

Esbozó Herea un esto vago.

—Eso no lo sé con seguridad. Es un hijo de papá y su papá es el accionista mayoritario de un importante holding de empresas. Gustavo vive en un chalé imponente en la urbanización La Florida de Madrid, que supongo que será de su propiedad, tiene una casa de dos plantas con un pequeño jardín en la costa de levante, concretamente en Campoamor, un Lamborghini, y… no sé si algo más, pero sí sé que se da una vida de príncipe. Pero no es eso lo que quiero saber. Lo que me interesan son las consecuencias de que me negara a aceptar su propuesta y que de todas formas me despidieran.

Se colocó Gabriel sus gafas de concha sobre el puente de la nariz e hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, pero en ese caso necesito que me puntualice usted algunos extremos. Antes me gustaría saber cómo está su hija. Ya debe de haber cumplido un año.

—Año y medio para ser exactos— repuso ella, animándose al evocar la imagen de la pequeña— Tengo una fotografía suya en el móvil, ¿quiere verla?

—Por supuesto que sí.

Se la mostró Herea y la contempló él con atención. Se la veía sentada encima de su madre junto a una mesa camilla, con un cascabel en la mano, que esgrimía como un trofeo, y con una alegre sonrisa. El parecido con la chica que tenía enfrente era asombroso, por lo que se preguntó Gabriel si habría heredado algún rasgo de su progenitor.

Como si le hubiera transmitido el pensamiento, se apresuró ella a negarlo.

—No, afortunadamente no se le parece en nada y a lo mejor ha tenido suerte y no ha heredado de él tampoco ninguno de sus genes.

—Eso me parece muy improbable— objetó él, devolviéndole el móvil—. Pero vamos al meollo de la cuestión. Lo que quiere saber es si debería aceptar la oferta de él o si, por el contrario, debería

plantarle cara y afrontar un posible despido de su jefe actual. ¿Qué posibilidades tiene usted de acreditar que los motivos alegados para despedirla son falsos?

Levantó Herea ambas manos para expresar que lo eran sin género de dudas.

—Su padre y él pretenden culparme de que me quedé con el dinero de unos clientes que pagaron en efectivo una operación, lo que es absolutamente falso. Mientras trabajé en Dylons realizaban siempre los clientes el abono de la ropa que les suministrábamos mediante transferencia bancaria, lo que consta tanto en las facturas de la empresa como en los justificantes bancarios. Y lo mismo puede decirse de Marvels, en donde presto mi trabajo actual. Nosotros somos los proveedores de los tejidos que utiliza Dylons.

—¿Y tenía usted acceso a la caja fuerte de la entidad?

—No, tampoco. La llave la guardaba mi jefe de entonces, que era mi expareja, y la combinación solo la sabía él, exactamente lo mismo que en mi trabajo actual.

Asintió pensativamente Gabriel, tras tomar unas notas.

—Dylons cuenta con un despacho de abogados muy competente, que supongo que en este caso asesoraría también a Marvels— le dijo vacilante mesándose la barbilla—. Se lo digo, porque considero muy improbable que cometieran una imprudencia que conllevara que su despido fuera considerado nulo por el juez, que es el único caso en el que la empresa en la que presta sus servicios estaría obligada a readmitirla.

Pestañeó ella con sus grandes ojos azules muy abiertos.

—¿Quiere decir que, pese a lo que le he explicado, el juez les daría la razón a don Aníbal y a Gustavo, que actuarían de acuerdo con mi jefa, y me pondrían de patitas en la calle?

—No, lo que he querido decirle es que solo en ese supuesto conservaría su puesto de trabajo, porque lo más factible es que el juez considerara el despido como improcedente. En ese caso su jefe podría optar entre readmitirla o abonarle una indemnización equivalente a treinta y tres días de salario por año de servicio, lo que claramente es menos ventajoso, si lo compara con lo que le ofrece su expareja.

—Entonces…

—Por supuesto, tendríamos que asegurarnos fehacientemente de que cumpliría él con la obligación que le ha propuesto y que le satisfaría puntualmente esa renta vitalicia, así que…

—Pero es que yo no quiero nada de él— le interrumpió airadamente Herea—. Quiero perderles de vista para siempre a él y a su padre. Puede que no me haya explicado bien, pero lo que he venido a pedirle, además de su opinión, es que me defienda ante los tribunales en el caso de que consigan ellos su objetivo y me despidan.

Se acodó Gabriel sobre la mesa y analizó en silencio el semblante arrebolado de la muchacha que tenía enfrente. Le chispeaban los ojos de indignación y tenía atirantados los músculos del cuello.

—Ya le he puntualizado la indemnización que podríamos obtener— le dijo en tono conciliador—. Podría luego solicitar el subsidio de desempleo y buscar otro trabajo.

—Pero me defendería usted ante el tribunal, ¿verdad?— insistió tozuda.

—Sí, interpondría en su nombre la demanda contra el despido, pero ya le he aclarado que no podríamos conseguir más de lo que le he dicho.

Se quedó silenciosa, con la mirada perdida en la creciente oscuridad que se filtraba a través de los cristales de la ventana. Luego inquirió:

—¿Y no podríamos querellarnos contra el padre y el hijo por haberme calumniado?

Le sonrió Gabriel sin perder su aire apaciguador.

—Poder, podría, pero los casos penales no los llevo yo, los lleva mi jefa, así que tendría que hablar con ella. No ha venido hoy, porque se encuentra indispuesta, pero puede pedirle una cita a la secretaria. Se llama Noelia Villarroel y, aunque es joven, es sumamente competente.

—Hablaré con ella entonces— decidió resueltamente Herea—. Me han hecho esos dos mucho daño, pero no pertenezco a la clase

de persona que se queda de brazos cruzados permitiendo que abusen de mí. Soy de las que se defienden. Además….

—¿Sí?

—No se lo he contado aún, porque no estoy segura de que no haya sido más que una bravata, pero ayer me amenazó con quitarme a mi hija si no accedía a lo que me pedía. De reclamar su custodia y, aprovechando uno de los períodos de vacaciones, hacerla desaparecer.

—¿Cómo?

—No me dijo cómo. Lo dejó a mi imaginación.

Se mesó Gabriel cavilosamente la barbilla.

—¿Ha reconocido como hija suya a la niña?

—No, pero supongo que no será un trámite muy difícil.

—No, no lo es, pero sí es cierto que los jueces consideran sagrado el derecho de los padres a visitar y a relacionarse con sus hijos, por lo que debe mantenerme informado sobre las novedades que acaezcan a ese respecto y adoptaremos la decisión más procedente conforme se vayan produciendo.

Asintió ella con un gesto.

—¿Cree usted que debo alarmarme ante esa amenaza o que debo tomármela como una fanfarronada con la que ha pretendido asustarme?

Se encogió de hombros Gabriel.

—No lo sé, porque no le conozco, pero le repito que me mantenga informado.

— De acuerdo, así lo haré.

Se puso en pie y salió al pasillo taconeando. Sus pasos se perdieron por el pasillo y poco después oyó Gabriel como se cerraba a su espalda la puerta de entrada. Se dirigió entonces a la antesala, donde Flor comentaba algo con Miriam, que era una joven rubia y muy agraciada y otro de los miembros del bufete.

—¿Cómo te ha ido?— le preguntó Flor.

Se encogió él evasivamente de hombros.

—Pues no demasiado bien. Es una chica muy valiente, pero considero que tiene poco sentido práctico. ¿Te ha pedido una cita con Noelia?

—Sí, y se la he dado para la semana que viene, aunque si la jefa no deja de vomitar, tendrá que recibirla Miriam.

Intercambiaron ambas una mirada de complicidad, que él no interpretó.

—Pero ¿qué es lo que le ha sentado mal? Una semana es mucho tiempo para estar vomitando.

Se echó a reír Miriam y le palmeó cariñosamente la espalda.

—Sabes mucho de leyes, pero poco de mujeres— le dijo—. Por lo que me ha dicho Flor, parece que Noelia le ha encargado a su hija un hermanito.

CAPÍTULO 18

Llegó Noelia a la oficina a la mañana siguiente y trató se sonreírle a Flor que, sentada tras su mesa, analizó su semblante con curiosidad. Aunque era de tez morena, estaba más pálida que de costumbre y se apoyó en la pared nada más entrar con una mano en el estómago.

—¿Te encuentras mal?— le preguntó solícitamente la secretaria —. En ese caso no deberías de haber venido. Miriam y Gabriel pueden sustituirte y atender a tus clientes hasta que te repongas.

—¿Y eso cuando va a ser?— se quejó su jefa en tono lastimero.

Era tan infrecuente que Noelia diese muestras de debilidad, que Flor se levantó en el acto de su silla y la hizo sentarse en ella para darle luego aire con la mano.

—Si no recuerdo mal, cuando te quedaste embarazada de María estuviste fastidiada durante un par de meses, pero no tanto como para faltar a la oficina. Te empeñaste en hacer vida normal hasta el extremo de que final estuviste a punto de dar a luz en la Audiencia Provincial y en pleno juicio. Por fortuna estaba tu marido sentado entre el público y te sacó de allí en volandas. Espero que esta vez seas más juiciosa, porque es en eso en lo que radican tus males, ¿verdad?

Asintió Noelia con la cabeza agitando su oscura y rizada melena a su compás.

—Sí, tanto Alex como yo llevábamos tiempo planteándonoslo, pero no veíamos el momento oportuno—. Desvió la mirada hacia la ventana, a través de la cual penetraba un sol radiante que auguraba la próxima llegada del verano y musitó con voz apagada—. Se ha alegrado mucho cuando la prueba del embarazo ha dado positiva y yo también—: ¿Pero no crees que la naturaleza en un poco injusta?

Se echó a reír Flor con ganas.

—¿Por qué? ¿Porque somos nosotras las que traemos los hijos al mundo y la mayoría vomitamos durante los primeros meses de la gestación? Según como se mire, pero a mí la maternidad me parece un privilegio por el que merece la pena soportar las molestias que estás viviendo.

Asintió ella con pocos bríos.

—No, si yo también lo opino. Difícil de conciliar con el ejercicio de la profesión, aunque con otras compensaciones. Pero dime, ¿Ha habido algo nuevo por aquí?

Consultó Flor la pantalla del ordenador y repuso:

—Sí, por lo que a ti se refiere, dos clientes nuevos han pedido cita, cinco antiguos y… No sé si recordarás aquel caso que llevó Gabriel hace tiempo. El de una chica a la que le robaron del hospital a su hija la misma noche en la que nació y la dejaron en un orfanato. Un asunto curioso que no se llegó a aclarar, en el que fue investigado el padre de la niña y archivado cuando presentó una coartada. Consiguió Gabriel en un tiempo record que le devolvieran la niña a su madre y ayer vino ella a verle.

—¿Para darle las gracias?

—No, por otro tema laboral, según me aclaró cuando me pidió cita, pero estaba muy cambiada. Ahora tiene pinta de ejecutiva de alto nivel.

—Sí, claro que me acuerdo de lo que sucedió entonces— afirmó Noelia animándose un tanto al rememorarlo—. Era una chica muy jovencita y sin ninguna experiencia de la vida, a la que había seducido su jefe, que la dejó tirada cuando supo que se había quedado embarazada. Debía ser un miserable de mucho cuidado. ¿Y qué es lo que le pasa ahora?

—Ha pedido cita contigo y se la he dado para la semana que viene, pero no sé exactamente qué es lo que quiere consultarte.

Se echó a reír ella con ganas.

—No te preocupes, que ya se lo preguntaré. Espero que para entonces habré superado estas nauseas tan estúpidas.

—Y en caso contrario, la atenderá Miriam— Decidió tajantemente Flor, que, aunque era la secretaria del bufete, actuaba

en ocasiones como si fuera la titular del mismo e incluso se arrogaba a veces los aires de un general que estuviese al mando de sus tropas y les diese órdenes a los tres abogados.

En ese momento salió de su despacho Miriam, detrás del cliente al que había recibido media hora antes. y le acompañó hasta la puerta de la oficina. Luego se reunió con las otras dos y abrazó a Noelia.

—¿Es lo que me imagino?— le preguntó.

—Sí, saldré de cuentas para la próxima Navidad.

—Pues estupendo, porque estaremos de vacaciones y así no te pondrás de parto en la sala de la Audiencia ni en ningún otro juzgado — le comentó guasonamente Flor, que seguía sentada tras su mesa.

—Por supuesto que esta vez no te lo permitiremos— convino Miriam siguiéndole la broma— Y cuenta conmigo para lo que necesites— le ofreció afectuosamente—. Puedo recibir a los clientes que tengas citados ya, incluyendo a la joven que vino ayer a ver a Gabriel y a la que le he oído a Flor darle hora contigo para la semana próxima. No me salen tan lucidas como a ti las peroratas que sueltas en las Vistas, pero voy mejorando, así que puedo sustituirte también en los juicios que tengas señaladas.

Al oír las risas de las tres, salió Gabriel de su despacho y cuando Flor le informó de lo que le motivaban las náuseas a Noelia la abrazó también, aunque con evidentes muestras de preocupación.

—¿No deberías tomarte una baja laboral?— le preguntó, analizando disimuladamente la esbelta silueta de la otra.

—¿Por qué?— inquirió irónicamente esta—. Estoy embarazada, no enferma. Tengo pendientes un montón de casos y entre ellos el de una cliente tuya, de la que me acabo de enterar que me has endilgado. ¿Qué es lo que le pasa ahora a esa chica?

Se le quedó mirando ella con curiosidad, esperando que se lo explicara. Era un joven bien plantado y el más joven del bufete, pero las gafas de concha con las que cubría sus ojos castaños le ayudaban a compensar su menor experiencia y a infundirle confianza a sus clientes, porque le conferían un aire doctoral, se dijo

Noelia mientras veía cómo se las colocabas sobre el puente de la nariz con un gesto expresivo.

—Ya te lo contará, pero no creo que lo que pretende tenga mucho recorrido. Quiere querellarse por injurias contra un tipo que fue su jefe y que la ha acusado de ladrona y también contra su padre.

—¿Contra el padre de quién?

—Del empresario, accionista mayoritario de Drylons, que es una empresa que confecciona ropa juvenil y que es el progenitor del tipo que la ha acusado.

—¿Por haber traído al mundo a su hijo?— se chanceó ella, olvidándose de lo mal que se sentía unos minutos antes.

—No, por haberla acusado falsamente de haberse quedado con el dinero de unos proveedores y lograr con ello que la despidieran de la empresa en la que trabaja ahora.

—¿Y por qué?— inquirió Miriam con curiosidad.

—Porque supone un obstáculo para la boda del padre de la niña de Herea Belmar con la hija de un magnate que mantiene importantes relaciones comerciales con la empresa de ellos.

Se rascó Noelia la coronilla y luego se atusó su rizada melena oscura que le resbalaba hasta media espalda.

—Puede que el embarazo me haya afectado al cerebro, porque no he entendido absolutamente nada.

—Pues está muy claro— consideró él—. Trabajan todos, aunque en distintas plantas, en el edificio Verdaguer de la manzana Azca, por lo que se encuentran a menudo en el vestíbulo o en los ascensores. La exnovia del exdirector de Drylons se dio cuenta el día en el que celebraba su compromiso con éste de la relación que había mantenido Herea con él, y como además la puso en ridículo porque la tiró vestida a la piscina, rompió ese mismo día el noviazgo. Quieren por esa razón quitarse de en medio a mi cliente, que ahora también es la tuya. Hacerle creer a la exnovia que no hubo ningún tipo de relación entre el exdirector de Drylons y nuestra cliente, sino que éste la despidió porque tenía las manos demasiado largas.

Torció Noelia el gesto y le señaló acusadoramente con un bolígrafo. Luego se echó a reír.

—Si en el foro te explicas así de mal, te auguro un mal futuro como abogado, pero déjalo, porque ya me lo aclarará ella. Seguramente la semana que viene estaré como un rosa y entenderé ese galimatías a las primeras de cambio.

No se ofendió Gabriel, aunque se consideraba un buen orador. Se limitó a encogerse de hombros y a quitarle el bolígrafo.

—Ya verás como la cosa no es tan sencilla. Herea es una buena chica, pero, en mi opinión, poco práctica y además le sobra orgullo. Me temo que finalmente la despedirán y que tendrá que contentarse con la prestación del subsidio de desempleo, que percibirá durante los meses en los que tenga derecho a él. Y después, ¿qué?

—Espero que nos lo digas tú— le animó sarcásticamente Flor a continuar —. ¿Qué es lo que le sucederá después?

Se sentó él de medio lado sobre la mesa de la secretaria y dejó escapar un suspiro de desaliento.

—¿Que qué le sucederá? Lo que les ocurre a los vulgares mortales que se enfrentan a los que son mucho más poderosos que ellos. Que se quedará sin trabajo, con una niña a la que mantener, y con unos pésimos informes, que tanto Drylons como la empresa del padre de la novia se ocuparán de difundir para que no la contrate nadie.

Se olvidó Noelia de sus nauseas para reaccionar en el acto y se enderezó apartándose de la pared en la que hasta ese momento había estado apoyada, como si la hubieran pinchado con alfileres.

—Me parece que minusvaloras a los miembros de este bufete— le dijo jactanciosamente—. No sé lo que habrás pensado hacer tú, pero te anticipo que yo no lo voy a consentir.

—Y yo te advierto a ti que son unos enemigos temibles a los que se enfrenta esa chica, a los que asesora uno de los despachos de abogados más prestigiosos de Madrid— le manifestó Gabriel, algo intimidado por la petulancia con la que se expresaba—. Además, el padre de la niña le ha amenazado con reclamar la custodia de la niña si no accede a lo que le ha pedido.

—Bah— bravuconeó Noelia—. Calculo que esa chiquilla no tendrá en el presente ni tan siquiera dos años, así que dudo mucho

que se la concedieran a él. ¿Qué teme la madre? ¿Qué la acusen de drogadicta, de borracha, o de las dos cosas, que es lo que se suele alegar con esa finalidad?

—No me lo ha dicho, pero por lo visto él es un tipo muy adinerado, hijo de un magnate con muchos recursos.

—¿Sí? Pues me alegro, porque así tendré ocasión de pelearme con alguien que, según tú, está a nuestra altura— objetó retadora—. Si abusan de su poder contra esa chica y nos plantan cara, les haremos morder el polvo.

Intercambiaron Miriam y Flor una mirada de consternación, mientras Noelia, ajena por completo a las molestias que había sentido hasta unos segundos antes, se encaminaba hacia su despacho con la cabeza alta.

CAPÍTULO 19

Cuando a la mañana siguiente se detuvo el ascensor en la planta treinta y cinco y salió Herea apresuradamente de la cabina en la que había estado rezando todas las oraciones que sabía para que el cielo le permitiera llegar sin percances a su destino, se encontró con Jacobo en la amplia galería enmoquetada y él le hizo un gesto de que se le aproximara, llevándose un dedo a los labios.

—¿Pasa algo?— le preguntó.

—Pasa de todo— le susurró él al oído—. Acaba de marcharse don Aníbal, que ha mantenido antes con la jefa una bronca monumental—. Se les oía gritar desde el vestíbulo. Él le exigía que te despidiera esta misma mañana y doña María Luisa se ha negado, también a voces. A mitad del altercado ha subido Alberto Hidalgo, ya sabes, el actual director de Drylons, y ha tomado partido por doña María Luisa, con lo que don Aníbal le ha despedido y ha anulado todos los pedidos de los tejidos que nos había encargado y que ya teníamos listos en el almacén. Nos hemos quedado sin encargos, sin clientes de importancia, sin nada, así que no sé cómo la jefa va a poder pagar las nóminas de este mes.

Le había escuchado ella sin interrumpirle, pero con una ansiedad creciente.

—¿No tenemos fondos suficientes para salvar el bache?

Meneó él negativamente la cabeza.

—No, estábamos prácticamente al día, porque hemos invertido recientemente mucho dinero en ampliar los telares y, como ya sabrás, Drylons era nuestro principal cliente. La jefa me ha dicho que vayas a verla en cuanto llegues.

Sintió Herea que se le aceleraba desacompasadamente el ritmo cardíaco. Sin duda iba a decirle doña María Luisa que en contra de sus deseos se veía obligada a despedirla para mantener la empresa

a flote. ¿Y qué iba a hacer ella entonces? No podía aportar título académico alguno a su curriculum ni otra experiencia que la adquirida en Marvels y sobre ésta ya se ocuparía don Aníbal de tergiversarla para que corriera la voz de que había sido despedida por un motivo inconfesable.

Y, si no conseguía otro trabajo, antes o después tendría que volver a la aldea con Viky y con su familia, que le enseñaría directamente la puerta cuando ella le corroborara a sus padres que no se había casado antes de concebirla , como le había ocurrido cuando ella era niña a la pobre Engracia de triste memoria, que finalmente había sido acogida en un convento. ¿En qué convento acabarían su hija y ella?

Carmina apenas si la saludó con una voz inaudible, cuando pasó por su lado para entrar en su despacho. Levantó hacia ella una desalentada mirada, que bajó luego hasta la punta de sus dedos. Algo flotaba en el aire de la planta treinta y cinco que auguraba también el inminente despido de muchos de sus empleados y advirtió que la seguía con la vista cuando entró en la estancia contigua para dejar la chaqueta de ante que llevaba y el bolso, así como para darse ánimos a sí misma. A continuación, siguió camino para encontrarse con su jefa, cuyo despacho se hallaba en el ala opuesta, precedido por el de su secretaria, que se estaba enjugando disimuladamente los ojos.

Entró después de llamar con los nudillos y ante su sorpresa vio a Alberto sentado frente a doña María Luisa, en una de las butacas destinadas a las visitas. Los dos clavaron a la vez la mirada en ella, que avanzó en su dirección con paso inseguro y tomó asiento en la otra butaca. Un rayo de sol se filtraba tras la cristalera que su jefa tenía a su espalda y acentuaba las oscuras ojeras que sombreaban sus perspicaces ojillos, cuando se le dirigió con voz apagada, como si estuviera mortalmente cansada.

—¿Te has enterado?— le preguntó.

Asintió Herea, tras intercambiar una mirada de soslayo con Alberto, que incomprensiblemente, porque no estaba el horno para bollos, le sonrió. Aunque fuera incomprensible, le dio la impresión de que, a diferencia con los demás, encontraba la situación divertida.

—Sí, algo me ha dicho Jacobo— repuso—. Me lo he tropezado en el pasillo, pero quiero decirle a usted que si soy yo el motivo de las dificultades en las que se encuentra la empresa, no tiene por qué preocuparse, porque me marcharé. Fingiremos un despido improcedente y me apuntaré a la larga lista de desempleados de este país.

Le había costado decirlo, pero sintió que se lo debía a doña María Luisa, que le había dado un empleo sin conocerla y había confiado tanto en ella y que incluso le había proporcionado los medios para que ascendiera al puesto de vicepresidenta en unos pocos meses. Esbozó la otra un gesto de disconformidad, que no pasó de ser una mueca de amargura.

—Ni lo sueñes— replicó— Tienes un futuro prometedor en Marvels, por lo que no voy a permitir que otras personas decidan por nosotras dos. Te pedí cuando te contraté que fueras mi mano derecha, pero te has convertido también en la izquierda y me importan un comino las conveniencias de Aníbal, las de Drylons y las del imbécil de su hijo, de modo que no lo voy a consentir. Vamos a salir adelante con la inestimable ayuda de Alberto, al que acabo de contratar para que nos saque de este atolladero.

Giró ella a medias la cabeza hacia el aludido y él hizo lo mismo, por lo que se miraron ambos, ella con las cejas enarcadas interrogativamente y él con cierta ironía. Un gesto que solía derrochar Gustavo, lo que le hizo apreciar una vez más el enorme parecido entre los dos y a desazonarla.

—Pero… — intentó decirle, para objetar lo que acababa de comunicarle Jacobo sobre la situación financiera de la empresa, ya que al parecer no estaba en condiciones de asumir el pago de las nóminas de los empleados, ni por ende una nómina más.

—En su opinión la cosa no es tan grave como suponía yo— la interrumpió María Luisa—. Alberto considera que hay otros muchos posibles clientes a los que debemos captar. Hasta la fecha no habíamos necesitado publicitar nuestros tejidos, porque Drylons cubría sobradamente nuestras necesidades, pero lo vamos a hacer desde este mismo momento. Quiero que me busques de inmediato una relación de las empresas que se dediquen a la confección de

ropa de calidad, así como de los modistos más conocidos, y que seguidamente te pongas en contacto con ellos para ofrecerles nuestros artículos.

Hizo intención Herea de levantarse de la butaca para dirigirse a su despacho y poner en el acto manos a la obra, pero María Luisa levantó una mano deteniéndola.

—Espera un momento. Quiero recordarte, por si se te ha olvidado, que el sábado próximo celebra Verdaguer el aniversario de la construcción de este edificio y que estamos invitados los tres presentes, además de Jacobo. Cabe presumir que la fiestecita puede acabar en un estado de tensión indescriptible, porque supongo que asistirán también Aníbal y su hijo e imagino que asimismo lo hará Margarita con su parentela. No sería de extrañar que se enzarzaran los dos y que también lo hiciera Aníbal con los padres de ella. No podemos descartar tampoco que nos hagan una escena a nosotras dos.

—Pues qué panorama— masculló Herea entre dientes—. Puede que se limiten a ignorarme, aunque también es probable que provoquen un enfrentamiento conmigo y me dediquen unos epítetos poco gratos y otros tantos a usted por consentir que continúe trabajando en su empresa.

—Sí— admitió María Luisa, torciendo el gesto con desaliento— pero no podemos hacerle un feo a Jacinto Verdaguer, por lo que esperemos que Aníbal no sea capaz de hacernos una escena en público. Sería de muy mal gusto.

—Pues yo sí le considero capaz— objetó ella, imaginando la escena ante un público numeroso, que asistiría a la escena entre horrorizado y sorprendido, por lo que intentó controlar un estremecimiento—. Don Aníbal es un hombre venido a más y carece de modales, así que lo más conveniente sería que me excusara pretextando una jaqueca.

Una sonrisa sardónica distendió las facciones de Alberto, que se volvió a mirarla, simulando extrañeza.

—¿De verdad vas a dejarte intimidar por Aníbal? Efectivamente es un patán. Se casó con la hermana de mi madre con la oposición de toda mi familia y, aunque ha amasado una fortuna, no ha

conseguido pulir su mala educación, pero conociéndote como te conozco, pensé que le plantarías cara.

—¿Y por qué se te ha ocurrido semejante sinrazón?

—Porque no te achantas fácilmente ante las adversidades. Cuando te conocí en el orfanato, eras poco más que una niña, pero ya entonces pusiste de manifiesto que podías oponerte al mundo entero si era necesario para recuperar a Viky y que te traían al pairo las opiniones que mantenían tus padres sobre las madres solteras.

—Sí, pero no es lo mismo— objetó ella—. Entonces tenía yo toda la razón. Me habían quitado a mi hija solo para hacerme daño y tenía que recuperarla cuanto antes y aunque se opusiera el mundo entero. En cambio, ahora…

—Ahora se han inventado un cuento que te perjudica, solo porque les interesa— la interrumpió él—. Yo de ti, asistiría a la fiesta con la cabeza bien alta y si se te acercaran, les miraría por encima del hombro como si fueran unas hormigas infectas. Cuenta conmigo para apoyarte. Estoy dispuesto a pasearme contigo por el ático de los Verdaguer y a reírme a carcajadas coreándote, si es necesario, si les vemos aproximarse.

Le escuchó indecisa, y terminó por menear la cabeza vacilante.

—Sí, bueno, ¿pero Isabel?— inquirió—. ¿Le has preguntado si está dispuesta a arrostrar una situación tan incómoda, que además le es totalmente ajena?

—No, porque ella no va a asistir— replicó, sosteniendo su mirada con cierta frescura.

Captó Herea el gesto de advertencia de María Luisa con el que le indicaba que dejara al margen la novia de Alberto y no insistió.

—Bueno, si creen que es lo mejor, me resignaré. Comprenderán que no me apetece lo más mínimo, pero no estoy dispuesta a consentir que me acusen de ladrona solo porque les interesa que Margarita lo crea así—. Se puso en pie y asida al respaldo de la butaca les comunicó—: Y ahora voy a hacer una lista de los futuros clientes de Marvels y a continuación me pondré en contacto con ellos. A los que me parezca que pueden estar interesados les enviaré on line el muestrario de nuestros tejidos e

incluso les ofreceré una rebaja en los precios, si usted me autoriza— le dijo a María Luisa.

—Por supuesto— aprobó esta.

—Pero no mayor del quince por ciento— puntualizó Alberto interviniendo—. No podemos permitirnos más.

—Vale, de acuerdo.

Salió apresuradamente del despacho y se encaminó hacia el suyo con una sensación de euforia que no consiguió analizar. No había sido consciente de que doña María Luisa la apreciara tanto profesionalmente y se negara tajantemente a aceptar su despido y eso indiscutiblemente le había levantado mucho el ánimo, pero había habido algo más que no conseguía discernir con claridad. Pero lo averiguaría más adelante, se dijo. Ahora tenía que poner manos a la obra y en cuanto llegara a su despacho buscaría posibles clientes hasta debajo de las piedras. Lo importante era salvar a la empresa de la precaria situación en el que se hallaba, de la que en parte era responsable sin quererlo, sin que ni tan siquiera pudiera haber imaginado que podría ocurrir cuando conoció a Gustavo.

Mientras caminaba por el pasillo se dijo que nunca se arrepentiría bastante de haberse dejado deslumbrar por aquel estúpido y se preguntó también preocupada si alguna vez debería decirle a su hija quién era su padre.

Por fortuna tenía demasiado trabajo para seguir calentándose la cabeza con ese tema y lo olvidó en cuanto llegó a su despacho después de saludar a Carmina con una sonrisa que la chica contempló estupefacta. Luego puso en funcionamiento el ordenador, se conectó con Internet y elaboró una larga relación de posibles clientes con los que seguidamente se puso en contacto por teléfono. Al mediodía tenía ya cuatro pedidos, por lo que se dijo que al término de la jornada podría conseguir otros tantos.

CAPÍTULO 20

Al día siguiente, cuando estaba Virtudes en casa de Herea dándole la merienda a Viky, sonó el timbre de la puerta de entrada, por lo que levantó la cabeza sorprendida y giró la cabeza en esa dirección. Pensó que quizás hubiera olvidado aquella las llaves, por lo que se levantó para encaminarse hacia el oscuro pasillo que hacía las veces de recibidor. Aún no había cambiado su amiga la decoración de la casa, por lo que conservaba el aire vetusto que lo caracterizaba antaño y la escasa luminosidad que a sus estancias le proporcionaban los oscuros cortinones que pendían sobre las ventanas y sobre las puertas de cristales de los balcones. Encendió por ello la luz del techo y oteó por la mirilla. Era una mujer a la que no conocía la que estaba en el rellano y la que había llamado. No llevaba abrigo, sino un mantón de lana sobre los hombros, por lo que pensó que podía ser una vecina y le abrió la puerta.

La recién llegada parpadeó sorprendida y la analizó luego de arriba abajo.

—¿No vive aquí Herea Belmar?— le preguntó.

—Sí, pero no está en este momento. ¿Qué es lo que quiere?

La empujó la otra para entrar en el vestíbulo. Llevaba una pequeña maleta en la mano y se encaminó hacia la sala de estar como si conociera sobradamente la casa, seguida de Virtudes, que iba, preguntándose si debería detenerla y hacerla retroceder hacia la escalera. A la primera ojeada había advertido que era una mujer de no más de cuarenta y tantos años, pero prematuramente envejecida, de aspecto pueblerino y absolutamente descuidado. Vestía una falda negra, que ponía de manifiesto que le sobraban muchos quilos, y una blusa del mismo color, que le estaba estrecha. La sala de estar tenía los cortinones descorridos por lo que al entrar siguiendo a la otra en esa habitación pudo ver que su cabello canoso

había sido rubio, porque aún le quedaban algunos mechones de ese color, y que sus ojos eran intensamente azules, lo que la sobresaltó, porque se dio cuenta en ese momento del parecido que tenía con Herea.

La recién llegada había fijado su mirada en Viky, que en ese momento estaba sentada junto a la mesa camilla en una silla para bebés jugando con un peluche. La señaló con un dedo y se volvió hacia Virtudes.

—¿Quién es esa niña?— le preguntó.

Dio por hecho ella que la mujer que había llegado intempestivamente era la madre de su amiga y vaciló, sin decidirse a decirle la verdad. En menos de un segundo reflexionó sobre los inconvenientes que podría tener el que se la dijera y finalmente repuso:

—Es mi hija. Soy la vecina de Herea y hemos pasado a su piso a esperar un paquete que le van a traer. No vendrá ella antes de las siete, pero puedo llamarla para decirle que está usted aquí. Es su madre, ¿verdad?

Asintió la otra, secándose con la manga el sudor de la frente.

—Sí, me ha escrito diciéndome que era urgente que viniera, porque estaba muy enferma, pero no la veo en esta casa y me ha costado un sentido el billete del autobús. Supongo que no habrá sido una broma.

Se quedó estupefacta Virtudes, aunque lo disimuló como pudo. Esa mañana se había despedido Herea de ella al salir para la oficina y no le había efectuado la menor alusión a que esperara la visita de su madre. Tenía que ser una equivocación.

—¿Le ha escrito Herea?

—Sí, una carta a máquina o a ordenador, pero firmada por mi hija. Conozco muy bien su letra. ¿Sabe usted dónde está?

—Sí, claro, está trabajando y no se encuentra enferma ni le ocurre nada. Ya le he dicho que no tardará en venir.

Se dejó caer la otra en una butaca y dejó escapar un resoplido.

—Pues si me ha hecho hacer el viaje sin un motivo importante, me va a oír. Tengo un marido y ocho hijos a los que atender. Mejor dicho, siete hijos, porque ella se largó un buen día para venirse a

Madrid, olvidándose de sus obligaciones. Y no tengo tiempo de pasearme por el mundo, como hace ella, que no sé a quién le ha salido.

Notó Virtudes que seguía sin apartar los ojos de Viky, que la observaba también. El parecido con Herea y con la que sin duda era su abuela era tan evidente que masculló incrédulamente:

—¿Me ha dicho antes que esa niña es hija suya?

Con la garganta tan seca como si se la hubieran raspado con papel de lija, asintió Virtudes:

—Sí. Como le he comentado, hemos pasado a este piso a esperar el paquete que le van a traer a ella, pero como está usted aquí no hace falta que sigamos en esta casa, así que… ya nos vamos. Encantada de haberla conocido.

Cogió a Viky de la mano y se dirigió con ella a toda prisa hacia el vestíbulo. Salieron las dos al rellano de la escalera y cuando se introdujeron en el piso contiguo dejó escapar Virtudes un suspiro de alivio.

Victoria las vio ir con el ceño fruncido. Aunque fuera una mujer absolutamente ignorante, no era tonta, y no tardó en atar cabos. Dirigió una mirada en derredor, buscando alguna pista que confirmara sus sospechas y finalmente se puso en pie para encaminarse por el pasillo al dormitorio que había sido el de los señores a los que había servido. Ahora era el de su hija, como lo denotaba el que encima de la cama hubiera dejado tirado su pijama, ya que debía de haber salido con prisas, pero no era eso lo que quería comprobar. Lo que le interesaba saber lo averiguó nada más entrar en la habitación. Al lado de la cama de matrimonio había una cuna blanca con barrotes, con un muñeco de peluche sobre la almohada.

Se quedó mirándolo fijamente y masculló por lo bajo unas palabras dedicadas a Herea que no eran precisamente ensalzadoras. Buscó luego algo con lo que escribirle una nota poniéndolas de manifiesto, ya que había decidido volver a la aldea en el acto, y, como recordaba perfectamente el piso, en el que había trajinado a diario durante varios años, salió del dormitorio y pasó al que había sido el despacho del dueño de la casa. Estaba igual que antaño, con

sus pesados muebles de estilo castellano y su butacón de alto respaldo. La única diferencia era la fina capa de polvo que los cubría y de la que podía deducirse que su hija no malgastaba su tiempo en limpiar demasiado o que no utilizaba esa habitación y la mantenía cerrada. Pero eso era lo de menos. Lo que quería transmitirle era lo que pensaba de ella, decirle que era una perdida y una deshonra para la familia, y que no quería volver a verla nunca más.

Como no solía escribir, le resultó difícil garrapatear lo que pasaba por su mente y estaba hilando unas frases en las que trataba de expresarlo, cuando oyó el sonido de la cerradura en la puerta de la casa. Sin duda era Herea, por lo que soltó el bolígrafo, arrugó el papel e hizo una bola que fue a parar a la papelera. Puesta en jarras, salió a recibirla. Se encontraron las dos en el pasillo que conducía a la sala de estar. Herea dejó escapar una exclamación de sorpresa y la otra una palabra malsonante.

—¡Mamá!

Repitió la otra el mismo epíteto barriobajero y añadió´:

—Ya no soy tu madre ni tú tienes familia. ¿Cómo has podido caer tan bajo?

Se quedó mirándola Herea en silencio, pero con la cabeza alta y gesto retador.

—¿Es a decirme eso a lo que has venido?

—No, he venido al recibir tu carta y saber que estabas enferma, pero ya me marcho. Te devolveré el dinero que nos has estado enviando y no quiero que nos mandes ni un euro más ni volver a saber de ti, ¿lo has entendido?

—Perfectamente— replicó Herea sin alterarse—. Pero antes de que te vayas quiero que sepas que yo no te he escrito ni te he pedido ayuda. No la necesito y de haberla necesitado la hubiera buscado en otra parte. Y ya que no vamos a volver a vernos, aprovecharé para decirte que, aunque puede que yo no haya sido la mejor hija del mundo, tú, como madre, has dejado mucho que desear.

Enarcó la otra las cejas, mientras buscaba la voz que había perdido por la sorpresa de lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo que no he sido una buena madre? He trabajado día y noche, ayudando a tu padre para que tuvierais todos qué comer, ¿o no?

Esbozó Herea una sonrisa irónica.

—De día sí, casi siempre, aunque era yo la que guisaba, y de noche he sido siempre yo la que me levantaba de la cama cada vez que lloraba uno de mis hermanos. ¿O ya no te acuerdas? Supongo que, si ahora me echas de menos, será porque has perdido el burro de carga en el que me convertiste desde que aprendí a andar.

Achicó Victoria los ojos para observarla como si no la conociera.

—No busques excusas para justificarte. No te largaste de casa porque te exigiera yo que cumplieras con tus obligaciones. Era tu deber y lo sabías. Te viniste porque querías hacer lo que te diera la gana sin que estuviera yo presente para vigilarte. ¿O es que crees que no me he dado cuenta de que tienes una hija? ¿Y dónde está tu marido?

Había desviado la mirada en todas direcciones como si le estuviera buscando y Herea se apoyó en la pared del pasillo, entre su dormitorio y el cuarto de baño, sintiéndose súbitamente agotada al rememorar la sensación de angustiosa soledad que experimentó el día en el que trajo al mundo a la niña, pero se rehízo inmediatamente y replicó:

—No me he casado, eso es cierto, pero no es imprescindible para tener hijos y si no te parece bien, me da igual. ¿Hubieras preferido que abortara?

Los ojos de su madre echaron chispas.

—Hubiera preferido que te comportaras como una mujer decente y que te casaras antes con un hombre que también lo fuera. Y si no has sido tú, ¿quién ha sido entonces la persona que me ha escrito pidiéndome que viniera a ayudarte?

No necesitó esforzarse mucho para deducir que tenía que haber sido Gustavo, con la intención de que su madre la convenciera de que volviera con ella a la aldea. Suponía un claro inconveniente para que Margarita accediera a retomar la relación que habían roto y su desaparición corroboraría la historieta que había inventado él

sobre el motivo por el que la había despedido tiempo atrás. Se encogió de hombros ella.

—No lo sé, pero yo, desde luego, no. Viky y yo estamos perfectamente y no necesitamos nada.

Por primera vez perdió su madre su gesto belicoso y durante unos segundos permaneció extática.

—¿Viky? ¿Se llama Victoria?

—Sí, como tú. Pensé que quizás con el tiempo querrías conocerla. Te eché mucho de menos cuando nació y también valoré entonces que hubieras padecido durante el embarazo y durante el parto lo que estaba pasando yo.

La había escuchado la otra con el ceño fruncido, pero inmediatamente se dulcificó.

—¿Lo dices de veras?

—Desde luego. Al hospital me llevó Virtudes, mi vecina, a la que hasta entonces ni siquiera conocía, y un taxista que cargó conmigo hasta el vestíbulo del edificio, porque ni siquiera podía andar.

Se quedó Victoria pensativa, dudando en hacerle la pregunta, pero finalmente se decidió:

—¿Y él?

—¿A quién te refieres?

—Al padre de la niña.

—No, le perdí de vista en cuanto me quedé embarazada. No quiso después saber de mí ni de nuestra hija.

—¿Era tu novio?

—Sí, o eso creí. No me explicaste nada de esos temas conforme fui creciendo y creía que todo en la vida era como en las novelas. He tenido que ir aprendiendo yo sola que no es así.

Esbozó Victoria un gesto de disculpa.

—Quizás tengas algo de razón. Eres la mayor y Rafiña nació cuando aún no habías cumplido el año. Después han venido al mundo uno tras otro los seis restantes sin dejarme tiempo para ocuparme de ti, pero es que no parecía que lo necesitaras.

—¿Ni tampoco que me manifestaras que me querías?

Se quedó mirándola sorprendida. Se rascó luego la cabeza y finalmente se encogió de hombros.

—Bueno, ya me conoces. Soy muy seca, como lo era tu abuela y la madre de tu abuela, pero he sido siempre una mujer decente sin que ninguna de las dos me tuviera que llamar al orden. Pero ya me voy y te repito que no quiero volver a saber de ti.

La empujó para poder encaminarse por el pasillo hacia el vestíbulo y una vez allí salió al rellano de la escalera en el preciso momento en el que Virtudes, sin duda creyendo que se había marchado ya, hacía lo mismo. Viky llevaba una piruleta en la mano que iba chupando y corrió hacia Victoria para ofrecérsela, chapurreando unas palabras ininteligibles.

No fue ésta capaz de reaccionar. Era tan bonita la pequeña y tan graciosa su actitud que se quedó inmóvil, con la cabeza ladeada y el ceño fruncido. Poco a poco fue distendiéndose su semblante, perdiendo su gesto adusto, y le sonrió.

—¿Cómo te llamas?— le preguntó.

Emitió la niña un sonido con el que debía entender que respondía a la pregunta:

—Ik

Divertida, bromeó su abuela:

—¿Te llamas Ik?

Asintió la pequeña con la cabeza agitando sus rizos rubios y volvió a ofrecerle la piruleta.

—No, no, es para ti. Yo soy ya muy mayor para esas chucherías.

Virtudes, que asistía en silencio a la escena, se fijó en que llevaba Victoria la maleta en la mano e inquirió:

—¿Se marcha usted?

—Sí, voy a coger el autobús de vuelta a mi casa.

—¿Y sabe a qué hora sale?

—No, pero…

—Puede que no haya ninguno hasta mañana por la mañana y también es posible que no queden billetes. ¿Por qué no pasa usted a mi casa y llamamos por teléfono para preguntarlo?

Vaciló un instante la otra, pero terminó por aceptar.

—No quisiera ser una molestia.

—No es ninguna molestia. Puede incluso dormir en mi piso, aunque debería dejarse de tonterías y hacerlo en el de su hija. ¿O es que ha pensado alojarse en un hotel en el caso más que probable de que no encuentre ningún medio de transporte que viaje durante la noche?

No debería de haber entrado en sus cálculos realizar ese dispendio y clavó su mirada en Herea, que permanecía impasible, la desvió luego hacia la niña, y finalmente la fijó en Virtudes.

—Está bien, tiene razón, pero ya le he dicho que no quiero molestarla. Llamaremos a la estación de autobuses desde el piso de mi hija y después ya veremos.

Como había supuesto la otra, no salía ningún autobús para Pontevedra que enlazara con el que llevaba hasta su aldea hasta dos días más tarde y tenía Victoria el dinero justo para pagar el billete de vuelta, por lo que se resignó a quedarse hasta entonces en el piso que también conocía y que ahora era de Herea. Le hizo a ésta un ademán de que volviera a entrar en la casa y la siguió, después de despedirse de Virtudes que volvió a entrar en la suya.

Luego siguió a su hija hasta la sala de estar y se dejó caer en una butaca con gesto avinagrado.

—No es necesario que hablemos— le advirtió.

—No, no lo es. Voy ahora a bañar a Viky y a ponerle el pijama. Si quieres, puedes poner el televisor, mientras tanto— le dijo indicándole el aparato, que estaba en esa habitación sobre una mesita.

—No quiero ver la tele— gruñó—. No me gusta.

—Pues entonces no la pongas— replicó ella sin alterarse.

La dejó rezongando por lo bajo y después de darle de cenar la niña y de acostarla, preparó en la cocina la cena de ellas dos y la sirvió en silencio sobre la mesa camilla.

Se tomó Victoria la sopa de fideos sin decir una sola palabra y la emprendió luego con el huevo frito con patatas en absoluto silencio. Empezaba a pelar una naranja, cuando ya no pudo aguantar más y masculló:

—¿Cómo pudiste olvidar todo lo que te habíamos enseñado? ¿No recordabas a la pobre Engracia? Hace años que nadie le dirigía la palabra en el pueblo y acabó en un convento que acogía a mujeres descarriadas.

Como si no la hubiera oído, continuó Herea pelando una manzana, hasta que la otra, harta de que no le respondiera, perdió los estribos.

—¿No has escuchado lo que te he dicho?

—Sí, sí te he escuchado.

—¿Y no dices nada?

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que en el pueblo no os habéis enterado de que el mundo ha evolucionado, y muy deprisa, además? Nadie demoniza ya en el resto del planeta a las mujeres que tienen relaciones sexuales sin estar casadas, ni tampoco a las que tienen hijos sin haber pasado antes por la vicaría.

Parpadeó la otra perpleja.

—¿No?

—No.

—Pero es lo normal. ¿Y qué fue lo que pasó? ¿Te engañó? ¿Te aseguró que se iba a casar contigo y en el último momento se echó atrás?

Rememoró Herea aquellos días en los que se había sentido tan feliz y buceando en sus recuerdos trató de hallar alguna promesa de él en tal sentido, pero terminó por desistir. Le había asegurado, eso sí, que la querría siempre, pero la palabra matrimonio no la había pronunciado nunca, aunque ella lo había dado por hecho.

—Lo creí, sí.

—O sea, que te engañó— dictaminó su madre más calmada, como si eso lo justificara—. Eras muy joven cuando te viniste a Madrid y muy inexperta. Debí aleccionarte antes de nos dejaras y te vinieras aquí sola, sin nadie que te aconsejara, porque imagino que doña Concha no comentaría esas cosas contigo.

La evocó Herea. Aunque fue siempre cariñosa con ella, no hubiera entendido tampoco la relación que había mantenido con Gustavo e incluso se hubiera escandalizado.

—No, no lo hacía— reconoció ella.

—¿Y cómo le conociste?

Dejó escapar Herea un hondo suspiro.

—Era mi jefe. Un joven muy apuesto y con muchas tablas. No entiendo ahora qué pude ver en él, pero como has dicho, no tenía experiencia ninguna. En el presente, trabajo en el mismo edificio, ahora dos plantas más arriba, lo que es muy embarazoso. Para colmo, le ha pedido a mi jefa actual que me despida.

—¿Y por qué?

—Da igual por qué, es demasiado complicado para referírtelo, pero me preocupa encontrármelo en la fiesta a la que tengo que asistir el sábado próximo y a la que él está también invitado. Es muy capaz de montar un número delante de un montón de gente y de llamarme ladrona, que es la historia que ha inventado para justificar que me despidiera cuando supo que estaba embarazada.

Los ojos de su madre echaron chispas.

—¿Te despidió cuando se lo dijiste?

—Sí.

—¿Y no trató de casarse contigo?

—No, ni siquiera me acompañó al hospital cuando di a luz.

—Pero ese hombre es…

—Sí, sí que lo es.

—¿Y dices que va a ir este sábado a la misma fiesta que tú?

—Sí, los dueños del edificio Verdaguer la van a celebrar en el ático. Tiene cuarenta plantas y está en la manzana Azca, ¿la recuerdas?

Tardó su madre en contestarle. Mantenía los ojos fijos en el mantel y parecía maquinar algo.

CAPÍTULO 21

No se marchó su madre al día siguiente, ni tampoco dos días después. Aunque trataba de disimularlo, estaba embobada con la pequeña y mandaba a Virtudes a su piso cuando Herea se marchaba a la oficina, para ser ella la que se ocupara de su nieta, pero el viernes siguiente no estaba en la casa cuando Herea regresó de su trabajo y le preguntó a su vecina por el motivo.

—No me lo ha aclarado. Solo me ha dicho que había encontrado el medio de ganar algo de dinero antes de regresar a la aldea.

Su madre volvió media hora más tarde con una expresión muy distinta de la que tenía a su llegada a Madrid. Le brillaban los ojos y se lo explicó a su hija antes de que esta hiciera intención de averiguarlo.

—He encontrado un trabajito, ¿sabes? Solo me va a llevar unas horas, pero me van a pagar bien. Tu padre se va a llevar una sorpresa cuando vuelva a casa con más dinero del que tenía cuando salí.

—¿Pero por qué?— se enfadó Herea— Tenías que habérmelo pedido y te lo hubiera dado, porque tengo un buen sueldo. ¿Qué clase de trabajo has buscado?

—Uno que se me da muy bien y que lo voy a desempeñar en la Torre Verdaguer la tarde de tu fiesta. Como ya sabrás, una empresa de catering lo va a servir en la terraza del ático y me han contratado para que prepare en la cocina de esa planta los canapés calientes de última hora y lo que sea necesario.

Se ensombreció el semblante de ella.

—Pero mamá…— empezó a protestar.

—No te preocupes, que no le diré a nadie que soy tu madre— replicó muy ufana—. Hace años que no hago esos canapés, porque

en el pueblo no acostumbramos a celebrar las fiestas con esas finezas, pero no he olvidado lo mucho que le gustaban a doña Concha los que preparaba cuando tenía invitados. Además…

—¿Qué?— insistió Herea francamente contrariada—. Te he comentado que es más que probable que en esa fiesta nos monten a mi jefa y a mí un numerito muy desagradable y no me apetece nada que te encuentres allí de espectadora.

Se echó a reír Victoria.

—Descuida, que no me va a ver nadie, porque no pienso salir de la cocina. Aunque…

—¿Aunque qué?

—Que, bueno, sí, me asomaré un segundo, pero sin que nadie me vea. Quiero echarle un ojo al miserable que te deshonró, porque se va a acordar de mí.

Claramente alarmada, se opuso ella.

—De eso, nada. Ni vas a preparar canapés en la cocina del ático, ni vas a aparecer por ese edificio mañana. Y no utilices ese léxico del siglo pasado, que está muy pasado de moda.

Torció su madre el gesto dubitativamente.

—¿No se califica así lo que te hizo ese desgraciado? ¿Estás segura?

—Completamente.

—Si tú lo dices… Bueno, da igual. Te repito que no se va a enterar de mi existencia, pero creo tener derecho a jugarle una mala pasada.

—¿Y qué vas a hacer?

—Añadir al menú unos canapés mejicanos que tienen una pinta estupenda, pero que son terriblemente picantes. Le pediré a uno de los camareros que los lleve en una bandeja y que se los ofrezca a él. Verás cómo se pone como un tomate y empieza a toser como un loco.

—Ni hablar— protestó nuevamente ella—. Te quedarás en casa con Viky y con Virtudes y te contaré a mi regreso cómo me ha ido. ¿Te has enterado?

Enfrentó la otra su mirada y volvió a reír.

—Me he enterado y te anticipo que, como soy tu madre, haré lo que me dé la gana. Faltaría más.

Rezongando, repitió varias veces por lo bajo la última frase y Herea intercambió una mirada de preocupación con Virtudes, que intentó quitarle importancia a lo que la otra había planeado.

—Tampoco es tan grave— opinó—. Yo también creo que ese tipo merece que le haga pasar un mal trago. Se tomará después un refresco o una bebida alcohólica y se le pasará. También creo yo que le vendría bien un escarmiento. ¿O es que has olvidado ya lo mal que lo pasaste cuando te averió el ascensor?

Se estremeció Herea al recordarlo. Durante unos segundos revivió la angustiosa sensación de ahogo que experimentó, pero trató de apartarlo de su mente e insistió tozuda:

— Me acuerdo perfectamente y estoy de acuerdo en que es un miserable, pero no quiero presenciar otra situación tan ridícula como la que tuve que soportar en su fiesta de compromiso. Si me dieran a elegir, optaría por borrarlo de mi existencia y que esa fiesta se desarrollara como un evento tranquilo y aburrido, peo mucho me temo que será todo lo contrario y que tanto mi jefa como yo estaremos contando los minutos que deban transcurrir para que podamos despedirnos sin hacerle un feo a los anfitriones.

Desgraciadamente acertó en sus conjeturas, aunque ni por asomo imaginó cómo acabaría la velada. Habían quedado en que Jacobo recogería a María Luisa y en que Alberto iría a buscarla a ella en un taxi. Se encontrarían luego en el vestíbulo del edificio para subir los cuatro juntos a la fiesta y afrontar así una situación que sin duda iba a ser muy tensa, pero que a su madre no parecía preocuparle. Estaba de un humor excelente y se marchó en cuanto terminaron de comer, después de recomendarle a su hija que no se le ocurriera tomar ni uno solo de los canapés mejicanos con los que esperaba lucirse. Le advirtió que los iba a adornar con una tirita de pimiento rojo para que no los confundiera con los otros que sirvieran los camareros y se fue, después de darle a Viky dos sonoros besos en las mejillas.

Se había comprado Herea para la ocasión un traje de encaje negro que le sentaba muy bien. Acentuaba el color dorado de su

cabello, que aureolaba su semblante y le resbalaba sobre los hombros, sobre los que llevaría un chal del mismo tejido. Encaramada a unos tacones muy altos, bajó despacio la escalera, asida a la barandilla, hasta que desembocó en el portal. La esperaba él en la acera y la envolvió en una mirada apreciativa cuando salió a la calle, aunque no le alabó el aspecto que ofrecía. Se limitó a abrirle la puerta del taxi y a dejarse caer luego a su lado en el asiento posterior .

—¿Dispuesta a afrontar la alegre fiestecita que nos aguarda?— le preguntó con algo de guasa.

—Pues…, ¡qué remedio! Mucho me temo que entre tu tío Aníbal y su hijito me hagan pasar un rato infame. ¿El resto de la familia es así de desagradable?

Lo consideró él con los ojos entrecerrados.

—No, todo lo contrario. Mis padres son los dos economistas y valoran a los demás por lo que son, no por lo que tienen, pero no los vas a conocer hoy, porque no están invitados. Mis hermanos son también bastante majos y también lo son mis primos. En mi opinión, el peor es Gustavo, que se cree un rompecorazones y presume de sus conquistas. Su padre no es un modelo de buena educación y grita demasiado a menudo, pero conmigo no se atreve, así que no te preocupes, porque no pienso permitirle que se nos acerque siquiera.

Giró incrédulamente la cabeza hacia él, agitando a su compás su rubia melena, e inquirió:

—¿Y cómo lo vas a conseguir? Tengo entendido que a la fiesta va también la exnovia de Gustavo y tu tío intentará dejarme en mal lugar para justificar la cogorza que enganchó su hijo al verme la tarde en la que celebraba su compromiso con ella y la estupidez que hizo a continuación tirándola a la piscina. Puede que hasta me llame ladrona a gritos desde el otro extremo de la terraza.

Se echó a reír con ganas él.

—Descuida. Sin duda querrá congraciarse con Margarita y con sus padres y probablemente Gustavo pretenderá lo mismo, porque a los dos. y sobre todo a Drylons, les conviene mucho esa boda, pero no son tan idiotas como para organizar un escándalo que mañana

publiquen todos los periódicos. Olvídate de ellos y pon de tu parte todo lo que puedas para divertirte. Es lo que pienso hacer yo.

Recordó en ese momento Herea a Isabel y el gesto de su jefa indicándole que cambiara de tema cuando aludió a ella delante de Alberto y como sentía curiosidad le preguntó:

—¿Va a asistir tu novia también? Me pareció muy guapa el día en el que la conocí.

Esbozó él un gesto vago.

—Sí, supongo que sí, aunque es posible que haya pretextado una excusa.

Aunque se dijo que no era pertinente que tratara de averiguar el motivo, las palabras le brotaron de la garganta sin que pudiera detenerlas.

—¿Por qué? ¿No le apetecía?

—No lo sé, espero que no. Es muy amiga de Margarita, pero imagino que no sentirá el menor deseo de verme.

También ahora pensó que no debería insistir, pero aun así se le quedó mirando con las cejas enarcadas, por lo que se vio obligado a explicarse.

—Nos enfadamos al día siguiente de esa fiesta y desde entonces no la he vuelto a ver— repuso con indiferencia—. Intentó justificar a Gustavo, lo que me irritó. No me había dado cuenta antes de lo… de lo insustancial que es y creo que se lo dije. Estamos ahora mucho mejor los dos.

—Vaya, pues lo siento— murmuró ella.

—¿Por qué? Puede que haya sido una suerte, porque nuestros caracteres y nuestras aficiones son muy distintos. Aunque trabaja en la empresa de Margarita, se presenta en la oficina cuando le apetece y lleva una vida social muy intensa, lo que a mí me sobrepasaba. No entendía que me resistiera a ir de fiesta en fiesta y a estar bailando hasta las tantas de la madrugada, porque a la mañana siguiente tenía que levantarme temprano. Me recriminaba a menudo por esa razón y me decía que era un aburrido.

—Le sentaría entonces muy mal que sustituyeras a ese amigo en la dirección del orfanato aquella Navidad y no pudieras hacer con ella el crucero que habíais planeado por el Caribe— insinuó.

Asintió Alberto con una sonrisa con la que parecía estarlo recordando aquellos días.

—Sí, tuvimos una bronca monumental y dejamos de hablarnos durante una semana, pero no me arrepentí de haber tomado esa decisión, al contrario. Además, gracias al favor que le hice a ese amigo, te conocí a ti y… Aprecié lo diferentes que sois las dos, porque, aunque estabas hecha polvo, manifestabas un valor que me admiró.

El tono de su voz le sonó repentinamente cálido, por lo que se rebulló inquieta en el asiento y trató de darle al suyo un matiz ligero.

—Y lo histérica que estaba, ¿no? Aquellos días fueron para mí como una pesadilla.

—No es extraño. El hombre que raptó a tu hija merecería ser condenado a la última pena.

No le dio a Herea la impresión de que diera por hecho que había sido Gustavo ese hombre, lo que le sorprendió, pero como enfilaban la avenida del general Perón y se veía ya a lo lejos la cúpula del ascensor de la torre Verdaguer sobre la azotea, no efectuó el menor comentario y se concentró en tratar de aparentar una expresión distendida.

María Luisa y Jacobo se hallaban esperándoles en el vestíbulo del edificio arrellanados en uno de los sofás de piel blanca que componían el mobiliario de este. Se levantaron al verles entrar e intercambiaron unas palabras en las que su jefa le alabó el traje que llevaba. Tomaron luego uno de los ascensores, que les dejó en la planta cuarenta, a la vez que otras personas de ambos sexos y elegantemente vestidas que llegaron detrás de ellos. Esa planta se la había reservado Jacinto Verdaguer como apartamento en las escasas ocasiones en las que se quedaba a dormir en el edificio y disponía de un dormitorio con un cuarto de baño anexionado y de un acristalado salón de colosales dimensiones, con una cocinita y dos baños. La inmensa terraza ocupaba el resto de la planta y en esos instantes se aglomeraban en esta los anfitriones y una multitud de invitados reunidos en pequeños grupos que charlaban amigablemente y se disgregaban de cuando en cuando para saludar a otros conocidos.

El ambiente no podía ser más bullicioso y, siguiendo a su jefa, Jacobo, Alberto y ella se acercaron a saludar al matrimonio Verdaguer y luego se apartaron hacia un extremo de la terraza en la que había una mesa con cuatro sillas vacías, donde tomaron asiento.

No tardó Herea en distinguir a Gustavo unos metros más allá, charlando con una joven muy llamativa a la que no conocía. Margarita estaba en otro grupo con Isabel y varios jóvenes que se reían a carcajadas de lo que les decía y le daba la espalda a él, que la miraba disimuladamente de reojo. Un camarero que portaba una bandeja con bebidas se les aproximó a la mesa para ofrecérselas y cogió Herea un cuba libre, del que tomó apresuradamente un sorbo al advertir que Gustavo la estaba mirando. Un instante más tarde intentó acercarse él a Margarita, que le dejó con la palabra en la boca y se unió a otro grupo que la acogió entre bromas. Llevaba un traje rojo sin hombros y la lisa melena oscura enmarcaba su atractivo semblante, por lo que comprendió Herea que Gustavo lamentara por partida doble la ruptura con ella, ya que no solamente era un buen partido, sino también una chica preciosa.

Debía de ser también muy altanera, porque cuando intentó él acercársele de nuevo le analizó despectivamente de arriba abajo y le dejó allí plantado para alejarse del brazo de otro joven, que sonrió halagado y con el que intentó dirigirse hacia un grupo muy animado. Fingió Gustavo tropezar, pero en realidad le puso al otro la zancadilla, con tal mala fortuna para éste que fue trastabillando a parar al suelo, arrastrando a Margarita con él.

Se levantó Alberto en el acto para ayudarles a levantarse a los dos, a la par que lo hacían otros de los asistentes y entre ellos Gustavo. Se habían convertido en el centro de atención de todos los presentes y los padres de ella y los anfitriones acudieron también preocupados a averiguar si se habían hecho daño. Margarita cojeaba un poco, y deslizó unas palabras al oído de su exnovio, que no debían de ser precisamente halagadoras, pero aceptó el brazo de Alberto, que la acompañó hasta una mesa próxima a la que ocupaba Herea y una vez que se sentó a su lado le envolvió en una sonrisa deslumbrante. Quizás pensara que como era muy parecido a Gustavo y consiguientemente muy atractivo, aunque sin la petulante

expresión de este ni su propensión a ponerla en ridículo, podía disponer de su compañía el resto de la velada, porque intentó acapararlo, pero él se excusó al cabo de unos minutos y volvió a la mesa en la que se hallaba Herea, con María Luisa y con Jacobo.

Casi a la vez se les acercó Gustavo.

—¿Puedo sentarme?— les preguntó.

María Luisa intercambió una azarada mirada con Herea y Jacobo intentó encontrar una disculpa para negarse, sin lograrlo. Solo Alberto permaneció sonriente y meneó negativamente la cabeza.

—Pues no, porque no queda en esta mesa ninguna silla libre.

Su primo se echó a reír. Llevaba en la mano su bebida preferida, un vaso de vodka, y apuró un trago después.

—No creo que eso sea ningún inconveniente— alegó—. Voy a coger una de otra mesa y volveré enseguida, No os mováis.

Regresó unos segundos más tarde e intentó colocar su silla entre la de Alberto y la de Herea, pero éste no se lo permitió y tuvo que sentarse entre María Luisa y Jacobo. Llevaba Gustavo un traje oscuro, con el que estaba verdaderamente apuesto, lo que tuvo ella que reconocer a su pesar, aunque se preguntó qué habría visto en él tiempo atrás. Quizás y porque su apariencia era la de los galanes de las películas, no había reparado en que no había nada detrás que mereciese valorarse detrás de esa fachada. Captó que seguía él pendiente de lo que hacía Margarita, y probablemente para llamar la atención de su exnovia y verle galanteando a otra, se inclinó en ese momento hacia ella por encima de la mesa.

—Estás preciosa esta tarde— le susurró —. Siempre lo estás, pero hoy te has superado a ti misma—. ¿Has tomado ya una decisión sobre lo que te propuse?

Sintió al oírle una dolorosa punzada en su interior, a la par que se le había detenido de golpe el corazón, para arrancar un segundo más tarde y a una velocidad increíble. La sola idea de que reconociera a su hija y reclamara judicialmente un régimen de visitas bastó para conmocionarl, pero con un esfuerzo ímprobo consiguió seguir aparentando la indiferencia más absoluta. Y como tampoco

estaba dispuesta a servirle de ayuda para darle celos a Margarita, se retrepó en la silla y replicó muy tiesa:

—¿Me has propuesto algo? No me acuerdo.

— ¿No te acuerdas? Tendré que refrescarte la memoria.

—Me parece que no tiene Herea ningún interés en que se la refresques — le advirtió ásperamente Alberto —. Y creo también que deberías buscarte otro grupo de invitados en el que fueras mejor acogido.

—¿Me estás pidiendo que me largue?— inquirió Gustavo con aire retador, mientras seguía con la mirada a Margarita, que acababa de levantarse cojeando ligeramente para dirigirse al salón, en el que entró. Seguramente iría al baño, y notó Herea que él mantenía sus ojos fijos en la puerta de aquel, esperando a que saliera.

—Pues sí— admitió Alberto—Estoy seguro de que en otra mesa lo pasarías mucho mejor que con nosotros.

—Yo en cambio, estoy encantado— replicó envolviendo a Herea en una mirada seductora, que al otro le molestó bastante—. Le ofrecí a esta chica el otro día una solución muy ventajosa y le recordé también un derecho que me asiste y que podría poner en práctica inmediatamente. Estoy esperando su respuesta.

—Si guarda relación con el trabajo que desempeña en Marvels, no te molestes en esperarla, porque te la voy a dar yo ahora mismo — replicó su primo mordiendo las palabras—. No se va a despedir ella ni lo va a hacer nadie.

—Desde luego que no— corroboró María Luisa, que estaba pasando un rato infame—. Puedes decírselo de mi parte a tu padre, aunque ya lo he hecho yo.

Aníbal continuaba estando con su mujer en el otro extremo de la terraza, en compañía de Jacinto Verdaguer y de la éste, pero no les quitaba ojo, y era obvio que estaba haciendo intención de dejarles para aproximárseles. Un segundo más tarde caminaba ya entre las mesas en su dirección, por lo que intercambió una mirada con su jefa y captó su sobresalto, lo mismo que el de Jacobo. Solamente Alberto continuó cómodamente arrellanado en su silla, aunque se había dado cuenta y le estaba siguiendo con la vista. No aparentaba que le preocupara lo más mínimo el probable

enfrentamiento con él, sino al contrario, porque notó Herea que procuraba disimular una sonrisa irónica, aprestándose a recibirle.

Ya volvía Margarita, que se encaminaba hacia la mesa que había abandonado instantes antes, pero apenas si Herea se fijó en ella, porque su atención estaba pendiente del camarero que la seguía con una bandeja en alto con la clara intención de ofrecerles a ellos los canapés que portaba. Había unos de jamón, otros de ensaladilla rusa y otros recubiertos con una tirita de pimiento rojo. Cogió ella uno de ensaladilla, Alberto y María Luisa se decantaron por unos de jamón y Jacobo y Gustavo por unos mejicanos.

Jacobo dejó el suyo en un plato sobre la mesa y Gustavo tomó a su vez el segundo vaso de vodka de la bandeja de otro camarero que venía detrás. Luego se llevó el canapé a la boca, lo que Herea observó con atención.

En los primeros segundos no efectuó ningún gesto de desagrado. Después se le encendió el rostro y empezó a toser aparatosamente, lo que trató de paliar con un largo sorbo de la bebida que había elegido. Siguió tosiendo y tosiendo, rojo como una amapola, y se levantó seguidamente, llevándose una mano al pecho como si le faltara el aire para desplomarse finalmente al suelo entre convulsiones con los ojos en blanco.

Emitió María Luisa un grito, al tiempo que Alberto se arrodillaba junto a él e intentaba efectuarle maniobras de reanimación y que Aníbal echaba a correr hacia su hijo sorteando mesas, seguido de un gran número de invitados. Alguien vociferó entre el tumulto general que había que llamar a una ambulancia y otros le pidieron a uno de los asistentes, que al parecer era médico, que hiciera algo. Se abrió paso entre la gente un hombre bajito y entrado en años, que apartó a los que le estorbaban y también a Alberto para inclinarse sobre Gustavo y tomarle el pulso.

Respiraba este entrecortadamente y había dejado ya de agitarse convulsivamente sobre el suelo de la terraza cuando llegó la ambulancia. El médico que iba en cabeza apartó a los que le rodeaban para reconocerle. Luego intercambió una mirada interrogante con el invitado que era médico y que hasta ese momento le había atendido.

—¿Qué es lo que le ha sucedido?— le preguntó.

—No lo sé. Creo que estaba sentado tranquilamente en esa mesa y que de pronto… Habrá que intentar una desfibrilación y… ¿No cree?

Meneó el otro afirmativamente la cabeza y les indicó a los sanitarios que le habían seguido que le acostaran en la camilla que portaban para llevarle al hospital.

Aníbal y su mujer bajaron al mismo tiempo en otro ascensor, así como varios de los invitados, y siguieron después con sus coches a la ambulancia, lo que contempló angustiada Herea, apoyada en la baranda de la terraza, hasta que se perdieron entre el tráfico.

CAPÍTULO 22

Esa misma noche oyeron la noticia en el informativo de la televisión. Gustavo había fallecido antes de llegar al hospital y había sido trasladado al Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses para que le fuera practicada la autopsia. Asustada, Herea desvió su mirada hacia su madre, que estaba sentada a su lado.

—¿Qué has hecho, mamá?

La otra manifestó sorpresa.

—¿Yo? Nada en absoluto. ¿O es que piensas que le puse veneno a los canapés mejicanos? Los unté con chile habanero molido, que es un pimiento que pica como un demonio, pero que no ha matado nunca a nadie, que yo sepa.

—¿Estás segura de que no les añadiste nada más de tu invención?

—Claro que sí. Me asomé a la puerta de la terraza cuando le entregué la bandeja al camarero y le dije que os la llevara para ofrecerolos. Le vi aproximarse a la mesa en la que estabas sentada al lado de un joven que se parecía mucho al que ha muerto. ¿Eran hermanos?

—No, primos.

—¿Y el muerto era el desgraciado que te dejó embarazada, o fue el otro?

—Fue el que ha fallecido.

—Pues le ha estado bien empleado, pero no vayas a creer que soy la culpable. Le envenenaría otra persona de las muchas que había allí. Dicen que a todo cerdo le llega su San Martín, y en este caso se ha cumplido el aserto del refrán.

Meneó Herea dubitativamente la cabeza.

—No sé, pero no me quedaré tranquila hasta que el informe de la autopsia corrobore que tu canapé no fue la causa de su muerte.

—¡Bah!— se rio Victoria—. Te preocupas por cualquier nimiedad. Deberías sentirte aliviada, porque ya no podrá hacerte más daño. Estará en el cielo con San Pedro, que probablemente pesará en su balanza las fechorías que ha cometido en vida y como superarán a sus buenas obras, si es que ha realizado alguna, no tardará en mandarle al infierno.

No acabó de tranquilizarse Herea y días más tardes confirmó otro informativo de la televisión que tenía motivos más que sobrados para sentirse inquieta, ya que dio una noticia que le produjo un tremendo sobresalto. El informe del forense que le había practicado la autopsia a Gustavo dictaminaba que este había fallecido a consecuencia de la ingesta de 25 mg. de estricnina. Comunicaba asimismo que la brigada de homicidios se había hecho cargo del caso y consecuentemente estaba investigando al personal que podía haber tenido acceso al catering que se había servido en la Torre Verdaguer.

Sintió ella al oírlo que acababa de recibir un tremendo aldabonazo en el estómago y se volvió para mirar acusadoramente a su madre, que sostuvo su mirada con indiferencia.

—Bueno, sí, ¿y qué?— refunfuñó esta—. Te repito por enésima vez que pudo envenenarle cualquiera de los invitados que estaban en la fiesta. Probablemente, alguno que viva en un chalé o en una vivienda antigua.

Aunque no conocía anteriormente Herea a la mayoría de los asistentes, sabía que eran personas de mucho nivel, propietarias muchas de ellas de chalés en urbanizaciones de lujo, por lo que enarcó interrogativamente las cejas a la espera de que su madre le aclarase lo que acababa de decir.

—¿Por qué?— le preguntó.

—Porque son más frecuentes las ratas en las viviendas que tienen muchos años, así como en las unifamiliares, y ese veneno se usa para matarlas. Las venden en pastillas que se disuelven en el agua. Son cristalinas y muy amargas. Lo sé. aunque como es natural no las he probado nunca. Tengo en casa un frasco lleno y, después de diluirlas, las echo en unos cacharritos metálicos que voy colocando por todas las habitaciones, antes de acostarme. A la

mañana siguiente recojo las ratas que han muerto y las tiro en el contenedor de la plaza del pueblo. Tú me acompañabas muchas veces a hacerlo, ¿o es que ya no te acuerdas?

Evocó Herea el duro devenir de aquellos días que sentía muy lejanos, lluviosos en su mayoría, y el agotador afán que los acompañaba desde que la luz del amanecer se abría paso entre los nubarrones que oscurecían el firmamento. Y el frasco de pastillas al que había aludido su madre y que guardaba ésta en una alacena de la cocina. ¿Cómo podía haberse olvidado tan pronto de las ratas que pululaban por doquier en la aldea en la que había nacido? Observó nuevamente a su madre, que se lo había referido despreocupadamente e inquirió alarmada:

—¿No te habrás traído del pueblo alguna de esas pastillas?

Victoria la guiñó un ojo.

—Lo pensé. Pensé traerme una o dos por si tenías esos bichos en esta casa, porque cuando servía yo a doña Concha sí los había, pero creo que no llegué a hacerlo.

—¿Lo crees o estás segura?

La otra se encogió de hombros, sin entender el pánico que leía en el semblante de su hija.

—Pues… segura, lo que se dice segura, no lo estoy, pero sí lo estoy de que en cualquier caso no las saqué de la maleta, así que no te preocupes tanto. Sé lo que me hago.

—Espero que sí— susurró Herea para sus adentros.

Victoria esbozó un ademán de despreocupación, mientras le decía:

—Ya me contarás cuando haya regresado al pueblo quien fue el que le dio la boleta a ese miserable, porque ya va siendo hora de que vuelva a casa.

Se lo comentaba distraídamente y Herea dejó escapar un nostálgico suspiro.

—¿Te vas a marchar ya?

—Sí, claro, vine porque creí que estabas enferma y para hacer las paces contigo si mis sospechas sobre la vida que llevabas eran infundadas. No lo eran, pero… Bueno, Viky no tiene la culpa y en el

pueblo no tienen por qué enterarse. Ni tus hermanos tampoco. Si vuelves por allí con ella diremos que la adoptaste.

Se echó a reír ella sarcásticamente.

—¿Y crees que se lo va a creer alguien? Se parece muchísimo a mí y también a ti.

—Pues en ese caso no la lleves contigo cuando regreses. Déjala con Virtudes. ¿O es que no recuerdas el vacío que se le hizo a la pobre Engracia?

—Me acuerdo, sí, y de lo injusto que fuisteis con ella. La tratabais como a una apestada, mientras que el padre de su hijo se paseaba por el pueblo presumiendo de conquistador.

Hizo un gesto Victoria con el que parecía querer decir que había motivos nada discutibles para ese comportamiento con ambos y luego le comentó:

—Roxana debe de estar contando las horas que faltan para que regrese y me haga cargo de esas faenas, porque la he dejado al cuidado de los pequeños y no tiene con ellos la paciencia que tenías tú. Voy a ir mañana a la estación de autobuses a sacar el billete y…

La interrumpió ella con impaciencia.

—No hace falta que vayas a ninguna parte, mamá. Te lo puedo sacar yo por Internet.

Parpadeó perpleja ante esa posibilidad que ignoraba.

—Qué moderneces— gruñó— Pues en ese caso, haré la maleta en cuanto sepa cual es el primer autobús que sale para allá. Luego, en Pontevedra, tomaré el otro que lleva al pueblo.

Lo obtuvo Herea para dos días más tarde y contó las horas que aún quedaban por transcurrir antes de que pudiera consultarle el caso a Noelia Villarroel. Había sido citada por la secretaria para ir al día siguiente a su despacho y al salir de la oficina tomó un taxi, temiendo llegar tarde si realizaba el trayecto en el metro.

Había olvidado por completo su intención de demandar a Aníbal y a su hijo por injurias, para inquietarse tan solo por su madre. Pese a que le había asegurado ésta que no había envenenado los canapés mejicanos, no las tenía todas consigo. Sabía que era una mujer muy inculta y de reacciones un tanto primitivas para quien la defensa de la honra de una hija justificaba

cualquier medio que se utilizara contra el agresor, por lo que era muy capaz de haber decidido vengarse de él enviándolo al otro mundo. Lo fue rumiando durante el camino con una inquietud creciente, hasta el extremo que incluso olvidó también su rechazo a los ascensores y lo tomó en el vestíbulo, en lugar de subir a pie los cuatro pisos. A la secretaria que le abrió la puerta de la oficina le pidió jadeante ver inmediatamente a la abogada.

—Me ha citado a las siete— le dijo— pero si puede atenderme antes…

La otra era una mujer que rondaría los sesenta años, alta y enjuta, así como impecablemente peinada con un moño bajo, cuyo aspecto respondía más al de una duquesa que al de una empleada. La escuchó con atención, pero meneó negativamente la cabeza al oírla.

—Está reunida en este momento con otro cliente, pero la recibirá enseguida. Pase a la sala de espera y la avisaré en cuanto termine con él.

Le indicó una salita contigua en la que había dos personas más y tomó asiento en una butaca, donde tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse y no morderse las uñas y desahogar así su nerviosismo. Al fin, y cuando las agujas de su reloj de pulsera indicaban que habían sobrepasado en cinco minutos la hora prevista, se presentó la secretaria en la salita y le pidió que la acompañara al despacho de la abogada, donde la hizo pasar después de propinarle unos golpecitos en la puerta para que la autorizara a entrar.

La abogada era más joven de lo que había esperado. Poseía un semblante muy atractivo en el que destacaban unos perspicaces ojos oscuros, así como una rizada y oscura melena que le resbalaba hasta media espalda. No debía de encontrarse muy bien, porque hizo un intento de levantarse de la butaca en la que estaba sentada detrás de su mesa para recibirla y desistió antes de llegar a enderezarse, llevándose disimuladamente una mano al estómago.

—Me ha dicho mi compañero que quiere querellarse por injurias contra su exjefe y contra…

No la dejó terminar y la interrumpió.

—No, en realidad he desistido de hacerlo, al menos por el momento.

—Entonces…

—Vengo por otra cuestión que ha surgido después, concretamente el sábado pasado, y en el que podía estar implicada mi madre. Es joven aún, tendrá cuarenta y pocos años, pero no ha cursado estudios de ningún nivel. Sirvió como criada aquí en Madrid, cuando era muy joven, hasta que se casó con mi padre, al que conoció durante unas vacaciones que pasaron los dueños de la casa en Galicia y a los que acompañó para realizarles las faenas domésticas. Mi padre es pescador y no ha salido de esa aldea, de no más de cincuenta habitantes, y que está bastante incomunicada. Como consecuencia, viven en otro siglo y… Se lo cuento para que entienda lo que es posible que sucediera el sábado.

Le refirió seguidamente como había finalizado la fiesta que se celebraba en la azotea de la Torre Verdaguer con el fallecimiento de Gustavo y el miedo que le inspiraba el que su madre hubiera decidido tomarse la justicia por su mano y se hubiera vengado así del hombre causante de la deshonra de su hija.

Esperaba que la abogada se riera de la expresión que acababa de utilizar y que conceptualmente había dejado de estar en boga desde al menos un siglo antes, pero no fue así, sino que, por el contrario, se la quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Teme usted que haya sido su madre quien le haya envenenado?

Vaciló Herea, pero terminó por asentir.

—Sí.

—Pero, por lo que me dice, ella lo ha negado.

—Sí, pero porque sabe que yo lo desaprobaría. Mañana volverá al pueblo, sin duda satisfecha de que Gustavo haya recibido su merecido y… y comprenda que tengo motivos para sentir miedo. La brigada de homicidios que está investigando el caso no tardará en averiguar que la cocinera contratada para el evento es mi madre, que yo fui la secretaria de ese hombre, que él me despidió en cuanto empezó a notárseme el embarazo y que raptó a mi hija la misma noche en la que nació. Hay un montón de personas que

pueden atestiguarlo y manifestarle a la policía que yo tenía motivos más que sobrados para cargármelo, así como que mi madre los compartía.

Le refirió después cómo dieron los agentes con Viky en el orfanato y cómo la ayudó Gabriel Márquez, compañero suyo de despacho, a recuperarla después, lo que Noelia escuchó sin interrumpirla.

Ante su sorpresa no le contestó de inmediato, sino que se llevó un dedo al rizo que le caía sobre la frente y se lo enrolló en él para darle vueltas en el aire en un sentido y en el otro.

—Es pronto para preocuparnos, ¿no le parece?— le dijo en tono persuasivo. ¿Cómo se llama su madre de apellido?

—Jiménez.

—¿Y usted?

—Herea Belmar Jiménez.

—Lo probable es que su segundo apellido lo conozca solamente un número muy limitado de personas. Nuestra policía es extraordinariamente perspicaz, pero tendría que probar que fue su madre la que envenenó los canapés mejicanos con estricnina. Por lo que me dice, solamente falleció ese hombre durante la velada y a consecuencia de haber ingerido el veneno. ¿Le consta que hubo otros invitados que también los tomaron y que no sufrieron la menor indisposición?

Entrecerró ella los ojos tratando de regresar con la mente a aquellos momentos. Recordaba que Jacobo había cogido uno de la bandeja que portaba un camarero, pero no podría precisar con seguridad que hubiera llegado a comérselo.

—No lo sé, pero supongo que sí.

—En ese caso no se preocupe… todavía. Vuelva a su casa y haga su vida normal. Revise las pertenencias de su madre por si hubiera tenido la ocurrencia de traerse en la maleta alguna de las pastillas matarratas y en el supuesto de que la respuesta sea afirmativa apresúrese a tirarlas por el retrete. Alecciónela también sobre lo que debe decirle a la policía en el supuesto de que le tomen declaración, lo que considero muy probable y…

—Ella se marcha mañana a Galicia— la interrumpió nuevamente Herea—. Como le he dicho ya, la aldea en la que vive con mi padre y mis siete hermanos está muy mal comunicada, por lo que…

—Eso no supone un inconveniente para la policía— le manifestó Noelia—. Pero dese prisa en comprobar lo que le he dicho y en actuar en consecuencia. Como puede comprender, si registraran su casa esta misma noche y encontraran allí esas pastillas, la situación de su madre sería muy comprometida.

—Sí, claro— admitió Herea en apenas un susurro—. Es que es una inconsciente y vive además en un mundo paralelo en el que viajar con un frasco de matarratas es tan natural como llevar tiritas para prevenir que los zapatos pudieran hacerte daño en los pies. Ni por asomo se le ha ocurrido que pudiera ser acusada de la muerte de Gustavo, pero ya me marcho. ¿Puedo llamarla directamente, si ocurre algún imprevisto?

Se soltó Noelia el rizo del pelo y le sonrió.

—Por supuesto. Si se presenta la policía en su casa o si se produce alguna novedad similar, no dude en llamarme al móvil. Le voy a dar mi número.

Lo apuntó Herea en la agenda del suyo y luego se puso en pie.

—Muchas gracias por todo. Me voy más tranquila y espero no necesitar intempestivamente sus servicios.

Salió del despacho y después de pagarle la visita a la secretaria abandonó la oficina y bajó hasta el portal por la escalera. Acababa de rematar el descenso, cuando oyó una llamada en el móvil y cuando se lo llevó al oído reconoció la voz de Alberto.

—Herea, ¿dónde estás?

—En la calle Villanueva, esquina a Serrano, ¿por qué?

—¿Quieres que te recoja con el coche y que te lleve a tu casa?

—Pues… sí, o mejor, no. ¿No recuerdas que es peatonal?

—Pues en ese caso iré a buscarte en un taxi. Estoy en la oficina y acaba de marcharse la policía, después de tomarme declaración. Les he oído decir que iban a continuación a tu casa. ¿Está tu madre allí?

—Sí, pero…

—Tenemos que llegar antes que los agentes para que no diga ella ninguna tontería, ¿me has entendido?

—Sí, claro, pero…

La interrumpió antes de que pudiera pronunciar una palabra más.

—Espérame en esa esquina que voy ahora mismo a buscarte con un taxi. No tenemos tiempo que perder.

No, no. Vete tú a mi casa y espérame allí, si llegas antes que yo. Voy a coger otro taxi ahora mismo.

CAPÍTULO 23

Subió Herea los cuatro pisos como una exhalación cuando llegó a su casa. Desde el descansillo se oía el sonido de voces dentro del piso y le abrió la puerta Alberto cuando estaba rebuscando las llaves en el interior de su bolso. Luego se inclinó hacia su oído para susurrarle:

—Están en la sala de estar. Han venido dos agentes y me han dicho que, como tu madre no está acusada de ningún delito y su interrogatorio es un mero trámite, no es necesaria la presencia de un abogado.

—¿Y han traído los agentes una orden de registro?

—No.

—Pues menos mal.

Trató Herea de recuperar al aliento, mientras reflexionaba con el ceño fruncido y añadió:

—Pues, aunque la presencia de un abogado no sea imprescindible, creo que deberíamos llamar al bufete al que he ido a consultar esta tarde para que aleccione a mi madre.

Corroboró Alberto su opinión, manifiestamente preocupado.

—Sí, porque, aunque escape a mi comprensión, se siente protagonista de la escena que se está desarrollando ahí al lado, sin duda por lo inusual, y está hablando de más.

Se alarmó ella más aún de lo que ya estaba.

—Probablemente se sentirá como la heroína de las películas que ve en la televisión. En nuestro pueblo nunca sucede nada y querrá contarles a los lugareños la experiencia que está viviendo cuando regrese. Sin duda la considerará emocionante, pero como puede meter la pata de un momento a otro, voy a llamar ahora mismo al despacho de abogados en el que he estado esta tarde.

Inquietísima y en la semioscuridad del vestíbulo marcó en la agenda de su móvil el número de Noelia que le contestó en el acto.

—¿Ocurre algo?— le preguntó.

—Sí, acabo de llegar a mi casa y está aquí la policía tomándole declaración a mi madre. ¿No podría usted venir?

Notó la vacilación de su interlocutora.

—Pues… en este preciso instante me es imposible, porque acabo de recibir a otro cliente. Dígales que me esperen, que tardaré una media hora o quizás algo más.

Fue Alberto a transmitírselo a los policías y regresó un par de minutos más tarde.

—Dicen que, como ya nos han aclarado antes, tu madre no está acusada de haber envenenado a Gustavo, por lo que no es necesario.

No acabó de convencerle a Herea esa explicación, por lo que vaciló ostensiblemente.

—¿Qué te parece a ti?— le preguntó— Mi madre no tiene conciencia de que puedan considerarla sospechosa y si nadie la aconseja puede decir cualquier inconveniencia.

—Trataremos de impedirlo, porque no me ha dado la impresión de que esos dos hombres estén dispuestos a esperar media hora o más a que llegue el abogado, máxime porque su presencia no es preceptiva, así que llámala para que no se moleste en venir.

Lo hizo así Herea y siguió luego a Alberto hasta la sala de estar, donde se encontraban Victoria, sentada en el sofá, y un agente de unos treinta años y bien parecido, en una de las butacas e inclinado hacia su madre. Advirtió ella que no estaban en la habitación Virtudes ni Viky y supuso que habrían pasado las dos al piso de su vecina, porque desde el pasillo vio que el resto de la casa estaba a oscuras. El otro policía era más joven y estaba de pie al lado del butacón en el que estaba sentado su compañero, que en ese momento le preguntaba a Victoria algo sobre lo que habían estado hablando antes:

—¿Corrobora usted la declaración de esa chica?

—¿La de la joven del traje rojo?— inquirió ella—, Recuerdo que era muy guapa y que tenía una melena lisa y oscura. El personal del

catering la conocía y la llamaron por su nombre cuando entró en el edificio, al tiempo que me asomaba yo a la terraza. Se llamaba… violeta… rosa…— Frunció el ceño intentando hacer memoria—. No estoy segura del nombre, pero sé que era el de una flor.

Consultó el agente un cuadernito que llevaba y se lo aclaró.

—Margarita, esa joven se llama Margarita Ribas y, según nos ha dicho, se dirigía al baño y tropezó con usted en el preciso momento en el que salía de la cocina con un camarero que llevaba una bandeja con canapés. Fue con él hasta la puerta de cristales de la terraza y le indicó la mesa alrededor de la cual, entre otros asistentes, estaba sentada la víctima.

Asintió enfáticamente ella.

—Sí, es cierto.

—¿Le dijo al camarero que se los ofreciera a la víctima?— insistió el policía con el semblante impasible, como si lo que le estaba preguntando no tuviera una importancia decisiva.

Sonrió Victoria con los ojos brillantes. Era evidente que se sentía el centro de atención y que su declaración era importante.

—Pues… creo que no, porque había en esa mesa dos jóvenes que se parecían mucho.

Giró la cabeza hacia Alberto y se lo señaló al policía.

—Uno de ellos era este, que ha llegado hace un momento y que debe de ser amigo de mi hija, y el otro podría ser su hermano gemelo, aunque después he sabido que no eran hermanos, sino primos. Por eso le pregunté al camarero que cual de los dos era Gustavo Montero.

—¿Y se lo dijo?

—Sí. Estaba Herea sentada entre los dos—. Se encontraba en esos momentos la aludida de pie tras la butaca en el que estaba sentado el policía y se la indicó—. Esa es mi hija, Estaba también invitada a la fiesta.

—¿Y por qué quería usted que ese hombre se comiera el canapé que le pidió al camarero que le ofreciera?

Esbozó ella un gesto de complicidad.

—Porque le había untado más chile que a los demás. Sabrá usted que el chile es muy picante, ¿verdad?

Intercambiaron los dos policías una mirada en la que había mucho de perplejidad, pero también un aviso de que debían de andar en adelante con pies de plomo y el que estaba sentado le dijo al otro:

—Quizás fuera conveniente que continuáramos esta conversación en la comisaría y que avisáramos antes a un abogado, ya que debemos cumplir todas las formalidades.

—No necesito ningún abogado— protestó Victoria—. Y tampoco voy a ir con ustedes a ninguna parte, porque regreso mañana por la mañana a mi tierra y me han pillado haciendo la maleta. Tengo que madrugar.

—Como usted quiera, pero me temo que va a tener que retrasar su viaje— le advirtió secamente el mismo agente—. ¿Quiere aclararnos ahora qué le puso a ese canapé y de qué conocía a don Gustavo Montero?

Se le quedó mirando Victoria con sus grandes ojos azules muy abiertos, como si estuviera sopesando por primera vez la importancia que pudiera tener su respuesta y el riesgo que corría, lo que hasta ese momento no había sospechado.

—¿Que de qué le conocía? De nada. No le había visto en mi vida.

—Sí, pero no es eso lo que ha manifestado. Ha dicho que preparó un canapé especialmente para él, por lo que estoy tratando de averiguar el motivo, ya que manifestó en cuanto lo ingirió signos de envenenamiento. Es evidente que contenía estricnina, que es un potente veneno, y que esa fue la causa de su muerte.

El reseco semblante de ella traslució la sorpresa más profunda.

—No, señor, está muy equivocado. Sé lo que es la estricnina, porque en mi pueblo se usa para matar a las ratas, pero no se la puse a ninguno de los canapés. Les puse chile que, como sabrán, es una variedad de pimientos muy picantes. Ese hombre se murió seguramente de un ataque al corazón o de un soponcio por otro motivo, de modo que…

La interrumpió Alberto, que estaba junto a Herea y como ésta estaba pasando un rato infame oyéndola, y se dirigió al policía que llevaba la voz cantante:

—¿Han analizado ustedes los canapés que se sirvieron en la fiesta? No pueden ustedes acusarla de ese delito sin haber comprobado antes que el veneno estaba en los canapés que preparó esta señora.

Esbozó el agente un gesto vago.

—No estoy autorizado para darles a ustedes esos datos, porque el juez instructor ha decretado el secreto del sumario. Solo puedo decirles, porque ya lo han publicado los medios, que ha sido el médico forense el que ha detectado la existencia de estricnina en el estómago de la víctima.

—Sí, pero…

Le interrumpió en el acto el policía.

—Lo averiguaremos, no se preocupe. Y ahora tenemos que pedirle a esta señora que nos acompañe a la comisaría, donde será interrogada con la asistencia de un abogado. Si no conocen a ninguno, llamaremos a uno de oficio.

La informó a continuación de los derechos que la asistían, aunque tuvieron la deferencia de no esposarla, y la cogieron cada uno de un brazo para dirigirse hacia el vestíbulo, lo que Herea trató de impedir.

—Esperen. Sí conozco a una abogada y voy a llamarla ahora mismo para que esté presente cuando la interroguen. Porque la dejarán que vuelva a dormir a esta casa esta noche, ¿verdad?

Pausadamente meneó la cabeza el policía en sentido negativo.

—Me temo que no. Probablemente el comisario se haya marchado ya, aunque también es posible que quiera reunir más pruebas antes de tomarle declaración, ¿comprende?

—No, no comprendo nada— protestó ella levantando la voz—. Están acusando a mi madre por una mera suposición. No fue la víctima la única persona que comió canapés chilenos. También lo hizo otro invitado que estaba sentado en la misma mesa que nosotros y no dio muestra alguna de que le sentara mal. Se llama Jacobo Hernández y…

—Ya hemos hablado con él— replicó el agente—. Nos ha dicho que efectivamente lo cogió de la bandeja que le presentaba el camarero, pero que no llegó a probarlo. Y sabemos también que la

víctima y usted mantuvieron una relación sentimental, que él rompió, y que la despidió improcedentemente cuando trabajaba como secretaria suya. Es evidente que su madre ha podido consecuentemente pretender vengarse de ese hombre.

—Pero…

—Les aconsejo que se vayan a dormir y que no pretendan acompañarnos, porque en la comisaría no van a poder verla hasta que lo autorice el comisario, o sea, hasta mañana como muy pronto. Lo lamento.

CAPÍTULO 24

Se encontraba tan mal Noelia a la mañana siguiente, que cuando llegó a la oficina y le dijo Flor que había llamado repetidamente una tal Herea Belmar, tomó asiento en la silla de la secretaria y se dio aire con unos papeles que aquella tenía sobre la mesa. Imaginó lo que había sucedido, aunque supuso que era a la joven a la que habían detenido y no a su madre, lo que comprobó en su móvil. Se había quedado sin batería la noche anterior y consiguientemente no había oído sus llamadas, pero le había dejado varios mensajes, así como la dirección de la comisaría a la que la habían llevado a su progenitora.

Hizo intento de levantarse para dirigirse hacia la puerta del piso, pero la secretaria le cortó el paso.

—No estás en condiciones de ir a ninguna parte— le dijo en tono regañón—. Si pretendes asistir a la declaración de una detenida, conviene que recuerdes que hace tiempo que esa función se la encomendaste a Miriam, que se queja de que te consideras insustituible. Ella también es una magnífica profesional y está en este momento en su despacho estudiando tranquilamente un caso, así que vas a dejar que sea la que vaya a la comisaría. ¿Me has oído?

Asintió débilmente Noelia con la cabeza.

—Claro que te he oído. Estoy embarazada, no sorda.

—Pues das la impresión de que estás las dos cosas. Voy a avisarla ahora mismo, porque esa cliente estaba muy agobiada. Me ha repetido más de mil veces que no dejara de advertirte que su madre estaba encerrada en un calabozo y que tenías que sacarla de allí inmediatamente.

Dejó escapar Noelia una risita sarcástica.

—Como si fuera tan fácil. Nuestros clientes suponen que nuestro sistema procesal es el mismo que el que ven en las películas americanas, aunque es completamente distinto. Si la policía tiene argumentos de peso para considerar que esa señora es culpable de haber envenenado al exnovio de su hija, la retendrá en la comisaría hasta el plazo máximo previsto legalmente para ponerla después a disposición judicial y será el juez el que decrete su prisión hasta que se vea el juico u opte por su libertad provisional. ¿Se lo has dicho?

Meneó Flor negativamente la cabeza y levantó ambas manos queriendo expresar que aleccionar a los clientes de los tres miembros del bufete no era de su incumbencia.

—No. Le he contestado solamente que te informaría de su llamada en cuanto aparecieras y es lo que he hecho. Ahora vas a ir a tu despacho, donde te vas a sentar en tu butaca y donde vas a permanecer quietecita hasta que se te pasen las náuseas. Y yo voy a ir a decirle a Miriam que tiene que salir a escape hacia la comisaría en la que está esa señora.

Esbozó Noelia una mueca de disgusto, pero finalmente asintió.

—Bueno, pero solo por esta vez. Hay ginecólogos que afirman que las náuseas de las embarazadas obedecen al rechazo que sienten hacia el bebé que llevan en su seno, lo que en mi caso no puede ser más falso. Estaba deseando darle un hermanito a mi hija, aunque nunca encontraba el momento oportuno.

—Porque vives solo para trabajar— replicó acusadoramente la secretaria—. Ya va siendo hora de que cambies de actitud.

Con la cabeza alta y aire retador se encaminó esta seguidamente hacia el pasillo que comenzaba en la antesala y llamó con los nudillos en la puerta del segundo despacho. Un par de minutos más tarde regresaba con Miriam que se interesó en el acto por el estado en el que se encontraba la otra.

—Tiene razón Flor— le dijo—. No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde que me cediste las asistencias a los detenidos, pero va siendo hora ya de que actúes en consecuencia y te quedes aquí mientras voy yo a la comisaría o al juzgado de turno.

—¿También cuando me recupere y vuelva a encontrarme como antes?— inquirió Noelia en tono lastimero.

—Cuando vuelvas a encontrarte como antes, también— sentenció la otra que venía ya dispuesta a marcharse, con una chaqueta de punto sobre la blusa azul eléctrico. Llevaba también un pantalón blanco y un maletín en la mano, que le señaló para indicarle que iba preparada para cualquier eventualidad que pudiera surgir en la diligencia a la que se dirigía—. Pórtate bien que te contaré a mi regreso cómo me ha ido— le dijo a modo de despedida.

Salió seguidamente de la oficina, mientras Noelia se encaminaba mohína hacia su despacho con la sensación de que estaba faltando a su deber.

Cuando llegó a la comisaría, Miriam se dirigió directamente hacia el policía que atendía a la gente tras un mostrador, al que le dijo que había sido avisada para asistir a la declaración de una señora a la que habían detenido. Cuando le aclaró de quien se trataba, la hizo pasar en el acto a una habitación sin ventanas, similar a las de otras comisarías en las que igualmente se interrogaba a los detenidos, cuyo único mobiliario consistía en una mesa central rodeada de varias sillas, y en la que poco después se presentó un policía, que se identificó como el inspector Martínez. Tendría unos cuarenta años y era alto y enjuto. La saludó amablemente y poco después otros dos agentes acompañaron a esa estancia a la detenida, a quien Miriam analizó disimuladamente y a la que catalogó como una pueblerina de muy escasa cultura. Pensó que debía de haber sido muy guapa cuando era más joven, pero en el presente distaba mucho de ser atractiva, y sus modales no eran en absoluto refinados. Tenía rubio el desaliñado cabello, que llevaba cortado y lacio a la altura de los hombros y sus ojos eran grandes y azules, pero lo que más destacaba de su rostro era lo reseca que tenía la piel. Le llegaba a ella al hombro y, además de bajita, su silueta respondía al de una mujer sobrada de peso que no se cuidaba ni se arreglaba en absoluto.

—¿Es usted la abogada de mi hija? ¿La que me va a sacar de aquí?— le preguntó.

Le sonrió Miriam con simpatía.

—Soy la abogada que la va a asistir en su declaración y compañera de despacho de la que su hija visitó ayer.

Se volvió a continuación hacia el inspector para decirle que quería entrevistarla previamente, a lo que éste accedió, por lo que salió de la estancia y las dejó solas.

Analizó Victoria desconfiadamente a la jovencita rubia y de aspecto delicado que iba a defenderla. Si le hubieran dado a elegir, se hubiera decantado por un abogado masculino, alto y fornido, porque en su opinión las mujeres no estaban profesionalmente a la altura de los varones, pero no se atrevió a protestar.

—No comprendo por qué me han detenido— le dijo a Miriam frunciendo la frente y accionando exageradamente—. Yo no he hecho nada ni he envenenado a nadie. Solo quería hacérselas pasar moradas al cretino que abusó de mi hija y que rabiara un ratito por el chile que le puse al canapé que se comió. Me asomé en ese momento a la terraza para verlo y efectivamente se puso de mil colores y luego le dio un patatús, lo que para mí es incomprensible. Boqueaba como si se asfixiara, porque al parecer, se tomó también una ración de matarratas, pero no sé de dónde la sacó.

Le corroboró Miriam que el forense que le había practicado la autopsia efectivamente había dictaminado que había fallecido envenenado por la estricnina que había ingerido y le había detectado en el estómago, pero no por eso admitió la otra que hubiera tenido intervención en ese hecho.

—Sí, ¿pero eso qué tiene que ver conmigo? A mí me contrató la empresa que servía el catering para que ayudara en la cocina y es lo que hice. Ninguno de los otros invitados se sintió mal y también ellos se comieron mis canapés.

—¿Incluso los mejicanos?

—Sí, también.

—Pero tengo entendido que usted le pidió a uno de los camareros que le ofreciera a la víctima unos determinados. ¿No fue así?

Asintió Victoria, sonriendo con picardía.

—Sí, porque les había puesto más chile que a los demás. Lo malo es que me oyó decírselo al camarero una joven que llevaba un

traje rojo muy escotado y que se llamaba Margarita. Iba subida a unos tacones con lo que no sé cómo conseguía caminar y en O Porta Do Mar, que es mi pueblo, le hubieran tirado piedras por lo descocada que iba. Y para colmo ha debido de ir a chivarse a la policía, que ha malinterpretado lo que le dije al camarero. Yo no he hecho nada malo.

Asintió pacientemente Miriam.

—¿Le han preguntado los agentes si era cierto lo que había declarado esa chica sobre ese particular?

—Sí, anoche en casa de mi hija.

—¿Y qué les contestó?

—Que sí, que le pedí al camarero que fuera a la mesa en la que estaba sentada y le ofreciera los canapés a Gustavo Montero, que es el tipo del que quería vengarme. No pude imaginarme que uno de los empleados del catering hubiera envenenado el que le había destinado yo a ese hombre, al que por cierto ni siquiera conocía.

—¿Reconoció ante el policía que quería vengarse de él?

Un surco ahondó la arruga horizontal que cruzaba la frente de Victoria al esforzarse por recordarlo.

—Pues… creo que no, pero ellos sabían ya que ese hombre había despedido a mi hija que había sido su secretaria sin que le hubiera dado motivo. Lo que no sé es si estaban enterados también de que la dejó embarazada y que no reparó su afrenta casándose con ella, como hubiera hecho un hombre de bien.

—A esto último no debe aludir en ningún caso— le recomendó Miriam—. No creo que su hija quiera que se sepa. Y tampoco debe admitir que quisiera vengarse de la víctima. Tiene que decir que no le había visto en su vida y que ni siquiera conocía su existencia.

Meneó Victoria negativamente la cabeza con expresión obstinada.

—Pero ya le he dicho que la chica del vestido rojo me oyó y que he reconocido que era cierto lo que ella le contó a la policía.

Le sonrió Miriam con aquel gesto angelical tan suyo.

—Las palabras se las lleva el viento. ¿Firmó usted la declaración que hizo ayer en casa de su hija?

Lo negó Victoria, tras hacer un nuevo esfuerzo por recordar cómo se había desarrollado la entrevista.

—No, creo que no.

—¿Lo cree o está segura?

—Estoy segura.

—Bien, escúcheme entonces, porque voy a decirle lo que tiene que responderle al inspector Martínez cuando este le interrogue dentro de un minuto. Dígale que usted vive en una aldea de Galicia y que hacía mucho tiempo que no venía a Madrid, por lo que no conocía a la víctima ni tan siquiera había oído hablar de él. Que le dijo al camarero que ofreciera los canapés que portaba en la bandeja a la mesa en la que estaba su hija, porque le habían salido especialmente bien y quería lucirse ante ella. ¿Me ha entendido?

Asintió Victoria con un sorbetón.

—Sí, bueno, sí. ¿Pero si se empeña en recordarme lo que dije ayer?

—En ese caso tiene que manifestar sorpresa y responder que usted nunca ha dicho tal cosa.

—¿Y lo creerá?

No le contestó Miriam. Se limitó a encogerse de hombros y seguidamente le pidió a uno de los agentes que permanecían en el pasillo que avisara al inspector.

Regresó éste un par de minutos más tarde y tomó asiento en una silla en uno de los extremos de la mesa. Debía de haber catalogado de antemano el nivel cultural de la detenida, porque le sonrió campechanamente y le comentó:

—Vamos a ver, vive usted en una aldea gallega que se denomina O Porta Do Mar, que supongo que quiere decir La puerta del mar, ¿no es cierto?

—Sí, sí lo es.

—Debe de ser un lugar precioso, porque toda Galicia lo es. Y ha venido a Madrid a ver a su hija, que se independizó de la familia hará unos tres años.

—Sí, me iba a marchar mañana, pero me detuvieron dos policías y…

La interrumpió Martínez inclinándose hacia ella sobre la mesa.

—¿Y de qué conocía a don Gustavo Montero?

Siguiendo las instrucciones de Miriam, abrió ella desmesuradamente sus ojos azules e hizo un gesto de ignorancia.

—¿Es así como se llamaba el invitado de la fiesta que murió?

—Sí.

—No le conocía de nada. Estaba sentado en la mesa en la que se hallaba mi hija, lo mismo que otro que era exactamente igual que él. Les acompañaba un joven pelirrojo y una señora de aspecto distinguido. ¿Por qué?

—Porque usted le pidió a un camarero que le ofreciera un canapé determinado, que sin duda estaba envenenado.

—¿Yo?— se sorprendió Victoria como si fuera la cosa más absurda que había oído en su día— Sin duda no me entendió. Lo que le dije es que se lo ofreciera a mi hija para que constatara lo excelente cocinera que es su madre. Y así lo hizo, porque le vi desde la puerta de la terraza. Se dirigió directamente hacia la mesa en la que estaba ella y todos cogieron un canapé.

—¿Su hija también?

—Sí, claro. Todos se lo comieron y siguieron charlando tan frescos. Todos, menos uno, al que le dio una especie de tiritera, aunque hacía más bien calor. No se imagina la que se organizó en la terraza. Los invitados gritaban y corrían de un lado para otro hasta que llegó una ambulancia y se lo llevó.

—Y murió camino del hospital.

—Sí, eso es oído.

—Pero usted asegura que no le envenenó el canapé ni pretendió vengarse de él por haberse portado tan mal con su hija.

—Desde luego.

Perdió el inspector su aire campechano y clavó en ella una mirada dura.

—Le advierto que mintiéndome no va a mejorar su situación y que el asesinato está penado hasta con veinte años de cárcel. Le conviene colaborar con la justicia para lograr una rebaja de la pena.

Durante unos segundos pareció vacilar Victoria, pero se rehízo casi inmediatamente.

—Le he dicho la verdad. No había visto en mi vida a ese hombre, que, como le he dicho, se parecía mucho a otro que estaba sentado en la misma mesa. Y le repito que no había envenenado el canapé que se comió ni ningún otro. No entiendo por qué se han empeñado ustedes con cargarme a mí con ese sambenito.

Dejó escapar el inspector algo que se asemejaba mucho un resoplido de impaciencia y desvió sus ojos hacia Miriam, que permanecía en silencio, para decirle:

—Mañana la pondremos a disposición judicial. ¿La va a asistir usted?

—Sí.

Le aclaró a qué juzgado de instrucción de los que se ubicaban en la Plaza de Castilla debía presentarse y la hora a la que el juez la interrogaría y avisó seguidamente a los dos agentes que la habían subido del calabozo para que volvieran a llevársela. Luego se despidió de Miriam.

—Debería hacerle comprender a su cliente lo difícil que es la situación en la que se encuentra y el riesgo que corre de envejecer en la cárcel si se empeña en negar lo que es evidente— le dijo.

Le sonrió Miriam sin alterarse y, aunque reconoció interiormente que tenía razón, se aprestó en el acto a manifestar su disconformidad.

—Es obvio que no es tan evidente que haya sido ella la causante de la muerte de la víctima, por lo que quizás deberían ustedes replantearse la acusación que han formulado contra mi defendida.

No le contestó el inspector. Los dos agentes que permanecían en el pasillo entraron en la estancia y se llevaron a Victoria, que desde la puerta se volvió hacia Miriam a la que envolvió en una muda súplica esperando que impidiera que volvieran a bajarla al calabozo, lo que no estaba en su mano. Después salió ella al pasillo y se dirigió hacia el vestíbulo de la comisaría. Allí, sentada en un banco de madera que estaba adosado a la pared, vio a una joven que se parecía mucho a Victoria y que se levantó para cortarle el paso y preguntarle:

—¿Es usted la compañera de despacho de Noelia Villarroel?

—Sí.

—¿Y cómo ha ido la diligencia que acaba de celebrarse? ¿Van a dejar libre a mi madre?

—Eso lo decidirá el juez de instrucción mañana. Estamos citadas a las nueve.

Se despidió de ella y salió a la calle diciéndose que veía el caso muy teñido y que no se le ocurría en ese momento qué podría alegar Noelia en el juicio ni qué pruebas podría aportar que la exculparan. Y eso suponiendo que efectivamente fuera inocente, lo que era mucho suponer.

CAPÍTULO 25

El interrogatorio del juez de instrucción discurrió en términos similares al que le había efectuado el inspector Martínez en la comisaría, pero en el juzgado manifestó Victoria que podía ser una buena actriz si se lo proponía. Acentuó el deje lugareño de su voz entremezclando el gallego con el castellano en sus respuestas y también sus gestos de sorpresa ante la imputación del delito del que se la acusaba. Describió asimismo las duras condiciones en las que se vivía en O Porta Do Mar y la numerosa prole de la que tenía que ocuparse, sin duda para que el juez y el fiscal se plantearan las dificultades en las que se vería la familia si decidían que ingresara en prisión hasta que se celebrara el juicio. Lo reflejaba el semblante de ambos, que al término de la declaración de Victoria cuchichearon sobre la situación en la que debía quedar la detenida hasta entonces.

Durante un par de minutos aguardó Miriam expectante a que adoptara el juez una decisión. Había insistido repetidamente su defendida en que la prueba de que sus canapés no habían sido envenenados radicaba en que ningún otro invitado se había sentido mal al probarlos y no parecía que a la detenida y a la víctima les uniera ningún nexo que permitiera suponer que pudiera ella desear su muerte, por lo que finalmente se decantó por la decisión más sencilla y que menos podía perjudicarla.

Se inclinó sobre la mesa y se dirigió el juez a Victoria para informarla de que decretaba su libertad provisional bajo fianza hasta la celebración del juicio y fijó una cantidad que a esta le pareció astronómica. Determinó asimismo la obligación que tendría que cumplir de presentarse todos los primeros de mes en ese juzgado.

Le había escuchado ella con la boca abierta y debió ser esa última prescripción la única que logró entender, porque manifestó

claramente que eso le iba a ser imposible.

—¿Cómo voy a venir todos los meses a Madrid? Vivo en una aldea de Galicia muy mal comunicada con Pontevedra, que es la capital más cercana, y tengo siete hijos, los últimos muy pequeños. No tengo con quien dejarlos cuando mi marido, que es pescador, sale a la mar, porque ahora se lleva a los mayores para que le ayuden. No puedo venir.

Le había escuchado el juez comprensivamente y a su semblante asomó una media sonrisa, con la que parecía querer decir que se ponía en su caso.

—Está bien. Se presentará entonces en el juzgado de instrucción número uno de Cambados, como le he dicho, el día primero de cada mes y…

Le interrumpió ella, dispuesta a aclarar lo que sin duda le parecía un galimatías.

—¿Hay más de un juzgado en ese pueblo?

—Sí, hay once.

—¿Y tienen el número en la puerta?

—Sí, por supuesto que sí, encima del dintel— le explicó él con aire paternal.

Como le pareció a Miriam que la intención de Victoria era la de seguir haciendo preguntas, la tomó del brazo y salió con ella al pasillo entre los dos guardias civiles que la habían subido del calabozo.

Esa mañana la habían trasladado bien temprano desde la comisaría a uno de los que se encontraban en el sótano del edificio, y le dijeron estos a la abogada que la iban a volver a bajar al mismo, a la espera de que depositase la fianza, y que de no hacerlo así, a la mañana siguiente la ingresarían en la cárcel de Aranjuez.

Estaba Herea sentada en un duro banco de piedra del pasillo aguardando a que finalizara la diligencia que acababa de practicarse y, al verlas salir de la sala donde se había celebrado, echó a correr ansiosamente a su encuentro.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Qué ha dicho el juez?

Intentó explicárselo su madre, pero se le adelantó Miriam:

—Ha ido como era de esperar. Bastante bien.

Cuando le precisó las condiciones que le imponía para concederle la libertad provisional y la cantidad que debía depositar como fianza, Herea emitió un silbido.

—No tengo tanto dinero ahorrado.

—Podemos recurrir la cuantía, pero su madre tendría que permanecer en la cárcel hasta que se resolviera el recurso— le aclaró Miriam.

Durante unos segundos permaneció la otra anonada, estrujándose la mente para buscar una solución

—No, eso no—replicó desalentada—. Podría pedírselo prestado a mi jefa, pero no sé si dispondrá de tanto dinero en efectivo.

El guardia civil que llevaba la voz cantante la interrumpió.

—Vamos a bajar a la detenida a los calabozos, mientras resuelven ustedes ese asunto. Si mañana por la mañana no han depositado la fianza de cualquiera de las formas legalmente previstas, cómo les hemos dicho, la llevaremos a la cárcel de Aranjuez, donde podrán visitarla en los días previstos para los familiares. Tendrán que llamar para preguntar cuáles son esos días.

Eso sí lo entendió Victoria y se colgó asustada del cuello de su hija lloriqueando.

—No quiero ir a la cárcel, yo no he hecho nada malo— gimió—. Y usted tiene que impedirlo, porque para eso es mi abogada— apremió a Miriam, volviéndose hacia ella con lágrimas en los ojos— ¿O es que no va a hacer nada?

Aunque era esa la escena habitual cuando el juez decretaba la prisión del detenido y estaba ésta harta de presenciar la desgarradora despedida de su defendido con sus allegados, sintió Miriam un nudo en la garganta.

—No se preocupe. Vamos a tratar de reunir el dinero de la fianza y mientras tanto la van a bajar al calabozo, pero la sacaremos de allí enseguida.

La habían agarrado los dos guardias civiles uno de cada brazo y la condujeron apresuradamente hacia el fondo del pasillo, donde estaba el ascensor por el que se bajaba a los calabozos. También era lo usual. Victoria se resistía y volvía hacia ellas la cabeza en demanda de una ayuda que no podían prestarle, lo que tenía Miriam

más que asumido, pero pese a ello sintió un molesto escozor en sus pupilas, aunque logró disimularlo para no desmerecer ante la otra.

Habían desaparecido ya de su vista y se habían quedado las dos solas en el amplio corredor, cuando sonó el móvil de Herea y cuando esta se lo llevó al oído reconoció la voz de Alberto.

—Herea, ¿cómo ha ido el interrogatorio de tu madre? ¿Ha finalizado ya?

Asintió ella, con unas ganas de llorar inmensas.

—Sí, pero el juez ha decretado una fianza astronómica para dejarla en libertad provisional. La abogada dice que podemos recurrir la cuantía, pero hasta que se resolviera el recurso estaría recluida en prisión. He pensado por ello pedirle el dinero prestado a doña María Luisa. ¿Qué te parece a ti?

No le contestó a la pregunta. En su lugar quiso saber a cuanto ascendía la fianza.

Se lo dijo ella y emitió también un silbido.

—Me parece bastante desproporcionada, pero tengo ese dinero en el banco, así que voy a retirarlo ahora mismo y la abogada nos dirá donde tenemos que depositarlo.

Creyó ella ver el cielo abierto, aunque en un primer momento se negó a permitirlo.

—Pero yo no lo puedo consentir— objetó acongojada y a punto de llorar.

—¿Por qué no?— replicó festivamente él—. Te lo voy a prestar, no a regalar, y cuando tu madre salga absuelta después de que se celebre el juicio me lo devolverás. ¿Qué te parece?

Sin lograr evitarlo, dejó escapar Herea un hipido.

—¿Y si no saliera absuelta? Lo perderías.

Se sintió obligada Miriam a interrumpir la conversación telefónica que mantenían los dos para aclararle que también en ese supuesto lo recuperaría, ya que la única excepción a esa regla se produciría en el caso de que no se presentara su madre al juicio, lo que la alegró indeciblemente, aunque no por eso dejó de hipar.

—Te… te lo agradecería…. muchísimo— le dijo a Alberto.

—Espero que sí— bromeó él—. Esperadme ahí que no tardaré en llegar con el dinero y lo resolveremos esta misma mañana. ¿En

qué planta estáis?

Se lo dijo ella y el número del juzgado y se sentaron después en el banco en el que había estado anteriormente Herea a esperarle. Tardó más de una hora en aparecer él, un lapso de tiempo interminable en el que Herea se mordió las uñas de las dos manos sin poder dominar su inquietud. Le vieron salir al fin del ascensor que estaba en el extremo opuesto al que llevaba a los calabozos y les aclaró que su tardanza había obedecido a que le habían puesto problemas en el banco para retirar una suma tan elevada, pero finalmente remataron la operación en la secretaría del juzgado y los dos guardias civiles le devolvieron su madre a Herea. Se abrazaron nuevamente las dos entre más hipidos y cuando ésta última abrazó también a Alberto para darles las gracias, se despidió Miriam de ellos y se dirigió a la oficina, donde Noelia la esperaba con impaciencia.

—¿Qué ha pasado?— le preguntó, saliendo a su encuentro en la antesala, donde también se hallaba Flor y dónde se les reunió Gabriel.

—Todo resuelto— le contestó Miriam.

Les refirió a continuación como se había desarrollado la diligencia ante el juez y como habían resuelto el problema de la fianza, cuyo relato no satisfizo del todo a las dos mujeres, que quisieron profundizar en el tema y llegar hasta el fondo del asunto.

—¿Y quién era el joven que aportó la pasta?— quiso saber Flor.

—El primo del muerto, que por lo visto se le parecía mucho.

Solamente he estado con los dos unos minutos, pero se nota a la legua que él que está en el bote.

—¿Y ella?— quiso saber Noelia.

—Pues yo diría que también, aunque no pudo afirmarlo con seguridad, porque también podría responder la efusividad con la que ha recibido a ese joven al agradecimiento por el enorme favor que le ha hecho.

Oyeron emitir un resoplido de impaciencia a Gabriel, que las estaba escuchando en silencio.

—Qué absurdas sois las mujeres— rezongó—. En lugar de interesaros por el problema jurídico de esa mujer y en idear la línea de defensa a utilizar para lograr que salga absuelta, os estáis inventando una novela rosa entre la hija de la supuesta delincuente y el que va a aportar la fianza. Y eso que sois abogados.

—Yo solo soy una secretaria— protestó Flor—. Así que tengo derecho a alegrarme de que esa chica, a la que solo le suceden desgracias, le salga ahora un novio guapo y con dinero, que adopte luego el papel de padre de su hija, aunque en realidad sea solamente su tío.

—Claro— corroboró Miriam—. No solo nuestra profesión aporta satisfacciones al ser humano, como pareces creer tú.

Había tenido recientemente Gabriel un conato de relación sentimental con una chica con un final poco satisfactorio, por lo que manifestó su disconformidad.

—Es que las mujeres sois muy difíciles de entender— afirmó en tono doctoral—. tenéis la cabeza demasiado complicada. ¿Cómo ves tú la defensa de la madre?— le preguntó a Noelia.

Le envolvió ésta en una mirada vaga.

—No lo sé… aún. He pensado hablar con el camarero que sirvió los canapés mejicanos en la mesa en la que estaba la víctima y preguntarle qué es lo que le dijo literalmente Victoria Jiménez cuando le pidió que fuera a ofrecérselos, porque esa tal Margarita ha podido tergiversar el sentido de sus palabras o interpretarlas mal. En el caso de que su respuesta nos sea favorable, podría citarle como testigo, si la cosa llega a juicio.

Se volvió hacia Flor que la estaba escuchando con la boca abierta.

—Averigua tú el nombre de la empresa que sirvió el catering, dónde tiene la oficina y el nombre del camarero.

—¿Y le pido en tu nombre una cita con él? Porque no creo que esté dispuesto a venir a ese despacho.

—Sí, dile que quiero dar una fiesta en el jardín de mi chalé y que necesito que me dé su opinión sobre el menú, ya que habrá podido comprobar por su experiencia en otros eventos, qué es lo que prefieren los invitados.

Torció el gesto la secretaria.
—Pero tú no tienes ningún chalé.
—No— admitió Noelia—. Pero eso el camarero no lo sabe.

CAPÍTULO 26

Cuando a la mañana siguiente se despertó Noelia, se estiró cuan larga era en la cama, sorprendida de encontrarse tan bien. Había dormido de un tirón y se incorporó al notar que Alex acababa de sentarse en el lecho y que buscaba a tientas sus zapatillas, dispuesto a levantarse para dirigirse al cuarto de baño. En la oscuridad del dormitorio, interrumpió su búsqueda al oírla rebullirse a su lado para volverse hacia ella y preguntarle:

—¿Cómo estás?

—Estupendamente. Dispuesta a salir para la oficina en cuanto desayunemos, para resolver, o al menos intentarlo, todos los asuntos que tengo pendientes. ¿No es milagroso?

Ahogó Alex un bostezo.

—No, los tres primeros meses de embarazo suelen ser los peores y ya los has cumplido. De ahora en adelante nos preocuparemos de que no engordes demasiado.

Poseía Noelia una figura muy esbelta, que había recuperado ya después de su anterior embarazo y se echó a reír rememorando como la había ido perdiendo mes a mes cuando esperaba a María.

—Sí, ¿recuerdas cómo me puse la otra vez? Al final parecía una bola y casi no cabía en la butaca de mi despacho. Creo que mis clientes se quedaban pasmados cuando los recibía incrustada en el sillón. Desde luego no intenté nunca levantarme para despedirles, porque seguramente no lo habría conseguido.

Vio la expresión risueña de él cuando encendió la luz de la lámpara de su mesilla.

—Gorda sí estabas. Andabas además como un pato, pero mantenías la mente sorprendentemente lúcida y ganaste el juicio que se celebró el mismo día en el que nació la niña. Menudo susto me diste. Te saqué en volandas de la sala en el preciso instante en

el que el presidente del tribunal dio el mazazo habitual declarando visto el juicio para sentencia y llegamos a mi hospital justo a tiempo. En esta ocasión vamos a ser más cautos y dejarás de trabajar un mes antes de que salgas de cuentas.

Dejó escapar ella un suspiro.

—Ya veremos. Dependerá del día para el que se señale la Vista de un asunto que llevo entre manos y que tiene muy mala pinta.

—¿Te refieres al caso en el que la acusada es la madre de tu cliente?

Se levantó Noelia en el acto con el optimismo del que después de salir de una larga enfermedad ha recuperado las fuerzas.

—Sí, voy a aprovechar lo bien que me siento para hablar con un posible testigo.

Sin levantarse de la cama, se peinó él con los dedos el cabello retirándoselo de la frente y luego se restregó los ojos al tiempo que le preguntaba:

—¿Y qué asunto es ese? ¿Es un caso importante?

—Sí, aunque aún está en fase de instrucción. La policía puso a mi cliente a disposición judicial ayer y la asistió Miriam. Si no consigue dar Flor con el camarero esta mañana, le diré que me cite a mi cliente, porque necesito hablar con ella. Por lo que he oído, es una mujer de pueblo con una instrucción muy básica y la acusan de haber envenenado durante el catering que se sirvió en la Torre Verdaguer al exnovio de su hija.

—Sí, ¿pero por qué? ¿Porque la dejó de mala manera?

—Sí y embarazada, lo que para la acusada equivale a haberla deshonrado. Tiene una mentalidad propia del año en el que se inventó la rueda, por lo que cabe en lo posible que, por defender el buen nombre de su hija, decidiera tomarse la justicia por su mano.

Le refirió lo que había sucedido durante la fiesta y cómo había fallecido la víctima tras ingerir un canapé mejicano, lo que escuchó él atentamente, sin interrumpirla.

—La estricnina es relativamente fácil de conseguir porque se encuentra en numerosos productos raticidas— murmuró pensativamente Alex—, pero su sabor es muy amargo. ¿Sabes si se quejó él mientras se lo comía?

Se encogió Noelia de hombros.

—No, no lo sé, ¿por qué? ¿Es importante?

—Porque quizás el veneno estuviera en otra cosa que comiera o que bebiera.

El llanto de la niña les interrumpió a los dos y Noelia se echó apresuradamente la bata sobre los hombros y se encaminó hacia el dormitorio de aquella, colindante con el del matrimonio y con el que mantenían la puerta abierta durante la noche.

La pequeña estaba de pie en la cuna y agarrotada a los barrotes, berreando a pleno pulmón y Noelia la cogió en brazos y la acunó susurrándole ternezas al oído hasta que se calmó. Desayunaron luego los tres y Alex se despidió de ellas y se marchó poco después al hospital. Jugó luego ella con la niña a incluso la bañó y la vistió cuando ya había llegado la niñera, por lo que llegó más tarde que de costumbre a la oficina. Flor la esperaba con impaciencia y corrió a su encuentro en cuanto oyó el sonido de la llave en la cerradura.

—Ya era hora de que aparecieras— la riñó—. ¿Te encuentras mal?

—No, todo lo contrario. Estoy como nueva. He dormido como un tronco. El desayuno me ha sentado bien y vengo dispuesta a visitar al camarero en cuestión, si es que has conseguido dar con él. ¿Lo has conseguido?

Meneó Flor negativamente la cabeza.

—No, al que te interesa, no. Lo había contratado la empresa para esa ocasión, porque los Verdaguer habían invitado a la fiesta a un gran número de personas y los que tiene en plantilla no eran suficientes , por lo que le perdieron de vista esa misma noche, en cuanto el personal recogió lo que había sobrado y el menaje, y cobró.

Enarcó disgustada Noelia las cejas.

—¿Cómo que recogieron lo que había sobrado? ¿No se lo llevó la policía para analizarlo?

—No, porque todos pensaron que la víctima había muerto de un ataque al corazón cuando la ambulancia se lo llevó al hospital y

cuando el forense emitió su dictamen ya habían transcurrido varios días.

—Pues qué bien— refunfuñó disgustada—. Esperaba poder acreditar que los canapés que hizo mi cliente no estaban envenenados y que el camarero no recibió la indicación de esa mujer de que se los ofreciera directamente a la víctima. ¿Sabes al menos, dónde podría encontrar a ese hombre?

Asintió Flor muy satisfecha.

—Eso sí he conseguido averiguarlo. Se llama Andrei Ionesco y es un rumano que inmigró hace años a nuestro país y que ahora está en paro. Vive en un piso compartido con otros compatriotas, en las afueras, en un barrio marginal. Tengo la dirección.

Le entregó un papel, en el que con una primorosa y picuda letra la había reseñado y analizó luego desconfiadamente su semblante.

—No pensarás ir tú, ¿verdad?

—Pues sí, ¿por qué lo dices?

—Porque no me parece oportuno que en tu estado vayas a buscar a un tipo al que no conoces y que puede no ser una persona recomendable.

Esbozó Noelia un gesto de desagrado.

—¿Y qué esperas que haga? ¿Qué me siente tras la mesa de mi despacho a esperar que me llegue por inspiración divina lo que necesito saber de lo que sucedió en la fiesta?

Frunció Flor los labios reflexivamente.

—No, pero hay otras opciones.

—¿Cuáles?

—Podrías contratar a un detective o pedirle a Gabriel que fuera él en tu lugar. He buscado la calle donde vive ese hombre en el ordenador y he comprobado que es un barrio de chabolas bastante inseguro.

Giró Noelia la cabeza hacia el despacho del aludido y vio que la puerta estaba entreabierta. Sin duda estaba él escuchando la conversación que mantenían las dos, porque salió un segundo más tarde al pasillo y se les reunió en la antesala. Venía con las manos en los bolsillos, disimulando loa animado que se sentía.

—He oído lo que decíais y comparto la opinión de Flor. No es un lugar adecuado para que vayas tú sola. Lo probable sería que te robaran la cartera y quizás también los zapatos, así que me ofrezco a acompañarte.

Le observó dubitativamente, porque era el más joven del grupo y en raras ocasiones tenía en cuenta su opinión. Tanto Miriam como ella, le veían como un chiquillo algo inexperto al que había que mimar, pero en esa ocasión le analizó con otros ojos. Era alto y no mal parecido. Las gafas de concha que llevaba le conferían un aire sesudo e intelectual y había perdido ya el aspecto de estudiante larguirucho que tenía cuando entró a colaborar con ellas dos en el bufete. Aunque el derecho colmaba todas sus apetencias, últimamente iba los sábados a un gimnasio, donde, según les decía, hacia pesas. No sabía ella hasta qué punto sería capaz de defenderse de unos malhechores si llegaba el caso, pero indiscutiblemente mejor que ella.

—Bueno…— empezó vacilante.

—¿Quieres que vayamos ahora mismo?— le propuso él— Podemos llamar a un taxi.

Se opuso Flor en el acto.

—No creo que ella deba correr esos riesgos— le dijo señalando a Noelia— Deberíais citar a ese hombre aquí, en el despacho.

—Sí, claro,— protestó Noelia— pero no sabemos el número de su móvil y como no es fácil que lo averigüemos, lo mejor será que desechemos esa idea y que nos pongamos ahora mismo en camino.

—Pero…

—Pídenos ese taxi— le interrumpió ella—. Haznos ese favor.

La obedeció Flor sin dejar de rezongar por lo bajo y cuando los dos se despidieron de ella poco después, les siguió preocupada con la mirada hasta que cerraron la puerta del piso a su espalda.

El barrio al que se dirigieron distaba mucho de inspirar seguridad, pero el taxista les dejó frente al portal de una casa de dos plantas, con ropa tendida en la fachada, y unos chiquillos jugando a las chapas en la acera. Le preguntó Gabriel a uno de ellos si conocía al tal Andrei Ionesco, a lo que éste asintió enfáticamente con la cabeza.

—Sí, vive en el primero A y le he visto regresar hace poco. Todas las mañanas sale a buscar trabajo, pero no lo ha debido de encontrar porque ya le he dicho que ha vuelto enseguida.

Le dio Gabriel las gracias y una moneda de un euro y subieron los dos por una desvencijada escalera de madera hasta la primera planta, donde llamaron al timbre de la puerta que les había indicado el niño.

No tardó más de un minuto en abrirles un hombre alto y muy delgado que les examinó desconfiadamente. Ostentaba una barba de varios días y el cabello desgreñado, como si acabara de levantarse de la cama o hubiera olvidado peinarse, y la indumentaria que vestía, además de varias manchas en el jersey y en el pantalón, mostraba también algún que otro descosido.

—¿Andrei Ionesco?— le preguntó Gabriel.

—Sí, soy yo. ¿Qué quieren ustedes?— inquirió desabridamente.

—Hacerle unas preguntas. Tenemos entendido que sirvió usted como camarero un catering el sábado pasado en la Torre Verdaguer. ¿Es cierto?

El gesto huraño de él se acentuó.

—Sí, ¿y qué? Me suele avisar esa empresa cuando se celebra un evento con muchos invitados.

— ¿Podemos entrar?

—No— repuso agriamente obstaculizándoles el paso con su cuerpo— ¿Qué es lo que quieren saber? Ya contesté a las preguntas que me hizo la policía sobre ese asunto. ¿Son ustedes de la policía?

—No— replicó Gabriel—. Somos abogados y defendemos a la señora que contrató la empresa para ayudar en la cocina. La que hizo los canapés.

Asintió el hombre con un sorbetón.

—Sí, ya sé de quién me hablan. De una mujer bajita y rechoncha, muy dicharachera, y lo que quieren saber es si vi que los envenenara, ¿no es eso?

—Bueno… no exactamente, pero ya que ha aludido a ese tema…— replicó evasivamente Noelia.

—Pues gratis no voy a decirles nada— rezongó el individuo, haciendo intención de cerrarles la puerta en las narices.

Lo impidió Gabriel, que debía tener más costumbre que Noelia de tratar con esa clase de individuos, e interpuso un pie en el hueco, a la par que se sacaba un billete del bolsillo, que el otro le quitó en el acto de la mano.

—Ya le dije a la policía que, si lo hizo, yo no me di cuenta— les aclaró—. Lo único que sé es que parecía estar muy contenta cuando terminó de ayudar a las otros dos a preparar el ágape y me dijo que había que empezar a servirlo. A otro camarero que sí estaba en la plantilla de la empresa le había dado muchas instrucciones antes que ofreciera bebidas a los asistentes y…

—¿Recuerda qué clase de bebidas?— quiso Gabriel que precisara.

Se rascó el hombre la cabeza tratando de hacer memoria.

—Sí, había de todo, refrescos, vino tinto… diversos combinados y también vodka.

Como a Noelia no le interesaban lo más mínimo las bebidas, se le adelantó a su compañero y sin dejarle intervenir, inquirió:

—¿Y qué pasó? ¿Le pidió a usted esa señora que llevara los canapés a alguna mesa en particular?

Asintió él.

—Sí. Iba a salir yo a la terraza a cumplirlo y me cortó el paso una de las asistentes. Una joven muy bonita, pero muy malhumorada, que estuvo a punto de tirarme al suelo la bandeja que me había dado la cocinera y que llevaba en alto. Ni siquiera se excusó. Me preguntó dónde estaba el aseo y se lo dije, indicándole la puerta. La cocinera nos interrumpió en ese momento y me ordenó que en primer término llevara directamente los canapés a una mesa que estaba enfrente de la puerta de la terraza y concretamente a un tal don Gustavo Montero.

—¿Está seguro?

—Claro que lo estoy. Como yo no tenía la menor idea de quien era ese señor, me lo aclaró la muchacha que acababa de tropezar conmigo y que llevaba un traje rojo.

—¿Y qué pasó?

—Que en esa mesa estaba sentado ese joven y cuando le ofrecí los canapés que llevaba en la bandeja cogió uno mejicano y se

lo comió, a la vez que un muchacho pelirrojo que estaba a su lado hacía lo mismo. Una señora más mayor cogió uno de jamón, otra chica uno de ensaladilla y otro joven que estaba al lado de ésta y que se parecía mucho al primero de ellos, uno de salmón ahumado.

—¿Y les sentó bien?

—Pues… supongo que sí. Me pareció que los encontraban muy en su punto, menos a don Gustavo. Iba a seguir yo camino hacia otra mesa, pero no me moví. En el acto se puso rojo y empezó a toser. Debía de estar muy picante el canapé, porque agarró con las dos manos el vaso de vodka que tenía sobre la mesa y que le había llevado el otro camarero un rato antes y lo apuró entero entre más toses. No me dio la impresión de que eso le aliviara, porque al mismo tiempo empezó a sufrir convulsiones como si se estuviera asfixiando. Intentó aflojarse la corbata sin conseguirlo y finalmente se cayó al suelo sin sentido. ¿Por qué lo quieren saber?

Se encogió Gabriel de hombros.

—Para aclarar lo sucedido. ¿Está seguro de que fue la cocinera la que le pidió que le llevara esos canapés a don Gustavo?

—Claro que estoy seguro. La policía insistió mucho en ese tema y también a ellos les contesté que estaba segurísimo. Al despedirse, me dijo uno de los agentes que era muy probable que me citara el fiscal para que declarara como testigo en el juicio en el que acusarán a la cocinera. ¿Saben si es costumbre que se les pague a los testigos en esos casos por su actuación?

Gabriel le contestó que no, que no percibían ni un solo euro y que era el deber de todo ciudadano colaborar con la justicia, lo que debió sentarle como un jarro de agua fría, y seguidamente se despidieron de él. Bastante alicaídos salieron a la calle y llamaron a otro taxi. Mientras lo esperaban le comentó él a Noelia:

—El testimonio de ese tío no puede ser más desfavorable para nuestros intereses y para los de tu cliente. ¿Qué has pensado hacer?

Se encogió ella de hombros.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? En este momento no se me ocurre nada. ¿Y a ti?

—Tampoco.

CAPÍTULO 27

A la mañana siguiente se presentaron en el bufete Herea con su madre a la hora en la que Flor las había citado. Tenía Victoria los ojos enrojecidos, pero, pese a que debía de haber estado llorando, no parecía ser consciente de la gravedad de la situación en la que se encontraba, porque daba la impresión de que lo que le preocupaba eran las dificultades con las que se iba a encontrar para presentarse en el juzgado de Cambados el día primero de cada mes.

—Solo hay un autobús, que no tiene un día fijo de pasar por nuestro pueblo, ¿sabe?— le explicó, inclinándose hacia ella—. Y por las mañanas, además de prepararle el desayuno a mi marido y a los chicos, tengo que bañar a los gemelos que aún son muy pequeños. Antes de que Herea nos dejara, todo eso lo hacía ella, pero Roxana, que es la segunda de mis hijas y que va detrás del Rafiña, no es tan dispuesta.

No era Noelia una feminista furibunda, pretendía solamente la igualdad entre ambos sexos, pero como le dio la impresión de que su cliente conservaba a ese respecto los prejuicios de pasadas generaciones y diferenciaba claramente los papeles que le correspondían a cada uno de ellos, le preguntó:

—¿Y no puede el Rafiña echar una mano a su hermana en el cumplimiento de esas tareas?

Respingó Victoria en su butaca claramente escandalizada.

—No, señora, ¿cómo le va a echar una mano? Él es un varón y no le corresponde por lo tanto realizar las faenas domésticas, ¿comprende?

Estuvo a punto Noelia de contestarle que no, que no lo comprendía, pero prudentemente se abstuvo, diciéndose que su trabajo no residía en modernizar las ideas de sus clientes ni en

actualizarlas al presente. Si en O Porta Do Mar vivían tan a gusto con uno o dos siglos de retraso, no era su problema.

Había girado la cabeza Victoria hacia su hija al nombrarla, pero ya no había en sus ojos el rencor que le había manifestado a su llegada a Madrid por haber dejado la casa familiar, lo que había sido una decisión que desaprobaba. Ni tampoco el horror con el que la había contemplado al saber que era una madre soltera, sino al contrario. Pese a su carácter hosco y poco afectuoso, traslucía ahora su expresión el cariño que le inspiraba su primogénita y un cierto orgullo por ser capaz de desenvolverse sola en una ciudad tan populosa como la capital.

—Puede que tenga que ir al pueblo en el que está el juzgado en bicicleta— le dijo cavilosa— El Rafiña tiene una, pero sin portaequipajes, así que tendré yo que ir subida al manillar y aguantar estoicamente los baches de la carretera, lo que me dejará desriñonada.

Se hubiera reído Noelia en cualquiera otra ocasión de la importancia que le daba la mujer que tenía sentada enfrente a lo que consideraba un problema trascendental, pero no sintió el menor deseo de hacerlo. En su lugar, le sonrió comprensivamente.

—Le aconsejaría que le comprara a su hijo el portaequipajes. No sabemos cuándo se celebrará el juicio, pero lo habitual es que los jueces prolonguen la instrucción de los casos al menos durante seis meses, por lo que tendrá que realizar ese trayecto otros tantos.

—Seis meses— se escandalizó ella—. Es mucho tiempo. Volveré a Madrid para asistir al juicio y me alojaré entonces en casa de mi hija, que tiene una vivienda en propiedad— la informó muy ufana—. ¿Cómo lo ve usted?

No le contestó Noelia. Dudaba mucho de que, aunque se lo explicara, fuera capaz Victoria de comprender las dificultades que ofrecía su defensa, aunque ella sí alcanzaba a imaginar la magnitud del problema que podría suponer para la familia que la encarcelaran. Si la condenaban por asesinato apreciando la agravante de premeditación podían caerle fácilmente quince años. ¿Y quién se ocuparía de sus retoños mientras los cumplía en la prisión?

—Es pronto aún para haberme planteado ya una línea de defensa— le dijo en tono tranquilizador—. Lo que quiero es que cierre los ojos, que vuelva con la mente a la cocina del ático de la Torre Verdaguer, y que me diga quien tuvo oportunidad de envenenar el canapé mejicano que se comió Gustavo Montero.

El reseco semblante de la mujer se iluminó.

—Nadie, porque estaba sola en la cocina cuando los preparé. Las otras dos mujeres estaban en una habitación anexa colocando los canapés en las bandejas. ¿Quiere que le dé la receta de los mejicanos?

Esbozó Noelia un gesto de duda, porque no entraba en sus cálculos hacerlos en su casa, pero la otra interpretó que su ademán era afirmativo y le explicó:

—Verá. Hice primero unos panecillos redondos que abrí por la mitad y que rellené con gulas, gambas rojas y aguacate, a los que les añadí jugo de limón, aceite de oliva, chile molido, ajo, sal, pimienta molida, perejil picado y agua. Probé uno y estaba sensacional. Al que le destiné a ese tal Gustavo le puse doble ración de chile, pero eso fue todo.

—¿Y vio cómo reaccionaba cuando se lo comió?

Hizo intención Victoria de contestarle, pero se le adelantó Herea.

—Sí, porque la vi asomarse a la terraza detrás del camarero, que se dirigió a nuestra mesa en línea recta. Nada más llevárselo Gustavo a la boca, sufrió una especie de vahído, boqueando con una mano en el pecho. La impresión que me produjo fue la de que se le había atravesado en la garganta el panecillo y le impedía respirar.

—¿Y sabe si tenía alergia a alguno de los componentes del canapé?— trató Noelia de puntualizar.

Rememoró Herea aquellos meses, ya lejanos, en los que cenaban juntos a diario y las múltiples ocasiones en las que lo habían hecho en restaurantes mejicanos.

—No, no la tenía. De hecho, le gustaba su cocina. En cambio, no le gustaba el tequila, que, como sabrá, es la bebida tradicional mejicana. Lo suyo era el vodka, que era lo que lo pedía siempre. Esa tarde lo pasó mal. Intentó al menos en dos ocasiones arreglar las

cosas con Margarita y como ella no se lo puso fácil, le vi tomar al menos dos vasos, supongo que para darse ánimos.

Asintió Noelia y siguió dirigiéndose a ella, ya que pensó que era una testigo más fidedigna que su madre.

—¿Se fijó en cómo reaccionaron esos dos al encontrarse?

Intentó Herea esbozar una sonrisa, que no pasó de ser un amago. Debería tenerle sin cuidado lo que él sintiera por esa chica, pero aún le escocía algo dentro, aunque quizás ese algo fuera su amor propio.

—Sí, había mucha gente en la terraza, pero le vi nada más llegar. Ella estaba con un grupo de jóvenes y la miraba él con el ceño fruncido. Le debía molestar que se riera de las bromas que le gastaban, porque con la excusa de coger un vaso de vodka se les acercó. El camarero les ofrecía las bebidas que llevaba en una bandeja y Margarita aguantó sin moverse hasta que todos eligieron una. Luego deshizo la reunión y se marchó a otro grupo con uno de los jóvenes.

—¿Y cómo sabe que era vodka?— inquirió Noelia—. De aspecto, es similar a la ginebra.

—Lo supongo. Imagino que debió armarse de valor para acercársele, porque esa chica tiene mucho genio y temería que le recibiese con un exabrupto. Me fijé en que lo apuró sin respirar cuando le dejó plantado, después de levantarla del suelo, porque se cayó por culpa de él, y ella le dijo unas cosas al oído que debieron de dejarle helado. Después, cuando se vino a nuestra mesa, le pidió otro vaso de vodka al camarero que se nos acercó y lo dejó sobre la mesa. Se lo bebió de otro trago en cuanto se comió el canapé por lo picante que estaba o para conseguir deglutirlo.

—Ya— aprobó Noelia—. ¿Y recuerda también si algún otro invitado probó esos canapés mejicanos?

Meneó la otra afirmativamente la cabeza.

—Sí, Jacobo lo hizo y también tosió lo suyo a continuación, pero no sufrió la menor indisposición por ello. Ni tampoco ninguno de los otros asistentes. Cuando la ambulancia se llevó a Gustavo, la siguieron en su coche sus padres y algunos de los asistentes y le reunión se deshizo casi enseguida. Como es natural, los Verdaguer

estaban muy afectados y también lo estaba la inmensa mayoría de los asistentes, ya que casi todos le conocían, al menos de cruzárselo por el edificio. A su modo, era muy popular, un comunicador nato.

—Un indeseable, eso es lo que era— la interrumpió su madre con encono—. Un mal bicho que tuvo lo que se merecía.

La corrigió Noelia con severidad.

—No debe de repetir lo que ha dicho en ninguna circunstancia y mucho menos aún en el juicio. El fiscal se lo preguntará de una manera o de otra y tiene que contestarle que no le conocía de nada. Que había oído decir que le gustaba mucho el picante y que ese fue el motivo de que le dijera al camarero que le ofreciera los que acababa de preparar. ¿Lo recordará?

Se la quedó mirando Victoria con el ceño fruncido.

—¿Tengo que decir eso?

—Naturalmente. ¿Cómo espera que el tribunal la exculpe si repite en la sala de la Audiencia que se merecía que le envenenaran?

Lo consideró ella en silencio y acabó dándole la razón.

—Sí, es cierto, ¿y me creerá el fiscal? Yo no lo hice. Ni tan siquiera me traje de mi pueblo las pastillas matarratas que utilizo para liquidarlas.

—Tampoco tiene que aludir para nada a esas pastillas— la reprendió nuevamente Noelia—. Antes de que se celebre el juicio ensayaremos usted y yo lo que tiene que contestarle al fiscal, hasta que se lo aprenda de memoria.

Asintió Victoria con la expresión de un niño que ha sido regañado.

—¿Y así me creerá el tribunal?

Nada le hubiera gustado más a ella que poder afirmarlo, pero no lo hizo, porque no quiso darle falsas expectativas. Se limitó a sonreírle y a desearle un buen viaje, ya que sabía que iba a tomar el autobús de regreso a la aldea esa misma tarde.

Cuando se despidieron Herea y su madre poco después y salieron del despacho, se quedó Noelia acodada en la mesa mirando sin ver un punto indeterminado y con una tremenda sensación de frustración. No solo no se le ocurría qué argumentar en defensa de

Victoria, estaba segura, además, de que metería ésta la pata a poco que el fiscal se lo propusiera.

En esa actitud la encontró Gabriel, cuando entró poco después a preguntarle cómo había ido su entrevista con la acusada y si creía que podría causarle una buena impresión al tribunal.

—¿Es muy palurda?— inquirió, mientras tomaba asiento frente a ella.

—Mucho— repuso desanimada—. Y eso sería lo de menos. Lo más grave es que no es consciente de la gravedad de su situación.

—Pero no es culpa tuya. No puedes hacer milagros ni tampoco puedes exigírtelos a ti misma— la reconvino, tras colocarse las gafas de concha sobre el puente de la nariz—. Debemos esperar a que te den traslado de los Autos. El informe del forense que le practicó la autopsia a la víctima puede ser trascendental y arrojar mucha luz sobre el caso.

Se encogió ella de hombros con la intención de desmentir lo que acababa de afirmar.

—Se nota que no llevas asuntos penales. ¿Qué podemos esperar que diga ese informe? Que en el estómago se le detectó la existencia de una dosis letal de estricnina que ocasionó su fallecimiento, pero con un léxico de palabrejas raras que solo entienden los médicos. Y no necesito a estas alturas que me las traduzca nadie, porque no es la primera vez que defiendo a una persona acusada de haber asesinado a otra envenenándola y he resumido en español paladino ese informe.

Hizo él un esfuerzo por buscar algún argumento que pudiera alegar en la Vista, pero no se le ocurrió ninguno.

—Te repito que no es culpa tuya. Y, en cualquier caso, aunque la condenaran, cuando haya cumplido un tercio de la condena le concederán el tercer grado y…

—¿Y quién cuidará mientras tanto de la colección de hijos que ha traído al mundo esa señora?— rezongó malhumorada— Y eso si cuando se vea el juicio no está de nuevo embarazada, poque tiene un crío cada año y la última vez, gemelos.

—¿De veras?— le preguntó alarmado.

—Y tan de veras. Lo siento sobre todo por su hija, a la que ya conoces, y a la que la vida la ha tratado con una dureza que no se merece. Hasta es posible que, si enchironan a Victoria, el padre le exija que vuelva a la aldea a cargar con sus hermanos menores.

—¿Tú crees?

—No, porque tendría que llevarse consigo a su hija y, al enterarse el padre de que no se había casado, no admitiría en su casa a ninguna de los dos.

—Pues qué bien— masculló él descorazonado.

También lo estaba Noelia, que hubiera necesitado que Gabriel la alentara en lugar de arrugarse ante la perspectiva que le había pintado. Para que lo comprendiera, rezongó:

—En este momento me siento desbordada y sin ideas. No se me ocurre nada, me estoy poniendo gorda como una bola y la impresión que noto es que en lugar de cerebro tengo la cabeza rellena de serrín.

Analizó preocupado la esbelta figura de ella. No se le notaba en absoluto el embarazo y no solía ensartar incoherencias de ese calibre ni tan siquiera en los peores momentos de los casos más difíciles que había llevado, por lo que en un primer momento no supo cómo contradecirla.

—No digas tonterías— la reconvino cuando se repuso de la sorpresa —. Eres una agonías, que, en lugar de crecerte ante las adversidades, te hundes sin venir a cuento en esas ocasiones como si fueras la culpable del delito que defiendes. Uno de estos días se te encenderá la bombilla, y como suele ser lo habitual. te levantarás de la butaca, te pondrás de pie con el semblante iluminado y dirás: "Es inocente, mi cliente es inocente y el culpable es el camarero que le llevó a la víctima los canapés en la bandeja."

Parpadeó perpleja.

—¿Diré eso?

Se encogió Gabriel de hombros.

—No sé. Puede que no digas que el culpable es el camarero, puede que digas que lo es otra persona, pero también acertarás.

CAPÍTULO 28

Acompañó esa tarde Herea a su madre a la estación de autobuses y allí se despidieron fundiéndose en un largo y lloroso abrazo. No recordaba ella de su progenitora una manifestación de afecto tan sentida. Lo había echado de menos desde que nació y esa necesidad fue incrementándose conforme fue creciendo rodeada de hermanos más pequeños, ya que durante esos años la otra no parecía apreciar de esa hija otra cosa que la de que fuera fuerte y poder así descargar en ella el inmenso trabajo que requería una familia tan numerosa, ya que sola no lo podía asumir.

Vio alejarse el autobús con los ojos nublados y tomó después el metro para dirigirse a la Torre Verdaguer. Subió en el ascensor a la planta treinta y cinco y nada más desembocar en la amplia y acristalada galería de ésta notó algo en el ambiente que no era el habitual. Dos empleadas con las que se cruzó apenas la saludaron, otros dos más allá apretaron el paso al verla y cuando entró en la estancia que antecedía a su despacho y Carmina levantó la cabeza hacia ella captó una imprecisa e inquietante sensación que no supo a qué atribuir.

—¿Ha ocurrido algo?— le preguntó.

La chica se sonó sonoramente la nariz antes de contestarle y luego asintió con la cabeza.

—Sí. La ha llamado doña María Luisa esta mañana para que fuera inmediatamente a su despacho y cuando le he contestado que no había venido usted a la oficina, porque había acompañado a su madre a ver a la abogada, ha puesto el grito en el cielo. Esta tarde no ha venido ella, pero sí don Alberto, que la ha llamado y que también estaba furioso.

—¿Y por qué?— inquirió Herea totalmente desorientada, ya que le había advertido a su jefa el día anterior que había buscado

una abogada que asesorara a su madre y que las iba a recibir esa mañana.

—Al parecer, ha surgido un contratiempo con los pedidos que nos habían hecho unas empresas y que teníamos que servirles— murmuró Carmina casi sin voz.

—¿Cómo que ha surgido un contratiempo?— se extrañó ella levantando la voz—. ¿Le ha ocurrido algo al conductor del camión de reparto?

—No, creo que no.

—¿Entonces?

—Yo de usted iría a hablar con don Alberto— le sugirió tímidamente la muchacha—. Ya le he dicho que está furioso.

Esbozó ella un gesto de incomprensión y luego entró en su despacho para dejar en él su bolso. Se atusó maquinalmente su melenita rubia, se ajustó el cinturón de su pantalón blanco sobre la blusa de color rosa que llevaba y después volvió a salir pausadamente para encaminarse hacia el despacho de Alberto, anexo al de doña María Luisa y tan ostentoso como este. Llamó con los nudillos a la puerta y cuando oyó su voz autorizándola a entrar empujó la hoja de madera.

Estaba sentado Alberto tras su mesa con la cabeza inclinada hacia los papeles que tenía sobre esta. Un mechón de cabello le resbalaba descuidadamente sobre la frente cuando la levantó hacia ella, al igual que cuando era la secretaria de Gustavo y este la llamaba para dictarle alguna carta comercial. El parecido con el otro era tan notable que por un segundo se sintió transportada al pasado y sintió un escalofrío.

—Me ha dicho Carmina que querías verme— murmuró con la garganta seca, porque la mirada de sus ojos azules cuando los clavó en ella no podía ser más dura.

—Sí, necesito que me expliques por qué has decidido arruinarnos a todos— masculló secamente y con una voz más alta de lo necesario—. Te tenía por una persona seria y responsable, pero esta mañana no he encontrado argumentos para defenderte ante Marisa, que me ha pedido que te despida esta misma tarde, ya que ella no iba a poder venir, porque tenía cita con el médico.

Tras el sobresalto que sintió, notó Herea que le temblequeaban las rodillas. Era aquello tan inesperado que necesitó asirse al tablero de la mesa para no caerse, y dando un par de tropezones logró sentarse en el borde de una de las dos butacas destinadas a los visitantes y ubicadas delante de esta.

—¿Y eso?— inquirió a duras penas.

Se inclinó él sobre la mesa con una expresión que no le había visto nunca, en la que se entremezclaba la decepción con el furor.

—Supongo que recordarás que habíamos conseguido hacer nuevos clientes a raíz de que Drylons rompiera sus relaciones comerciales con nosotros— le dijo en un tono que destilaba hielo.

—Sí, claro que me acuerdo— corroboró desconcertada— . Y esta mañana teníamos que entregarles los pedidos que nos habían solicitado. Ayer hablé con el conductor del camión y le dibujé en un papel la ruta que debía seguir para cumplir esos encargos de la forma más eficiente. ¿Es que ha olvidado mis indicaciones o es que ha perdido el papel?

—No— casi rugió él—. Es a ti a quien al parecer se le ha olvidado que les enviaste ayer a nuestros clientes, a última hora de la tarde, un e-mail para anularlos.

Creyó ella haber oído mal y abrió desmesuradamente los ojos y la boca mientras buscaba las palabras que se le habían perdido en la garganta.

—¿Qué yo les envié un e-mail ayer? Yo no les mandé nada. Ya habíamos quedado en firme la semana anterior.

—He comprobado esta mañana en tu despacho que cancelaste anoche la venta desde tu ordenador— le advirtió secamente él—. Y que alegaste que nos era imposible confeccionar los tejidos que nos habían encargado y que en adelante se dirigieran a otras empresas del ramo, porque íbamos a cerrar. A cerrar— repitió más alto.

Le oyó decirlo, pero creyó haberle entendido mal.

—¿Yo?

—Sí, y lo firmaste electrónicamente. He impreso esos mensajes para enseñárselos esta mañana a Marisa, que no se explicaba lo sucedido, y aquí los tienes.

Le entregaba unos papeles en los que efectivamente pudo ver que figuraba el texto íntegro de lo que acababa de decirle con su firma electrónica al pie.

—Pero… pero yo no he sido— consiguió articular a duras penas —. Ayer me marché a las siete de la tarde para ayudar a mi madre a hacer la maleta, porque se marchaba esta mañana. Carmina lo corroborará, porque me despedí de ella y me preguntó el motivo de que me fuera tan temprano, y esos e-mails fueron enviados a las ocho treinta, una hora y media después de que me hubiera ido yo y media hora más tarde de que lo hiciera ella. Puedes comprobarlo, porque, como de costumbre, fichamos las dos al salir.

Llamó Alberto por la línea interior del teléfono al departamento de personal y cuando le dieron una información coincidente con lo que Herea le había asegurado, se mesó vacilante la coronilla.

—Pero entonces… — empezó a decir perplejo.

—Algún gracioso me ha querido hacer una jugada— afirmó, ya más segura del terreno que pisaba—. O también es posible que no se haya tratado de una broma y que su intención haya sido arruinar a Marvels.

Asomó al semblante de él el absoluto desconcierto que sentía y se acodó en la mesa para peinarse el cabello con los dedos y retirárselo de la frente. Traslucía también un sentimiento de culpabilidad por la bronca que le había dedicado y empezó a tabalear con un bolígrafo sobre la mesa como si necesitara desahogarse y no acertara con el medio. Era tan idéntica esa reacción a las de Gustavo en las situaciones en la que no sabía cómo pedirle perdón, que parpadeó para enfocarle bien y asegurarse de que no estaba viendo a un fantasma. Luego murmuró:

—Si viviera tu primo, apostaría algo a que había sido él.

Meneó él negativamente la cabeza, a la par que la envolvía en una mirada con la que parecía querer pedirle disculpas.

—Sí, pero él no está ya en este mundo. Quizás su padre… Puede que haya decidido arruinarnos para vengarse de que envenenáramos a su hijo.

—Nosotros no lo hicimos.

—Tú y yo no, pero es posible que tu madre sí. Al menos lo cree la policía y también el juez de instrucción.

Levantó ella una mano con un ademán con el que le pedía que dejara ese asunto para otro momento.

—Discutiremos eso luego. Lo importante ahora es arreglar el desaguisado. Voy a llamar ahora mismo a todos esos clientes y…

La interrumpió Alberto en el acto.

—No te molestes, que ya lo he hecho yo esta misma mañana y a primera hora de esta tarde ha finalizado el camión el reparto de los pedidos.

—No lo entiendo— musitó ella asiéndose a los brazos del sillón como si lo necesitara para paliar la inseguridad que sentía—. Ha tenido que ser alguien que me odia y puede que don Aníbal sea en el presente mi único enemigo. Gustavo empezó a serlo cuando entorpecí sus planes, ya que no entraba en sus cálculos casarse conmigo. Lo que tampoco entiendo es que lo diera yo por sobreentendido.

—Eras muy joven— le dijo él a modo de disculpa.

—Sí, y había leído muchas novelas. En todas, los dos protagonistas acababan casándose y yo me creí lo que me decía sin saber que había habido otras muchas antes y otras tantas después y que, con ninguna, salvo con Margarita, tenía esa intención. Y con ésta última la tenía porque le convenía a Drylons y su padre se lo habría exigido, porque pertenecía a esa clase de individuos que no están hechos para el matrimonio, sino tan solo para mariposear con todas las que se le pusieran a tiro.

—Es posible— admitió él dirigiéndole una mirada fugaz.

Le dio la impresión a Herea de que buscaba la forma de preguntarle algo y de que no acababa de decidirse. Finalmente bajó la cabeza hacia los papeles que aún tenía entre las manos y sin mirarla inquirió—: Supongo que para ti habrá sido muy duro y que te habrá costado mucho superarlo.

—¿Te refieres al, llamémosle romance, que mantuvimos?

—Sí. Incomprensiblemente para mí, porque era un tarambana que no se las tomaba en serio, le resultaba muy atractivo a las mujeres.

Dejó escapar ella una risita sarcástica.

—El jefe suele serlo para las que trabajan a sus órdenes, pero si lo que quieres saber es si todavía le quería cuando murió, te diré que no. Me hizo demasiado daño.

Clavó en él sus brillantes ojos azules, tratando de adivinar lo que pasaba por su mente y se dijo que quizás fuera un buen momento para que le aclarase un asunto al que nunca se habían referido y que para ella era sumamente importante. Carraspeó ligeramente antes de decidirse e inquirió:

—¿Te contó él… alguna vez te comentó que la niña que os dejaron aquella noche en el torno del orfanato era hija suya?

Tardó Alberto en contestarle. Le dio la impresión de que no la había entendido y estuvo a punto de repetirle la pregunta, pero no fue necesario, porque su expresión no denotaba ignorancia, sino sorpresa.

—¿Qué si me lo comentó? No, claro que no. ¿De dónde te has sacado que fue él el que te la quitó aquella noche?

—¿Y quién iba a haber sido, sino él?— insistió tozuda.

—Pues no lo sé, pero Gustavo no.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque cuando en una ocasión le referí el incidente, sin nombrarte a ti, me preguntó lo que era un torno y cuando se lo expliqué se sorprendió de que todavía se utilizaran por algunos, en lugar de llamar a la puerta del centro y entregarle el bebé a la monjita.

—¿Y crees que te dijo la verdad?

—Sí, en el fondo no era una mala persona, solo un inconsciente, y le considero incapaz de hacer una cosa así. ¿Qué ganaba con ello? No le hubiera importado tener que mantener a tu hija y también a ti, si era necesario, porque a su padre le sobra el dinero. Estoy seguro de que lo que no quería era comprometerse. Además, en aquellos días ni tan siquiera estaba en Madrid. Se había ido a la playa.

Le dirigió otra mirada de soslayo y volvió a tamborilear con el bolígrafo sobre la mesa.

—Oye— le dijo al fin— me siento mal por haberte sermoneado como lo he hecho y en el tono en el que lo he hecho.

—¡Bah!— murmuró ella aparentando quitarle importancia, aunque en su fuero interno se dijo que sí la tenía.

—Me gustaría que procuraras olvidarlo y también que como prueba de que me has perdonado me permitieras invitarte a cenar esta noche.

En cualquiera otra circunstancia hubiera aceptado encantada, pero le seguía escociendo el tono con el que la había reprochado su actuación y, aunque hizo un esfuerzo por sonreírle, no pasó de esbozar una mueca.

—Gracias, pero no me encuentro con ánimos. Estoy preocupada por mi madre y tengo que ocuparme de mi hija. No quiero además abusar de mi vecina, que además de ser mi mejor amiga se está comportando conmigo como ninguna otra persona lo hubiera hecho, y no quiero darle motivos para que un día se harte.

—¿Lo crees posible?

—No, claro que no. Es la tonta excusa que se me ha ocurrido darte.

Se la quedó mirando con una expresión que no supo interpretar.

—También me gustaría volver a ver a tu hija. La tarde en la que detuvieron a tu madre y subí a tu casa, no estaba.

—No, claro, se la había llevado Virtudes a su piso en cuanto llamó a la puerta la policía para que no estuviera presente cuando interrogaron a su abuela. Tiene ya año y medio y es muy bonita, además de muy graciosa.

—Estoy seguro de que, si se parece a ti, será las dos cosas.

Su voz le sonó tan cálida que se rebulló inquieta.

—Bueno, me marcho ya a mi despacho. Aún tengo mucho trabajo que hacer.

La detuvo Alberto con un gesto.

—Bien, pero queda en pie la cena de la que te he hablado.

—Sí, otro día.

Luego salió apresuradamente del despacho.

CAPÍTULO 29

El verano se abatió anticipadamente sobre Madrid, en el que ya a finales de junio empezó a sentirse un calor asfixiante, a la par que iba vaciándose la ciudad de coches y de niños. El fin de curso de estos se hizo sentir, así como también la ausencia de los que habían ido tomando las vacaciones de verano. En los tribunales, por el contrario, se incrementaba su actividad todos los años en esas fechas para haber despachado el mayor número de asuntos antes del obligado lapso inhábil del mes de agosto y aquella mañana en la que Flor acababa de llegar y estaba entreabriendo las persianas de todos los despachos para que además de la luz no entrara también el calor, sonó inesperadamente el timbre de la puerta. No esperaba a ningún visitante tan temprano, por lo que, extrañada, se dio media vuelta y volvió a la antesala para abrirle.

Era el procurador de los tribunales, tan sonriente y tan dicharachero como siempre. Venía cargado con un abultado maletín y se dirigió directamente a la mesa de la secretaria para soltarle un fajo de papeles grapados

—Aquí te dejo esto— le dijo—. Te traigo trabajo, como siempre, para que no te aburras.

—No tengo tiempo de aburrirme, ni mis jefes tampoco— repuso ella ásperamente.

—Pues me alegro. Es un caso facilito, que no le va a suponer a Noelia muchos quebraderos de cabeza. En mi opinión, lo más práctico sería que la acusada se reconociera culpable del delito por el que se la encausa y obtuviera así una rebaja de la pena.

—¿Y quién es la acusada?— le preguntó Flor.

—Una señora que se llama Victoria Jiménez, ¿te suena?

—Sí— repuso ella escuetamente, evocando a la señora poco refinada que había visitado a Noelia poco antes para que la asesorara y asumiera su defensa.

—El fiscal la acusa de asesinato, ya que concurre la agravante de premeditación y solicita la pena de dieciséis años, pero si, como te he dicho, se reconoce culpable…

No le gustaba a ella que le diesen lecciones de derecho, ya que había trabajado toda su vida como secretaria en bufetes de abogados, por lo que levantó retadoramente la barbilla.

—¿Y cómo espera probarlo?— le preguntó.

Se echó a reír él.

—Eso no le va a resultar difícil. Aporta el testimonio de un montón de testigos que estaban presentes cuando la víctima se comió el canapé que le había preparado ella y al que le había echado una dosis letal de estricnina.

—¿Lo dice así el informe de la autopsia?

—Claro. ¿Está ella?

—¿Te refieres a Noelia?

—Sí.

—No, esta mañana tenía una Vista en un juzgado, así que no la esperes, porque es probable que no aparezca en toda la mañana.

Asintió él sin perder la sonrisa.

—Descuida, que ya me marcho. Dale recuerdos cuando regrese y deséale suerte porque la va a necesitar. Hasta luego.

Se marchó con el maletín más aligerado de peso y unos minutos más tarde llegó Miriam, que, con los ojos cargados de sueño se aproximó a la mesa de la secretaria que había empezado a escribir en el ordenador y que interrumpió su tarea para saludar a la recién llegada.

—¿Te ha dado mala noche tu hijo?— le preguntó.

—Sí, ¿cómo lo has notado?

—Por lo adormilada que vienes.

—Es que está echando los dientes— le explicó Miriam—. Adrián tiene esta mañana un juicio, así que me he levantado yo todas las

veces que ha llorado, porque habitualmente nos turnamos. ¿Ha habido algo nuevo aquí?

Meneó Flor negativamente la cabeza.

—Para ti, no. Le ha traído el procurador los Autos de un asunto a Noelia, así como el escrito de calificación del fiscal, al que debe ella que contestar con el suyo.

Le echó Miriam una hojeada a la carpetilla del fajo de papeles que la otra tenía sobre la mesa y dejó escapar un suspiro.

—Se va a poner de un humor de perros cuando se entere de que el juicio de la señora gallega está al caer— opinó desalentada—. Debería de haberse acostumbrado ya a los casos que no tienen una solución satisfactoria, pero pese a la experiencia que tiene, la semana anterior a la Vista no se le puede hablar.

—¿Y la vas a acompañar en la Vista, como de costumbre?

Asintió ella.

—Claro. Le doy ánimos y procuro impedir que se eche mano a uno de sus rizos y le dé vueltas en el aire, mientras le discute al fiscal. No es serio.

—No— convino Flor—. Pero es como un tic nervioso que no puede evitar y le sirve para desahogar los nervios.

—Y para inspirarse cuando se queda en blanco— apuntó Miriam con una sonrisa pícara, rememorando algunos momentos especialmente divertidos en los que había puesto en un brete al fiscal—. Aunque me temo que en este caso no necesite estudiárselo mucho, porque desgraciadamente no ofrece muchas posibilidades de defensa. En su ausencia me voy a llevar los Autos a mi despacho, para comentarlos con ella cuando llegue y echarle así una mano, si es que se me ocurre algo.

Le alargó Flor el fajo de papeles y se marchó la joven con ellos, mientras la secretaria atendía el teléfono que acababa de sonar.

Ignorante por completo de la novedad, se presentó Noelia en la oficina cerca del mediodía. No se le notaba apenas el embarazo y se sentó delante de la mesa de la secretaria para referirle como le había ido en el juzgado, pero algo en el gesto de la otra le hizo

sospechar que había ocurrido algo poco grato y se inclinó hacia ella para que la informara sobre ese particular.
No necesitó preguntarle nada, porque Flor le indicó con un dedo el despacho de Miriam.

—Se los ha llevado ella— le dijo.

—¿Qué es lo que se ha llevado?— le preguntó Noelia enarcando las cejas.

—Los Autos del caso de la señora gallega. Los ha traído el procurador y me ha aconsejado que te diga que lo mejor que puede hacer esa mujer es reconocerse culpable para obtener así una rebaja de la pena, porque el fiscal aporta un montón de testigos presenciales de lo que pasó. Pero no te enfades— le pidió al ver su expresión de irritación que auguraba la retahíla de denuestos contra el procurador con los que iba a desahogarse, porque la joven tenía un carácter irascible y soportaba mal tener que reconocer que un caso estaba perdido de antemano.

—¿Y dónde están?— inquirió ella al no verlos sobre la mesa de Flor.

—Se los ha llevado Miriam a su despacho para echarles una hojeada y comentarlos contigo cuando llegaras, ya te lo he dicho.

—Pues voy a hablar con ella— le dijo poniéndose en pie y encaminándose hacia el pasillo que se iniciaba en esa estancia.

Miriam levantó la cabeza de los papeles que leía cuando la oyó entrar y le sonrió.

—¿Cómo lo ves?— le preguntó Noelia tomando asiento frente a ella, al otro lado de la mesa.

Solían ser muy sinceras la una con la otra y su amiga no se anduvo por las ramas.

—Mal. El fiscal aporta como testigos a todos los invitados que estaban en la mesa en la que estaba sentado Gustavo, a Margarita, que declarará lo que le oyó decir tu cliente al camarero. Como perito, al forense que le practicó la autopsia a la víctima. ¿Qué prueba has pensado proponer tú?

Se encogió de hombros Noelia.

—No he pensado nada todavía y la verdad es que de momento no se me ocurre nada, pero no me planteo que Victoria se reconozca

culpable, porque iría en cualquier caso un montón de años a la cárcel. Tiene que haber otra solución.

—¿Cuál?

—No lo sé, pero sería un desastre inasumible para esa familia, en la que además de un montón de críos pequeños, tiene esa señora unos gemelos que aún no deben de haber aprendido a andar. ¿Crees que nos citarán para el juicio antes del mes de agosto? Preferiría que lo dejaran para cuando hayamos regresado de las vacaciones.

—¿Y crees que entonces sí se te habrá ocurrido algo?— objetó Miriam irónicamente—. Lo malo de los casos que no tienen solución, es que siguen sin tenerla por mucho tiempo que transcurra desde la comisión del delito. Admítelo.

—Bueno, sí— reconoció Noelia de mala gana—. Pero el otro día me dijo Gabriel que no debía de desesperarme porque en cualquier momento y como de costumbre se me encendería la bombilla y caería en un detalle fundamental que la exculparía.

—¿Y crees que se te encenderá?

Levantó ella ambas manos en un ademán de impotencia.

—¿Y qué hago si no es así?

Dejó escapar Miriam una risita suave.

—¿Que qué harías? Lo que hacemos el resto de los abogados. Perder el caso y reconocer que no podemos hacer milagros.

Se la quedó mirando Noelia como si le hubiera propuesto algo imposible de asumir.

—Puede que en el futuro me vea obligada alguna vez a tirar la toalla de antemano, pero hoy por hoy no puedo planteármelo. Se me tiene que encender necesariamente esa bombilla a la que aludió Gabriel. ¿No crees?

Meneó dubitativamente la cabeza Miriam y con ella su dorada melena. Luego le sonrió cariñosamente.

—Me temo, Noelia, que tú tampoco puedes hacer milagros. Es mejor que te convenzas a ti misma. Solo tienes cinco días para formalizar tu escrito de calificación y yo de ti no me calentaría más la cabeza. Haz un escrito tipo oponiéndote a los hechos constitutivos del delito del que acusa el fiscal a esa señora y aporta la lista de las pruebas de las que piensas valerte. No puedes hacer más.

—¿Y qué testigos aporto?— refunfuñó ella—. Todos los que pueden atestiguar algo sobre el envenenamiento de Gustavo ya los cita el fiscal.

—Entonces no aportes ninguno. Ya les repreguntarás a éstos en el juicio.

Se levantó Noelia de la butaca y le cogió a la otra los Autos que tenía sobre la mesa.

—Voy a estudiármelos— le dijo—. Espero ser capaz de traducir los latinajos del forense que le practicó la autopsia. ¿Por qué se expresarán los médicos de una forma tan ininteligible?

—Eso también lo dice la gente sobre lo que escribimos los abogados— le recordó Miriam.

—Sí, pero no es lo mismo— objetó absolutamente convencida —. Lo que decimos los abogados se entiende perfectamente.

Se echó a reír la otra.

Si tú lo dices…

CAPÍTULO 30

Llegó Noelia esa noche a su casa de malhumor, lo que advirtió Alex en cuanto la vio aparecer tirando de su maletín, ya que por ese detalle podía deducir que tenía intención de trabajar después de cenar en algún asunto que no había tenido tiempo de resolver. No lo preguntó nada, porque la conocía demasiado bien y sabía que sus problemas profesionales la absorbían por completo y que en muy contadas ocasiones se prestaba a comentarlos con él y a desahogarse. Solamente con su hija era capaz ella de sobreponerse y de disimular su estado de ánimo y esa noche no fue una excepción. La vio soltar el maletín en un rincón y dejarse caer de rodillas sobre la alfombra para echarle carreras a la niña, gateando sobre la alfombra de la sala de estar.

Fue paulatinamente perdiendo ánimos mientras la bañaban y después de que le dieran de cenar y de que la acostaran, se arrellanó en el sofá de la sala de estar con el ceño fruncido. La paciencia que derrochaba Alex en esas ocasiones era infinita, por lo que se sentó a su lado en silencio. Transcurrió cerca de un cuarto de hora sin que ella se decidiera a intercambiar con él una sola palabra, por lo que le preguntó:

—¿Quieres que cenemos ya?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que quieras tú.

—¿Has pensado trabajar un rato antes?

Desalentada, levantó ella ambas manos.

—Si se me ocurriera algo, me gustaría redactar antes mi escrito de calificación sobre el delito del que el fiscal acusa a mi defendida, pero es que no sé por dónde cogerlo. ¿Te pasa alguna vez a ti en tu trabajo?

Sonrió él con algo de ironía.

—Pues no. Cuando tengo que operar del corazón a un paciente, me he estudiado su historia antes y cuando es un asunto que tiene una especial complicación lo comento con los compañeros, porque varios ojos ven más que dos.

Asintió ella con un abatido suspiro.

—Sí, pero mi caso es diferente. No adelantaría nada contándote como, aparentemente, fue mi cliente, que es una señora, la que envenenó a la víctima, porque tú no sabes una palabra de derecho.

Distendió el semblante de él una sonrisa irónica.

—De derecho, no, pero de venenos, sí. Aunque no guarde relación con mi especialidad, me documenté sobre ese tema hace años, porque me interesó. Me compré un libro muy gordo que debe de andar por alguna parte y, aunque no te lo entiendas, lo pasé de miedo, porque hay muchísimos y muy diferente. ¿Cuál ha utilizado el culpable en este caso?

—La estricnina.

—Sí, también la estudié y sé que es un veneno muy potente, que se comercializa fundamentalmente en pastillas que se disuelven en el agua o en otro líquido y que se utiliza como raticida. Su sabor es muy amargo.

—Sí.

—Cuéntame ahora quién es tu paciente y el crimen del que la tienes que defender.

Se lo refirió ella con pelos y señales, así como el informe de la autopsia que obraba en los Autos y le aclaró Alex cual era la dosis letal media en un, individuo, sobre el que le preguntó cuál era la complexión de la víctima.

—No le he conocido, pero por lo que me han dicho, pesaría unos ochenta kilos. Era un tipo alto y atlético que cuidaba mucho su aspecto y además de deporte levantaba pesas para mantenerse en forma. El forense que le practicó la autopsia detectó el veneno en su estómago, así como el canapé que acababa de comerse y medio litro de vodka. La fiesta se celebraba con un coctel y no le dio tiempo a la víctima a comer nada más. Su efecto fue inmediato.

—¿Inmediato?

—Sí, al parecer se llevó el canapé a la boca y en el acto se puso rojo, empezó a toser y a convulsionarse. Se llevó una mano al pecho como si se estuviera asfixiando y finalmente perdió la consciencia y se cayó al suelo. Falleció en la ambulancia que le llevaba al hospital.

Asintió pensativamente Alex.

—¿Y estás segura de que el veneno estaba en el canapé?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Porque en la autopsia se detecta la existencia de la estricnina en el estómago además de lo que había comido, pero no especifica cual era el alimento que contenía el veneno. ¿Tienes idea de cómo fue sirviéndose ese coctel?

Asintió Noelia más animada.

—Sí, claro. Se lo he oído referir a la hija de mi cliente varias veces y también a la acusada. Como en todas las fiestas a las que he asistido, los camareros sirvieron antes la bebida y es posible que la víctima se tomara una copa o varias antes de ir a sentarse a la mesa donde le ofrecieron el canapé.

—Pues una dosis letal suele hacer efecto entre diez minutos y media hora después de su ingesta— puntualizó Alex—. No me cuadra lo que me estás diciendo.

Parpadeó ella perpleja.

—¿Por qué no? Ya te he dicho que no comió nada más.

—No, eso ya lo sé. ¿Pero sabes cuánto tiempo transcurrió desde que se tomó la bebida, hasta que se sentó en la mesa en la que se hallaba cuando se comió el canapé?

—No, ¿por qué?

—Porque, como ya te he dicho, el efecto que hace la estricnina no es tan rápido. Si sucedió como me has dicho, lo probable es que la contuviera el vodka, y que transcurriera después el lapso de tiempo que te he dicho hasta que se comió el canapé.

Lo que acababa de decirle le fue penetrando lentamente en el cerebro a Noelia. Fue rememorando la versión que le había dado Herea sobre cómo se habían ido produciendo los hechos y se mesó pensativamente su rizada melena.

—Ella me dijo… me refiero a la hija de mi cliente. Estaba también en la fiesta y se fijó en lo que hacía la víctima antes de ir a sentarse en su mesa, porque temía un enfrentamiento con él. Le vio en un grupo de jóvenes cuando salió a la terraza que culmina la Torre Verdaguer, donde se celebraba la fiesta y vio que cogía un vaso de la bandeja de las bebidas que le ofreció un camarero y que se lo bebió de un trago después de levantar a su exnovia del suelo y de pedirle disculpas por haberla tirado. Ahora sabemos que era vodka. Le pareció a Herea que lo hacía para darse ánimos, porque la chica le dejó plantado. Le dio la espalda y se largó para reunirse con otro grupo.

—¿Y el segundo vaso? Porque me has dicho que tenía medio litro en el estómago.

—El segundo se lo tomó después de comerse el canapé o al mismo tiempo, porque estaba muy picante.

—Pues en ese caso es obvio que el veneno estaba en el primer vaso de vodka, porque, como ya te he dicho, su efecto no es inmediato.

Creyó ver Noelia el cielo abierto y se giró hacia él en el sofá para abrazarle impulsivamente.

—¿Estás seguro?

—Claro.

—Eres un tío listísimo— le alabó con los ojos brillantes, dando eufóricos saltitos en el sofá— Qué suerte he tenido casándome con un médico que, con su enorme sabiduría, me ayuda siempre a resolver los casos difíciles. Todos los testigos que va a citar el fiscal declararán que aún estaba la víctima tragándose el dichoso canapé cuando perdió la consciencia, por lo que obviamente no pudo ser el alimento que estaba envenenado y que le ocasionó la muerte.

Se echó a reír Alex al oírla.

—Deberías aprender más sobre venenos.

—Sí— admitió ella—. Pero es que hay demasiados y no siempre es ese el medio que utiliza el asesino de turno, que también hay muchos. Los hombres suelen utilizar los métodos violentos, pero desde tiempo inmemorial, el veneno es el arma preferida de las mujeres.

—Y tu cliente lo es.

—Sí— admitió súbitamente compungida—. Y el móvil del crimen en esos casos suele ser, además de su propia defensa, la de sus hijas, máxime cuando las han violado, lo que no se ha dado en este asunto, aunque mi cliente identifica ese delito con el embarazo extramatrimonial de Herea sin haber reparado esa afrenta mediante la boda, ¿comprendes?

Giró Alex la cabeza hacia ella y analizó su semblante.

—Me da la impresión de que has creído hasta ahora mismo que esa mujer a la que defiendes era la culpable. ¿Es así?

Se encogió Noelia de hombros.

—No lo sé. Ni en esta ocasión ni en otras muchas anteriores, porque los clientes a los que defendemos no suelen decirnos la verdad, pero ese no es mi problema. Mi trabajo consiste en encontrar los argumentos y las pruebas necesarias para lograr su absolución o que al menos le condenen a la pena mínima.

Se levantó Alex del sofá con la intención de encaminarse hacia la cocina, pero a medio camino se detuvo para volverse hacia ella.

—¿Qué te parece si cenamos ahora? Después puedes redactar el escrito del que me has hablado o dejarlo para mañana.

Asintió ella con una expresión muy diferente a la que tenía unos minutos antes.

—Lo dejaré para mañana, porque esta noche tenemos que celebrarlo. Necesito hablar antes de redactar mi escrito con un médico al que conozcas y que sea experto en venenos, incluyendo la estricnina

—¿A un toxicólogo?

—Si se llaman así, sí.

—¿Y para qué lo necesitas? ¿Para que corrobore lo que te he explicado?

—No, para citarle en el juicio como perito. ¿Puedes hablar con él esta misma noche?

Lo consideró él con el ceño fruncido.

—Podría, sí, pero prefiero hacerlo mañana por la mañana. Después te llamaré para darte su teléfono y que puedas hablar con

él. ¿Crees que se celebrará el juicio antes de las vacaciones de verano?

—No lo sé, ¿por qué?

—Porque yo lo preferiría. No me gustaría que se repitiera el numerito que padecí en la sala de la Audiencia Nacional en la que estuviste a punto de traer al mundo a nuestra hija y, para estar seguros de que no se va a repetir, si se demorara la Vista y se señalara el juicio cuando hayas salido de cuentas, le pedirás a Miriam o a Gabriel que te sustituyan en la defensa de tu cliente.

—Ni hablar— protestó ella—. Ahora que al fin sé lo que puedo alegar, no me va a privar ninguno de los dos del gustazo de desarmar al fiscal y dejarle apabullado con mis extraordinarios conocimientos toxicológicos. Si me atuviera a tus consejos, dejara de trabajar y me apoltronara en la butaca de la sala de estar de esta casa, acabaría poniéndome tan gorda que el día del parto no cabría por las puertas y no podría ir a tu hospital.

—¡Bah!— refunfuñó él—. No estaría de más que te cuidaras un poquito y que echaras mano de cuando en cuando de tus dos compañeros. Ni tú ni nadie es insustituible.

—No, ya sé que no. Eso es algo que últimamente me repiten todos los que tengo alrededor, pero en este caso me quiero lucir yo. Y ahora vamos a cenar y a celebrarlo con una botellita de cava.

Meneó él reprobadoramente la cabeza.

—No, tú, si acaso, con una botella de gaseosa, a la que yo me apuntaré ya que soy el papá de la criatura y tengo que cuidarme también.

CAPÍTULO 31

A la mañana siguiente la llamó Alex a la oficina para darle el teléfono del toxicólogo con el que ya había hablado y había mostrado su conformidad en informar en el juicio como perito. Después habló Noelia con Herea, para decirle que necesitaba interrogar en su despacho a las cuatro personas que habían compartido la mesa con Gustavo la tarde en la que éste había sido envenenado, ya que le interesaba saber si alguno de los asistentes había tenido oportunidad de echarle a Gustavo la estricnina en la bebida.

Fue a comentárselo a su jefa, que la recibió con aire contrito y se disculpó por haberla creído capaz de haber intentado arruinar a Marvels cancelando los pedidos y anunciando a sus clientes su inmediato cierre. También ella opinaba que podía haber sido Aníbal quien les hubiera enviado los e-mails desde su despacho, a una hora en la que no quedaba nadie en la oficina, y le pidió que cambiara la contraseña de sus archivos.

Luego, cuando consiguió Herea interrumpirla y hacerle saber lo que le que había informado Noelia respecto al tiempo en el que tardaba en hacer efecto la estricnina, manifestó en primer lugar su asombro, pero después la felicitó y le deseó que la abogada lograra en el juicio la absolución de su madre.

—Quiere ella hablar con usted. Tal vez pudiera aportarle algún dato sobre lo que hizo Gustavo esa tarde y sobre las personas con las que estuvo.

Se mesó reflexivamente María Luisa su corto cabello oscuro, antes de encogerse de hombros dubitativamente.

—Pues no sabría decirte. Sé que estuvo muy inconveniente con Margarita, aunque no creo que fuera esa su intención, sino el contrario. Sin duda intentó arreglar las cosas con ella, pero no hizo

más que meter la pata, lo mismo que el día en el que celebraban su compromiso. También sé que le gustaba mucho el vodka y que era lo que bebía en todas las celebraciones a las que hemos asistidos los dos. Incluso solía empinar el codo más de la cuenta. Probablemente el que le envenenó también lo sabía.

Se quedó mirándola, quizás esperando que admitiera ella ese hecho, dado la relación que habían mantenido, pero, aunque era cierto que había podido constatar antaño que era su bebida preferida, se limitó Herea a permanecer impasible, como si le estuviera hablando de un extraño.

—¿Qué le contesto entonces a la abogada? ¿Qué iremos mañana a su despacho, a las seis de la tarde? Es la hora que tenía libre.

Meneó María Luisa negativamente la cabeza.

—No, no me parece oportuno que faltemos al mismo tiempo los cuatro de la oficina, porque puede surgir algún problema y tiene que quedar al menos uno para resolverlo. Dile que iremos mañana Jacobo y yo y pasado mañana, si le viene bien, Alberto y tú.

Creyó notar Herea que se lo decía con segundas al emparejarla con el aludido, aunque no se atrevió a preguntarle si había algo entre los dos y ella no dio muestras de haberlo captado, en parte porque no se sentía con ánimos para confidencias y en parte también porque aún no había acabado de asimilar que el día anterior hubiera estado él a punto de despedirla. Creía haber demostrado más que sobradamente su valía y su fidelidad a la empresa y le costaba admitir que tanto su jefa como Alberto se hubieran planteado esa posibilidad dando por ciertos unos hechos de los que no era responsable y que sin duda eran obra de una persona que la odiaba.

Debió adivinar María Luisa lo que pasaba por su mente, porque insistió nuevamente en disculparse y en disculparle.

—Espero que olvides lo que él te dijo, porque lo hizo en cumplimiento de lo que le ordené— murmuró sin levantar la mirada de sus manos—. Fui yo la que tomé la decisión de despedirte y Alberto el que te defendió. Me dijo que teníamos que darte la oportunidad de explicarte y supongo que fue lo que hizo. ¿O no?

Esbozó Herea un gesto vago.

—Estuvo muy desagradable. No recuerdo que antes me hubiera hablado nadie así, ni que me hubiera mirado como si fuera un insecto al que hubiera que exterminar de un pisotón.

Se echó a reír María Luisa con ganas.

—Discúlpale entonces, porque sé que para él fue una tremenda decepción y que le costó admitir que hubieras sido tú la autora— le aconsejó la otra con un aire de compunción que en cualquiera otra circunstancia le hubiera conmovido—. Fue un malentendido y reaccioné enfureciéndome, lo que lamento. Ve a darle la noticia y a preguntarle si tiene alguna reunión importante pasado mañana y si puede acompañarte. Nunca me alegraré bastante de haberle ofrecido la gerencia de esta empresa y de habérselo escamoteado a Aníbal. No sé si este me lo perdonará alguna vez. Supongo que no— terminó por reconocer—. Pero no me importa.

Asintió Herea, aunque sin perder su aire hermético, y salió de la habitación para detenerse vacilante en la galería acristalada y observar el panorama que de divisaba desde allí, ya que necesitaba esos minutos para recomponer la actitud que debería adoptar con él, tras lo que acababa de decirle su jefa. Una larga hilera de automóviles discurría como siempre por los tres carriles del Paseo de la Castellana, tan atascados como de costumbre bajo un sol radiante. Una perspectiva que anunciaba la próxima llegada del verano y que unida a la noticia que acababa de transmitirle Noelia debería de haberle hecho sentirse feliz, pero en esos instantes no lo estaba. Al menos, no tanto como debería.

Hubiera preferido posponer ese encuentro con Alberto para más adelante, porque no solo no había conseguido acallar todavía el rencor que le había ocasionado su bronca. Sentía que la había hecho de menos, unido a una absurda timidez, como si de improviso la actitud que había adoptado el día anterior le hubiera convertido en un desconocido. Incluso se preguntó si su aspecto sería el deseable y, en la duda, pasó por el cuarto de baño para retocarse el cabello antes de dirigirse a su despacho. Solo cuando el espejo le dio su

aprobación se dirigió a su encuentro, aunque sin acabar de decidirse sobre cómo debería comportarse.

Estaba Alberto hablando por teléfono cuando hizo Herea intención de abrir la puerta de su despacho. Un sol radiante se filtraba a entre las varillas de la persiana entreabierta que tenía a su espalda iluminando la estancia, pero dejando a contraluz el semblante de él y al darse cuenta de que tenía el auricular en la mano intentó retroceder, pero cortó Alberto de inmediato la conversación que mantenía y la invitó a entrar con un ademán.

—¿Vienes a fijar conmigo la fecha de la cena que tenemos pendiente?— le preguntó guasonamente.

Tenía en esa ocasión una expresión completamente distinta, pero a ella no se le había olvidado el tono de voz con el que se le había dirigido y ni siquiera le sonrió.

—No. Vengo a decirte algo que te va a dejar pasmado. Me ha llamado la abogada de mi madre y quiere hablar con doña María Luisa y con Jacobo, además de con nosotros dos, o sea, con los que compartíamos la mesa con Gustavo cuando se comió el canapé y…

—¿Y eso es lo que me va a dejar pasmado?— la interrumpió irónicamente—. Me parece natural que quiera saber cómo murió Gustavo, puesto que fuimos testigos presenciales.

Meneó ella enérgicamente la cabeza.

—No, al parecer, a los cuatro nos va a citar el fiscal y ella nos repreguntará después de que lo haga él en función de lo que le contestemos. Lo que quiere saber es si nos fijamos esa tarde en lo que estuvo haciendo Gustavo y con quien se reunió antes de sentarse en nuestra mesa, ya que, en su opinión, el veneno no estaba en el canapé, sino en la bebida que se tomó.

Parpadeó perplejo y se la quedó mirando con sus brillantes ojos azules que traslucían una profunda sorpresa.

—¿En la bebida? ¿Y por qué lo cree así?

Se lo explicó detalladamente ella y dejó escapar Alberto un silbido.

—Lo que quiere saber entonces es con quien estuvo Gustavo en la terraza durante la media hora anterior, ¿no es eso?

Asintió ella.

—Sí, ¿te fijaste tú?

Meneó él negativamente la cabeza.

—No del todo. Me di cuenta de que pretendía arreglar las cosas con Margarita y de que ella le dejó dos veces con la palabra en la boca. También de que fue a sentarse a nuestra mesa por despecho y para fastidiarla, ya que esa chica sabía que él había mantenido una relación contigo, pero no podría precisar cuánto tiempo transcurrió durante cada una de las situaciones que provocó, porque estaba pendiente de otra cosa que me interesaba mucho más. ¿Tú sí?

Como claramente le estaba insinuando que era ella la que acaparaba toda su atención en esos momentos, se rebulló inquieta una vez más.

—Yo… voy a intentar concentrarme y haré todo lo posible para ayudar a la abogada, porque de ello depende la absolución de mi madre. Te pido por consiguiente que hagas tú lo mismo. ¿Puedes venir conmigo pasado mañana al despacho de Noelia, a las seis de la tarde?

No necesitó invertir ni un segundo en reflexionar.

—Por supuesto.

Carraspeó Herea notando la garganta seca.

—He hablado con doña María Luisa en cuanto ella me ha llamado y no cree poder ayudar a Noelia. Es como se llama la abogada. Yo sí me di cuenta de que se comportó como un estúpido, sobre todo porque la tiró al suelo al ponerle la zancadilla al joven con el que se alejaba de su lado cogida de su brazo. Y también de que a partir del instante en el que se sentó a mi lado trató de llamar la atención de Margarita, susurrándome estupideces al oído . Lo que no sé es si ella se fijó en nosotros.

Hizo Alberto un gesto con el que parecía querer decir que eso daba lo mismo.

—No es eso lo importante, sino lo que sucedió media hora antes. ¿Se ha planteado la abogada que pudo ser cualquiera de los asistentes a la fiesta, incluyendo a los camareros, y desgraciadamente también a tu madre?

—¿Por qué a mi madre?— protestó Herea indignada.

—Porque pudo echarle la pastilla de estricnina en la cocina a uno de los vasos.

—¿Sin saber quién iba a ser el destinatario de ese vaso?— rezongó ella irritadísima—. ¿Cómo iba a saber que lo iba a elegir Gustavo? Tendría que ser adivina y no lo es.

—¿Le comentaste a tu madre alguna vez que él siempre tomaba vodka?

Negó Herea con la cabeza.

—No, claro que no. Estoy de acuerdo contigo en que tuvo que ser alguien que lo sabía o que estaba a su lado en el momento en el que pasó el camarero con la bandeja, pero eso probablemente no se llegue a averiguar. Lo importante es que la abogada pueda acreditar que no fue mi madre quien le envenenó.

—Tienes razón y me alegraría infinitamente de que lograra exculparla. ¿Qué te parece si mañana lo celebramos cuando salgamos de su despacho yéndonos a cenar?

Más tarde se preguntó Herea por qué habría reaccionado como lo hizo, porque se lo quedó mirando fríamente y repuso:

—No estoy para celebraciones.

—¿Estás enfadada conmigo todavía?— inquirió él con las cejas enarcadas.

—Sí.

—Pero…

No le dejó continuar. Salió dignamente del despacho y se encaminó al suyo, donde se preguntó por qué se habría comportado de una forma tan estúpida en lugar de hacer las paces con él. Pero podría arreglarlo al día siguiente, se dijo, después de hablar con la abogada. Alberto volvería a proponérselo y ella aceptaría, porque le apetecía y porque más que nunca necesitaba su apoyo.

Pero no tuvo oportunidad. Noelia le preguntó a los dos qué podían recordar de cómo se había desarrollado la fiesta y concretamente si se habían fijado en alguno de los asistentes que estuviera con Gustavo en el momento en el que uno de los camareros le ofreció las bebidas que llevaba en la bandeja, pero los dos lo negaron. Sí podía rememorar ella lo tensa que había sido la

velada y la inconveniente actitud de él respecto de su exnovia y eso fue lo que le refirió a Noelia.

Sentado en una butaca a su lado, notó a Alberto muy distante y cuando una media hora más tarde se despidieron de la abogada y salieron a la calle no hizo él la menor intención de acompañarla, ni de hacerle la proposición que esperaba. Se limitó a despedirse como si fuera tan solo una compañera de trabajo.

—Voy a tomar un taxi para volver a la oficina— le dijo—. ¿Y tú?

—Yo voy a coger el metro para irme a mi casa.

—Pues hasta mañana— le dijo. Y echó a andar cuesta arriba en dirección a la calle de Serrano sin volver la cabeza.

CAPÍTULO 32

Esa mañana estaba citada Noelia con el ginecólogo. Era un compañero de Alex que trabajaba en el mismo hospital, y que le efectuó una ecografía, tras la que le comunicó que el bebé que esperaban era un niño y les dio la enhorabuena a los dos.

—Tenéis una niña ya, ¿verdad?

—Sí.

—Pues vais a conseguir la parejita.

Asintió ella ilusionada.

—Sí, pero eso nos daba igual. Lo estupendo es que esté bien.

Se despidió Noelia de él y salió con Alex al pasillo, donde le comentó con cierta picardía:

—Es cierto que no sentía preferencia porque fuera niño, pero ya que lo es , me gustaría que se pareciera a ti y que fuera tan alto y tan guapo como tú. ¿Te he dicho alguna vez que el día en el que te conocí me flechaste en cuanto te eché la vista encima? Creo recordar que fue en el jardín de la residencia en la que estaba ingresada tu abuela.

Se echó a reír Alex con ganas.

—No, no me lo has dicho nunca, porque no es verdad. Por aquel entonces el que te había flechado era mi hermano, que se las llevaba a todas de calle. Ni Héctor ni yo podíamos competir con él.

Les entristeció a los dos su recuerdo y Noelia se apresuró a cambiar de conversación mientras caminaban por el interminable pasillo en dirección al ascensor.

—Me voy a ir ahora a la oficina y lo voy a celebrar con mis compañeros, porque esta mañana no tengo visitas. Le pedí a Flor que no me citara a nadie, ya que habíamos quedado con tu amigo, el ginecólogo. Por fortuna, y aunque ya me estoy poniendo como

una facha, me siento bien y en condiciones de defender a mis clientes en todos los juicios que tengo pendientes.

Analizó él su figura y esbozó una sonrisa irónica.

—¿Estas hecha una facha? Tal y como vas vestida en este momento, con pantalones y una blusa suelta, ni se te nota.

—Y con la toga encima de la ropa, menos aún.

Asomó al semblante de él un gesto de preocupación, que no se molestó en disimular.

—Pero no quiero que sigas trabajando hasta el último momento. Cuando cumplas las treinta y dos semanas le cedes tu puesto de jefa del bufete a Miriam y te quedas en casita.

—No soy la jefa de nada— protestó.

—¿No? ¿Qué eres entonces?

—Una compañera de ella con algo más de experiencia. Lo mismo que de Gabriel, que tiene menos que Miriam. Y Flor, aunque sea la secretaria, es fundamentalmente una amiga, sin la que no sabría qué hacer en los momentos difíciles, que en el despacho tenemos muchos, no vayas a creer que eres tú el único.

Lo decía dándose importancia, por lo que Alex volvió a reír.

—No lo dudo y tampoco dudo que te consideras insustituible, aunque no lo seas, pero esta vez me vas a hacer caso.

—Vale, vale— admitió Noelia sin ganas de discutir.

—¿Tienes algún juicio a la vista?

Se encogió de hombros ella.

—No lo sé con seguridad. Importante, no me han citado para ninguno, pero ya te lo contaré.

Se despidieron cuando llegaron al ascensor y ella bajó en él hasta el vestíbulo para salir a la calle y tomar un taxi que la dejó frente al portal de su oficina. Poco después entraba en la antesala del bufete exultante de júbilo, deseando comunicarles el sexo del bebé y que tanto este como ella estaban en perfecto estado, pero no encontró la acogida que esperaba.

Sin duda estaban esperándola, porque Flor se levantó en el acto de su mesa para recibirla, seguida de Miriam y de Gabriel, lo que no dejó de sorprenderla. Los tres parecían tener que decirle

algo poco grato, por lo que paseó su mirada por sus semblantes con el ceño fruncido tratando de adivinarlo.

—Es un niño, ¿sabéis?— les comunicó, esperando su reacción — Vengo del médico, que nos ha felicitado a Alex y a mí, así que no me miréis con esa cara de funeral. ¿Qué es lo que os pasa?

Se apresuraron los tres a darle la enhorabuena y a abrazarla, pero después volvió a notar ella que tenían que darle una noticia que no le iba a gustar, por lo que insistió:

—¿Queréis aclararme ahora qué es lo que ha sucedido en mi ausencia?

Fue Flor la que recogió un papel de su mesa y se lo enseñó.

—Ha venido el procurador con esta citación.

—Sí, ¿y qué?

—Que la Audiencia Provincial ha señalado el juicio de la señora gallega para el día diecisiete de julio a las nueve de la mañana. ¿Quieres que la llame yo o prefieres hacerlo tú?

Le costó entenderlo a Noelia. Estaba en esos momentos tan concentrada en su estado de gestación y en la imagen que había visto en la pantalla del ecógrafo que había apartado momentáneamente de su mente todo lo que tenía que ver con su profesión, pero se hizo a la idea en el acto de lo que suponía la noticia, que le provocó la consiguiente ansiedad. No esperaba que la Vista se celebrara tan pronto, por lo que debía aprestarse a preparar su defensa de inmediato y posponer para más adelante las compras de la ropita de su bebé y de la suya, que se había planteado realizar esa tarde en la que no tenía ninguna visita.

Captó Miriam su gesto de desasosiego y se ofreció cariñosamente a sustituirla.

—Sabes que puedes contar conmigo y no tengo nada especial que hacer ese día, así que no es necesario que seas tú la que te enfrentes al fiscal y trates de embarullar a sus testigos. No sé si tan bien como tú, pero puedo hacerlo yo.

—No, no— protestó ella—. Tengo aún unos días por delante para trazar mi línea de defensa y me encuentro muy bien, así que, como de costumbre, iremos las dos a la Vista, pero la defenderé yo. Voy a llamar ahora a su hija para que la avise y venga a Madrid al

menos un par de días antes para que la aleccione y no diga en el juicio ninguna tontería.

La siguieron los tres con la vista cuando se dirigió como una exhalación hacia su despacho y Flor meneó desalentada la cabeza mientras comentaba:

—No cambiará nunca. Espero, Miriam, que la metas en cintura y que cuando se aproxime la fecha del parto la obligues a tomarse la baja por maternidad que le corresponde, porque es muy capaz de tener el niño aquí, en la oficina.

—Descuida— la tranquilizó esta, mientras hacía intención de seguir a la otra—. Iré a la Vista con ella e impediré como siempre que se enganche un rizo con un dedo, lo que suele conllevar que toda la sala siga con los ojos las vueltas que le da en el aire. Y en los próximos meses procuraré descargarla de trabajo.

En cuanto se sentó tras su mesa y con Miriam frente a ella, llamó Noelia a Herea por teléfono para darle la noticia y para pedirle que avisara a su madre, lo que dejó a esta consternada.

—No esperaba que se celebrara el juicio tan pronto. ¿Y cómo lo ves?— le preguntó—. Espero que consigas su absolución, pero me inquieta también que diga alguna tontería relativa a como se portó Gustavo conmigo, cuando se enteró de que estaba embarazada, y cómo me robó después a mi hija. Podría llevar a la policía a sospechar que fui yo la que le envenené, porque tenía motivo y porque estaba sentada a su lado cuando manifestó los primeros síntomas. No sé cuánto tiempo transcurrió desde que se vino a nuestra mesa y dejó sobre ésta el vaso de vodka, pero es posible que transcurrieran diez minutos, que a mí se me hicieron eternos, por lo que quizás crea que tuve esa oportunidad.

—No te preocupes— la alentó Noelia, aunque también a ella le desazonaba la idea de que Victoria hablara de más—. Le haré repetir las respuestas que tendrá que darle al fiscal hasta que se las aprenda de memoria. No te preocupes.

Dos semanas más tarde se presentó Victoria en casa de su hija, acompañada de Rafiña, con el que había viajado en el camión del marisqueador que venía todas las semanas a Madrid. Su marido se había quedado en la aldea para ocuparse del resto de la familia y

Herea les abrió la puerta de la casa temiendo la reacción de su hermano al ver a Viky, pero no hizo éste ningún comentario cuando reparó en la niña que su hermana llevaba de la mano, lo que claramente indicaba que estaba al tanto de su existencia. Victoria sí abrazó a la chiquilla y le dijo mil ternezas, pero él se limitó a avanzar por el pasillo hacia la sala de estar, tieso como un huso.

—Es tu sobrina— le dijo Victoria señalándosela.

—Ya lo sé— gruñó él, sin dignarse fijar sus ojos en ella—. He venido yo, porque padre no podía hacerlo, pero nos iremos los dos el mismo día del juicio.

—Como si te quieres marchar ahora mismo— replicó Herea dolida por el menosprecio que le hacía a su hija—. No nos haces ninguna falta y si no te gusta Viky, peor para ti. Tampoco me gustas tú a mí y no es necesario que te quedes en mi casa. Puedes buscarte una pensión o también un puente para dormir debajo.

—Gracias— masculló secamente él —. Me quedaré aquí hasta ese día, porque no nos sobra el dinero a la familia, a diferencia de lo que te ocurre a ti. No imaginé ni por lo más remoto mientras viviste con nosotros que pudieras caer tan bajo.

—Cállate Rafiña— le ordenó su madre con acritud—. Y no se te ocurra comentar ni una palabra de esto en el pueblo cuando volvamos. Si tu hermana nos visita en el futuro diremos que Viky es una niña adoptada.

—¿Y se lo iba a creer alguien?— protestó el chico enrojeciendo de indignación—. Es exacta a ella cuando era pequeña. Tiene los mismos ojos y los mismos rizos rubios—. Nos retirarán el saludo, por lo que lo más prudente sería que ella misma decidiera seguir los pasos de la Engracia.

—Descuida— le gritó Herea, fuera de sí—. Ni pienso volver a O Porta Do Mar ni me va a meter nadie en un convento. Y tú menos que nadie. No eres más que un mocoso rebosante de prejuicios prehistóricos, que no ha salido nunca de una aldea de muerte, más prehistórica todavía, así que llama ahora mismo a tu amigo el camionero y te vuelves por donde has venido. No te quiero en mi casa ni un segundo más.

Se interpuso Victoria entre los dos, estirando su rechoncha figura.

—A callar— vociferó—. Rafiña se va a quedar aquí hasta que nos vayamos los dos después del juicio y tú te vas a aguantar— le dijo a Herea. Ya sé que estamos en el pueblo todos un poco trasnochados, pero no podemos cambiar de un día para otro.

Había previsto ella acompañar a su madre al día siguiente al despacho de Noelia, pero esa mañana se opuso Rafiña mientras desayunaban.

—Nada de eso— protestó—. Vete a tu trabajo que yo he venido precisamente porque padre no ha podido hacerlo y en su ausencia soy el que debe ocuparse de ella.

Se lo decía como si solo una persona perteneciente al sexo masculino fuera capaz de realizar una función trascendente, por lo que estuvo a punto ella de mandarle a un sitio feo, pero la mirada de reconvención de su madre la contuvo, y se marchó a la Torre Verdaguer después de llevar al piso de Virtudes a su hija.

Sabía que Alberto había sido citado como testigo por el fiscal, pero, aunque se lo había cruzado por los pasillos, no había vuelto a hablar con él desde la tarde en la que fueron los dos a ver a Noelia. Sintió después de la agarrada que había tenido con Rafiña el imperioso deseo de sentir su apoyo, por lo que decidió ser la que diera el primer paso y cuando el ascensor la dejó en la planta treinta y cinco se dirigió al despacho de él. Estaba escribiendo algo en el ordenador y lo interrumpió al oírla entrar, levantando la cabeza hacia ella, aunque no pronunció una sola palabra.

Tomó asiento Herea frente a su mesa sintiendo la garganta seca.

—Mañana es el juicio de mi madre— le dijo a media voz.

—Sí— fue todo lo que le contestó él.

—¿Y qué vas a declarar cuando te pregunte el fiscal?

Hizo él un gesto vago o eso le pareció a Herea. Un sol deslumbrante se filtraba a través de la acristalada fachada, pese al store que la cubría detrás de su mesa y dejaba en sombras su rostro, pero le pareció que la miraba inexpresivamente.

—Voy a decir la verdad de lo que pasó. ¿Por qué?

—Porque estoy preocupada. Mi madre es muy parlanchina y no suele medir sus palabras. Me da miedo que se pase de la lengua y que diga que Gustavo tuvo lo que se merecía por no haberse casado conmigo, como era su obligación.

Sonrió ahora él con algo de ironía.

—¿Te hubieras casado con él, si te lo hubiera pedido?

Le sorprendió que se lo preguntara, porque le respuesta era obvia. Por aquel entonces estaba tonta por él y había seguido estándolo mucho tiempo después.

—Eso no importa ahora— repuso tras carraspear para aclararse la garganta—. Espero que Noelia consiga exculpar a mi madre, pero no dejo de preocuparme por lo que pueda decir, porque si alguien pudo echarle la pastilla de estricnina a su vaso de vodka, fui yo. No sé si lo recuerdas, pero estaba sentado a mi lado cuando tomó un sorbo al comerse el canapé y sufrió aquella especie de ataque.

—¿Temes que la exculpen a ella y te acusen a ti?— le preguntó Alberto analizando con fijeza su rostro.

Vaciló Herea, pero terminó por asentir.

—Pues… sí, temo las dos cosas. La verdad es que últimamente todo me sale mal.

Asomó a su semblante el interés que le inspiraba lo que le acababa de decir y se inclinó hacia ella sobre la mesa.

—¿Qué es lo que te ha salido mal? Solucionamos el malentendido de los pedidos que fingieron que habíamos anulado y que yo sepa no ha ocurrido nada más. ¿O sí?

Se preguntó una vez más si se lo debería referir, porque el culpable era su hermano y la forma en la que la consideraba éste la hería en lo más profundo, pero necesitaba tanto desahogarse…

—Ha venido mi hermano Rafiña con mi madre— le dijo—. Es el que me sigue en edad y, además de un machista, es un retrógrado que mantiene las opiniones que estaban vigentes en la Edad Media pero que hace mucho que desterró la sociedad. Llegó ayer y, cuando vio a Viky, me miró despectivamente como si se estuviera preguntando por el motivo por el que no estoy ingresada en un convento, que es a su modo de ver el lugar en el que deben ser acogidas las mujeres que sin estar casadas tienen un hijo.

No sonrió ahora. Se quedó mirándola serio con un brillo extraño en sus ojos azules.

—¿Hubiera preferido que abortaras?— le preguntó.

—No, supongo que no. Lo que hubiera querido es que fuera casta y pura, que es la obligación, según él, de una mujer decente.

—No le hagas caso, ya cambiará cuando cumpla unos años más y salga del cascarón.

Le pareció a ella que pretendía añadir algo a lo que acababa de decirle, pero desistió antes de empezar a hablar. Se mesó la barbilla, cruzó luego las manos, después las descruzó, y finalmente murmuró:

—Me gustaría conocer a tu hija. No la he vuelto a ver desde el día en el que te la llevaste del orfanato y te acompañé con ella a tu casa. Entonces era una monada.

—Y lo sigue siendo— le aseguró ella más animada—. Tengo fotos suyas en el móvil. ¿Quieres verlas?

—Por supuesto que sí.

—Se las fue enseñando una por una y por unos minutos se sintió absurdamente feliz ante los comentarios que iba haciendo él.

—Es preciosa mi sobrina— le dijo cuando le mostró una en la que Viky gateaba sobre la alfombra de la sala de estar—. Es exactamente igual a ti. Me gustaría…

—¿Qué?

—Creo que también tengo derecho, porque también es pariente mía.

—¿A qué?

—A dar un paseo con ella por el Retiro o por cualquier otro parque empujando su cochecito. Me gustaría que me conociera y que…— Se pasó un dedo por la corbata como si le oprimiera el cuello y terminó de decírselo con dificultad—: Me gustaría caerle bien.

Había una segunda intención en sus palabras que captó ella y la obligó a sonreírle con los ojos brillantes.

—Por supuesto. Si te parece, saldremos los tres a dar ese paseo en cuanto se celebre el juicio. El próximo sábado podría ser una buena fecha.

CAPÍTULO 33

Voceó el agente judicial el procedimiento que se iba a celebrar a continuación, abriendo al mismo tiempo las puertas de la sala de la Audiencia Provincial ante la que ya se agolpaba un gentío numeroso, integrado en su mayor parte por los asistentes al coctel con el que Verdaguer había querido conmemorar el aniversario de la inauguración del edificio y durante el que había encontrado la muerte Gustavo Montero.

Noelia y Miriam, con sus flotantes togas negras, se abrieron paso entre los asistentes, que iban ocupando los bancos destinados al público, para ir a sentarse en su mesa, ubicada en línea perpendicular y a la derecha del tribunal, en la que los tres magistrados que lo componían se hallaban ya presidiendo el acto, con el secretario judicial delante de su mesa y el fiscal frente a la mesa de la defensa y a la izquierda de aquellos.

Detrás de ellas entró Victoria, a la que el agente judicial le indicó la silla situada delante de los bancos del público, en los que a duras penas encontraron asiento Herea y Rafiña, que habían acompañado a su madre, pero que apenas si se habían dirigido la palabra. Vio aquella un par de bancos más adelante a Isabel, la exnovia de Alberto, que apartó inmediatamente la mirada cuando la cruzó con la suya, y también a Aníbal, que hizo algo similar. Conocía de vista también a muchos de los asistentes, sin duda por habérselos tropezado por el vestíbulo del edificio o por haber subido con ellos en alguno de los ascensores, pero no vio a Margarita ni a ninguno de los empleados de Marvels.

Leyó el secretario judicial los escritos de acusación y defensa, así como la lista de los testigos y peritos propuestos y admitidos, y, tras las cuestiones preliminares, el presidente del tribunal le pidió a la acusada que dijera su nombre.

—María Victoria Jiménez Sandoval— pronunció ésta con voz clara.

—¿Se declara culpable o inocente?

—Inocente— afirmó ella sin un segundo de vacilación.

El presidente le dio la palabra al ministerio fiscal, que giró la cabeza hacia los miembros del tribunal. Era un hombre de mediana edad, menudo y rechoncho, con el cabello y el bigote blanco y aire bondadoso, pero Noelia, que se había enfrentado con él anteriormente en otros procedimientos judiciales, sabía que tenía un genio temible. Pronunció éste la frase ritual:

—Con la venia de la sala.

Clavó seguidamente los ojos en la acusada, en cuya expresión retadora se entremezclaba también la curiosidad. Se había vestido para el acontecimiento con sus mejores galas: Una falda negra y una blusa blanca, que ambas le quedaban estrechas, y no parecía estar impresionada por el formalismo que se respiraba en la sala, en la que no se oía el vuelo de una mosca.

—Ha dicho usted que se considera inocente de la muerte por envenenamiento con estricnina de don Gustavo Montero Caminos que tuvo lugar en la terraza del edificio Torre Verdaguer el día tres de mayo último— le dijo.

Parpadeó ella ante el tono inquisitorio con el que se le había dirigido, quizás rememorando el descaro con el que vendía en la plaza del pueblo el pescado que no había sido adjudicado en la subasta de la lonja a unos compradores exigentes, a los que le respondía a gritos que el suyo era el más fresco y el mejor que podían adquirir, pero ante la advertencia que leyó en la mirada de Noelia no se atrevió y repuso tan solo:

—Sí, señor.

—¿Admite que fue contratada para la ocasión por la empresa que tenía que servir el catering para preparar en la cocina del ático de ese edificio los canapés calientes destinados al ágape?

Asintió Victoria con la cabeza.

—Sí señor. Soy una buena cocinera y le hice a la empresa una relación de los que eran mi especialidad para que eligiera los más adecuados.

—¿Entre ellos unos canapés mejicanos muy picantes por los que el anfitrión se decantó?— quiso precisar el fiscal.

—Sí señor, con chile, gambas y aguacate, pero también por otros de salmón ahumado, de jamón, y de ensaladilla, así como tortilla de patata.

Consultó él algo en unos papeles que tenía sobre la mesa e inquirió acusadoramente:

—¿Reconoce también que le pidió a un camarero que le llevara a la mesa en la que estaba sentada la víctima una bandeja con los canapés que ha enunciado y que se los ofreciera, recomendándole especialmente uno que contenía chile y que estaba envenenado con estricnina?

Se le quedó mirando Victoria con descaro y meneó negativamente la cabeza. Estuvo a punto de ponerse en jarras, pero su mirada volvió a cruzarse con la de Noelia y prudentemente se abstuvo.

—No, señor.

—¿No se lo pidió al camarero?— insistió el fiscal tras mesarse el bigote, que le pendía lacio sobre el labio superior.

—Pedírselo, sí se lo pedí, pero el canapé no estaba envenenado con estricnina. Había oído comentar que a ese joven le gustaba el picante y, como el chile lo es, se lo sugerí al camarero.

Esbozó el fiscal un gesto de incredulidad.

—¿Y a quien se lo había oído comentar? Tengo entendido que usted vive en Galicia y que de los asistentes solamente conocía a su hija.

Parpadeó Victoria con aire desorientado.

—Pues… no sabría decirle. Puede que fuera a una señora que llevaba un traje negro y un chal rojo. Entró en el salón del ático y pasó por mi lado cuando salí un momento de la cocina para ir al baño, pero ella me empujó porque también quería utilizarlo y me ganó la vez, porque corrió más que yo y se encerró por dentro.

Se oyeron risas entre el público, lo que debió molestar al fiscal y también al presidente del tribunal, que levantó la voz para pedir silencio. El otro se acodó sobre la mesa y la envolvió en una mirada de reconvención por haber provocado la hilaridad de los asistentes.

—¿No hay más que un baño en ese ático?

—No señor. Hay otro para el servicio, pero también estaba ocupado por un camarero. Por eso intenté usar el de los invitados.

—¿Y mientras la señora del traje negro echaba carreras con usted se detuvo ella para decirle que la víctima era aficionada al chile?— inquirió el fiscal irónicamente.

Volvió Victoria a negar con la cabeza.

—No señor, no se detuvo. Ya le he dicho que corría como un gamo. Se lo comentó a una joven que iba con ella y que llevaba un traje rojo. Que había probado uno de esos canapés y que le iban a gustar mucho al señor que falleció después. Por eso le recomendé al camarero que se lo ofreciera.

La envolvió el fiscal en una mirada de incredulidad antes de hacerle una nueva pregunta.

—Vamos a ver si conseguimos puntualizar algunos extremos de interés. Usted vive en un pueblo de Galicia y hacía lustros que no venía a Madrid. ¿Es eso cierto?

—Bueno… sí, aunque hace un par de años vine al funeral de una señora en cuya casa serví cuando era muy joven. Después no había vuelto.

—No conocía por lo tanto a la víctima, ¿o sí?

—No, no le había visto en mi vida.

—Pero su hija sí, porque trabaja en el mismo edificio y hace tiempo fue su secretaria.

Esbozó Victoria un gesto vago.

—Pues eso no lo sé, porque no me lo ha contado. Hacía tiempo que no nos veíamos y vine a Madrid un par de días antes de esa fiesta porque me escribió diciéndome que tenía la gripe, pero no hablamos de eso que me está diciendo, porque no hemos tenido tiempo y porque ella prefería que fuese yo la que le contara cómo iban las cosas en el pueblo. Se ha criado allí, ¿sabe? y como es natural es el tema que nos interesa a las dos.

—No sabía entonces que su hija sí había tenido relación con la víctima— puntualizó él señalándola con un bolígrafo.

—No.

—¿Está segura?— insistió, dado a entender por su expresión que no la creía.

—Sí, claro que lo estoy.

—Pese a lo cual le pidió a un camarero, que lo corroborará, que le ofreciera un canapé concreto de los que llevaba en una bandeja y que cuando él se lo comió sufrió una inmediata indisposición que le ocasionó la muerte. ¿Es cierto?

Dio la impresión de que Victoria no le había entendido, porque permaneció un par de segundos con la boca abierta y expresión estúpida.

—Sí, se puso muy malo de repente. Empezó a toser y a toser como si se estuviera ahogando y se bebió de un trago el vaso que tenía sobre la mesa. Después se cayó al suelo y alguien llamó a una ambulancia que se lo llevó.

Debió pensar el fiscal que no iba a sacar nada en limpio si seguía interrogándola, porque hizo un gesto displicente y le dijo que no tenía más preguntas que hacerle. El presidente del tribunal se volvió entonces hacia Noelia:

—La defensa tiene la palabra.

—Con la venia de la sala— dijo ella con voz clara, antes de dirigirse a la acusada.

—Ha dicho usted que no conocía a don Gustavo Montero.

—Es cierto. No le había visto en mi vida.

—Ni tampoco había oído hablar de él.

—No, tampoco— . Y con absoluta ingenuidad inquirió—: ¿Por qué me lo pregunta? ¿Es que era famoso?

Hizo ella como que no la había escuchado y afirmó:

—Admite entonces que fue en la tarde de la fiesta cuando coincidió con la víctima por primera vez. ¿Se fijó en él por alguna razón?

Asintió Victoria, aunque sin llegar a dar el sorbetón que estuvo a punto de dejar escapar.

—Me asomé un instante a la terraza por curiosidad, para ver el ambiente con el que se estaba desarrollando la fiesta y sí, me fijé en él porque estaba en la misma mesa que mi hija, con dos personas más, y con otro joven que se le parecía mucho. Le llegué a

preguntar a un camarero si sabía si eran gemelos, pero me contestó que no tenía la menor idea.

—¿Y entonces pasó por su lado la señora del traje negro que se dirigía al baño?

—Sí, ya he dicho que la acompañaba una joven que llevaba un traje rojo, y las dos iban hablando de un tal Gustavo al que le gustaba mucho el picante. Por eso le pregunté al camarero si sabía quién era él.

—¿Y se lo dijo?

—Tampoco tenía ni idea, pero me lo aclaró la joven del traje rojo.

—¿Y le pidió al camarero que le ofreciera un canapé determinado?

—Le sugerí que le alabara uno que contenía chile.

Se inclinó Noelia hacia ella tras una pausa efectista.

—¿Le había puesto usted veneno a ese canapé?

Abrió Victoria desmesuradamente los ojos.

—¿Yo?, claro que no. No estoy loca. ¿Por qué habría de haber querido yo envenenar a un joven al que no había visto en mi vida?

—Está bien, no tengo más preguntas que hacerle.

Comenzó entonces el turno de los testigos del fiscal y el agente judicial llamó en primer lugar al camarero que les había ofrecido a Gustavo, y a los que compartían la mesa con él, los canapés que portaba en una bandeja. Juró decir la verdad y en respuesta a la pregunta del fiscal le dijo su nombre y que le llamaba la empresa que había servido el catering cuando los asistentes a la fiesta eran muy numerosos. Que otros tres camareros y él habían empezado por ofrecer bebidas a los asistentes y un cuarto de hora más tarde el menú que había sido elegido por el anfitrión.

—¿Empezó usted a servirlo a los invitados de una mesa determinada?— le preguntó el fiscal con voz clara y claramente interesado en su respuesta—. Tengo entendido que la mayoría permanecía de pie, charlando en corrillos.

—Sí, señor, a la mesa que me indicó la señora que se había sido contratada como cocinera para la ocasión.

—¿Y cuál fue la que le indicó?

—Una que se hallaba justamente enfrente de la puerta de cristales por la que se salía a la terraza y en la que estaban sentados una señora, tres jóvenes, y una muchacha. La cocinera me había pedido que le recomendara a uno de esos jóvenes un canapé determinado y es lo que hice.

—¿A la víctima?

—Sí.

—¿Y qué fue lo que pasó a continuación?

—Que ese joven cogió ese canapé y se lo comió. A continuación, se puso rojo y empezó a convulsionarse como si se estuviera ahogando. Después se desplomó y se cayó al suelo inconsciente y falleció unos minutos más tarde en la ambulancia que se lo llevó a un hospital.

—Ya— aprobó el fiscal como si con lo que había oído quedara todo explicado—. ¿Y cómo le dijo la cocinera a quien tenía que recomendarle el canapé? ¿Se lo señaló?

—No, me dijo que se lo llevara a un tal Gustavo Montero y como yo ignoraba quien pudiera ser ese señor, una de las invitadas que se dirigía en ese momento al baño y que se cruzó conmigo cuando salía yo a la terraza y la oyó, me lo indicó.

Asintió el fiscal con la cabeza, evidentemente satisfecho, y luego le preguntó:

—¿Puede decirme si ve en esta sala a esa cocinera de la que me ha hablado?

Se volvió el camarero para mirar a su espalda y señaló a Victoria con un dedo.

—Sí, señor, es la acusada.

Dio por finalizado el fiscal su interrogatorio y el presidente del tribunal le dio la palabra a la defensa, que giró la cabeza hacia la mesa del tribunal.

—Con la venia de la Sala.

Luego se dirigió al camarero para preguntarle:

—Ha dicho usted que mi defendida le pidió que le llevara un canapé a uno de los invitados, porque a este le gustaba mucho el picante, y que fue lo que hizo. ¿Se fijó en si ese invitado tenía una

bebida en la mano cuando se aproximó usted a la mesa en la que estaba sentado?

Asintió él sin necesidad de detenerse a reflexionar.

—Sí, señora. Tenía un vaso que había dejado sobre la mesa. Precisamente se lo había ofrecido yo con anterioridad.

—¿Sabe lo que contenía el vaso?

—Sí, señora, era vodka. Debía gustarle especialmente esa bebida, porque una media hora antes me había cogido otro vaso de la bandeja, también de vodka.

—¿Ha dicho usted que se lo ofreció media hora antes?

Pestañeó perplejo él como si no entendiera la importancia que le daba ella al tiempo que pudiera haber transcurrido entre las dos bebidas.

—Bueno… no lo sé con exactitud. Puede que en vez de media hora fueran veinte minutos y también que fueran tres cuartos de hora. No miré el reloj.

—¿Y cómo sabe que era vodka lo que contenía el vaso que cogió la víctima?

Se encogió de hombros él.

—Porque era la única bebida transparente e incolora que servimos esa tarde. En su mayoría eran cócteles, refrescos, y también vino tinto, que ahora está de moda.

—Está bien. No tengo más preguntas que hacerle.

Fue el camarero a sentarse entre el público y llamó el agente judicial a Margarita Ribas. Entró en la sala con aire decidido con su larga melena oscura y lisa que enmarcaba su atractivo semblante. Vestía un traje de chaqueta blanco y calzaba unos zapatos de tacón alto. Con absoluta desenvoltura juró decir la verdad y tomó asiento a continuación en la butaca destinada a los testigos, sita delante de los bancos del público, y a un par de metros de la silla que ocupaba Victoria.

A preguntas del fiscal dijo su nombre, que había conocido a la víctima unos seis meses antes, en los que había empezado a trabajar en el mismo edificio como gerente de la entidad mercantil de la que su padre era accionista mayoritario, y que había entablado una relación comercial entre las empresas de ambos ya que la de él

confeccionaba ropa y la de ella la vendía en unos grandes almacenes pertenecientes a aquella. Que había estado comprometida con él, pero que habían roto recientemente a consecuencia de una riña, aunque se estaban replanteando retomar dicho compromiso.

—¿Y qué sucedió la tarde de la fiesta?— le preguntó el fiscal.

Giró ella a medias la cabeza hacia Victoria y la contempló desdeñosamente.

—Que la acusada envenenó a Gustavo para vengarse de él— repuso con un rencor que no se molestó en disimular—. Es la madre de una chica que fue secretaria de Gustavo, a la que este despidió cuando se dio cuenta de que faltaba dinero de la caja fuerte y averiguó que había sido la que lo había cogido. Aunque la acusada vive en Galicia, vino a Madrid al enterarse de la fiesta que se iba a celebrar en la Torre Verdaguer, a la que iban a asistir muchas de las personas relevantes que trabajan en el edificio. Había maquinado que la contrataran en la cocina y poder tomarse así la justicia por su mano.

—¿Envenenando algo del cóctel que se iba a servir y que sabía que iba a tomar él? — inquirió el fiscal.

—Sí, porque además se lo oí decir con toda claridad.

Se oyó un murmullo entre el público, que el presidente de la sala hizo callar en el acto.

—Silencio— tronó.

—Puede explicarnos eso más detalladamente— le pidió el fiscal.

—Sí, claro que sí. Me dirigía yo al aseo de ese ático con mi madre, cuando hizo intención la acusada de asomarse a la terraza y al camarero que salía en ese momento con una bandeja de canapés le dijo que le ofreciera uno determinado a Gustavo. Estaba sentado él en una mesa con varias personas y entre ellas con su hija.

—¿La que había sido su secretaria?

—Sí.

—¿Y qué actitud mantenía con él?

—Protesto— tronó Noelia—. La pregunta es impertinente, ya que no guarda relación con los hechos que se están juzgado ni sirve para esclarecer los que se consideran controvertidos.

El presidente del tribunal desestimó la protesta por entender que sí podía ayudar a aclarar los motivos que incitaron a la acusada a cometer el delito y Margarita repuso:

—Estaba tonteando con él, sin duda para retomar la relación que mantuvieron mientras fue su secretaria. Intentó engatusarle por aquel entonces, pero Gustavo rompió con ella cuando se dio cuenta de que era una ladrona.

Volvió a protestar Noelia y el presidente lo admitió esa vez e hizo constar que no se recogería en el acta lo que la testigo acababa de decir sin prueba alguna sobre la hija de la acusada. Le dio nuevamente la palabra al fiscal y este creyó oportuno insistir sobre lo que Margarita había declarado ya que lo consideraba extremadamente relevante.

—Ha dicho usted que la acusada le mostró un canapé concreto al camarero y le dijo que se lo ofreciera a la víctima. ¿Se ratifica en esa declaración?

—Por supuesto. Le dijo expresamente que se lo recomendara a don Gustavo Montero y como el camarero no sabía quién era el aludido se lo aclaramos mi madre y yo.

Se atusó el fiscal su blanco bigote, obviamente satisfecho, pero quiso aún puntualizar un detalle para conectarlo con el relato que había efectuado Victoria y le preguntó:

—¿Llevaba usted un traje rojo en esa fiesta?

—Sí, señor.

—¿Y su madre uno negro, con un chal rojo?

—Sí.

Desvió él su mirada hacia la mesa que tenía enfrente, en la que estaba sentada Noelia con Miriam a su lado y, aunque lo que dijo a continuación iba dirigido a la testigo, había en su voz un deje de triunfo claramente dedicado a la defensa.

—Está bien. Puede retirarse.

Renunció Noelia a interrogar a la testigo, así como a su madre, que fue llamada seguidamente por el agente judicial y que declaró en síntesis lo mismo que su hija.

Flotaba ya en el aire entre el público asistente la convicción de la previsible condena de la acusada, cuando fueron interrogados

María Luisa y Jacobo, que declararon en síntesis y en respuesta a las preguntas de Noelia que Gustavo había acusado los efectos de la estricnina mientras se comía el canapé que contenía chile.

Lo mismo afirmó Alberto, que fue el último de los testigos del fiscal al que avisó el agente judicial. A continuación, el presidente del tribunal suspendió la sesión hasta las cuatro de esa misma tarde y los asistentes salieron desordenadamente de la sala.

CAPÍTULO 34

Quedaba por efectuar la prueba pericial y el agente judicial llamó en primer término al médico forense que le había practicado la autopsia a Gustavo. Era un hombre de mediana edad, delgado y con una abundante mata de pelo negro en la cabeza, empeñada en resbalarle sobre los ojos, pese a que trataba con impaciencia de mantenerla en su lugar. Se ratificó en el informe que obraba en las actuaciones, que a instancia del presidente del tribunal trató de traducir en un léxico comprensible para cualquier lego, manifestando que Gustavo había fallecido a consecuencia de una ingesta letal de estricnina, que se le había detectado en el estómago, que contenía también medio litro de vodka y en el que no se había iniciado la digestión del canapé que se había comido.

—¿Medio litro de vodka?— se sorprendió el fiscal.

—Sí, el contenido de dos vasos— le aclaró el forense—. Se había bebido dos vasos de vodka.

—¿No había tomado nada más?— quiso puntualizar aquel.

—No.

—¿Y puede usted precisar con cual de esos elementos se le había suministrado la estricnina?

Meneó el forense negativamente la cabeza.

—No.

Efectuó seguidamente una disertación que nadie entendió sobre el proceso de la digestión, plenamente convencido de que estaba explicando algo muy sencillo.

Cuando le dieron la palabra a Noelia, le preguntó ésta si era experto en venenos, a lo que él le contestó que la toxicología era una rama específica de la medicina, distinta de la forense que era la suya, por lo que no pretendió ella que precisara lo que le interesaba

poner de manifiesto, ya que no estaba comprendido en su especialidad.

Faltaba la declaración del perito toxicológico que era el único medio de prueba que había aportado la defensa y con el que Noelia esperaba aportar el argumento definitivo en base al cual solicitar la absolución de Victoria.

Se retiraba ya el forense y el agente judicial acababa de llamar al compañero de hospital de Alex, que entró segundos más tarde en la sala. Era un hombre de unos cuarenta años, muy delgado, con gafas sin montura y aspecto de sabio distraído. A instancia de Noelia declaró que había analizado la sustancia que le había sido remitida por el médico forense que le había practicado la autopsia a la víctima y había detectado la dosis letal de estricnina, que le había causado la muerte.

—¿Podría explicarnos de una forma sencilla cómo actúa ese veneno?— le pidió ella.

Efectuó el perito un gesto de asentimiento y, al igual que antes el forense, creyó hacer una exégesis elemental del tóxico en cuestión.

—La estricnina es un antagonista competitivo de la glicina, un neurotransmisor inhibidor, liberado por las neuronas inhibidoras postsinápticas en la médula espinal y….

Victoria le miraba con sus ojos azules muy abiertos y expresión de profunda sorpresa, quizás preguntándose si estaría hablando en español, pero fue el presidente del tribunal quien le interrumpió antes de que siguiera hilando palabras incomprensibles.

—Sí, sí, pero dígame, ¿en qué forma se presenta ese veneno? ¿Puede ser en polvo?

—Sí, en un polvo inodoro, cristalino y amargo.

—¿Que pudiera ser espolvoreado sobre un canapé?

—Por supuesto, pero suele comercializarse en pastillas, que, disueltas, también podría mezclarse con alguno de sus componentes. Amasarse con la harina de la base, por ejemplo.

—Ya— aprobó el presidente muy satisfecho—. Nos lo ha explicado con mucha claridad.

Debía Noelia continuar su interrogatorio, por lo que se inclinó hacia él sobre su mesa.

—Ha dicho usted que la estricnina se puede presentar en polvo, pero que también en pastillas que se suelen utilizar para matar ratas. ¿Es así?

—Sí.

—¿Y podrían esas pastillas o ese polvo disolverse en un líquido alcohólico?

—Sí, por supuesto.

Era el momento crucial. Fue a llevarse un dedo al rizo que le colgaba sobre la frente, pero Miriam lo impidió disimuladamente dándole un manotazo, con lo que estuvo a punto ella de perder el hilo de lo que iba a decir. Por fortuna lo recobró a tiempo, dejó su mano sobre la mesa y le preguntó:

—¿Y podría también disolverse en el vodka que la víctima había ingerido?

—Desde luego.

Hizo una pausa efectista antes de preguntarle con voz clara:

—¿Cabría la posibilidad entonces de que el veneno no estuviera en el canapé que había comido, sino en la bebida que había tomado?

Ignorante por completo de la relevancia que tenía su respuesta, afirmó el perito:

—Por supuesto.

Se oyó un revuelo entre el público, que el presidente acalló en el acto.

—¡Silencio!

Miriam le dio a Noelia una patadita por debajo de la mesa para animarla a continuar, porque el momento era absolutamente trascendente. Sintió ella que su ritmo cardíaco emprendía una carrera vertiginosa y que el sudor le corría por la espalda. Consiguió liberar su dedo de la mano con la que la otra le impedía alcanzar el rizo y una vez que lo logró lo enrolló en él y lo giró en el aire.

—Y, dígame— empezó con la garganta seca, aunque se sintió mejor tras darle otro giro a su rizo—, según han declarado todos los testigos, se acababa de llevar la víctima el canapé a la boca cuando

se puso rojo como si se estuviera asfixiando y a convulsionarse. ¿Son inmediatos los efectos de ese veneno?

Meneó él negativamente la cabeza.

—No, claro que no. Han de transcurrir al menos entre diez y veinte minutos desde su ingesta.

Inspiró ella oxígeno antes de insistir sobre ese particular:

—¿Sería más acertado entonces achacarle esos efectos como soporte del veneno a la bebida que se había tomado una media hora antes de sentarse a la mesa en la que se hallaba, cuando el camarero el ofreció el canapé?

—Efectivamente.

El fiscal se puso pálido, al tiempo que se oía un rumor sordo procedente de los bancos del público y que los tres miembros del tribunal intercambiaban una mirada de estupefacción. Fue el presidente el que se dirigió ahora al forense para preguntarle:

—¿Y no caben excepciones a esa regla? ¿No cabría que en determinados casos el efecto fuera fulminante?

Lo consideró el otro con el ceño fruncido.

—No, claro que no. La estricnina se ioniza a ph ácido y se absorbe rápida y completamente en el intestino delgado, metabolizándose en el hígado. Ese proceso requiere diez minutos al menos, ¿comprende? Es imposible que se produzca en un momento en el que el alimento que lo contiene no ha pasado aún del estómago.

Aún a riesgo de resultar pesada y de machaconear sobre lo que ya había declarado él, insistió Noelia:

—Es obvio, por consiguiente., que la estricnina no estaba en el canapé, sino en la bebida que la víctima se había tomado una media hora antes de sentarse en la mesa en la que le fue ofrecido aquel, ¿no es así?

Se colocó él las gafas sobre el puente de la nariz y asintió:

—Por supuesto. Ateniéndonos a los hechos que obran en las actuaciones, tuvo que ser así.

Otro rumor del público pareció servir de eco a su afirmación, que el presidente del tribunal volvió a acallar, para darle

seguidamente la palabra al fiscal, que tabaleaba con un bolígrafo sobre su mesa y que finalmente renunció a interrogarle.

Quedaba por realizar el trámite de conclusiones y el fiscal modificó las provisionales que constaban en su escrito de calificación para desistir de la acusación del delito de asesinato que le había sido imputado a Victoria Jiménez Sandoval, en base a la peritación efectuada por el toxicómano aportado por la defensa, a lo que se adhirió Noelia cuando le fue concedido el turno para cumplimentar dicho trámite.

El presidente del tribunal dio a continuación por finalizado el juicio golpeando su base con el mazo que tenía sobre la mesa y pronunciando la frase ritual:

—Visto para sentencia.

Se levantaron de su mesa Noelia y Miriam para reunirse con Victoria, que, en pie, miraba en todas direcciones sin entender lo que había pasado y, empujándola por detrás salieron con ella de la sala. También Herea y Rafiña se habían levantado del banco en el que estaban sentados, pero antes de ponerse en movimiento se miraron exultantes de júbilo y, olvidando sus rencillas, se fundieron en un abrazo espontáneo celebrando la exculpación de su madre. Ya en el pasillo se reunieron con esta y con las dos abogadas que intentaban explicarle a Victoria que el fiscal había retirado los cargos que pesaban sobre ella y el motivo por el que lo había hecho.

Se presentó Rafiña a Noelia, ya que ésta no le conocía, y le preguntó si debían esperar en Madrid a que se realizara alguna citación del tribunal a su madre antes de volver a su aldea y ella le dijo que podían marcharse a la mañana siguiente si lo deseaban, ya que, en contra de lo que sucedía en las películas, el juzgado notificaba la sentencia al procurador, que se ocupaba de hacérsela llegar al abogado y al acusado sin que este estuviera presente.

—Volveremos enseguida a casa— le dijo Rafiña—. Sin mi madre andará todo revuelto en casa, porque somos muchos y ella es el alma de la familia. Antes la ayudaba mucho Herea, pero se vino a la capital porque no le gustaba aquello y nos dejó sin saber qué hacer. Ahora la echamos mucho de menos.

Se volvió a mirar a la aludida con una expresión distinta en su semblante, que traslucía el cariño que le inspiraba su hermana mayor y también cierta admiración, ya que había sido esta la que había buscado a la abogada que había defendido a su madre, a la que ellos no habrían podido pagarle su minuta, y la que había logrado su absolución.

Vieron salir en ese momento de la sala a Alberto, que al parecer se había sentado entre el público después de prestar testimonio, y que también felicitó a Noelia.

—Enhorabuena— le dijo—. Conforme a lo que ha conseguido probar usted, tuvo que ser alguno de los invitados el que le echó a Gustavo la estricnina en el vaso de vodka. Reconozco que no estuve pendiente de lo que hacía él esa tarde ni creo que lo estuviera ninguno de los asistentes, por lo que probablemente su asesino quedará impune. ¿O no lo cree así?

Se encogió ella de hombros, al tiempo que respondía:

—Será difícil determinarlo, pero nuestra policía es muy competente y es posible que esa persona dé un paso en falso y se descubra. A veces sucede.

Victoria pretendía ahora que le explicara Noelia lo que había declarado el perito toxicómano y mientras esta lo hacía consiguió Alberto aproximarse a Herea, a la que apartó ligeramente de los demás para susurrarle:

—¿No te parece que hoy sí sería el día indicado para que lo celebráramos tú y yo con esa cena que tenemos pendiente?

—Mejor, mañana— repuso ella—. Esta noche dormirán todavía en mi casa mi madre y mi hermano y quiero estar con ellos todo el tiempo posible. Lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto— le aseguró él—. Puedo ahora llevaros a todos en el coche y dejaros lo más cerca de vuestro portal. Que vivas en una zona peatonal es una lata.

Vio en ese momento Herea salir de la sala a Margarita con Isabel y con sus padres, que iban hablando con Aníbal, por lo que aceptó apresuradamente lo que le había propuesto para no tropezarse con ellos.

—Sí, sí, vámonos.

Se despidieron de las dos abogadas y se dirigieron hacia el ascensor, que los dejó en el vestíbulo, y lograron llegar al lugar donde Alberto había estacionado su automóvil sin encontrarse con ninguno de los conocidos que habían asistido al juicio.

Ya en su casa, le refirieron a Virtudes cómo se había desarrollado aquél, de lo que ésta se alegró y propuso celebrarlo con una cena especial en su piso. Victoria decidió ayudar a la otra a prepararla y dejaron solos a los dos hermanos con Viky, que, tan juguetona como siempre, quiso hacerle carantoñas a su tío, a lo que este se resistió al principio, pero acabó por secundarla a carcajadas.

Estaban sentados los dos en la mesa camilla, mientras la niña correteaba por la habitación y Rafiña se había quedado callado, como ausente, meditando algo que le producía un intenso desasosiego.

—Es muy graciosa la chiquilla— le dijo a Herea—. Comprendo ahora que a madre se le caiga la baba con ella. No hablaba de otra cosa cuando volvió la otra vez, después de pasar contigo unos días.

Obvió decirle que era muy rica a pesar de ser hija del pecado y durante unos minutos se quedó absorto, con la cabeza baja, mirándose las manos. Levantó la mirada hacia ella con los ojos húmedos.

—Tengo que pedirte perdón— le dijo.

—¿Por haberme descalificado por haberla traído al mundo sin haberme casado previamente con su padre?— inquirió burlonamente — Estás muy anticuado, eres un carcamal, cuya mente se ha quedado detenida en la época en la que nos invadieron los visigodos, pero si te has arrepentido, te perdono.

La observó avergonzado y meneó pesarosamente las manos.

—No, no es por eso.

—¿Por qué, entonces?

Hizo intención de decírselo, pero no consiguió desatacar las palabras de su garganta.

—Es que no vas a querer verme ni hablar conmigo nunca más.

Enarcó ella las cejas sin comprenderle.

—¿No?— inquirió, con una terrible sospecha bulléndole en su interior—. ¿Qué es lo que has hecho? ¿Fuiste tú?

Con los ojos bajos asintió.

—Sí.

—¿Fuiste tú?— repitió ella con una voz más aguda que la suya —. ¿Fuiste tú el que envenenaste a Gustavo? ¿Por qué lo hiciste?

Puso él una mano sobre las suyas y la hizo callar.

—No, claro que no fui yo el que le envenené. Ni siquiera llegué a conocerle. Lo que hice, lo hice porque no quería perderte. Sabía que no podrías volver después a casa, porque no te aceptarían nuestros padres ni ninguno de nosotros. Que todos dirían que eras una perdida.

Se le quedó mirando sin comprender.

—Sí, ¿y qué fue lo que se te ocurrió?

Le costó trabajo encontrar las palabras para explicárselo, pero al fin consiguió susurrarle:

—Sabía que te habías quedado embarazada. Una de las veces que vine a Madrid con el marisqueador te vi salir del portal cuando iba a subir a esta casa y me detuve en seco al advertir por tu aspecto que te faltaba poco para dar a luz, un mes a lo sumo. A partir de entonces volví con ese hombre todas las semanas para ayudarle a repartir el marisco por los supermercados a los que se los vendía. Luego me apostaba por las cercanías de tu vivienda y el día en el que te pusiste de parto te vi salir del portal con la vecina y tomar un taxi, al que seguí en otro hasta el hospital en el que ingresaste.

No necesitó ella que terminara su explicación y le miró horrorizada.

—¿Fuiste tú?

—Sí.

—¿Fuiste tú el que me robó la niña aquella noche? ¿El que me la quitó y la dejó en un orfanato?

—Sí— reconoció avergonzado.

—¿Y cómo pudiste…? ¿Y cómo pudiste hacer una cosa así? Eres un monstruo.

—Sí— admitió sin pretender defenderse—. No quería hacerle daño a la niña y no se lo hice. La saqué del hospital con todo cuidado y abrigándola para que no se enfriara. Había pensado que

en el orfanato la cuidarían y que luego la adoptaría una pareja que no pudiera tener hijos. Así tú podrías volver a casa sin que nadie te mirara mal ni volviera la cara a tu paso, como con la pobre Engracia. Volverías con nosotros, ¿Lo no entiendes?

—No— le gritó enfurecida—. Nadie me había hecho antes tanto daño. Cuando me desperté a la mañana siguiente y vi que no estaba Viky en la cuna, pregunté por ella y cuando el personal del hospital no pudo darme una explicación de donde estaba ni de por qué había desaparecido, sentí que me habían desgarrado el alma en jirones, ¿no lo entiendes? Que me habían arrancado una parte de mí sin la que la existencia no tenía sentido. Lo único que tenía, lo único que era mío y me lo habían quitado.

—¿No podrías perdonarme?— le pidió él en un susurro.

—No— bramó iracunda—. Quiero que te largues ahora mismo de mi casa y no volver a verte más. Quiero que…

—No puedo irme ahora— la interrumpió—. Madre no lo entendería y no debemos darle ese disgusto—. Mañana nos marcharemos los dos y no volverás a verme más.

Transigió ella, pero solo a duras penas.

—Bueno. Fingiremos las dos esta noche. Pero no quiero saber de tí en lo que me quede de vida. ¿Está claro?

CAPÍTULO 35

Les acompañó ella al día siguiente la estación de autobuses, cuando todavía el sol luchaba por abrirse paso entre las sombras de la noche y allí se despidió de su madre con un largo abrazo.

—Cuídate— le dijo—. Te mandaré por correo la sentencia en cuanto Noelia me la notifique.

—Sí, ¿pero no vas a venir a vernos después? Porque tendrás vacaciones este verano como todo el mundo. ¿O no?

Imaginó ella su llegada a la aldea, a la orilla del mar y envuelta en el rumor de las olas, y, como le había profetizado Rafiña, a los vecinos volviendo la cabeza para no mirarla y murmurando a su paso, como había sucedido con la pobre Engracia, a la que habían tratado como si fuera una apestada.

—No sé, ya veré— le mintió para no desilusionarla, pero sabiendo que en adelante no podría regresar en ninguna circunstancia a aquel abrupto y hermoso rincón de la costa, en el que el viento silbaba día y noche. Se colaba en su casa por los resquicios de las ventanas dejando a su paso el olor inconfundible del mar. Lo añoraba a ratos, pero no podía volver.

Hizo como que no veía a su hermano, que esperaba un signo por su parte que indicara que le había perdonado, pero le volvió la espalda y se limitó a decirles adiós con la mano cuando el autobús en el que iban a realizar el viaje se puso en movimiento. Lo siguió con los ojos llenos de lágrimas hasta que desapareció de su vista, preguntándose si volvería a estar con ellos alguna vez. Luego se dio media vuelta y se dirigió hacia la boca del metro para encaminarse hacia la oficina.

Fue al doblar la calle Orense cuando advirtió que alguien la seguía. Pensó que debía ser Alberto y giró la cabeza para mirar a su espalda, pero no vio a nadie conocido entre la muchedumbre que

caminaba apresuradamente por la acera, e incluso por la calzada, para dirigirse a su lugar de trabajo. También el vestíbulo de la Torre Verdaguer estaba atestado por los empleados que luchaban por introducirse en alguno de los cinco ascensores de que disponía el edificio, lo que era habitual cada mañana, y, cuando ella lo logró a fuerza de empujones, paseó su mirada por los semblantes de los que lo habían conseguido al tiempo que ella. No los conocía a todos, pero sí al que consiguió incrustarse en último término entre los que ya estaban dentro de la cabina y procuraba ahora que su cabeza sobresaliera sobre las de los demás para poder saludarla. Era Jacobo.

—Hola, Herea. ¿Te di ayer la enhorabuena?

—Sí, creo que sí.

El ascensor iba deteniéndose en cada una de las plantas, pero cuando finalmente lo hizo en la treinta y cinco, salieron los dos a la amplia y enmoquetada galería, caldeada en exceso por un sol deslumbrante, para dirigirse a sus respectivos despachos. No parecía Jacobo tener prisa y cuando faltaban unos metros para que llegara al suyo y Herea continuara pasillo adelante, la retuvo por un brazo para decirle:

—No sé. He estado dándole vueltas a la cabeza y no he podido dormir. ¿Tú sí?

Tampoco a ella le había resultado fácil conciliar el sueño, aunque no por el mismo motivo. Rememoraba lo que le había dicho Rafiña y consecuentemente aquella noche ya lejana en la que en la oscuridad de la habitación del hospital oía estrellarse los copos de nieve contra el cristal de la ventana. No había oído entrar a la sombra que sigilosamente se había acercado a la cuna de Viky y se la había llevado. Y los días que siguieran a su angustioso despertar. Unos días eternos, que se habían ido desgranando en miles de segundos dolorosos en los que la vida no tenía ya sentido alguno, pero desde que la había recuperado ni un solo momento había dejado de preguntarse qué habría pretendido Gustavo al arrebatársela, y le había odiado hasta lo indecible por haber sido capaz de causarle tanto daño. Incluso se había alegrado de que le hubieran envenenado, porque era lo menos que se merecía. Pero

ahora que sabía que no había sido él el culpable, se sentía confusa, incapaz de ordenar sus ideas ni sus sentimientos.

Jacobo esperaba algún comentario por su parte, por lo que hizo un esfuerzo por posponer en su mente para otro momento esos recuerdos y preguntarle:

—¿Y a qué le dabas vueltas en la cabeza?

—A lo que le sucedió a Gustavo en la fiesta. Recordarás que la mayor parte de la tarde estuve yo sentado de espaldas al poyete que remataba la terraza, en un extremo de esta y de frente a lo que hacía el resto de los invitados. Concretamente, tuve a Gustavo delante de mis ojos casi todo el tiempo, antes de que se sentara con nosotros.

—Sí, ¿y qué?

—Que esta noche, mientras daba vueltas y más vueltas en la cama, he estado intentando reproducir sus movimientos para tratar de averiguar quién pudo e charle la pastilla de estricnina en el vaso y he llegado a la conclusión de que solo dos o tres personas tuvieron oportunidad de hacerlo sin que nadie se diera cuenta. Una de ellas, Alberto.

Se quedó sin habla Herea.

—¿Alberto?, no. Estuvo casi todo el tiempo a mi lado.

Meneó Jacobo negativamente la cabeza.

—No, eso fue al final de la velada, pero antes, durante un largo rato, mientras estabas sentada en la mesa, permaneciste de espaldas a Gustavo. Recuerdo perfectamente que en ese lapso de tiempo estuvo Alberto saludando a varios conocidos y luego se unió al grupo de jóvenes en el que se hallaba su primo. Luego empezaron los camareros a servir las bebidas y le vi coger a él una cerveza y a Gustavo el primer vaso de vodka que tomó. Sin duda el que envenenaron, ya que debió transcurrir más o menos una media hora desde ese instante, hasta que, ya sentado con nosotros, se comió el canapé y manifestó los primeros síntomas.

Demasiado bien recordaba Herea esto último y reprimió un estremecimiento. Luego le preguntó:

—Sí, ¿y qué?

—Que Alberto estaba a su lado. Vi que le pasaba un brazo sobre los hombros y le susurraba algo al oído. Gustavo tenía el vaso en la mano, así que pudo en ese momento echarle la pastilla dentro sin que nadie se enterara.

—Ya— rezongó sarcásticamente ella—. ¿Y qué motivos tenía Alberto para envenenarle? No se llevaban especialmente bien, pero tampoco mal. ¿Quién más estaba en el grupo en esos instantes?

—Pues… creo que recordar que dos chicas bastante monas y un empleado de Drylons, del que no recuerdo el nombre. Gustavo se apartó después de ese grupo y se unió al de Margarita. O lo intentó, porque ella le dejó plantado y cuando se alejó del brazo del otro, fue cuando le puso la zancadilla a ese y se cayó arrastrándola a ella. ¿No lo recuerdas?

—Sí, pero como has dicho, estaba de espaldas. Me volví hacia ellos cuando oí el alboroto y vi que Alberto se levantaba para ayudarles.

—Pues no sé, pero piénsalo. ¿Dónde está Alberto?

—Supongo que, en su despacho, pero no sé si habrá llegado ya. Voy ahora al mío y después al de doña María Luisa. Hasta luego.

Se metió Jacobo en el suyo y ella siguió pasillo adelante para entrar después en el de su secretaria, que la recibió sonriente mostrándole un paquetito que tenía sobre la mesa.

—Han traído esto para usted, pero no me han dicho qué es. Lleva unida una tarjeta, pero no la he mirado.

Estaba segura ella de que sí lo había hecho, pero no hizo el menor comentario. Lo recogió sin averiguar quién se lo he enviaba y ya en la soledad de su despacho desenvolvió el paquete. Era una cajita de bombones y leyó la tarjeta:

"Un admirador", decía tan solo.

Pensativa, se acodó en la mesa y fue a coger un bombón, pero lo pensó mejor y retiró la mano. Las especulaciones de Jacobo y su insinuación de que podía haber sido Alberto el asesino de su primo, le había desasosegado tanto, que no se sintió capaz ni tan siquiera de probarlos, por lo que apartó la cajita hasta el borde de la superficie de la mesa y se puso en pie. Como había pensado antes, iría a ver a su jefa y pospondría para cuando se sintiera en

condiciones, elucubrar sobre lo que le había comentado Jacobo y si este podía tener razón.

No llegó a dar un solo paso. Continuó inmóvil, apoyada en el tablero, preguntándose si sería su sino interesarse por hombres que no lo merecían. ¿Se habría equivocado por segunda vez al enamorarse de un hombre que físicamente era casi igual al otro?

Se dio cuenta en ese momento de que era así y que le había atraído desde que le había visto por primera vez en el orfanato, quizás porque su imagen era muy similar a la de su primo, aunque afortunadamente su personalidad fuera completamente distinta. Pero no se merecía tener tan mala suerte, se dijo. Gustavo había iniciado la relación de desaprensivos a los que había tenido la desgracia de conocer y que le habían hecho daño, abandonándola a su suerte cuando más le necesitaba. Aunque de distinta forma, le había seguido en el tiempo Rafiña, su hermano más querido, que por unos prejuicios absurdos había sido capaz de quitarle a su bebé, y había finalizado por el momento con un hombre aparentemente muy cabal, pero que tal vez escondiera algo que desconocía.

Meneó la cabeza para borrar de su mente esos pensamientos y en ese instante sonó su móvil y se lo llevó al oído. Reconoció la voz de Alberto.

—Herea, estoy en Parla, en los talleres, pero voy ya para allá. ¿Hay algo nuevo?

—No— repuso ella—. Acabo de llegar a la oficina y me dirigía ahora al despacho de doña María Luisa para puntualizar las órdenes que me dio el otro día —. Me ha traído un mensajero una caja de bombones con una tarjeta en la que no se identifica la persona que me ha hecho el regalo. ¿Has sido tú?

—¿Yo?, no, pero te oigo muy mal. ¿Me has dicho que quieres que te regale una caja de bombones?

—No— protestó irritada—. No quiero que me regales nada. Quiero que vengas de una vez, porque tenemos que hablar.

—Estupendo, voy para allá. Hasta luego.

Salió ella al despacho de su secretaria y fue a cruzarlo cuando decidió volver sobre sus pasos para recoger la caja y ofrecerle un bombón a ésta, lo que la chica le agradeció.

—Gracias. ¿Ha averiguado ya quién se lo ha enviado?

—No, porque en la tarjeta no lo dice. Voy ahora a ver a doña María Luisa, pero no tardaré.

Salió al pasillo, que recorrió pensativa, preguntándose si alguna vez llegaría a saberse quien podría haber odiado tanto a Gustavo como para haberle privado de la vida en plena juventud. Suponía que una vez que el tribunal que había juzgado a su madre dictara sentencia en el procedimiento que se había seguido contra esta y que fuera absolutoria, como Noelia había dado por hecho, investigaría de nuevo entre los asistentes a la fiesta quien podía haber tenido esa oportunidad. Incluso ella la había tenido, se dijo, o eso creía, aunque no podía calcular con seguridad cuanto tiempo había transcurrido desde que se había sentado él a su lado. Se le había hecho largo, pero lo mismo podían haber sido cinco minutos que media hora, porque no había mirado el reloj.

También doña María Luisa parecía tener la mente en otra parte cuando entró en su despacho. Estaba arrellanada en su butaca con la cabeza apoyada en el respaldo y la mirada perdida e intentó reaccionar parpadeando y enderezándose en el sillón.

—No sé si te felicité ayer— le dijo—. ¿Lo hice?

Tampoco lo recordaba Herea, por lo que se encogió de hombros.

—No podría asegurarlo, pero no importa. Sé que usted se alegra.

Asintió la otra melancólicamente.

—Sí, pero es difícil hacerse a la idea de que alguien de nuestro entorno pueda ser el culpable de la muerte de Gustavo y me pregunto qué va a suceder ahora. Supongo que los que estábamos en la mesa con él seremos los más sospechosos y desde luego esa investigación no va a ser positiva para la empresa. Saldremos en todos los periódicos.

Le sorprendió a Herea que le preocupara más Marvels que las personas que trabajaban en ella, pero se dio cuenta de que no era eso lo que le desasosegaba cuando inquirió a continuación:

—¿Qué sabes de Alberto?

—Que está en Parla, en los talleres, pero que ya venía para acá. ¿Por qué?

—No, por nada. Me preguntaba solamente…

No llegó a decírselo, aunque intuyó ella que lo que le preocupaba versaba sobre lo que ya le había comentado Jacobo, pero en ese instante oyeron carreras por el pasillo y el griterío de varias voces que sonaban asustadas, lo que las alertó a las dos, por lo que Herea se levantó de la butaca y salió a toda prisa del despacho dispuesta a averiguar lo que sucedía, seguida de María Luisa. Tropezaron las dos con la secretaria de ésta, que regresaba corriendo para abalanzarse sobre el teléfono que tenía sobre la mesa.

—¿Qué es lo que pasa?— le preguntó su jefa.

—Carmina— consiguió a duras penas articular ésta.

—Sí, ¿le ocurre algo a esa chica?

Asintió ésta con la cabeza mientras marcaba un número en el disco del teléfono.

—Que la secretaria de doña Herea se ha puesto muy mala. Hemos llamado a una ambulancia y debe de estar a punto de llegar. Estoy insistiendo para que se den prisa.

Minutos más tarde llegó ésta y María Luisa y ella la siguieron en el automóvil de aquella, cuando la llevó a un hospital. Aguardaron allí, sentadas en unas sillas de plástico de un pasillo a que saliera un médico y les diera el parte, lo que tuvo lugar una hora más tarde. Les dijo que le habían efectuado a la chica un lavado de estómago y que en esos momentos estaba bien y no tardaría en reponerse. Que sin duda le había producido la indisposición que había sufrido algo que había comido y que habían mandado a analizar.

—¿Podemos verla?— le preguntó María Luisa.

—Sí, claro que sí. Vengan conmigo.

Estaba Carmina en una pequeña habitación que constaba de una sola cama y parecía estar dormida, pero abrió los ojos al oírlas entrar para clavarlos asustada en Herea.

—Ha sido el bombón— le dijo, agarrándole una mano—. ¿Quién le ha enviado la caja?

—No lo sé, la tarjeta no lo decía.

—Pues lleve cuidado— le advirtió llorosa—. La persona que haya sido quería matarla.

CAPÍTULO 36

Alberto se alarmó seriamente al enterarse de lo que le había sucedido a Carmina, que se recuperó satisfactoriamente en unos días, pero el pánico alcanzó su paroxismo en Marvels cuando el patólogo del hospital diagnosticó que el bombón que se había comido la secretaria contenía estricnina. Provocó una histeria colectiva en el edificio que conllevó que todos se mirasen con sospecha cuando coincidían en el ascensor o se cruzaban por los pasillos. Incluso dejaron de comer en la cafetería de la planta treinta y seis los que tenían jornada de mañana y de tarde, como hacían anteriormente, por miedo a que el asesino fuese uno de los camareros.

El inspector Martínez, con otro agente de la brigada de homicidios se personó en la planta treinta y cinco al conocerse la noticia y fue interrogando al personal. En respuesta a sus preguntas, el portero del edificio les dijo que la caja de bombones había sido enviada mediante el servicio de correos y que él lo había subido a la planta de Marvels y se lo había entregado a la secretaria de la vicepresidenta de la empresa, ya que iba dirigida a este última. No constaba el remitente en el paquete ni detectaron huellas de interés en la caja, dado que había un gran número de ellas y que se superponían las unas sobre otras, por lo que la investigación quedó en un punto muerto.

El más preocupado del personal de Marvels era Alberto, que no se había repuesto todavía del susto que había llevado con el episodio del bombón. María Luisa había recobrado su confianza en él, pero Jacobo, no, lo que a Herea le resultaba incomprensible. Estaba segura de que él no había tenido nada que ver con la muerte de Gustavo ni con el intento de envenenamiento de ella, porque, ¿qué motivos podía tener?

No había vuelto Alberto a proponerle ir a cenar, pero ese viernes en el que había recibido ella la llamada de Noelia para comunicarle que le había notificado el procurador la sentencia recaída en el procedimiento judicial de su madre y que esta había sido absuelta, después de dar rienda suelta a su alegría decidió ir personalmente a su despacho a darle la noticia. Estaba acodado en su mesa y como ensimismado, mirando al vacío, y parpadeó al verla entrar, como si regresara de un largo viaje y le extrañara encontrarse en su despacho. Adivinó lo que iba a decirle al reparar en la euforia de su expresión.

—¿Absuelta?— inquirió— ¿Han absuelto a tu madre?

—Sí, ¿no es fenomenal?

—Sí, aunque era lo previsible. ¿Se lo has dicho ya a ella?

—No, porque no tiene teléfono móvil y a estas horas suele estar en la plaza del pueblo vendiendo pescado. La llamaré al mediodía y espero que se alegre tanto como yo. No imaginas el peso que se me ha quitado de encima.

Una sombra veló por unos instantes sus claros ojos azules, lo que no dejó de advertir él.

—¿Qué te pasa? ¿Hay algo de ese asunto que todavía te preocupa?

—No, lamento que el que le mató no reciba el castigo que se merece, pero no estaba pensando en eso. Pensaba en que me hubiera gustado poder volver a mi pueblo este fin de semana a celebrarlo con toda la familia. Supongo que serán conscientes de que hemos corrido un riesgo enorme a que la condenaran a muchos años de cárcel y conviene disfrutar de los buenos momentos, juntos a ser posible, pero no nos lo vamos a poder permitir.

Con las cejas enarcadas, se inclinó hacia ella sobre la mesa sin entender el motivo.

—¿Por qué no? Estoy seguro de que Marisa no tendrá inconveniente en que te tomes unos días. Una semana, por ejemplo.

Meneó ella pesarosamente la cabeza.

—No es eso. Podría dejar a Viky con Virtudes, pero no me da la gana.

—¿Qué es lo que te da la gana?

—Tener que dejarla en Madrid para esconderla de mis hermanos y de los vecinos. Para que no se enteren de que existe, porque ella no es culpable de nada. Ni yo tampoco— añadió enfadada, levantando la voz.

Sonrió él con algo de ironía.

—De ser tú, yo me pasaría por el forro lo que pudieran pensar.

—Tú, sí, porque no les conoces, y lo más triste de todo es que siento lo que puedan opinar. Cuando me vine a Madrid, pensé que no eran más que una panda de carcamales carpetovetónicos y que prefería no volver a verles nunca más, porque no tenían nada en común conmigo, pero me he dado cuenta de que no es así. Aunque vivan en una aldea perdida en el mapa, a la que es difícil llegar por un camino vecinal lleno de baches, es el lugar en el que he nacido, uno de los más hermosos que he visto, y a veces hasta lo echo de menos.

Se la quedó mirando con una expresión que no supo interpretar y luego cambió de tema.

—Bueno, ya encontraremos una solución, porque, de una forma o de otra, todas las cosas la tienen. Me gustaría ahora que fijáramos la fecha de la cena que tenemos pendiente— le sugirió—. Con todo lo que ha sucedido en los últimos días, la hemos pospuesto indefinidamente.

Asintió ella, procurando que no aflorase a su rostro lo mucho que le apetecía.

—Tienes razón. He estado pensando…

—¿Qué?

—En lo que me dijiste hace poco. Que te gustaría conocer a Viky, ahora que es una mujercita, ya que pronto cumplirá dos años.

—Sí, ¿y qué?

—Que podrías venir a cenar a casa. No soy una gran cocinera, pero por una noche podría esmerarme, con tu ayuda, claro. Jugaríamos con ella y luego la acostaríamos. ¿Sabes alguna canción?

Parpadeó perplejo, pero luego entendió el motivo por el que se lo preguntaba y sonrió guasonamente.

—Claro. Tengo una potente voz de barítono y no se me da mal imitar a Nino Bravo, pero supongo que lo quieres saber porque

acostumbras a cantarle cuando la acuestas, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué es lo que le cantas?

—Pues… casi siempre la canción de los tres cerditos.

Se echó a reír con ganas.

—Esa no me la sé, pero la buscaré en YouTube y la ensayaré. ¿Nos acompañaría también esa vecina tuya, que en el presente es como una hermana para ti?

No hacía falta ser un lince para adivinar que la presencia de esta última no le apetecía lo más mínimo y se apresuró a tranquilizarle.

—No, Virtudes es muy comprensiva y se da perfecta cuenta de que a veces sobra. ¿Qué tal cocinas tú?

Hizo un gesto con el que parecía querer decir que no era precisamente merecedor de una estrella Michelin.

—Pues no soy ningún fenómeno. Vivo solo en un piso que no está mal y que me limpia una señora, que también me deja la comida preparada. Pero eso sí— le advirtió como si fuera a comunicarle algo esencial—. Sé hacer huevos fritos y sopa de fideos.

—Qué barbaridad— se burló Herea—. Eres un fenómeno.

—Desde luego— admitió con gesto de modestia—. Pero será mejor que no divaguemos y que vayamos al grano. Acabas de invitarme a cenar mañana en tu casa. ¿Quieres que lleve algo, que participe en la preparación del menú?, ¿qué quieres que haga?

—No, quiero que traigas nada, pero sí que te vistas con ropa informal y cómoda para que puedas sentarte sobre la alfombra con Viky. Su juguete preferido es una caja de tacos de madera con los que construye una torre, que luego derriba de un manotazo.

—Soy un experto en construir torres— le aseguró con fingida seriedad—. Dejaré asombrado a tu hija, ya lo verás.

Al día siguiente se levantó Herea más temprano que de costumbre para arreglar la casa con la ayuda de Virtudes, comprar flores, que colocó en jarrones por todas las habitaciones, cambiar los muebles de sitio para colocarlos de nuevo en su posición original. y mirarse en el espejo que pendía sobre la cómoda de su cuarto.

Virtudes la veía hacer con una sonrisa comprensiva, mientras Viky corría detrás de las dos farfullando palabras sueltas y coreando con risas lo que veía hacer a su madre, que identificaba con un juego. Como, a diferencia de Herea, su amiga sí era una buena cocinera, a media tarde le preparó una crema de marisco y un pescado con bechamel que debería meter al horno veinte minutos antes de cenar. Luego se sentaron las dos a descansar en la sala de estar.

—No me has hablado de él— le dijo Virtudes en un tono que quiso ser indiferente, pero que a Herea le sonó a reproche.

—Sí, lo he hecho. Le conocí en el orfanato. Estaba entonces sustituyendo al director y te comenté que me estaba ayudando mucho a superar aquel mes interminable que tuvo que transcurrir hasta que la jueza me autorizó a sacarla del centro y traérmela a esta casa. Incluso la subió a cuestas los cuatro pisos.

—¿Y has seguido viéndole después?

—No, casualmente resultó ser primo de Gustavo, al que se le parece mucho físicamente, y nos reencontramos en una fiesta. En el presente es el director de la empresa en la que trabajo.

Asintió Virtudes y se la quedó mirando en silencio como si esperara que continuara explayándose. Como Herea no lo hizo, le preguntó:

—¿Y qué pasa? ¿Te gusta?

Fue a encogerse de hombros ella para no darle una respuesta, pero lo pensó mejor y decidió que era una tontería no reconocérselo, por lo que meneó afirmativamente la cabeza.

—Sí, y no porque se parezca a Gustavo, con el que no tiene nada más en común, pero me preocupa que no encaje con Viky, porque para mí, mi hija es lo primero.

—Por supuesto— aprobó la otra—. ¿Pero no crees que deberías ir a arreglarte? Puede que se presente antes de la hora de cenar y que te encuentre hecha una facha.

Efectivamente lo estaba después de tanto trajinar en la casa, por lo que se levantó de un salto de la butaca en la que se había repanchingado.

—¿Y qué me pongo?— le preguntó a Virtudes.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Ningún traje de vestir. Ponte un pantalón vaquero y una blusa. Hace mucho calor y tienes que aparentar que es una cena informal por lo que no sería adecuado que te emperejilaras, ¿comprendes?

Echó a correr Herea hacia su cuarto y en ese mismo instante sonó el timbre de la puerta.

Efectivamente era Alberto, que se excusó con Virtudes por haberse presentado antes de la hora prevista, alegando que quería disponer de tiempo para conocer a Viky y ganarse su confianza y que ese había sido el motivo de que adelantara su llegada.

La chiquilla era sumamente extrovertida y se alegró de que hubiera aparecido un visitante al que poder enseñarle sus juguetes. Había corrido detrás de Virtudes cuando esta había ido a abrirle la puerta y al ver en el umbral a un joven tan alto, se empinó para cogerle de la mano y llevarle a la sala de estar para mostrarle sus tesoros. Vestía él un pantalón vaquero y un niqui azul de manga corta, por lo que no le supuso dificultad alguna sentarse sobre la alfombra a la par que lo hacía ella, que, como preliminar al inicio del juego, creyó oportuno agitar en el aire la caja que contenía los tacos de madera, para que resonaran con estrépito, lo que pareció agradarle en grado sumo.

Estaban los dos construyendo la consabida torre, entre risas de la pequeña, cuando se reunió Herea con ellos, ya vestida de forma similar a la de él. Hizo este un intento de levantarse para saludarla, pero no pasó de ponerse de rodillas, porque ella lo impidió con un gesto y se acuclilló al lado de ambos, dispuesta a colaborar en el juego.

Debió sentir Virtudes que estaba de más y creyó oportuno despedirse, por lo que Alberto acabó de levantarse para acompañarla hasta la puerta, pese a la protesta de Viky, que se enfurruñó porque se marchara la otra y porque interrumpieran la colocación de los últimos tacos en la cúspide de la torre.

—La hemos mimado mucho— le dijo Herea a modo de disculpa reanudando la operación que habían dejado a medio—. Espero que

cuando vaya al colegio y se relacione con otros niños, se dé cuenta de que no es el ombligo del mundo. Virtudes es viuda y no ha tenido hijos y yo… entre las dos la hemos hecho creer que es la reina del universo.

Se echó a reír Alberto.

—La mayoría de los hijos únicos creen serlo, pero no es muy grave.

—Puede que no y a mí me hubiera gustado sentirlo. ¿Te mimaron tus padres mucho a ti?

Sonrió él guasonamente.

—Lo suficiente, pero no te lamentes porque tu hija esté un poco consentida, porque es muy rica. Se parece mucho a ti. Tiene tus mismos ojos. Me preguntaba…

—¿Qué?

—Si habría sacado algún rasgo de su padre, con el que me han confundido a menudo. Hasta nos han preguntado si éramos gemelos.

Parecía sentir que no hubiera sido así y que consecuentemente no hubiera heredado algo de la fisonomía de él y en ese instante advirtió Herea que sí le recordaba Viky cuando sonreía, pero no se lo dijo. En su lugar, le comentó:

—Físicamente, te pareces mucho a Gustavo. Cuando te vi por primera vez en el orfanato me sobresalté, porque en un primer momento creí que eras él y que el secuestro de mi hija había sido una broma de mal gusto por su parte. Le deseaba por aquel entonces todos los males del mundo, pero ahora que sé que no tuvo nada que ver con lo que sucedió aquella noche, he dejado de sentir el rencor que me producía incluso oír su nombre. No sé qué vi en él. No era más que un chico mimado, con una buena fachada, pero sin nada detrás que valiese la pena, aunque no era un monstruo como he creído durante todo este tiempo. Lamento que le hayan asesinado y me pregunto por qué.

Asomó al semblante de Alberto una preocupación similar a la que manifestaba ella.

—También me pregunto yo quien puede ser el que ha pretendido envenenarte a ti, porque a eso sí que no le encuentro

explicación. Le caes bien a todo el mundo. Quizás fuese una buena idea que te marcharas durante un tiempo a casa de tus padres para dar lugar a que la policía dé con el asesino y le detenga.

Levantó Herea hacia él sus ojos chispeantes de indignación, por lo que recogió velas en el acto.

—Ya sé por qué no quieres hacerlo y lo entiendo, pero aquí estás corriendo un peligro real y no quiero que te expongas. Si consideras que no puedes volver a tu aldea, podrías adelantar tus vacaciones de verano. ¿Dónde has pensado pasarlas?

Hizo ella un gesto vago.

—Aún no lo hemos decidido Virtudes y yo. Quizás en la sierra de Madrid, en una casa rural. Y tienes razón. Doña María Luisa también me lo ha sugerido y debería haceros caso, porque me sentía vigilada con anterioridad a que me enviaran la caja de bombones y no ofrece duda cual era la intención del que me la mandó. No puedo arriesgarme a dejar huérfana a mi hija— terminó de decirle con una risita falsa.

De rodillas a su lado se la quedó mirando con un brillo extraño en sus ojos, más elocuentes que cualquier frase con la que hubiera querido expresar lo que sentía, pero reclamó la niña la atención de los dos para que colaborasen en la demolición de la torre, que ya había rematado. Lo celebró aplaudiendo y riéndose conforme los tacos se dispersaban por el suelo de la habitación, pero luego se entretuvo ella sola recogiéndolos y volviéndolos a colocar en la caja, por lo que pudieron ellos intercambiar algunas impresiones en voz baja.

—Estoy muy preocupado por ti— reconoció él—. No me perdonaría que siguieses el mismo camino que él, pero es que no se me ocurre quien puede quererte mal. ¿Tienes algún enemigo que desconozco? ¿Quizás algún admirador despechado que le matara a él por haber mantenido una relación contigo y hubiera decidido mandarte también a ti al otro barrio?

Intentó ella reflexionar sobre lo que le estaba preguntando y evocar a los pocos hombres con los que se había relacionado en su vida. Aparte del viudo de su aldea, que le doblaba la edad y que no había pretendido otra cosa que un apaño casándose con ella, y de

Gustavo, no había llegado a salir con ningún otro. Había notado a veces que Jacobo lo hubiera pretendido si le hubiera dado facilidades, lo que no había hecho, por lo que meneó negativamente la cabeza.

—No, no me quedaron ganas de intentarlo nuevamente después de que tu primo rompiera conmigo. ¿Y por qué piensas eso?

—Porque no se me ocurre ningún otro motivo para que nadie pueda odiarte.

Ya volvía Viky gateando sobre la alfombra, después de recoger todos los tacos de madera y consiguió encaramarse sobre Alberto que continuaba sentado en el suelo junto a Herea, ya que estaba dispuesto a congraciarse de una u otra forma con la niña. Arrodillada sobre él, analizó con curiosidad sus bien rasuradas mejillas a las que asomaban unos puntitos negros que no tenían las de su madre ni las de Virtudes. Consiguió pasarle una mano sobre esta y repetir un par de veces la operación, extrañada de que, aunque afeitado, fuera algo rasposa, y debió relacionarla con la de algún otro individuo perteneciente al sexo masculino que hubiera visto en la televisión y que fuera padre de un niño, porque pronunció con dificultad una palabra:

—Pa… pá.

No la corrigió Alberto. La sentó a su lado en la alfombra y giró la cabeza hacia Herea para preguntarle en un susurro:

—¿Ha visto alguna foto de su padre?

—No, y como es natural nunca le he hablado de él.

—¿Ni tampoco de su tío, que soy yo?

—No, tampoco. Vamos ahora a darle de cenar y en cuanto la acostemos, cenaremos tú y yo.

—De acuerdo— le dijo él poniéndose en pie—. Y que conste que he estado durante un par de horas ensayando la canción de los cerditos, así que me la he aprendido de memoria y puedo dentro de un rato demostrárselo a Viky. Estoy seguro de que como cantante la voy a entusiasmar—. Bajó la voz para añadir en tono sugerente—: Y a ti también.

Fingió ella que no le había oído y replicó:

—Podemos hacer un dúo. Luego, en cuanto se duerma, te voy a deslumbrar con mi obra maestra, aunque no la he cocinado yo. Además, no vas a necesitar ponerte un mandil para ayudarme en la cocina, porque gracias a Virtudes está todo preparado y espero que te guste.

Viky se había dormido en cuanto le cantaron a dúo su canción predilecta y seguidamente cenaron. En cuanto metieron los platos sucios en el lavavajillas tomaron asiento en el sofá de la sala de estar, en la que desde que se había puesto el sol habían mantenido abierta la puerta del balcón. Hacía rato que había anochecido y la plaza parecía dormitar, aletargada por los calores del verano a la tenue claridad de sus farolas, sin un alma que la cruzara. Tampoco del vecindario llegaba hasta allí el menor sonido y le comentó él:

— Vives en un barrio muy tranquilo en el que no se deben de producir de madrugada riñas ni altercados que os despierten. Lástima que tu casa no tenga ascensor, porque subir todos los días cuatro pisos requiere estar en forma—Debió de recordar en ese instante la aversión de ella hacia esos aparatos, porque añadió—: Aunque quizás tú lo prefieras.

—Sí, aunque es incómodo y suponía una proeza bajar cargando con el cochecito de Viky cuando era un bebé y la sacábamos de paseo— admitió sonriendo al recordarlo—. Yo descendía los peldaños con él a cuestas y Virtudes la llevaba en brazos hasta el portal, donde la acostábamos. Y al regreso era aún peor. No me gustan los ascensores, pero si los vecinos hubieran propuesto instalar uno, hubiera votado a favor.

—Este edificio es muy antiguo y me temo que no hubiera cabido por el hueco de la escalera— consideró él— ¿Y cómo resolvéis las restantes cuestiones de la comunidad?

Hizo Herea un gesto vago.

—Cuando falleció la dueña de esta casa y la heredé, teníamos portera, que se ocupaba de fregar la escalera y de que los elementos comunes estuvieran en orden. Me refiero al cuarto de contadores, que está abajo, junto a la que fue su casa, y en el que se halla también el cuadro eléctrico de los pisos. Era cómodo que

estuviera al tanto de las averías y de recoger los paquetes que nos traían, pero, cuando falleció, ninguno de los vecinos quiso sustituirla.

—¿Y qué acordasteis?

Se encogió ella de hombros.

—Cada mes le toca a uno de los vecinos bajar a cerrar el portal por la noche, pero lo peor son los apagones. Afortunadamente no son frecuentes, porque solo suelen ocurrir cuando hay tormenta. Cuando empieza a tronar de madrugada nos encontramos en ese cuartito todos los vecinos en pijama y con una vela, para reparar la avería.

—Pero has dicho que no ocurre a menudo.

—No.

Como si el edificio la hubiera oído y quisiera desmentirla, en ese instante se apagó la luz de la lámpara de mesa contigua al sofá y se quedaron a oscuras.

—¿Se habrá fundido la bombilla?— inquirió él incorporándose en el sofá.

Se levantó ella para buscar a tientas el conmutador en la pared con el que se accionaba luz de la lámpara del techo, que no respondió, pese a que lo pulsó repetidamente.

—No. Ha sido un apagón general de toda la casa. Iré a buscar una vela para bajar con ella al portal.

—No, espera, iré yo— se ofreció él—. Dime donde las tienes.

—En el cajón de la mesa de la cocina.

Encendió Alberto la linterna de su móvil y se puso de pie enfocando su rostro con el haz de luz.

—Siéntate y espérame aquí sin moverte. Luego me dices donde está ese cuartito.

A la cocina se accedía desde el pasillito de entrada que hacía las veces de vestíbulo y se encaminó él en esa dirección procurando no tropezar con los muebles. Unos segundos después desapareció en la oscuridad y Herea se quedó sola en la sala de estar con una sensación extraña. No era especialmente miedosa, pero, sin saber por qué se sintió la protagonista de una escena que hubiera sido preparada de antemano con una finalidad en la que era ella el objetivo principal.

Transcurrió un tiempo que le pareció eterno en la más absoluta oscuridad, porque la claridad que expandían las farolas de la plaza no alcanzaba que disipar las sombras que la envolvían. El silencio era absoluto, por lo que se preguntó qué podría estar haciendo y por qué tardaría tanto en regresar. Intentó comprobar la hora en el reloj que llevaba en la muñeca para constatar los minutos que habían ido sucediéndose desde entonces y extrajo su móvil del bolsillo de su pantalón para enfocarlos. No habían sido tantos, pero sí demasiados para recorrer un pasillo tan exiguo, abrir el cajón aludido en la cocina y regresar con las velas.

De improviso oyó algo anómalo. No eran pasos lo que escuchaba. Había dejado Alberto la puerta del salón abierta al salir y hasta allí le llegaba distintamente el sonido de la cerradura de la puerta de entrada al piso. La estaba girando alguien en la cerradura y las únicas personas que tenían llave eran Virtudes y ella. ¿Sería su amiga la que venía buscándola para bajar al portal a arreglar el apagón?

Pero no, se dijo. Virtudes era muy discreta y en ningún caso entraría en su casa sin avisar, estando ella acompañada. Llamaría al timbre. Pero entonces…

Sintió que se le erizaba el vello de los brazos, pero se dijo que no debía dejarse amilanar. Alberto oiría al extraño que hiciese intención de entrar, si a eso obedecía lo que creía estar oyendo, y también a ella, si gritaba. Se levantó despacio para no tropezar y también para acallar el sonido de sus pasos, y se dirigió hacia la apagada chimenea, que tanteó, hasta que localizó el atizador de la lumbre. Manteniéndolo en alto para defenderse con él en caso de necesidad, continuó caminando para atravesar la habitación y palpando las paredes salió al pasillo.

Por la noche y antes de acostarse le echaba a la puerta de entrada al piso tres cerrojos, además de una cadena, pero en ese momento estaban descorridos. Se detuvo en la oscuridad a unos pasos de ella con los ojos desmesuradamente abiertos y, como en trance, oyó como cesaba el sonido de la llave en la cerradura y adivinó que se estaba entreabriendo lentamente. Una sombra alta se desglosó de la negrura del descansillo y se introdujo por el hueco

que había abierto. Mantenía algo en la mano que brillaba y que Herea no llegó a identificar, porque descargó el atizador que blandía sobre el brazo de esa sombra y el objeto salió volando por los aires.

En ese mismo instante se abrió la puerta de la cocina y salió Alberto al pasillito. No debía de haberse percatado de lo que estaba sucediendo, porque tropezó con el intruso al que inopinadamente derribó al suelo.

Por efecto del encontronazo, se tambaleó Alberto para retroceder de espaldas dentro de la cocina, al tiempo que el desconocido lograba ponerse en pie y desandar los pasos que había dado dentro del piso para salir al descansillo como una exhalación y lanzarse escaleras abajo.

Le siguió Alberto a toda velocidad en cuanto se recuperó del golpe, mientras ella buscaba su móvil en la oscuridad. Estaba en el suelo en la puerta de la sala de estar y cuando dio con él y lo encendió estuvo a punto de seguirles, pero lo pensó mejor. No podía dejar a Viky sola en la casa, por lo que durante una décima de segundo se quedó inmóvil preguntándose qué debería hacer. De improviso se le ocurrió. Entró apresuradamente en la habitación y salió al balcón para mirar a sus pies.

No tardó en ver al intruso salir por el portal a la plaza. Era un encapuchado alto y flaco, con unos ajustados pantalones y totalmente vestido de negro, al que consiguientemente no podía vérsele la cabeza ni ningún signo distintivo. La atravesó corriendo y se perdió en la oscuridad de la calle adyacente antes de que Alberto rematara al descenso y cuando intentó perseguirle ya había desaparecido de su vista.

Poco después regresaba éste al piso de ella, que con su móvil había recuperado el objeto que portaba el desconocido y que le enseñó a él. Era un frasco de cristal que ostentaba un letrero de papel adherido, en el que podía leerse: " Óxido nitroso."

CAPÍTULO 37

No tardaron los dos agentes de la brigada de homicidios que conocían en personarse en la casa, cuando ya los vecinos habían reparado la avería de la luz, que había sido provocada. No se había despertado Viky, por lo que los recibieron en la sala de estar, que inspeccionaron, así como la cocina y el pasillo de entrada, pero no pasaron de allí.

El inspector Martínez se interesó en el acto por el frasco que había salido volando por los aires cuando Herea le había sacudido un mandoble al atracador en el brazo con el atizador de la lumbre

—Ya se lo he dicho— le explicó ella—. Lo llevaba ese tipo en la mano. Aunque estábamos a oscuras, brillaba en la oscuridad y he creído que se trataba de un cuchillo. Por eso le he pegado un golpetazo con todas mis fuerzas. ¿Qué es el óxido nitroso?

—Un gas incoloro que se usa como sedación o anestésico. Sin duda ese tipo pretendía adormecer a los habitantes de la casa que encontrara despiertos y que ofrecieran resistencia. Vive usted sola con su hija, ¿no es así?— le preguntó a Herea el inspector.

—Sí, aunque mi vecina del cuarto izquierda es, a todos los efectos, una más de la familia y se queda con la niña, unas veces en su piso y otras en el mío, mientras yo estoy trabajando. Acostumbramos a cenar juntas y luego se marcha a su casa, porque no le gusta trasnochar.

—¿Y qué hora sería cuando asaltó su vivienda ese desconocido?

Contestó Alberto por ella.

—Pues… más o menos la una de la madrugada.

—Hora en la que suele usted haberse acostado ya— afirmó, más que preguntó el inspector.

Asintió ella.

—Sí, porque me levanto temprano para ir a trabajar.

Hizo un gesto él con el que parecía querer decir que estaba todo aclarado.

—Si ese individuo es alguien que conoce sus costumbres daría por hecho que a esa hora estaba durmiendo. Si pretendía robarle, llevaría por ese motivo ese gas, para adormecerla si le plantaba cara y que no le estorbase.

—Y con mayor razón, si lo que pretendía era matarla— objetó Alberto interviniendo—. Parecen ustedes olvidar que hace unos días le enviaron a la oficina una caja de bombones envenenados.

Se rascó pensativamente la nuca el inspector.

—No lo hemos olvidado y no podemos descartar lo que acaba de decir—. Luego se volvió hacia ella para preguntarle—: ¿Ha podido fijarse en algún detalle de ese individuo?

Meneó Herea negativamente la cabeza.

—No.

—¿Tampoco en su complexión ni en su estatura?

—Era más alto que yo y muy delgado. Por la ventana he visto cuando huía que vestía de negro y que iba encapuchado. Me ha parecido que llevaba también una bufanda o un pañuelo que le tapaba la cara, lo que era innecesario porque la casa estaba a oscuras.

—¿Y ha podido apreciar si llevaba guantes?

Se encogió ella de hombros.

—Me ha parecido que sí, pero tampoco podría asegurarlo.

—¿Y dónde estaban ustedes dos cuando ese hombre ha entrado en el piso?

Rememoró Herea la sensación de pánico que había experimentado al oír el sonido de la llave en la cerradura. No acababa de entender que no lo hubiera percibido también Alberto estando más cerca él de la puerta de entrada que ella.

Les indicó el sofá en el que había estaba sentada.

—Yo estaba aquí, esperando a que regresara él de la cocina, donde había ido a buscar una vela. Me he levantado al escuchar como ese tipo hurgaba en la cerradura y para defenderme he cogido el atizador de la lumbre, que es lo que he encontrado más a mano.

Volvió el inspector la cabeza en dirección a la chimenea, junto a la que había depositado ella ya en su soporte la herramienta aludida y meneó la cabeza como si estuviera sopesando la contundencia del golpe que ese hombre había recibido. Luego se encaminó con su compañero hacia la puerta de entrada, desde donde regresó instantes más tarde.

—Se ha valido ese individuo de una llave maestra, porque pueden verse las muescas en la puerta— le explicó el inspector—. ¿No lo ha oído usted?— le preguntó a Alberto.

Negó éste con la cabeza.

—Estaba en la cocina en ese instante y no, no me he enterado de nada hasta que al salir al pasillo he tropezado con él. Había encendido una vela e iba deprisa y sin advertirlo, le he tirado al suelo. Yo he trastabillado de espaldas hasta la cocina y allí me he caído también. Por esa razón ha tenido ese desconocido tiempo de escapar.

Le observó el inspector con la cabeza ladeada como si estuviera reconstruyendo la escena en su mente.

—Ha chocado con él después de que esta señora le haya atizado un golpe en el brazo con el atizador, ¿no es eso?

—Sí— repuso Herea, ya que Alberto no podía haberlo visto.

—¿Muy fuerte?

—Ya le he dicho que sí. Hasta hace muy poco realizaba en mi tierra, que es una aldea gallega, trabajos muy pesados, tales como arrastrar a tierra las capazas con la pesca que habíamos capturado en el barco de mi padre. Aunque no lo parezca, soy muy fuerte y le sacudí con toda la energía que pude reunir. Si no se lo fracturé, al menos no lo podrá mover en varios días.

Debió aprobar él que estuviera en forma, porque le sonrió.

—Magnífico. Y ahora escúchenme. Mañana por la mañana deben presentar la denuncia en la comisaría. Les voy a dar la dirección para que nos ocupemos personalmente del caso, ya que puede guardar relación con el asesinato que estamos investigando. Y voy a pedirles también que se mantengan alerta. Si el supuesto atracador es alguien de su entorno, disimulará en lo posible el estado de su brazo, pero como es verano y hace calor, lo más que

podrá hacer para cubrírselo sin llamar la atención será ponerse una camisa de manga larga.

—¿Y qué van a hacer?— les preguntó Alberto.

—Comenzaremos por investigar mañana a los que trabajan en el edificio Verdaguer y asistieron a la fiesta de conmemoración de su inauguración— repuso el inspector Martínez—. Tal vez uno de ellos haya sido el que les ha visitado esta noche. Si lleva un brazo en cabestrillo o presenta hematomas de consideración en él, eso le delatará.

Se marcharon poco después, tras aconsejarles que echaran en la puerta todos los cerrojos de que disponía esta, y durante unos segundos se miraron los dos en silencio. Al fin se decidió Alberto a preguntarle a ella:

—¿Quieres que me quede esta noche en el sofá? No creo que ese tipo se atreva a repetir su hazaña, pero me quedaría más tranquilo.

No tuvo ella que detenerse a reflexionar para darle una respuesta.

—No.

—¿No quieres que me quede?

Se echó a reír Herea.

—No quiero que te quedes en el sofá. Esta casa tiene cinco dormitorios y como Viky duerme en el mío, puedes elegir entre los otros cuatro.

Le precedió por el pasillo para enseñárselos, pero él optó por el primero que le mostró, sin necesitar ver el resto.

A la mañana siguiente le refirieron a Virtudes lo que había sucedido durante la noche, de lo que no se había enterado, porque estaba dormida cuando su desagradable visitante provocó el apagón.

—¡Qué horror!— musitó ella. Y dirigiéndose a Herea le preguntó—: ¿Y dices que llevaba un frasco de gas en la mano?

—Sí.

—Pues tengo entendido que últimamente lo utilizan mucho los saqueadores para robarle la mercancía a los camioneros. Les pulverizan la cara con el gas, los dejan dormidos como leños y se

llevan todo lo que transportan en el camión. Luego se largan sin dejar rastro.

Se dio cuenta después de que no debería de haberlo dicho al captar la mirada que intercambiaron los otros dos. En la casa no había nada de valor que mereciese la pena atracarla y, dado que un desconocido le hubiese enviado a ella una caja de bombones envenenados, era más que previsible que la intención del que la había asaltado era adormilarla para matarla después.

—Bueno… yo no he querido…— empezó a decir.

—Es igual, Virtudes, no te preocupes, porque ya lo hemos dado por supuesto Alberto y yo— la tranquilizó Herea—. Y, en cuanto nos vayamos, échale todos los cerrojos a la puerta y no le abras a nadie. Volveré a comer y me tomaré la tarde libre. Doña María Luisa lo comprenderá.

Se dirigieron directamente a la mañana siguiente Alberto y ella a la comisaría de la brigada de homicidios, cuya dirección les habían dado los agentes la noche anterior, donde interpusieron la correspondiente denuncia, para tomar luego un taxi que les dejó en el edificio Verdaguer.

En contra de lo que solía ser usual no se encontraron con nadie en el vestíbulo, ya que habían sobrepasado con mucho la hora de entrada y tampoco vieron a nadie en la amplia galería cuando desembocaron en la planta treinta y cinco y se separaron allí para dirigirse cada uno a su despacho. La mesa de Carmina estaba vacía cuando atravesó Herea el despacho de ésta para acceder al suyo, porque no se había recuperado todavía del accidente que había sufrido, y al cabo de un rato de intentar trabajar sin conseguirlo se encaminó al despacho de María Luisa para referirle lo que le había sucedido esa noche en su casa.

Aunque había amanecido un día tórrido, llevaba su jefa un elegante traje de chaqueta blanco y un collar de perlas de dos vueltas en el cuello y la escuchó con atención intercalando de cuando en cuando una expresión de horror.

—No quiero ni pensar que os hubiera podido suceder a tu hija y a ti si no llega a estar Alberto con vosotras y no hubiera logrado poner en fuga a ese malhechor. ¿Pudiste verle la cara?

Meneó lentamente la cabeza Herea en sentido negativo.

—No, la cara no, pero creo que, si está en este edificio, podría identificarle.

Enarcó la otra interrogativamente las cejas.

—¿Cómo?

Se encogió ella de hombros.

—Eso da igual. Va a venir esta mañana a interrogaros a todos la pareja de agentes que lleva el caso. Los de la brigada de homicidios que investigan la muerte de Gustavo.

—¿Y han adelantado algo?— quiso saber María Luisa—. La última vez que les vi me dio la impresión de que no habían avanzado en absoluto. No los conté, pero calculo que seríamos unos doscientos los invitados que asistimos a la fiesta de los Verdaguer, un número muy elevado para dilucidar cual de todos ellos pudo ser el culpable.

—Tuvo que ser alguien que le odiara— consideró Herea pensativamente.

—¿Más que tú o que tu madre?— apuntó María Luisa con claro sarcasmo—. Es posible, pero también podría haber sido alguien al que le debiera mucho dinero o que conociera un secreto que ese alguien temiera que divulgara. ¿Qué opina Alberto?

—No lo sé, porque no lo hemos comentado, pero me voy a ir a mi despacho, porque ayer dejé varios temas pendientes que tengo que resolver. Quería pedirte permiso para tomarme la tarde libre. Estoy muy nerviosa y temo que la persona que asaltó anoche la casa pueda tomar represalias contra Virtudes o contra mi hija.

—Por supuesto que ella y tú sois lo primero— le dijo la otra—. Y si quieres adelantar tus vacaciones de verano hasta que esto se esclarezca, estaré de acuerdo. Quizás fuese una buena idea que pusieras tierra por medio cuanto antes.

Le dio ella las gracias y salió al pasillo, donde coincidió con tres empleados que caminaban deprisa. Los tres llevaban manga corta y movían ambos brazos sin dificultad, por lo que pasó después por la sala en la que trabajaba media docena de administrativos de ambos sexos, a los que pasó disimuladamente revista sin que ninguno presentase el menor problema en mover ambos brazos. Finalmente

se encaminó hacia su despacho dejando la puerta abierta por si llamaba al teléfono de Carmina algún cliente.

Unos minutos más tarde se presentó Jacobo. Iba informalmente vestido con un pantalón vaquero y una camisa de cuadros con las mangas remangadas hasta el codo y le dijo que había estado Alberto hablando con él y le había referido lo que les había pasado a los dos la noche anterior.

—Me ha dicho que habéis ido esta mañana a la comisaría a denunciarlo— le comentó, trasluciendo claramente su preocupación.

—Sí, pero ya anoche pusimos al tanto de lo que había sucedido a los dos policías que se presentaron en casa cuando les llamamos— le aclaró ella.

—No comprendo nada— reconoció él—. ¿Quieres que nos demos una vuelta por la planta?

—No, lo acabo de hacer y he descartado ya a todo el personal de Marvels, lo que es un alivio

—Lleva mucho cuidado— le aconsejo él—. Estoy seguro de que lo de anoche guarda relación con la muerte de Gustavo, pero no acierto a imaginar qué tiene que ver contigo ni por qué esa persona quiere que sigas la misma suerte que él. ¿Va a vigilar la policía tu casa esta noche?

—No lo sé, no nos han dicho nada a ese respecto, pero no te preocupes, porque ya le instalé a la puerta media docena de cerrojos cuando me vine a Madrid. No te preocupes.

Se marchó Jacobo del despacho y ella trató sin conseguirlo de concentrarse en el trabajo que tenía pendiente. Cada medio minuto consultaba el reloj, extrañada de que las agujas avanzasen tan lentamente. Al fin se dijo que no aguantaba más esa situación y levantó el auricular del teléfono que tenía sobre la mesa para llamar a Alberto, que contestó en el acto.

—Dime, Herea.

—Te llamo para decirte que me voy a marchar ya a mi casa. Tengo los nervios de punta y no consigo hacer nada a derechas, así que he pensado que, lo mejor es que me vaya y que intente dormir un poco después de comer. Espero estar mejor mañana.

Le sorprendió la tranquilidad que denotaba su voz.

—Por supuesto que puedes adelantar tu hora de salida y te voy a acompañar. ¿Puedes esperar unos diez minutos a que termine lo que estoy haciendo?

Levantó ella la mirada para recorrer con los ojos su despacho, que en ese instante sintió como una cárcel.

—¿Diez minutos? Son muchos— consideró, rebulléndose inquieta en la butaca.

—Pues espérame en el vestíbulo, sentada en uno de los sofás — le recomendó—. Te distraerás viendo entrar y salir a la gente y se te pasará el tiempo más deprisa.

—Vale, pero no tardes, ¿eh?

Colgó el auricular del teléfono en su base y se puso en pie para salir de su despacho y atravesar el de Carmina. No vio a nadie en la galería, porque era demasiado temprano para que se marcharan de la oficina y se dirigió hacia los ascensores oprimiendo el botón de llamada. No tardó más de unos pocos segundos en recalar la cabina de uno de ellos en la planta, en la que se introdujo. Estaba ocupada por dos chicas, que se hallaban de espaldas a ella, y por un hombre de mediana edad. A las jóvenes las reconoció en el acto. Eran Margarita e Isabel, que trabajaban dos plantas más arriba y que debían de haber decidido marcharse también antes de la hora acostumbrada. Iban hablando en voz muy baja y no entendió lo que decían. El hombre era un empleado de Drylons y se bajó del ascensor en la planta treinta y tres.

Miró Herea el reloj cuando lo hizo. Faltaban aún veinte minutos para las dos de la tarde, por lo que pensó que todavía estaría Alberto resolviendo la cuestión que tenía pendiente y apoyó la cabeza en la pared de acero de la cabina, diciéndose que aún tendría que aguardarle un rato en el vestíbulo, pero inopinadamente y con un golpe seco se detuvo esta entre dos pisos, lo que le produjo un tremendo sobresalto.

Las dos chicas se volvieron hacia ella. Aunque tarde, se dio cuenta de que habían sido ellas las que habían provocado el parón del ascensor y se dijo que debía mantener la calma, aparentar que no lo había advertido, y oprimir el botón de alarma del ascensor para

que acudieran en su ayuda. Las dos la miraban en silencio, pero en una actitud claramente amenazadora.

Solo entonces advirtió que, pese al calor que hacía esa mañana, llevaba Margarita una chaqueta de punto blanca sobre una blusa de lunares de color rosa y que el brazo derecho le pendía a lo largo del cuerpo como si no pudiese doblarlo por el codo.

Sostuvo Herea su mirada y evaluó su complexión. Era más alta que ella y más delgada y sintió como si un fogonazo estallara en su cerebro al rememorar la negra silueta del individuo que había asaltado su casa y escapado corriendo por la plaza sosteniéndose el brazo herido con la otra mano. Había sido ella, ¿pero por qué?, se preguntó.

Pensó que debía fingir la más absoluta ignorancia, disimular su miedo y la sensación de ahogo que empezaba a asfixiarla en aquel espacio tan exiguo, para lograr alcanzar el botón de alarma que veía sobre la cabeza de Isabel. Esta última le llegaba al hombro, pero, aunque fuesen las dos unas pijas que, aunque dirigiesen una empresa, no habían tenido que realizar nunca tareas que requiriesen esfuerzo físico, era obvio que no podría con las dos.

Cambió de opinión al fijarse mejor en Margarita. Con el brazo herido no podría atacarla y eso la envalentonó, por lo que aguardó aparentemente impasible, temiendo, no obstante, empezar a sentir de un momento a otro los efectos de la claustrofobia que padecía.

Intercambiaban ellas en un susurro unas palabras que no oyó e Isabel extrajo del bolso de la otra un bote, idéntico al que llevaba Margarita cuando le había descargado un tremendo golpe con el atizador de la lumbre, y avanzó un par de pasos hacia ella con los ojos relampagueantes de odio. Aguardó Herea sin moverse y cuando levantó la otra una mano para dirigirlo hacia su rostro y oprimir el pulverizador, alzó ella el brazo y de un manotazo se lo arrebató, aunque se le cayó al suelo de la cabina, donde rebotó varias veces.

Seguidamente, y antes de que Isabel lograra reaccionar, le sacudió un puñetazo en el estómago que la dejó encogida sobre sí misma y que la obligó a dejarse caer al suelo con las piernas dobladas.

No era la primera vez que Herea realizaba ese ejercicio defensivo. En una ocasión en la que había ido a Pontevedra con su madre e intentó un ladronzuelo robarles el reloj, había recibido este de ella una respuesta similar. Como entonces, se había hecho daño también en los nudillos, pero no le importó y no aguardó tampoco a que se recuperara Isabel y se pusiera en pie. En su lugar y aunque tuvo que empinarse, porque Margarita era más alta, la agarró por el cuello y le sacudió la cabeza contra la pared de la cabina, pese a que intentó defenderse con el brazo sano.

—¿Por qué?— le preguntó a gritos.

—Porque tú has tenido la culpa de todo— jadeó la otra—. Íbamos a casarnos y el día en el que celebrábamos nuestro compromiso me arrojó a la piscina en cuanto te vio. Noté cómo te miraba, supuse lo que iba a pasar y acerté, luego rompió conmigo.

—Pero fuiste tú la que le dio la boleta— objetó Herea.

—Esa tarde sí, pero intenté arreglarlo después y me mandó a hacer gárgaras, pese a lo que le convenía esa boda y mucho para su empresa.

—Pero la tarde de la fiesta de los Verdaguer… —insistió Herea —. Intentó hacer las paces contigo.

—Se lo hizo creer a su padre, pero él no tenía ningún interés. Me tiró al suelo poniéndome en ridículo delante de todos los invitados y fue corriendo a sentarse a tu lado.

—¿Por eso le envenenaste?

—Sí— replicó furiosa—. Llevaba la pastilla de matarratas en el bolso, pero te la iba a destinar a ti. Cambié de opinión cuando le puso la zancadilla al chico que me acompañaba y oí como todos se reían al vernos en el suelo. Cuando Alberto me levantó, se burló Gustavo de mi susurrándome unas palabras al oído. Tenía él en la mano el vaso de vodka y sin que se diera cuenta le eché la pastilla de estricnina dentro.

—¿Y después?

—Sí, fui yo, porque tenía que quitarte de en medio de una forma o de otra, aunque ya no estuviera él, porque tú tenías la culpa. De que él hubiera muerto y… de todo.

Notó Herea que perdía fuerza en los brazos y que comenzaba ya a sudar con la horrible sensación de que le faltaba el aire, pero mantuvo como pudo su presión contra el cuello de Margarita, mientras le preguntaba a Isabel, que continuaba sentada en el suelo:

—¿Y tú?

—También a mí me dejó Alberto por ti— rezongó ésta levantando hacia ella la cabeza—. Desde que te conoció en el orfanato me decía cuando quería llevarle a una fiesta que era una frívola que no hacía nada útil y solo pensaba en divertirme. Le notaba cada vez más distante y cuando coincidimos en la fiesta de compromiso de Margarita me di cuenta de que nuestro noviazgo tenía los días contados.

Como hizo intención de ponerse de pie, soltó Herea a esta para volver a sentar a la otra en el suelo de un empujón y a continuación consiguió oprimir el botón de alarma. Luego, boqueando y medio ahogada, apoyó la espalda en la pared.

No podría aguantar mucho tiempo más allí encerrada, se dijo. No podía respirar en aquel espacio tan pequeño. Perdería el sentido de un momento a otro y las otras dos lo aprovecharían para mandarla al otro mundo, ¿y qué sería entonces de su hija?

El sudor le chorreaba por la espalda y empezó a ver turbio. Aunque distorsionada vio a Margarita recoger el bote del suelo con la mano del brazo sano para intentar dirigir el pulverizador contra su rostro. Le pareció entonces que, aunque borroso, veía el semblante de Viky en el orfanato cuando solamente tenía unos días de vida y que extendía una manita hacia ella, en una muda súplica de que la sacara de allí. Creyó sentir que no quedaba aire en la cabina, pero consiguió hacer un último esfuerzo. Agarró a Margarita por la muñeca, se lo quitó y fue ella la que lo utilizó contra las dos, en el mismo instante en el que el ascensor se ponía de nuevo en movimiento.

Se abrió la puerta de la cabina en la planta veintinueve y como en sueños creyó ver a los dos agentes de homicidios en el umbral de ésta y a Alberto detrás de ellos. La sacó él del ascensor mientras los dos policías hacían lo mismo con Margarita y con Isabel. Algo del

óxido nitroso debía de haber aspirado al pulverizar con él a las dos chicas porque sintió que se le cerraban los ojos. A duras penas consiguió hacerse entender por los agentes:

—Son ellas… son ellas las culpables— articuló dificultosamente —. Margarita envenenó a Gustavo y las dos… las dos han… intentado matarme.

EPILOGO

Ese día era treinta y uno de julio y el último día en el que los miembros del bufete acudían a la oficina para cerrarla hasta el mes de septiembre, aprovechando que durante éste vacaban los tribunales. No citaba Flor en esa fecha a ningún cliente porque lo aprovechaban para recoger los papeles y dejarlo todo en orden, y estaba Noelia en su despacho ordenando los Autos del caso de Victoria Jiménez para que Flor los archivase, cuando entró esta precipitadamente.

—Deja eso y siéntate detrás de tu mesa, porque tienes una visita.

Levantó ella la cabeza hacia la secretaria, que aguardaba en el umbral de la habitación evidentemente desasosegada.

—¿Cómo que tengo una visita? Tenía previsto marcharme enseguida a casa para empezar a hacer las maletas. Mañana mismo salimos para la playa Alex, María y yo.

Esbozó Flor un gesto con el que quería expresar que no lo había podido evitar.

—Se han presentado sin avisar— le dijo a modo de excusa—. Están en la sala de espera y no me he atrevido a decirles que volvieran en septiembre. Me han dicho, o yo les he entendido, que también ellos se iban de vacaciones , pero que no querían irse sin despedirse de ti.

—¿Y de quién me estás hablando?

—De la hija de la señora gallega, de la que lloraba tanto cuando le robaron a su hija recién nacida y de un joven que debe de ser su novio. Vino una vez con ella antes de que se celebrara el juicio de la madre por haber asesinado a otro joven, que por lo visto era igual que este. ¿Sabes ya de quien te estoy hablando?

Se echó a reír Noelia.

—Sí, pero porque soy muy lista, porque te has explicado muy mal. Si han venido a despedirse, diles que pasen.

La observó la secretaria especulativamente.

—Voy, pero péinate un poco antes y, sobre todo, déjate en paz los rizos que te cuelgan sobre la frente te cuenten lo que te cuenten, ¿de acuerdo?

—Bueno, sí— convino ella—. Te haré caso, aunque no sé por qué Miriam y tú la tenéis tomada con ellos.

Meneó la otra la cabeza como si cuestionara lo que le estaba diciendo.

—No, solo nos importa a las dos el que te enrollas en el dedo, porque no es serio es gesto en una ilustre abogada, como tú.

—A lo mejor es que no soy tan ilustre— bromeó ella—. Es un ademán inconsciente que unas veces me tranquiliza y otras aclara mis ideas. Pero estamos haciendo esperar a esa pareja y diles que entre. Luego acabaré de recoger mis papeles.

Se marchó Flor cerrando la puerta a su espalda y regresó un par de minutos más tarde con una pareja y una niña, a los que hizo pasar. Noelia les sonrió a Herea y a Alberto al reconocerle y le hizo un guiño amistoso a la niña, de no más de dos años, que llevaba él de la mano y que se sentó sobre sus rodillas cuando tomó asiento frente a su mesa, junto a Herea, que hizo lo mismo.

—Queríamos despedirnos de ti, porque nos vamos mañana de vacaciones y porque queríamos que supieras que nos hemos casado — le dijo ella.

Desconcertada, abrió mucho Noelia sus ojos oscuros y parpadeó perpleja.

—¿Os habéis casado, así, de repente?

—No tan de repente— repuso él riendo—. Nos conocimos hace dos años, lo que es más que suficiente. Los hemos aprovechado bien y nos vamos a Galicia, de vacaciones, a una aldea donde nos tirarían piedras si no hubiéramos pasado antes por la vicaría.

—¿Vais a O Porta do Mar?— insistió ella, aún adivinando que la respuesta sería afirmativa.

—Sí, a que me conozcan y a que conozcan a nuestra hija— repuso él, indicándole a la niña, que en esos instantes miraba a

Noelia con curiosidad con sus grandes ojos azules, del mismo color que los de la pareja que la acompañaba.

Seguía siendo Viky el vivo retrato de su madre, pero tenía también cierto parecido con él, lo que no dejó ella de apreciar.

—¿Y…?— empezó a decir Noelia, sin atreverse a acabar de preguntarles lo que deseaba saber.

Le contestó Alberto a medias palabras para que la niña no pudiera entenderle:

—Sí, la ha reconocido como hija mía, por lo que en esa aldea super moderna, en la que están a la última, no podrán oponernos ni un solo pero a ninguno de los tres. Con el tiempo se pondrán al día, pero no vamos a esperar a que eso suceda. Es la familia de Herea y a todos los efectos nos casamos ella y yo hace tres años.

Le sonrió esta, antes de volverse hacia Noelia para explicárselo.

—Ya sé que tanto mi familia como los lugareños de la aldea tienen unos prejuicios propios de otra época muy lejana, pero es el lugar donde he nacido y al que, pese a todo, he echado de menos. También a mis padres y a mis hermanos.

Conocía la abogada el enfado de Herea con Rafiña porque se lo había referido ella cuando había ido a abonarle su minuta, por lo que le preguntó:

—¿A todos?

Asintió ella.

—Sí. Creí que no podría perdonarle nunca, pero no ha sido así. Fueron aquellos los peores días de mi vida, pero ahora veo de otra manera lo que hizo. Quería conservar a toda costa a su hermana mayor, conseguir que pudiera volver a la aldea sin que los vecinos volvieran la cabeza a mi paso y, aunque fuese una monstruosidad, fue lo único que se le ocurrió. La otra tarde estuve hablando con él por teléfono e hicimos las paces.

—¿Y volveréis en septiembre?— inquirió Noelia, alegrándose de que hubiera sido así.

—Sí, claro— repuso Alberto—. Tenemos, como todo el mundo, un mes de vacaciones, pero solamente un mes. Herea y Viky se han mudado ya a mi piso, pero vemos a Virtudes con frecuencia. Echa

muchísimo de menos a la niña y queremos mantener con ella la relación que ha tenido con la madre y con la hija. Tenemos mucho que agradecerle—. Se la quedó mirando con aquellos ojos tan azules y tan parecidos a los de la chiquilla y añadió—: Y a ti también. No olvidaremos lo que hiciste por mi suegra y como consecuencia por toda la familia.

Se despidieron poco después y Noelia permaneció inmóvil, sentada tras su mesa y con la mirada perdida en un punto indeterminado. Así la encontraron sus dos compañeros y la secretaria cuando poco después fueron a buscarla al despacho, extrañados de que no diera señales de vida.

—¿Pero qué haces ahí quieta?— la regañó Myriam— En cuanto acabes de recoger, nos vamos a marchar y tenemos que cerrar antes.

Hizo un gesto ella como si acabara de regresar de un largo viaje y le sonrió.

—¿Sabes que te digo?

—No, ¿qué?

—Que me acabo de dar cuenta de una cosa que no siempre tengo presente, pero que merece la pena. Son malos los ratos que hay que padecer durante el juicio y la ansiedad que hay que soportar los días que le preceden, pero merece la pena ser abogado y conseguir la absolución de los que acusados que no han cometido el delito por el que se les procesa.

—¿Y te has dado cuenta ahora?— se burló Flor—. ¿En qué estabas pensando antes?, porque es tu vida y es lo que te pone de un humor de perros cuando se aproxima la fecha de la Vista. Pero ahora vas a hacer un alto y a disfrutar de unas vacaciones que nos están haciendo mucha falta a todos.

—Así que, vámonos—, propuso Gabriel encabezando por el pasillo la salida hacia la puerta de la oficina—. Hasta primeros de septiembre procuraremos olvidarnos de esta casa y de todo el trabajo que dejamos aquí pendiente. Hasta la vista.